Jesús Hernández

YO FUI UN MINISTRO DE STALIN

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

Yo fui un ministro de Stalin

Jesús Hernández

Este trabajo forma parte del material de trabajo para el estudio, investigación y formación del pensamiento marxista y la historia de los comunistas.

Euskal Herriko Komunistak
http://www.ehk.eus

Es las página de este libro, Jesús Hernández nos relata con estilo vigoroso de escritor los episodios de intenso dramatismo del frente interno de la República española en el período de la guerra civil de 1936-1939.

Es una aportación a la historia de España contemporánea en que la avidez de conocimientos queda saciada y las deducciones aleccionadoras para el futuro pueden fácilmente espigarse.

A mi madre y a mi hermana, rehenes de Stalin en cualquier lugar —hace ocho años que no sé de ellas— del inmenso campo de concentración que es la Unión Soviética.

INTRODUCCIÓN

EL campo literario se ha llenado en los últimos años de autobiografías, novelas y reportajes antisoviéticos. La menos profusa es la novela, que requiere dotes creadoras que no todos cuantos escriben poseen. Abundan más, mucho más, el reportaje y las memorias; en éstas, el autor deplora por lo general el no haberse producido de esta o de la otra manera, o bien estampa en las cuartillas la amarga decepción ante una realidad embustera que atenta contra su ideal; y todavía hay algunos —¡no podían faltar!— que escriben sin otro propósito que el de anunciar su «barata» ideología como las verduleras los rábanos en el mercado: son los mercaderes de la fe.

Cuanto yo he escrito en estas cuartillas no pretende ser, no es ni novela, ni autobiografía, ni reportaje, géneros literarios que rebasan mis conocimientos en la materia. Es este, lisa y llanamente, un relato episódico en el que debo protagonizarme, porque me ha tocado actuar en función de agente activo, tanto en la génesis como en el desarrollo de los más dramáticos acontecimientos de la historia de España de nuestros días. A través de ellos pretendo evidenciar los móviles secretos de la política del Kremlin en la guerra civil de España.

No es empresa fácil la de desentrañar, descubrir y demostrar la ingente mentira que encerraba la tan aireada solidaridad soviética al pueblo español durante la guerra de 1936-1939. No puede ser esta la empresa de un solo hombre. Y diré por qué:

Los agentes de Moscú son funcionarios perfectamente instruidos en la práctica de la conspiración más estricta. Aun en el caso de que no tengan necesidad de ocultar su función, jamás dejan tras sí la huella de una prueba escrita o de un indicio tangible que la revele. Quien incurriera en el más leve desliz sobre la regla no podría esperar suerte mejor que la del pistoletazo en la nuca o la del confinamiento perpetuo en las gélidas estepas de Siberia. Es por tanto prácticamente imposible, cuando de ellos se trata, el intento de ilustrar gráficamente una prueba. Hay que seguirles el rastro hurgando en el frágil archivo de la memoria y escarbando en la barabúnda de recuerdos personales, casi siempre diluidos o desdibujados por la lejanía. Es obvio, pues, que la obra no puede ser coronada plenamente por la contribución de un solo hombre, sino que se precisa la de cuantos han tenido relación directa o indirecta con Moscú y sus agentes en el exterior para poder restablecer una verdad que yace sepultada bajo epitafio de amistad y de solidaridad y cubierta por la losa impresionante de la ayuda en armas a nuestra República… Por ello mi trabajo no puede ser otra cosa que una contribución más que provea de elementos de juicio al historiador de mañana.

Incurriría en error quien dedujera de la actuación del Kremlin y de sus agentes en España el deliberado propósito de empujar hacia la derrota a nuestra República. Semejante deducción conduciría de lleno a eregir una mentira para combatir otra mentira. No. En la guerra de España, Moscú jugó a que ganara Moscú. Nada más y nada menos. La causa de nuestro pueblo era para ellos como un simple peón en el tablero de sus cálculos. Si hubiera podido ganar la partida haciéndonos triunfar a nosotros a la vez, no hubiera titubeado en darnos el triunfo. Mas como viera que los tahúres rivales amenazaban con hacer saltar la banca, decidió utilizarnos como moneda de cambio en su partida internacional, a fin de poner a salvo su propia bolsa en peligro. Ni odio ni

cariño hacia el pueblo español, ni sentimentalismo, ni principios, ni escrúpulos. Para Stalin todo eso no son más que palabras sin significado ni contenido de ninguna clase. En nuestra guerra juegan sólo las apetencias expansionistas, la conveniencia nacional, chauvinista, de quienes ya en aquella época comenzaban a desempolvar las apolilladas casacas de Iván el Terrible y de Pedro el Grande. Eso fue todo. La tragedia fue para cuantos cegados por la fe, o corroídos por las dudas, pero siempre disciplinados y obedientes, fuimos instrumentos dóciles de la política de Moscú, a la que en nuestra ceguera llegamos a sacrificar sagrados deberes que como españoles nos incumbían.

¿Se hubiera podido ganar nuestra guerra de haber sido distinta la conducta de los comunistas españoles? Más de una vez se nos ha formulado la pregunta. El planteamiento de la cuestión está un poco fuera de lugar. Los comunistas en aquella época, para ser tales, no podíamos ser de otra manera que como éramos, y nos condujimos como lógicamente teníamos que conducirnos: como un regimiento prusianizado a las órdenes de Moscú, sin más jefe ni más dios que Stalin. Asentado este hecho, es obligado afirmar de inmediato que los factores de nuestra derrota están inexorablemente determinados por las condiciones nacionales e internacionales en que tuvo lugar nuestra contienda. Bloqueada la República por la «No intervención», cerrados para ella los mercados mundiales de armas, y perdidas por tal causa las ventajas iniciales que nos proporcionaran los primeros éxitos sobre los sublevados, sólo un milagro podía haber determinado que media población de España hubiera podido vencer a la otra mitad. La republicana, con escasísimo armamento, la franquista, con superabundancia de toda clase de buen material y con la cooperación activa y decidida de Alemania, Italia y Portugal, amén de la ayuda que le deparaba la indiferencia o la defección de las potencias democráticas frente a la causa republicana.

Culpar, pues, a los comunistas de la pérdida de la guerra sería, además de injusto, insigne torpeza política. A los comunistas españoles hay que juzgarlos en su actuación dramáticamente contradictoria. Los comunistas se batieron en las primeras líneas de todos los frentes con tesonera voluntad y abnegado sacrificio; hicieron prodigios de organización y contribuyeron con entusiasmo insuperable a desarrollar el sentimiento heroico de las multitudes españolas. Pero, a la vez que luchaban y morían por la vida y la libertad de su pueblo, se daba el contrasentido de que todo el contenido de su política estaba inspirado desde el extranjero y tenía por base las ajenas conveniencias que a la larga resultaron trágicamente contradictorias con los auténticos intereses de España.

Como ahora los inconformistas de todos los países, los comunistas españoles no constituíamos entonces una fuerza nacional, sino una organización de fuerzas indígenas dependientes y al servicio del Comisariado de Negocios Extranjeros de la Unión Soviética. ¿Por qué no hemos sido capaces de comprender antes una multitud de cosas? ¿Por qué no hemos podido ver tantas otras de un modo tan simple? ¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en reconocerlas y proclamarlas? Tiene ello una explicación. Durante muchos años hemos formado parte de una organización de masas forjadas en la disciplina ciega, en la obediencia sumisa, en la intransigencia apasionada, en la intolerancia fanática que, impermeables a todo otro razonamiento, tienen como único norte el de la defensa de la URSS Romper con lo que se ha amado entrañablemente, hacer añicos con nuestras propias manos los ídolos por ella creados, ídolos que llenaban por completo nuestra alma, no es un proceso fácil; es, por el contrario, un proceso lento, penoso, cruel. Dejar de creer en lo que se ha creído presupone un periodo de crisis

donde las mentiras aceptadas como verdades luchan contra verdades que se nos figuraban mentiras. Es un forcejeo entre el ideal que se desploma y la conciencia que se resiste a la catástrofe espiritual. El hombre necesita creer por ese horror instintivo a la nada espiritual que le deshumaniza. Por temor a ese vacío opta por seguir aferrado a la ilusión muerta. O prefiere una fe endeble a no tener ninguna. Quien de la noche a la mañana se declara ateo es que nunca ha creído en Dios.

Aquellos de nuestros lectores que dedujeran de esta implacable crítica a la actuación de los comunistas un intento de exculpación de nuestros propios pecados, o la justificación de los errores de los demás actores en el curso de la contienda española, comprenderían mal nuestras miras. La unilateralidad de este estudio puede prestarse a ese equívoco. Pero me apresuro a declarar que no ha sido ese mi propósito.

Y comienzo por mí mismo. Al restablecer la verdad histórica sobre algunos acontecimientos no lo hago buscando dispensa o personal justificación. En política, los hombres se definen no por sus intenciones subjetivas, sino por sus actos concretos. Y la vileza de la política del Kremlin en España nos salpicó a todos sus servidores.

EL AUTOR

CAPITULO I

Nubes de sangre sobre España. Triunfo del Frente Popular. La táctica de la Internacional Comunista. Los comunistas, al servicio de Moscú. Diálogo de pistolas. Sublevación militar. La guerra ha comenzado.

EL 16 de febrero de 1936 amaneció fajado de pasquines. En las paredes de Madrid la batalla electoral gritaba sus consignas roncas y distintas. El conglomerado de derechas —monárquicos, agrarios, cedistas— aullaba en azul, en verde y en blanco: «¡Votad contra el marxismo!» Los carteles del Frente Popular agitaban las cifras tremendas de octubre: «Por la libertad de los 30 000 presos, la readmisión de los 70 000 represaliados, la exigencia de responsabilidades por la represión asturiana; por el pan, por la tierra…»

Exteriormente las elecciones transcurrían en medio de la mayor tranquilidad. Era un día gris, con barro en las calles y gentes madrugadoras que formaban las primeras colas en los Colegios electorales.

Los voceadores de Acción Popular ofrecían, sin demasiado escándalo, sus candidaturas. Las muchachas de las juventudes socialistas y comunistas gritaban con voz fresca y la mirada alta:

«¡Votad al Frente Popular!»

* * *

La noche anterior había cerrado el ciclo de mi campaña electoral con un gran mitin en Córdoba: «Sólo la victoria del Frente Popular puede asegurarnos una posibilidad de paz social, de colaboración y convivencia ciudadanas. Nuestra victoria será la victoria del pan y de la libertad…»

La voz cálida de otros mil oradores en mil lugares distintos había enardecido el entusiasmo de un pueblo con voluntad de triunfo.

Y allí, en Vallecas y en Tetuán, en Atocha y en Cuatro Caminos, en Rosales y en la Puerta del Sol, en cada calle y en cada esquina de los pueblos, ciudades y aldeas de España se reñía en aquellas horas la batalla contra las fuerzas de la miseria y la opresión.

A las seis de la tarde comenzó el escrutinio. En los Colegios, para abreviar la lectura de toda la papeleta, el presidente de la Mesa repetía:

—Frente Popular…

—Frente Popular…

—Frente Popular…

A las ocho de la noche, en toda España, desde las minas de Asturias hasta las marismas de San Fernando, se gritaban estas dos palabras: Frente Popular.

El jefe del Gobierno, Pórtela Valladares, declaraba:

—La jornada electoral ha transcurrido con absoluta tranquilidad en toda España.

La voz de la nueva España exigía en pancartas, en manifestaciones, en mítines relámpagos, en los editoriales de la Prensa, el poder para el Frente Popular.

El señor Pórtela Valladares, sin ilusión ya en los postreros cubileteos electorales, hacía público:

—Hay que esperar los últimos resultados.

Los «últimos resultados» esperaban de uniforme, con espuelas y entorchados, una conversación con el presidente del Consejo de Ministros. El pueblo estaba en la calle. El presidente del Consejo procedió con buen criterio. Aquel mismo día el país se enteraba por la prensa que una intentona militar había sido abortada y que se hallaban detenidos algunos altos jefes militares.

Pórtela Valladares no había querido aceptar la responsabilidad de presidir el cuartelazo. Y dimitió.

El señor Azaña, frío, constitucional, ocupaba la Presidencia del Consejo de Ministros.

El mismo día el general Franco se presentó en el Ministerio de la Gobernación. Los periodistas acogieron con un rumor de sorpresa la visita sensacional. En el Ministerio facilitaron la siguiente nota:

«En el Ministerio de la Gobernación se ha personado el general Franco para decir que habían llegado a sus oídos rumores absurdos sobre determinada actitud suya en relación con un supuesto suceso. Afirmó que él vive completamente ajeno a la política y atento únicamente a sus deberes militares».

¡Lástima que no existiera la costumbre de anunciar las sublevaciones al Ministerio de la Gobernación!

* * *

Aquel día estaba citado a comer con el secretario general del Partido Comunista, José Díaz. Era una comida privada. Díaz tenía interés en cambiar conmigo algunas impresiones acerca de un tema político que había suscitado la noche anterior una agria disputa mía con los consejeros de Moscú. Las cosas habían sucedido así:

En la casa del Partido había encontrado a José Díaz y a sus dos inseparables consejeros soviéticos, Stepanov y Codovila.

—¿Cuántos diputados tenemos seguros? —pregunté.

—Hasta ahora dieciséis —respondió Díaz sin ocultar su satisfacción.

—No son muchos, pero son casi todos los que logramos que nos aceptasen nuestros aliados —comenté.

—Estos marrulleros socialistas han cargado con el santo y la peana. Nos han tratado como a parientes pobres —dijo Codovila, muy afanado en limpiar la nicotina de su pequeña pipa.

—Pero ahora van a saber lo que es la tribuna parlamentaria utilizada revolucionariamente por los comunistas. ¡Se acabaron las apacibles digestiones de nuestros «compañeros de ruta»! —apostilló Stepanov, riendo y mostrando sus dientes amarillos del tabaco.

—¡Hombre! No creo que nuestras tareas en el Parlamento tengan por finalidad aguar la fiesta a los socialistas. Para mí será más agradable pelear con los cedistas que con nuestros amigos del Frente Popular —dije.

—¡Cuidado, Hernández!… ¡Cuidado con las ilusiones! —replicó Stepanov—. Los socialistas querrán volver a la euforia del 14 de abril de 1931 y tendremos que apalearlos para que empujen la revolución hacia sus finales consecuencias.

Y después de una breve pausa:

—Sí, amigos, sí. No cabe duda que en España estamos viviendo un proceso histórico semejante al de Rusia en febrero de 1917. Y el Partido debe saber aplicar la misma táctica de los bolcheviques… Una breve etapa parlamentaria y después… ¡los soviets!

—No creo en la similitud de la revolución de febrero en Rusia con nuestra situación actual en España. Allí existía un pueblo hambriento y fatigado de la guerra; unos millones de soldados andrajosos y desmoralizados por las derrotas, que sólo querían acabar con sus penalidades en los frentes y con una guerra que no sentían ni querían. En Rusia existía un poder autocrático, despótico, odiado por el pueblo. La consigna de paz y pan era la consigna de todo el pueblo. No fue tarea difícil: a los bolcheviques conquistarse la mayoría en algunos soviets decisivos y acabar con Kerensky, pues Kerensky no acertó a satisfacer esas aspiraciones… ni los bolcheviques quisieron ayudarle.

—Hubiera sido estúpido ayudarle. Nuestra tarea fue la de impedir la consolidación del régimen democrático-burgués, profundizar la crisis revolucionaria, y por esa vía conquistar el poder —replicó Stepanov.

—Ese fue el modo ruso. Nosotros deberemos emplear el modo español —insistí.

—¡Qué modo español ni qué ocho cuartos! —exclamó enojado Stepanov—. Para los comunistas no hay más que un solo modo, el modo leninista, el modo soviético.

—Y ese modo —recalcó— será el modo de ustedes en España.

Miré a José Díaz, que silencioso escuchaba la polémica, y con los ojos me animó a que siguiera.

—Nuestra revolución es una revolución democrática. Todas las fuerzas de esta significación nos hemos unido en un Frente Popular, y entre todos deberemos dotar a España de un régimen de libertad asentado sobre una reforma agraria que acabe con la miseria en nuestros campos, que aumente el bienestar de las clases laboriosas, que liquide las fuertes reminiscencias feudales en nuestra economía, que ponga fin al ejército de casta, termine con los privilegios del alto clero y dé satisfacción a las aspiraciones autónomas de Cataluña y Euzkadi. Estas son nuestras metas actuales en España. Después… después veremos qué caminos se nos abren para un régimen socialista.

—Esa fue la vieja polémica de Martov con Lenin —terció Codovila. Y agregó—: Es una concepción oportunista, socialdemócrata, antileninista, que me asombra mucho escuchar en boca de Hernández. Eso demuestra que no ha comprendido el papel del Partido en el proceso de la revolución democrático-burguesa.

—Sin duda ustedes saben más que yo —concedí—; pero si en Rusia la tarea de los bolcheviques fue la de golpear a sus «compañeros de ruta», en España esa táctica nos conducirá al suicidio político.

—Esa es tu opinión.

—Esa es mi experiencia.

—¿Dónde la has adquirido? —preguntó con tono de mofa Stepanov.

—Aquí, aquí mismo, en mi tierra y en mi cabeza —repliqué colérico—. Codovila es testigo. Al proclamarse la República nos disteis la consigna de «¡Abajo la República burguesa! ¡Vivan los soviets!», y el pueblo español nos apaleaba en las calles. Nuestras consignas eran las consignas que hacían el juego a la reacción monárquica.

—Esa fue la política del grupo oportunista de Bullejos —dijo con tono despectivo Codovila.

—No es verdad —repliqué—. La Comisión Política de la I. C., aceptando el criterio de Manuilski y Piatniski, dio esas directivas para España en 1931. Bullejos, como yo, y como todo el Buró Político, si algún pecado cometimos fue de seguirlas y pretender aplicarlas.[1]

—Sin duda que por eso nos obligaron desde Moscú a llamar social-fascistas y anarco-fascistas a los hombres del movimiento obrero en nuestro país que no se avinieron a aceptar la consigna de los soviets y del Gobierno Obrero y Campesino. ¿También ese aspecto entraba dentro de la popularización del «sentido social» de nuestra revolución?

---

[1] José Bullejos, a la sazón Secretario General del Partido Comunista de España, en su libro «Europa entre dos guerras», describe este hecho con las siguientes palabras:

Sin deponer el tono irónico, Stepanov repuso:

—Hay una pequeña diferencia entre lo que dice Hernández y la verdad histórica. Y la verdad fue que no supisteis interpretar el sentido de aquellas directivas. Se trataba de popularizar el sentido social que debería tener en su desarrollo la revolución social española. Y tomasteis el rábano por las hojas.

«La proclamación de la República Española atrajo en el acto la atención de la Internacional Comunista. A partir de este acontecimiento, España y su pequeño Partido Comunista pasaron a plano preferente en las preocupaciones y actividades del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

»Desde los primeros momentos la actitud de los comunistas fue la franca oposición al Gobierno provisional de la República. En su primer manifiesto, redactado en completo acuerdo con la Delegación Internacional que componían Humbert Drotz (antiguo Secretario de la Internacional para los países latinos) y Rabaté —destacado militante del Partido Comunista francés—, se invitaba al pueblo español a derrocar la República burguesa, como había derrocado la Monarquía, y a instaurar el Gobierno Obrero y Campesino.

»Pocos días después recibíanse de Moscú las nuevas directivas políticas y tácticas, todas las cuales tenían como meta la creación del Soviet en España».

Poco después todo el Secretariado del Partido Comunista de España, encabezado por José Bullejos, era expulsado del Partido por la Internacional Comunista, por haber dado, en circunstancias gravísimas para nuestro pueblo, cuando la reacción se sublevaba en agosto de 1932, la consigna de Defensa de la República.

Bullejos dice a este respecto: «La imputación más grave que se nos hizo en el orden táctico fue nuestra consigna de “Defensa de la República”. En este punto el Ejecutivo de la Internacional Comunista compartía el criterio de su delegación, de que en España había que orientarse no contra la reacción, sino contra Azaña y los socialistas. Nuestras posiciones eran irreductibles y, por tanto, nuestra expulsión, inevitable»

—Si hubieran ustedes sabido crear los Comités de Fábrica y los Comités de Campesinos, si hubieran sabido realizar la unidad por la base, si hubieran…

—¡Basta de llamarnos tontos, camarada Stepanov! —dije con enfado—. ¿Qué unidad podíamos hacer con nadie si comenzábamos por llamar fascistas a todo Cristo viviente que no aceptase la unidad nuestra, la que queríamos nosotros… para nosotros? Una unidad sin más líderes que los comunistas, sin más objetivos que los nuestros… Aquello, camarada Stepanov, era la unidad por la absorción. Y no pasamos de los gritos y del escándalo. Cuando surgió la forma española de la unidad, las Alianzas Obreras, nos dijisteis que aquello no servía «porque era un pacto por arriba». Luchamos contra ellas.

Y en octubre de 1934, en vísperas de la revolución de Asturias, tuvimos que aceptarlas apresuradamente. Y ese «pacto por arriba» fue la gloria de nuestros mineros en Asturias, y fueron los órganos de poder de la clase obrera durante las semanas de lucha de la «Comuna asturiana». Nuestros errores —concluí— fueron los vuestros. No hicimos más que aquello que nos ordenaba Moscú.

—¡Se acabó! —dijo José Díaz terciando conciliador.

Se hizo un silencio espeso, hosco.

Lo rompió Díaz dirigiéndome estas palabras:

—Vamos a ver cómo está la calle. Parece que hay mucha agitación por los cafés y corrillos de la Puerta del Sol.

—Vamos.

—Hasta luego, camaradas.

—Hasta luego.

* * *

El conglomerado de derechas revistó rápidamente sus fuerzas. Habían fallado sus cálculos sobre los malabarismos electorales de Pórtela Valladares y de la abstención de los anarquistas.

Y en el Casino de Madrid, en el de Labradores de Sevilla, en la Caleta de Málaga, en los Consejos de Administración de la Duro Felguera asturiana y de las empresas textiles de Cataluña, en las dehesas de reses bravas y en los claustros de las catedrales, los caballeros de la reacción susurraban, hinchado el abdomen, fulgente la calva:

—Hay que hacer algo…

—Claro, claro; hay que hacer algo…

En la Presidencia de la República, don Niceto Alcalá Zamora decíale a su confesor:

—Hay que salvar a España…

Los «salvadores» de España conspiraban en los cuartos de banderas, en los salones espléndidos del Casino Militar, en las antesalas del Ministerio de la Gobernación. No fue posible falsificar la voluntad popular, pero allí estaban, dispuestos y en acecho, los charrascos tradicionales, los señorítos de José Antonio, los magistrados, los banqueros, los obispos, los terratenientes, la Guardia Civil.

Eran las fuerzas que no querían la convivencia con la España Popular; eran las fuerzas que tras la aparente tranquilidad iban formando gota a gota la tormenta de sangre que había de inundar a España durante treinta y dos meses.

—Hay algo en el ambiente quieto de la noche que no me gusta —dijo preocupado José Díaz.

—Tienes los mismos temores que yo —contesté.

—Ciertamente. Creo que son del mismo género.

Íbamos caminando hacia la Puerta del Sol. Unas nubes muy bajas animaban la oscuridad de la noche, cortada a trozos por el tenue resplandor de los faroles y de los ventanales de los cafés, luz opaca, lavada por la fina lluvia que enlodaba las calles y que hacía a los noctámbulos caminar de prisa, apretados a los muros de las casas en sombra. Alguna que otra sinfonola ponía notas de cante «jondo» en aquel aliento de multitudes calladas o en acecho. Madrid dormía satisfecho de su victoria. Era el Madrid popular. El otro Madrid, el Madrid derrotado en la gran contienda cívica, no dormía. Velaba las armas de su rencor y sus afanes de revancha.

—El régimen del Frente Popular —comentó Díaz— se asienta sobre un volcán de pasiones. En realidad, nuestro triunfo tiene más de aparatoso que de efectivo.

—Si nos atenemos a los números, sí; pero en diputados les doblamos —dije.

—La coalición de derechas, contando el centro, ha logrado un total de 4 446 251 votos, y el Frente Popular, 4 838 449 —precisó Díaz.

—¡Milagros de la ley electoral! Con tan pequeña diferencia de votos contamos con 277 diputados y todas las derechas unidas con 164.

—Eso demuestra la fuerza de la reacción, amigo Hernández —dijo Díaz siguiendo el hilo de su razonamiento—. Y sería ingenuo pensar que no tratarán de hacer valer su poderosa influencia económica y política contra el nuevo régimen.

—¡Ahí le duele! —dije—. Precisamente era esa mi idea en la polémica con Stepanov. ¿Cómo podemos sensatamente considerar a nuestros aliados socialistas como los enemigos principales, cuando tenemos una reacción tan potente que ahora mismo, en nuestras horas de victoria, nos está inquietando tan seriamente?

—De eso quería hablarte.

—Pues habla. De mí puedo decirte que no he desembuchado todo cuanto me estaba pudriendo la sangre. Le hubiera dicho muchas cosas más.

—Me gusta tu franqueza… Pero eres demasiado vehemente. Eso puede crearte dificultades con los «tovarich».

—Lo sentiría. Pero no tienen derecho a vejarnos de esa manera. Que somos algo así como hombres de paja, desgraciadamente, lo sabemos… y lo aguantamos; pero ya es mucho que nos lo estén restregando en la nariz a cada momento.

—Exageras las cosas, las desorbitas, Hernández. No somos hombres de paja. Somos disciplinados. Formamos en un Partido internacional con un centro: Moscú. Somos como un gran ejército cuyo Estado Mayor residiera en la I. C. Eso es todo.

—Esa es la definición clásica, Pepe; pero nuestro Estado Mayor debería ser más flexible y comprender que no todos los países y todas las situaciones son iguales. A ningún general se le ocurriría emplear los ejércitos de tanques en una lucha de montañas, ¿no?… Su táctica será diferente a si tiene que pelear en el llano. Y Moscú lanza las consignas por igual para Inglaterra como para el Congo belga. ¡Cuánto no ha padecido el movimiento comunista por esta exportación de consignas!

—En ti no hay términos medios —objetó Díaz—. Por eso extremas siempre las cosas.

Llegamos hasta el café de «La Granja del Henar». Rebosaba de gente que comentaba los acontecimientos políticos y los rumores que enturbiaban los cielos limpios de la victoria del Frente Popular.

Junto a nuestra mesa, una «peña» de pensionados del Estado discutían a gritos, para dominar las voces de los demás y hacerse entender.

—Yo voy mañana tempranito a verle y a hablarle en nombre de todos sobre el respective —decía un viejecillo muy arrugado con gesto arrogante.

Los contertulios quedaron mirándole asombrados, sorprendidos.

—¿Qué va usted a decirle? —preguntó otro.

—Que todos nosotros no estamos pa cataplasmas. Porque, mire usted que la cosa tié bemoles… Mandarnos a Franco a Canarias… Como si nuestro bello archipiélago tuviese alguna secreta inmunidad contra la conspiración.

El viejecito, con gesto satisfecho, se atusaba el blanco y abundante bigote.

—Me da mal vagío er comienzo —dijo otro. Y agregó—: ¡Mardita sea, hombre! ¡Ya comenzamos igual!… En vez del estacazo y tente tieso nos agarramos al talismán de la legalidad… y ya estamos con los trasladitos.

—¿Sabes el traslado que deberían darles a todos?… ¡La cárcel! —arguyó otro.

—Una revolución que no se defiende es como el cuchillo en manos de un cobarde: ni pincha ni corta —dijo otro del corro.

—Pero bueno, abuelo, ¿qué va usted a decirle a Azaña? —preguntó un joven que con ellos se hallaba.

—¡Qué le voy a decir, tío chalao! ¡Que hay que avanzar con el pecho y no sólo con las piernas! ¡Que hay que redoblar los ímpetus! Le diré que el plácido camino de los discursos parlamentarios, de los torneos retóricos, de las enmiendas y palabras previas, para derogar los cien mil obstáculos de la legislación reaccionaria, va a ser un camino en demasía angosto pa encauzar las cosas por derecho.

—Ya me lo tenía mascao —dijo el otro con ánimo de tirar de la lengua al viejecillo—. Y al final le dirá que le ponga un durillo más en la pensión. ¡Qué papel pa un hombre!

—Mi *statu quo* no me interesa —replicó amoscado el viejillo—. Me interesa lo que a todos los españoles: que el Gobierno sepa que la única legalidad, la legalidad verdadera, es parar en seco el ataque de la reacción, y avanzar con el pueblo. Quedarse en medio es situarse en la «tierra de nadie», maniatado entre las dos Españas.

—No entiendo mucho de estas cosas, pero me parece que lo que usted dice está como Dios. Lo que no sé es si el portero le dejará pasar de la puerta de la calle —comentó el otro en tono zumbón.

—¡Pero, leche, por qué no! —gritó el viejillo—. A mí me recibe o hay hostias mañana en la Presidencia —aseveró enardecido. Soltaron todos a reír. El más próximo a nosotros se volvió a mirarnos, y llevándose un dedo a la sien bajó la voz y dijo:

—Está un poco…

Cada mesa de café, cada sobremesa en las casas, cada conversación en la calle tenía la misma inquietud.

—Dentro de la chifladura del viejito hay un hálito de verdad muy seria —comentó Díaz—. Mañana deberás escribir en el editorial del periódico algo que recoja este ambiente. Y ahora, vámonos a dormir. Ven mañana a comer conmigo y seguiremos la charla en torno a la discusión con Stepanov.

—Hasta mañana, Hernández.

—Hasta mañana, Pepe.

* * *

En el editorial de «Mundo Obrero» decía:

«Hemos vencido al enemigo el 16 de febrero, pero sigue siendo poderoso y está al acecho. Hasta que no se liquide su base económica y social, podrá siempre lanzarse al ataque. Hay que llevar a efecto el programa del Frente Popular y comenzar con mano firme la expropiación de los grandes terratenientes, la depuración del ejército y la administración de elementos reaccionarios y fascistas, liquidar los privilegios de la Iglesia y desarmar y disolver las organizaciones monárquicas y fascistas».

—Ya se han producido algunos choques sangrientos en provincias —me dijo Díaz al llegar a su casa.

—Parece ser que algunos pistoleros han disparado contra los centros políticos y casas del Frente Popular. Aquí, en Madrid, también han agredido a los vendedores de «Mundo Obrero» —comenté.

—Sin duda tratarán de crear un clima de inquietud para propiciar el golpe reaccionario —aclaró Díaz.

—Esto nos obliga a cerrar filas contra el enemigo. Si debilitamos el Frente Popular volveremos a los umbrales del bienio negro. Y esto —agregué— nos lleva de la mano a nuestro tema de ayer. Si seguimos los consejos de Stepanov, nosotros mismos barreremos de obstáculos el camino a la contrarrevolución. La unidad con los socialistas y anarquistas es la garantía de continuidad de la República democrática; romper esta unidad, crear un estado de inquietud y de lucha intestina es abdicar de todas nuestras esperanzas en un mañana mejor.

—Comparto tu opinión, pero dime una cosa: El VII Congreso de la I. C. ha establecido una nueva táctica, táctica amplia donde no solamente caben los socialistas, sino todos los hombres progresivos de izquierda. Eso indica que tus temores no deben ser tan grandes.

—Mi temor proviene de que las decisiones del VII Congreso puedan ser un nuevo Caballo de Troya y no una conducta política sincera, consecuente.

—¿En qué basas tus inquietudes?

—Las apoyo en un hecho claro. La política de Frente Popular ha sido establecida de acuerdo con una situación internacional peligrosa para la Unión Soviética. Un cambio en esa situación puede determinar un nuevo viraje sabe Dios para dónde.

—Pero ¿es o no es justa esta política? —inquirió Díaz.

—Sí; completamente justa. Pero su justeza no es circunstancial, sino duradera. Esta política hubiera sido hace muchos años tan justa como lo es hoy. Sin embargo, hacíamos la contraria. ¿Por qué?

José Díaz escuchaba atentamente. Su vida en el movimiento comunista era más corta que la mía. Del campo del anarco-sindicalismo, donde había formado en los «grupos de acción», casi sin transición se vio elevado al puesto de Secretario General del Partido Comunista. Hacía cuatro años que desempeñaba esta misión, asesorado constantemente por los consejeros de Moscú. Su elección le había sorprendido. Pero Codovila y Stepanov, que pensaban dirigir nuestro Partido entre bambalinas, eligieron un hombre de poca preparación para obligarle a depender más de sus «consejos». Y en José Díaz encontraron al hombre ideal. De escasa dotación cultural, provinente del apoliticismo anarquista, debería apoyarse en los delegados de Moscú para desempeñar su misión de Jefe del Partido Comunista. José Díaz tenía fe en ellos y una gran admiración por Stalin.

Pero sobre todas estas condiciones tenía una: era un obrero revolucionario, un español y una persona honrada.

—Tú sabes bien, querido Pepe, que el pacifismo no ha sido nunca aceptado por los comunistas como una corriente revolucionaria. El VII Congreso de la I. C. destaca como una línea de fuego la necesidad de la lucha contra los provocadores de guerras. La Unión Nacional contra el fascismo y la guerra es el grito del Congreso.

Y ese grito corresponde en primer lugar a los intereses de la Unión Soviética. Los acontecimientos de Alemania, la subida de Hitler al poder, han alterado el equilibrio de fuerzas existentes en Europa y la URSS teme que la política exterior del «führer» rompa su marcha agresiva hacia el Este. El equilibrio establecido por el Tratado de Versalles se está viniendo abajo. El tratado de Rapallo, que garantizaba a la URSS desde hacía muchos años la alianza con Alemania, va siendo sustituido por las crecientes exigencias del «Mein Kampf». Este hecho cambia todo el panorama internacional para la Unión Soviética. La URSS se ha precipitado a buscar nuevos aliados. Y en mayo de 1935 firmaba en París el pacto franco-soviético y casi simultáneamente otro semejante con Checoslovaquia. Al cambiar la estrategia de Moscú tenía que cambiar también la táctica de la I. C.

—Pero sea como fuere convenimos en que la política de Frente Popular es justa —argumentó Díaz.

—Sí. Pero servirnos de ella para dar un golpe a la reacción, y cuando se lo hemos asestado revolvernos contra nuestros aliados es marchar por el camino que empujó a Hitler al poder. En Alemania toda la táctica de Moscú estuvo orientada a aplastar a la socialdemocracia. Y no se reparó ni en buscar la alianza con los nacional-socialistas.

—¿Luego tu opinión concreta es que todos los movimientos tácticos de la I. C. corresponden a los intereses de la política exterior de Moscú? —me preguntó Díaz.

—En general, sí

—Eso nos lleva a la conclusión de que los comunistas no somos otra cosa que servidores de la política del Estado Soviético.

—Esa es mi opinión.

—Pero sirviendo a la URSS, ayudándola a fortalecerse, nos ayudamos a nosotros mismos, ¿no es verdad?

—Es una verdad a medias. En mi opinión —dije— deberemos defender a la Unión Soviética con las uñas y con los dientes. Su sola existencia es un factor de movilización de millones de hombres que miran hacia Oriente con las esperanzas abiertas a un mundo mejor. Pero creo también que los Partidos Comunistas deberían tener más independencia y sobre todo una política auténticamente nacional. Seríamos más fuertes, más respetados, y nuestra ayuda a la Unión Soviética sería más eficaz.

—Estos bribones socialistas no tienen ni un pelo de tontos —comentó riendo Pepe—. Por algo llaman a nuestro periódico «La Gaceta de los Chinos».

—¡Naturalmente! Nuestro periódico habla más de los koljoses soviéticos que de lo que sucede en Extremadura o en el campo andaluz. Cualquier militante comunista se sabe de memoria la historia del Partido Bolchevique y no sabe cuándo se ha fundado en nuestro país el Partido Socialista. Y es que nos falta el sentido nacional y el alma española en nuestra política.

—Espera un poco, Jesús.

Díaz se levantó y en un vaso de agua puso un poquito de bicarbonato y lo tomó con avidez. «Esta enfermedad —dijo— está acabando conmigo. Los dolores de la úlcera son cada día más persistentes. Tendré que volver a operarme… Así no puedo trabajar. ¡Ah, qué gran medicina es el bicarbonato! —exclamó—. No cura, pero qué pronto calma el dolor». La cara de José Díaz era la de un hombre prematuramente envejecido. Tenía una lesión duodenal operada y nuevamente reproducida que le minaba implacablemente la salud.

—La Internacional Comunista —proseguí— tuvo desde su origen un carácter en gran modo sectario. Quien no pensara como los bolcheviques no podía convivir en su seno. Y el viraje más profundo en el orden Sectario lo imprime Stalin en el V Congreso al dar la consigna de «bolchevizar» las secciones de la I. C. Según las resoluciones del V Congreso, los Partidos Comunistas tendrían como supremo objetivo la defensa de la URSS, A partir de ese momento, nos transformaron en regimientos militarizados a las órdenes de Moscú.

—¿Quieres decir que nos han formado a imagen y semejanza suya? —apostilló Díaz.

—Exactamente, Pepe.

—Si no fuera por la fe que tengo en «El Bigotes» —así llamaba a Stalin—, me habrías dado motivos para estar cavilando un rato. Pero «El Bigotes» es un gran tipo. En sus manos están los hilos de la gran madeja revolucionaria del mundo. Y podremos no comprender las sutilezas de su juego, pero dudar… ¡nunca! —afirmó Díaz.

—No es dudar querer conocer la verdad en todos sus alcances —argüí.

—No creo que sea perder el tiempo reflexionar sobre esas y otras muchas cosas —asintió Pepe—. Pero lo que no alcancemos a comprender fácilmente deberemos suplirlo con nuestra confianza. No olvides —añadió— que nosotros somos una parte del todo, y que el todo lo es la URSS, y lo que aparentemente está en contradicción con nuestros intereses, si favorece al conjunto, nos ayuda en definitiva. Es como un plan de una gran batalla. Cada mando recibe la orden parcial de su participación en la pelea. En unos los objetivos serán aguantar; en otros, avanzar; en tal o cual, retroceder. Visto aisladamente, el plan resultaría un pandemónium, pero visto en conjunto, es una obra de arte con un propósito definido y claro.

El razonamiento de Díaz tenía cierta lógica y no me costó gran trabajo allanarme a él. Mis inquietudes, en aquel momento, no eran tan grandes que no pudieran ser fácilmente sometidas por la fe.

* * *

La situación se agravaba a pasos agigantados. Gil Robles declaraba el 6 de marzo:

«El triunfo de las izquierdas es para nosotros un mero episodio pasajero».

El día 7 el diario «La Época», órgano de Calvo Sotelo, escribía:

«España necesita una sola cosa: un corazón de hombre».

Y para que no existiera duda de lo que buscaba, completaban sus deseos diciendo que ese corazón debía existir entre los hombres «que una madrugada de agosto, sobre la sangre de Recoletos, estallaban en voluntad de morir por España»[2]

[2] En 10 de agosto de 1932 el General Sanjurjo se sublevó contra la República, librándose la lucha, en la que fue vencido, en el paseo de Recoletos, en Madrid.

Los derrotados del 16 de febrero no ocultaban sus propósitos. Su ataque a fondo iba a comenzar.

Azaña sustituye a Alcalá Zamora en la Presidencia de la República.

Ante el nuevo Presidente, cruzado por la bandera tricolor, desfilaron, jinetes en su palabra de honor, los jefes militares conjurados: Goded, Cabanellas, Queipo de Llano, Fanjul, Mola y las bendiciones del obispo de Madrid-Alcalá. Felicitaciones y juramentos de fidelidad… mientras que en el tono agresivo de los periódicos, en el aire de la calle, se adivinaban los propósitos de sublevación.

Las bandas falangistas van precisando planes y nombres. Señalan las nuevas víctimas. Se descubre la preparación del atentado contra Azaña.

La ofensiva es completa. Mientras las pistolas preparan a tiros un clima de violencia, los autos, cargados de joyas, franquean tranquilamente las aduanas. Los cuentacorrentistas retiran sus capitales. Los patronos cierran las empresas.

«El Gobierno del Frente Popular —dicen— es incapaz de restablecer el orden, de asegurar la tranquilidad. Hace falta un Gobierno de fuerza. Hace falta un general salvador».

España entera crujía en su ballestaje bajo el peso de la protesta popular.

* * *

En la redacción de «Mundo Obrero» recibí la visita de un simpático voceador de nuestro periódico. Le llamaban «El Manías». Era un auténtico desarrapado, cuyas ropas, no sé por qué misterios de la ley de gravedad, se mantenían en su cuerpo. Tenía un tic nervioso que le hacía guiñar constantemente los ojos. Un día pidió el ingreso en las juventudes comunistas. Y se lo dieron. Durante los años del bienio negro, 1933-1935, cuando con harta frecuencia la Policía se incautaba de la edición de nuestro diario, «El Manías» tomaba un puñado de ejemplares, se iba a la Puerta del Sol, y frente a la entrada del Ministerio de la Gobernación comenzaba a gritar: «¡Mundo Obrero, el periódico que tiene los pelendengues de decir la verdad!». Y «*El Manías*» paraba en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Le pegaban una paliza y le echaban a la calle.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—Las siete.

—Creí que era más tarde. Todavía tengo tiempo —dijo y se quedó mirándome con cierto aire de embarazo.

—¿Para qué querías saber la hora? —pregunté para animarle.

—Por nada… es que…

—¿Te sucede algo?

—No… nada… mejor dicho, sí… pero no sé cómo empezar.

«El Manías» me miraba, se mordía el labio inferior y sus guiños se hacían más frecuentes.

—¿Me das un cigarrillo, camarada Hernández?

Le di un cigarrillo, tomé otro y fumamos. Pasó un minuto y «El Manías» seguía silencioso. «Sin duda —pensé—, querrá pedirme algo y no se decide». Sin dejar de dar vueltas al cigarrillo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, como si contemplase las duelas del piso, no salía de su mutismo.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirí en tono de confianza.

Silencio.

De pronto dijo con brusquedad:

—Vamos a matar a un hombre —y añadió—: tenemos que matarle, ¿sabes?… hoy mismo… dentro de un rato…

Y, ganado por los nervios, terminó tartamudeando:

—… y es contra mi voluntad… sí… yo no quisiera… pe… pe… ro es necesario.

—¿Y por qué diablos tenéis que matar a nadie? —pregunté intrigado.

—Porque ellos nos han matado ya a dos vendedores del periódico y han herido a otros —dijo procurando dar a su voz una entonación de firmeza y convicción.

—¿Y quién te ha dicho a ti y a los de tu célula que debéis contestar al crimen con el crimen?

Nuevo silencio.

—¿Dime quién? —pregunté imperioso.

—Nadie. Pero nosotros debemos demostrar que no les tenemos miedo. De otra manera nadie querrá vender el periódico.

Unos años antes, en mi época de terrorista, cuando un desvarío nihilista nos impulsaba a solucionar los conflictos económicos o las diferencias políticas a balazos en las encrucijadas de las calles de Bilbao; cuando una monstruosa concepción del «heroísmo» nos empujaba al crimen como la forma suprema de la lucha de clases o del diálogo político, en esa época salpicada de sangre, las palabras de «El Manías» me hubieran parecido la más elevada expresión de la defensa de los ideales… y del sexo revolucionario. Ahora me producían angustia. La sensación del crimen me provocaba un malestar físico casi indefinible. No era la muerte o la sangre en el combate frente a frente, sino la espera calculada, el acecho cobarde en las sombras, la acción impune que corta la vida de un ser, de un hombre… ¡porque piensa de forma distinta a la nuestra! Matar por pensar de distinta manera política revela una intoxicación del alma que hace del hombre el verdugo de sus semejantes. El crimen político, por muchas que sean las razones que se aleguen, es siempre un crimen, y quien lo realiza, un criminal.

Miraba a «El Manías», al desdichado «lumpen», que por un sentido equivocado del deber y de la lucha se proponía adentrarse en el mundo del crimen político, con las vacilaciones del obseso, con la inquietud del que teme pecar, pero que no sabe resistir la tentación.

—Y si es contra tu voluntad, ¿por qué quieres cometer el crimen? —interrogué.

«El Manías» no respondía a mi pregunta.

—Di, ¿por qué?

«El Manías» se levantó y dio unos pasos.

—Creo que no hay más remedio… Será un servicio al Partido. Creo…

—Tú sabes que el Partido es contrario a todo terrorismo individual. Eso no conduce a nada. A los atentados terroristas contestamos con la acción de masas. Es lo único que paraliza las pistolas. Sabiendo esto, ¿por qué proyectáis atentados?

—Sólo lo haremos por esta vez… Les demostraremos que tenemos c…

—He conocido esos estados de ánimo. Y también tu especie de rabia… Hace años, ¿sabes?… Por eso te ordeno que busques a tus camaradas y les digas que el Partido les expulsará a todos si cometen el atentado. Y ahora, vete —dije imperioso.

—No es fácil —dijo con lentitud— convencer a los demás cuando no está convencido uno mismo.

—Si tienes alguna dificultad, los traes a todos aquí —dije.

—Yo soy muy bruto. La verdad es esa, soy muy bruto. No debí venir a decirte nada. Eso es… nada… ¡Nada!

Y mañana os hubierais enterado… y listo.

—A vuestro atentado contestarían con otros. Sentiréis la necesidad de responder. Y ellos a su vez. Una cadena, «Manías», una cadena estúpida de sangre, violencia y desesperación. Ese puede ser su juego, nunca el nuestro.

—Está bien, camarada Hernández.

—¿A qué hora es la cita?

—A las ocho y media.

—Pues andando, que son las ocho dadas.

«El Manías», que meses después caería acribillado a balazos ante las puertas del Cuartel de la Montaña, salió preocupado y silencioso. Comprendí que en aquel sencillo y desarrapado vendedor de periódicos se compendiaba toda la indignación ahogada y reprimida de la España Popular. En la tierra ensangrentada germinaba el odio y la violencia. Miles y millones de hombres comenzaban a pensar como «El Manías». Eran los heraldos de la gran tragedia que se avecinaba.

* * *

El 14 de abril amaneció un hermoso día de efemérides sensacional. La noche anterior los jóvenes socialistas y comunistas vigilaron los Ministerios, los cuarteles, los domicilios de las organizaciones obreras, la calle alarmada de Madrid. En los corros de los obreros, de los sindicatos, en los vestíbulos de los clubs, en los saloncillos de la Prensa en Teléfonos, en las antesalas de la Dirección General de Seguridad, se decía sin ningún recato:

—Los fascistas preparan una provocación para el 14 de abril.

Jamás se ha conspirado en ningún país ni en ninguna época con tanta impunidad y tan libremente como en España durante este período.

Los andenes de la Castellana estaban rebosantes de gente. El pueblo de Madrid acudió dispuesto a impedir con sus pechos el éxito de la proyectada algarada.

Desfilan los uniformes de gala, los armones de artillería, la bandera tricolor. De pronto, sofocado por los pasodobles militares, se oyó un sonido seco. Piafaron los caballos de la escolta presidencial, crujió un oleaje de multitudes y se oyeron los gritos iracundos:

—Una bomba, allí, en la tribuna de Azaña.

Como una señal, crepitó en distintas direcciones una cinta de disparos. Se tiraba sobre un blanco seguro, sobre la multitud que presenciaba el desfile militar conmemorativo de la proclamación de la República en 1931.

Y la multitud no se replegó empavorecida. La multitud se estuvo quieta, fundió sus filas y buscó a los pistoleros, los encerró en su fuga y se colocó de frente, con los dientes y los puños para aplastarlos. Allí mismo quedó muerto un alférez de la Guardia Civil, a quien sorprendieron disparando su pistola tras de un árbol.

El pueblo no se dejaba matar sin defenderse. El pueblo estaba dispuesto a luchar.

Al día siguiente el cortejo fúnebre del Guardia Civil desfilaba agresivo por las calles madrileñas. El féretro iba envuelto en una bandera con los colores de la casa de Borbón. Los acompañantes desfilaban con el brazo oblicuo a la romana. Gritaban:

—Hay que pasar el cadáver por el Congreso.

—Hay que deshacer a tiros a la chusma marxista…

Fulgen las pistolas, suenan los primeros disparos. Todo el trayecto de la comitiva es una provocación sangrienta. Madrid es durante una hora pasto de los desmanes provocativos, que tantean la decisión del Gobierno y el espíritu del pueblo.

Madrid respondió a la provocación. Al día siguiente la capital de la República paralizaba todas sus actividades. La huelga general era el anuncio al Gobierno de que el pueblo exigía medidas drásticas contra los desmanes de la reacción.

En el Parlamento, Casares Quiroga afirmaba:

—Contra el fascismo asesino, el Gobierno se siente un beligerante más.

Pero los generales reaccionarios siguen en sus puestos y los jefes políticos de la inminente sublevación pronunciando discursos subversivos en el Parlamento.

La guerra civil, de hecho, había comenzado. No eran aún las batallas con frentes, con planos, con estados mayores, con la tierra dividida por fronteras de fuego. Pero eran ya las dos Españas irreconciliablemente enfrentadas, cada una en la arena de su lucha, midiendo sus fuerzas.

* * *

El complot ultima sus detalles durante los meses de mayo y junio. Los militares comprometidos, señalados por todo el mundo, siguen en libertad. El Gobierno no se decide a proceder contra ellos porque teme precipitar el golpe reaccionario y porque teme la acción revolucionaria de las masas. ¿No era posible impedir lo uno y lo otro?

Así transcurría la vida del Gobierno.

Las pistolas de falange siguen segando vidas de antifascistas. Derriban a tiros al capitán de Asalto, Faraudo. Poco después acribillan a balazos al teniente Castillo. Aquella madrugada la paciencia de los compañeros de Faraudo y de Castillo, de los hombres que se veían asesinados por el delito de ser fieles al régimen, no admite dique de contención. Y la revancha popular, los hombres que pensaban como «El Manías», ejecutan a Calvo Sotelo, al jefe más representativo de la otra España.

En Madrid y en toda España ni se duerme, ni se descansa, ni se afloja la tensión. Todos los días se espera la noticia de la sublevación, todas las mañanas amanece con el temor de que se haya encendido la gran hoguera.

El 17 de julio la radio de Madrid anuncia:

«Se ha sublevado la guarnición de Mejilla».

Resuena una palabra poderosa que batanea todo el país:

—¡Armas!

El Gobierno sigue sin comprender que ya no tiene más fuerza que esa que se ha puesto a la vanguardia de España: los obreros, los campesinos, los escritores, los hombres del yeso y del hollín, los amantes de la libertad y de la democracia, que clavan su consigna: «¡Armas!» Y el Gobierno dimite.

Amanece el 18 de julio de 1936.

De la historia del pueblo español se ha escrito mucho. Unos con más razón y otros con menos, cada cual ha querido encontrar en esos treinta y dos meses de epopeya las páginas de su heroísmo. Pero sobre la gloria y la verdad de nuestro pueblo han caído con afanes de saqueadores los exégetas del comunismo staliniano, la ganzúa de los escritorzuelos pagados en rublos, tratando de perpetrar el más villano atraco a la verdad histórica. No ignoramos que entre los comunistas, durante la guerra, hubo —los hubo también en todos los partidos y organizaciones del Frente Popular— auténticos valores humanos que se batieron y murieron lealmente por la causa de la libertad. Para ellos, todos nuestros respetos y nuestra gratitud emocionada. Pero por ellos, y por los cientos de miles de muertos caídos con las banderas republicanas desplegadas en la garganta, tenemos el deber de denunciar a esos falsificadores de la historia, gritando a los muertos y a los vivos la servil dependencia de los «dirigentes» del Partido Comunista de España, quienes bajo la inspiración de sus mandatarios del Kremlin ensuciaron la limpia causa por la que se batía el pueblo español.

CAPITULO II

COMIENZA la traición del Kremlin. ¡Armas! ¡Armas! ¡Armas! El primer atraco a nuestra fe. Reunión del Buró Político. Moscú manda «consejeros», pero no envía armas. Stalin asesina a sus consejeros en España. Moscú se lleva el oro español.

SONÓ el timbre del teléfono.

—¿Quién habla?… Sí, el mismo.

—¿Reunión del Buró?… ¿A qué hora?

—A las cinco estaré allí.

—¿Duelos y Togliatti? ¡Me alegro que hayan venido! —Salud, Checa.

Sentado en el fondo de mi despacho de la dirección del periódico, mi secretario, Cimorra, preguntaba:

—¿Algo más, camarada Hernández?

—¿Terminaste el editorial?

—Sí. Aquí está listo.

—Venga.

Cimorra, periodista de fina y ágil pluma, era mi más inmediato colaborador. Di un vistazo a las cuartillas y puse en ellas el visto bueno.

—Acompáñame —le dije:

—¿A dónde vamos?

—A Francos-Rodríguez.

—¿Al Quinto Regimiento?

—Exactamente. Necesito ver a Juan de Pablo antes de la reunión del Buró para saber cómo están las cosas. Llama a Mena y dile que nos vamos.

Dos minutos después se presentaba el jefe de mi escolta, un antiguo camarada de mis años mozos en Bilbao, al que estimaba por sus prendas de lealtad, de ruda franqueza y de honradez. Era alto, desgarbado, con tinas piernas larguísimas que arrastraba al andar, como escobas que estuvieran barriendo. Tenía dos pasiones: la filosofía y su «Ácrata», como llamaba a su mujer, una excelente compañera que admiraba a Kropotkin y a Nietzsche.

—¿Llevo a la «Ácrata»? —me preguntó Mena.

—Tráela si quieres… Es asunto tuyo.

—¡Cómo que si quiere! ¡Aquí estoy y voy con vosotros porque me da la gana! —dijo la «Ácrata» poniéndose en mitad de la puerta en actitud de desafío. Y dirigiéndose a mí—: ¡Qué bonito! Toda mi vida metida en la cocina, de fregona, esperando que se

«vuelva la tortilla» y cuando comienzan los tiros me vais a dejar aquí. Pues no, señor; no me quedo —y volviéndose hacia su marido—. ¿Y tú qué… so atontao? ¿Para qué me has dado esto? —y su mano acariciaba un enorme pistolón que pendía de su cintura.

—¡Bueno, bueno! Tengamos la fiesta en paz —dije bromeando—. Vámonos todos; pero sin pleitear, ¿eh?… o te dejamos en tierra.

—¡Oh, Zaratustra! No restalles tan espantosamente el látigo. ¡Tú lo sabes bien: el ruido asesina los pensamientos! —declamó la «Ácrata» festivamente.

Soltamos todos a reír.

Abordamos el coche, que partió veloz por las calles convertidas en campamentos. En aquella tarde caliente de julio, Madrid tenía una alegría de cartucheras relucientes, de bayonetas, de sables, de pistolas. Miles de muchachos y muchachas, con el mono azul de los milicianos y con los primeros fusiles en las manos, ¡fusiles conquistados al enemigo en el Cuartel de la Montaña! Instructores espontáneos enseñaban a los jóvenes el manejo de los máuseres. Pasó una camioneta llena de gente enardecida que entonaba las primeras canciones de guerra. Llevaban una bandera republicana desplegada como la vela de un barco.

—¿A dónde van? —preguntó Cimorra.

—A la Sierra —contestó Mena.

«A la Sierra —pensé yo—. A tapar con su carne joven las brechas por donde se vuelca el fuego que va a devorar a España».

El cuartel del Quinto Regimiento había sido sede de un antiguo convento. Ahora se respiraba allí otra devoción. Tan mística la una como la otra. Antes enseñaban allí a bien morir; ahora, a matar bien. De ese cuartel saldrían los primeros capitanes del pueblo y las primeras compañías militarizadas a las que la lira del poeta cantaría:

«Las compañías de acero Cantando a la muerte van…»

—¡Hola, De Pablo!

—Salud, Hernández.

—¿Qué noticias tenemos? —pregunté.

—Las más graves son las de Somosierra. El general Mola se acerca con mucha fuerza.

—¿Hay con qué contenerlo?

—Sí y no. Hombres y corazón tenemos de sobra. Pero nos faltan mandos militares y armas, sobre todo armas —recalcó De Pablo, instructor sindical de origen rumano que se hallaba en España y que fue el primer voluntario internacional que se sumó a nuestra lucha.

Me acerqué a la ventana. En el patio, bajo un sol abrasador, grupos de hombres se movían rítmicamente.

—Un… Dos… Tres…

—Un… Dos… Tres…

—Armas, Hernández, armas. De eso va a depender todo en lo sucesivo —repetía De Pablo.

Entró un correo con su mono lleno de polvo y la cara sudorosa. Se detuvo junto al dintel de la puerta.

—A la orden, comandante De Pablo —dijo cuadrándose.

Aquel ejemplo de disciplina me produjo honda impresión. Era el síntoma de una necesidad que el Quinto Regimiento se propuso cumplir: crear un nuevo Ejército Regular y Popular.

El correo extrajo del bolsillo una carta y se la entregó.

—Nuestras fuerzas están en el Alto de los Leones, pero piden artillería y morteros para sostener la posición —me informó De Pablo.

Había dado comienzo la angustia de las armas. Desde el primer latido de la lucha hasta el último aliento de nuestra resistencia nos había de atormentar un deseo: ¡armas!, ¡armas!, ¡armas!

Rápidamente me trasladé a la Dirección del Partido.

Sentados en torno a una mesa oblonga, Díaz, Pasionaria, Mije, Uribe y Checa. Revueltos con ellos, Codovila, Stepanov, Gueré, Togliatti y Duelos.

Saludos de unos y de otros.

—¿Comenzamos? —preguntó Díaz.

Asentimiento general.

Díaz desdobló una cuartilla, y después de consultarla comenzó a decir:

«En los tres primeros días del movimiento subversivo se han logrado grandes victorias. En lucha tremendamente desigual, las masas han derrotado a los generales sublevados en los principales reductos militares y en las provincias más importantes. El mapa político-geográfico de la República ha quedado trazado así:

»Madrid, Guadalajara, Cuenca, Toledo (a excepción del Alcázar), Cáceres, Badajoz, Jaén, Málaga, Almería, Cartagena, Murcia, Alicante, Ciudad Real, Albacete, la región valenciana, Cataluña, el país Vasco, grandes partes de Asturias, Santander y Aragón y la isla de Menorca…»

La voz de Díaz, en recuento frío de aquella tierra leal, avivaba mis recuerdos de las jornadas pasadas, de aquellos ríos humanos que se lanzaron a sitiar con su carne y con sus huesos el fortín cuartelario de la Montaña. Aquel viejo cañón, sobre cuya seguridad se hacían conjeturas… La alegría cuando comenzó a disparar contra la fachada pétrea del cuartel… Y toda aquella masa sin orden, sin armas, lanzada como una catarata sobre el parpadeo frenético de las ametralladoras fascistas, entre nubes de polvo, sobre la sangre y sobre la vida… ¡Pobre «Manías»! Su cuerpo quedó acribillado sobre la Plaza del Príncipe Pío…

—… en total —seguía diciendo Díaz—, la mayor parte del territorio, la mayor densidad de población, las fuentes de materias primas fundamentales, los centros industriales más importantes y la mayoría de las fábricas de guerra. Casi todas las unidades de la Escuadra…

Miré a Togliatti, que seguía atento el curso del informe, mientras entretenidamente limpiaba sus gafas con papeles de fumar. Gueré se había levantado y miraba por la ventana a la calle con una fijeza de sonámbulo. Después supe que padecía insomnio. Duelos, rechoncho, hundido en la butaca, resultaba una bola de carne. De cuando en cuando tomaba notas en un cuadernito. Stepanov, con el rostro de un verde-amarillo por la afección de hígado que padecía, tenía su mirada clavada en la pequeña y delgada figura de nuestro secretario. Era viscoso y antipático. Su rostro, inexpresivo. Codovila, con más de 100 kilogramos, tenía un aire de cargador de muelle intelectualizado. Se había despojado de la chaqueta y se limpiaba el copioso sudor que el calor y la grasa le

producían. «Cuando Togliatti y Duelos han llegado —pensé—, sin duda traerán cosas importantes que comunicarnos».

«… estos éxitos iniciales —seguía informando Díaz— pueden verse comprometidos si no forjamos rápidamente nuestros cuadros de mando, si no organizamos la producción intensiva de armas, si no logramos obtener en los mercados extranjeros el material de guerra necesario. Hasta ahora la iniciativa popular ha suplido todas las deficiencias. Los facciosos se han tropezado con un imponderable con el que no habían contado: la iniciativa y la combatividad del pueblo, que, golpe a golpe, les ha desquiciado sus planes de campaña. Pero necesitamos urgentemente armas para explotar nuestros éxitos iniciales».

«¡Armas, armas!» También al Buró Político había llegado la voz imperiosa de la España republicana: «¡Armas… armas!»

—Esta tarde —comenzó diciendo Checa, secretario de organización de nuestro Partido— hemos hablado con el Presidente del Consejo de Ministros. Hemos tratado el tema de la compra de armas en el extranjero. Al parecer, las primeras gestiones han tropezado con inesperadas dificultades. Inglaterra se niega de plano a facilitarnos la adquisición de material en sus dominios. Francia titubea, a pesar de tener firmado un tratado con nuestro Gobierno, en virtud del cual España se obliga a comprarle preferentemente las armas que necesite para su defensa. Estados Unidos se ha apresurado a decretar el embargo sobre las armas que ya habían sido compradas y embarcadas en el momento de la sublevación.

—Pero la URSS puede mandarnos las armas que necesitamos sin dilaciones y sin titubeos —apunté.

—Poco a poco, amigo Hernández —contestó Duelos—. Las cosas no son tan simples. La URSS debe tener en cuenta la posición de las potencias democráticas. Una acción unilateral puede acarrearle serias complicaciones.

—No veo la razón.

—Pues es bien simple: si en Francia y en Inglaterra no hay una decisión favorable a la ayuda es por temor a la guerra con Alemania. Si la URSS, con su auxilio a la República, debilita sus lazos con estas potencias, puede aislarse peligrosamente, que es lo que busca la diplomacia alemana.

Mientras hablaba hacía con las manos un movimiento como si estuviera amasando pan. «Debe ser un movimiento reflejo de su vieja profesión de panadero». Este pensamiento me hizo sonreír.

—Creo que el problema está mal planteado —dije—. Hay que partir del hecho concreto de que nuestro Gobierno es el Gobierno legítimo de España, reconocido por todos los países del mundo. Es miembro de la Sociedad de las Naciones. Los principios de la Sociedad de las Naciones establecen claramente el derecho de cada Gobierno a adquirir las armas necesarias para su defensa. La URSS no tiene más que atenerse a este derecho internacional para vendernos cuantas armas queramos comprar.

—Ese es el derecho formal. En la vida real las cosas suceden de manera diferente —terció Togliatti.

—A la hora de aplicar los Códigos y las leyes internacionales cada nación ve sus propias conveniencias, y nada más —aclaró Duelos.

—Eso puede ser valedero para la diplomacia burguesa, pero no creo que a la URSS pueda amarrarle las manos la actitud de los Estados capitalistas, pues cada vez que se

trate de aplicar Derecho Internacional a favor de un país revolucionario, los capitalistas ignorarán sus propias leyes.

—El tratado franco-soviético es la mayor preocupación de Hitler. Toda la diplomacia del Tercer Reich tiende a acabar con él. Sería torpe que la URSS arriesgase ahora la colaboración con las democracias occidentales —insistió Duelos.

—Esa consideración puede llevarnos a pisar terrenos peligrosos —objeté.

—¿Qué terrenos?

—Los del apaciguamiento, las concesiones… En fin, a ignorar nuestros principios internacionalistas.

—Nuestros principios tienen hoy el valor que les presta la existencia de la URSS —afirmó el antiguo panadero francés.

—Eso no es verdad —respondí secamente.

Se hizo un silencio.

Gueré había dejado de mirar a la calle. Sus ojos soñolientos me miraban. Stepanov me miraba. Togliatti, Duelos, Checa, Mije, todos me miraban con cierto aire de asombro. ¿Cómo era posible que en el Buró Político osara alguien discutir la razón o sin razón de la política de la URSS? Adivinaba sus pensamientos. Sólo José Díaz estaba al tanto de mi manera de pensar y, cuando menos, reconocería en mí el ser leal conmigo mismo.

Apoyado en el respaldo de su sillón, Togliatti, frío, doctoral, comenzó a decir:

—La lucha del pueblo español se ha iniciado en condiciones poco favorables para la República. Y, por sus antecedentes, la contienda desbordará las fronteras nacionales para adquirir su auténtico carácter de choque entre dos bloques. La URSS debe cuidar su seguridad como la niña de sus ojos. Cualquier acción precipitada puede motivar el rompimiento del equilibrio actual y apresurar la guerra hacia el Este. El error de Hernández es comprensible. Pierde de vista esta realidad y sólo ve los deberes del país socialista con el corazón, no con la cabeza.

—No soy ni sentimental ni romántico; soy un comunista que ha ayudado a promover huelgas generales en mi país por Thaelman, Rakosi, los negros de Scottsboro, los Schutzbund austriacos, los comunistas chinos, etcétera, en nombre del internacionalismo proletario. En estas luchas he salido a las calles y unido a los antifascistas españoles, me he jugado la vida… por la vida de los otros. Lo hacía no por romanticismo, sino persuadido de que cumplía un deber.

—La URSS está moral y políticamente al lado del pueblo español —dijo Codovila— y…

—También lo está el pueblo francés —interrumpí— y los hombres progresivos de los Estados Unidos, y, sin embargo, sus Gobiernos han comenzado a bloquearnos.

Intervino nuevamente José Díaz:

—Me interesa una cosa: ¿esas opiniones son personales de la delegación o son oficiales?

—Estas opiniones nos las ha facilitado el embajador soviético en París antes de nuestra salida para España —contestó Duelos.

—Luego podemos considerarlas oficiales —indicó Díaz.

—Justamente.

—Entonces, no hay por qué discutir más este asunto —concluyó Díaz.

—A título informativo podemos decirles a ustedes —agregó Duelos— que Stalin prepara una declaración pública en favor de la España republicana. Eso será de un gran efecto moral y político, una gran ayuda para el Partido.

—No hay por qué apurarse, señores. Ponemos en marcha las fábricas de guerra, transformamos las civiles en militares y… ¡a producir lo que necesitemos! —dijo Mije con su habitual ligereza de juicio.

—Si se tratara de una guerra en la que unos y otros nos valiéramos exclusivamente de los recursos nacionales las cosas serían así de simples —aclaró Díaz contestando a Mije—. Desgraciadamente no es así. Conocidas son ya las ofertas de Mussolini a los facciosos y a estas horas seguramente están recibiendo armas y hombres italianos. En cuanto a Alemania, tampoco es un secreto que Sanjurjo solicitó y obtuvo de ella seguridades de apoyo.

—Siendo así, la URSS también podrá echarnos una manita bajo cuerda. Nadar y guardar la ropa —insinuó Mije, riendo su sagacidad.

Una mirada insistente, próxima a la reprimenda, de Stepanov convenció a Mije de que acababa de decir una impertinencia.

—La URSS hará aquello que crea que debe hacer. No somos nosotros los que debemos aconsejarla —replicó ásperamente Duelos.

Salí de la reunión malhumorado. Tomé el coche y ordené que me condujeran a mi casa. Tenía necesidad de estar solo, de roer mis propias dudas en la soledad, para que nadie pudiera sospechar la clase de ideas que me bullían y atormentaban.

Cimorra discutía con Mena, mientras el coche rodaba despacito, sin luces, por las calles oscuras de Madrid.

—La libertad —decía Cimorra— exige acción eficaz y no muertes heroicas, que mañana servirán para ilustrar los manuales de historia con relatos patéticos.

—Yo me cisco en la historia. Pero ¿qué podemos hacer con escopetas viejas y con pistolas de museo ante las ametralladoras, los cañones y los aviones sino morir como hombres? —replicaba Mena.

—Eso ha servido estupendamente para la lucha en las calles, en las ciudades, para sofocar la sublevación; pero ahora es la guerra, Mena, la guerra con todas sus exigencias. Ya no se trata de morir con gesto sublime, sino de vencer, de ganar la guerra para vivir… para que viva nuestro pueblo.

—¡Alto! —gritó un vozarrón en las sombras.

—¿Qué leche pasa? —exclamó Mena.

—¡Alto! ¡La consigna! —repitió la sombra del vozarrón.

—«Victoria o muerte» —dijo Mena bajando el tono.

—¡Adelante! —ordenó la voz en las tinieblas.

—No se ve nada —dijo la «Ácrata»—. La oscuridad me pone nerviosa.

—Consuélate con la esperanza de que amanecerá —dijo Mena.

—Tú que eres un aprendiz de filósofo, Mena: ¿Qué es la esperanza? —bromeó Cimorra.

—El consuelo de los incapaces.

—¿Y la fe?

—Algunos la consideran virtud. Otros, como yo, una injuria a la sabiduría.

«No le falta razón», pensé.

Nosotros teníamos una esperanza…

Nosotros teníamos una fe…

«La profesión más difícil es el oficio de ser hombre», escribió un día Gorki.

Encerrado en mi pequeño gabinete de trabajo recordaba estas palabras del gran escritor ruso. «El oficio de ser hombre»…

«¿Qué se precisa para ser hombre? —me preguntaba—. En primer lugar, tener conciencia y voluntad. El hombre debe ser una suma de la conciencia y de la voluntad. Conciencia para saber diferenciar el bien y el mal; voluntad para aceptar o rechazar lo que la conciencia dicte como deber. Cuando estas cualidades fallan, el hombre es un ser malogrado, incompleto, falto de hombría. El sexo, en este caso, no es otra cosa que la simple diferenciación del género.

»Estoy disparatando. Nunca se me ha ocurrido detenerme a reflexionar estas cosas».

Por el amplio balcón entraba la noche. Apagué la luz y lo abrí de par en par. La calma de la noche, del cielo limpio y de la calle vacía suavizaron mis nervios. Las sombras se perdían en el telón negro del suelo. Ni un ruido. Ni un disparo. Nada recordaba la guerra. Sólo las sombras, las tinieblas, hablaban del estado de prevención, de alarma en la capital de España. A pocos kilómetros los hombres estarían cayendo con el pecho cosido a balazos, embriagados por el olor áspero de la pólvora y de la sangre, convencidos de que morían en las primeras trincheras del antifascismo del mundo, de que el español era el brazo armado del gran ideal de libertad y democracia de la Humanidad… Y los Gobiernos de los pueblos libres y demócratas habían comenzado ya a preparar el dogal de la «no intervención»…

Había quedado profundamente afectado por las palabras de Duelos y de Togliatti. En ellas adivinaba una táctica soviética que podía llevarla hasta el abandono de nuestra causa, el desentendimiento de nuestra guerra. «¿Será posible —me preguntaba— que llegue hasta a negarnos las armas? No; no es posible. Stalin no puede dejar de comprender que una victoria de la reacción en España hundiría toda la política de Frentes Populares en Europa y llevaría el desaliento a todos los demócratas del mundo. Por el contrario, nuestra victoria reanimará la fe de los pueblos en sus destinos de libertad y reforzará su lucha contra el fascismo de todos los colores.

»¿Pueden los intereses de nuestro pueblo ser opuestos a los actuales de la Unión Soviética? ¿Puede nuestra guerra no convenir tácticamente a los propósitos de paz y seguridad de la URSS?»

Las palabras que Díaz me había dicho hacía unos meses golpeaban mis sienes: «… somos una parte del todo… el todo es la URSS… Cada mando recibe la orden parcial de su participación en la pelea… Unos avanzar, otros retroceder…»

Me ardía la frente. Todos los arcos de mi fe estaban en tensión defensiva, protegiéndome contra la evidencia.

De lejos llegó el eco de unos disparos. Después, con intervalo de unos segundos, se oyeron otros… Luego otros.

«Algún control ha debido disparar… Los coches fantasmas… el frente interior…»

Cerré el balcón. Quería dormir. En mí cabeza bullían mil ideas…

«El oficio de ser hombre»… Gorki… Moscú… Stalin… «El error de Hernández»… Pienso con el corazón… no con la cabeza… «La URSS hará aquello que crea que debe hacer»… «Peligro de aislarse»… Guerra hacia el Este… Y el pueblo español… ¿qué?… ¡Diablo de Mena!… La fe, una injuria a la sabiduría… ¡No tiene un pelo de tonto! «Una

parte del todo»… Si me dejara llevar de mis suposiciones gritaría: «Nuestra mística es puerca…»

Después nada.

* * *

Habían pasado los primeros días. Y también las primeras semanas. La República no sólo había vencido en los principales puntos del país, sino que detuvo la ofensiva fascista en Guadalajara y Somosierra. Y esta superioridad de las armas republicanas se produce también en Levante, Extremadura y Cataluña. Algunos de los avances logrados por los facciosos en este período se debían, más que a otra causa, a la actitud poco leal de algunos jefes militares que, más cerca del enemigo que de la propia República, procuraban sabotear y desorganizar nuestras posiciones.

Si en estas primeras semanas Stalin, en vez de enviarnos «consejeros» y «técnicos», nos hubiera enviado armas, los golpes al enemigo hubieran sido mortales.

Los milicianos comienzan a retirarse bajo el alud de fuego del enemigo. Se retiran deshechos, con el sueño de días y más días aguijoneándoles los ojos y nublada de algodón la cabeza; con la garra amarilla del hambre en el estómago, con el cansancio de kilómetros y kilómetros en los pies sangrantes. Eran repliegues mojando de sangre la tierra, con sacrificios aislados, tremendos, que la historia no suele recoger. Aun diezmadas, sin municiones, sin artillería, sin aviación, las bravas milicias peleaban hasta la muerte. Era preciso pelear así, como fuese. Sin cartuchos, si no había cartuchos; sin ametralladoras; con los machetes, con las navajas, con los puños… Cuando no quedaba un disparo más, calaban las bayonetas y esperaban…

—Lo esencial —me decía un día Goriev, uno de los principales jefes militares soviéticos— es ganarles la carrera de armamentos a los franquistas. Ellos están recibiendo ya aviones y carros de combate de Italia.

—Y nosotros carecemos hasta de lo más indispensable —dije.

—Sí… Esos aviones italianos que aterrizaron forzosamente en Argel el 30 de junio indican que no pierden tiempo —afirmó Goriev.

—¡Y nosotros sin un solo avión apto que pueda hacerles frente! Todos los mercados se nos cierran. Sólo podemos comprar chatarra.

—No pasen cuidado —afirmó Goriev—. Ya hemos informado a la Casa[3] y espero que dentro de unos días estarán aquí nuestros aparatos.

—Pero —aventuré a decir— después de la actitud de Francia y de Inglaterra, de los proyectos de «no intervención», para la URSS será muy difícil proveernos de armas.

—Siempre hay un medio para hacerlo. Y si no existe se inventa.

—Como al parecer se está buscando un pretexto para aislar a la Unión Soviética, deberán ustedes proceder con mucho cuidado.

—Francia necesita más de nosotros que nosotros de ella —afirmó Goriev.

—Pero podría suponer empujar el peligro de guerra hacia el Este. ¿No?…

—Ese riesgo existe de siempre. Pero Hitler sabe que no somos mancos y que en este momento somos más fuertes que él —arguyó Goriev con cierta satisfacción—. Para Francia el peligro mayor, hoy por hoy, reside en que los hitlerianos se le sitúen a su

[3] Nombre con que designábamos en nuestras conversaciones a Moscú.

espalda, que a través del triunfo de Franco le amenacen en los Pirineos y en el litoral africano de Marruecos y de Argelia, y controlen sus comunicaciones con África del Norte. Esto le obligaría a rearmar su frontera del sur y a distraer muchas de las divisiones que tiene en los Alpes y en el Rhin, a triplicar su aviación y su marina en el Mediterráneo. España, en manos de Franco, son aeródromos que amenazarían fácilmente toda la Francia Meridional, que quedaría abierta o peligrosamente expuesta.

—Entonces, ¿cómo explicar esa política de miedo de Francia, esa negativa a facilitarnos la compra de armas? —pregunté.

—Usted lo ha dicho, Hernández: Miedo a la guerra y al contagio revolucionario de España. Algunos sectores reaccionarios de Francia e Inglaterra piensan que será más fácil entenderse con una España fascista que con una España revolucionaria.

—Sí —dije—. Para Inglaterra también es una amenaza sería que Alemania se le sitúe, mediante un dominio en España, sobre sus rutas marítimas más cortas.

—Ciertamente. Y si el sentido común no es cosa vana, Francia e Inglaterra deberán inspirar su política en los mismos intereses —claro que a la inversa— que mueven al «führer» y al «Duce» a intervenir tan decididamente al lado de Franco.

Goriev hizo una pausa. De uno de los amplios bolsillos del chaquetón sacó unos cigarros puros. Y con gesto obsequioso:

—¿Usted gusta?

—Sí, gracias.

Ofreció otro a Trilla, el traductor.

—¡Excelentes cigarros! —dijo, aspirando con deleite el humo del habano.

—¿Entonces, usted cree que una acción definida de la Unión Soviética en favor de España no pone en peligro el pacto franco-soviético? —pregunté.

—A mi modo de entender, no. Francia buscó fortalecer su posición frente a Hitler apoyándose en el poderío económico, técnico y militar de la URSS Las mismas condiciones, que hace poco más de un año indujeron al tratado, subsisten hoy.

Goriev inclinó la cabeza hacia atrás y se alisó con ambas manos los cabellos, con gesto de desperezo. Su voz reflejaba cierto cansancio.

—Desde que he llegado a España no he dormido cuatro horas seguidas —dijo haciendo un ademán confuso con la mano.

—Una última pregunta, Goriev. Como militar usted puede contestármela.

—¿Cuál?

—¿Podemos descartar el peligro de agresión de Alemania a la URSS en estos momentos?

—Absolutamente —contestó con firmeza—. Nuestro potencial de guerra es extraordinariamente superior al de Alemania. En armas tan decisivas como la aviación doblamos su poderío.[4]

—Pero ¿y sumando el suyo al de Francia e Inglaterra?… —aventuré.

---

[4] «En 1934 Alemania tenía 620 aviones, que podían arrojar de una sola vez 350 toneladas de bombas; en 1938 contaba con 4020 aviones, que podían arrojar 2995 toneladas. En 1934 nuestra flota aérea podía transportar en un solo vuelo 2000 toneladas de bombas, hoy puede transportar un 208 por 100 más, lo que significa que ha triplicado la cantidad de bombas que puede transportar de una vez». (Del informe de Vorochilov al XVIII Congreso del Partido bolchevique en marzo de 1939).

—De eso, ni hablar. Los reaccionarios anglo-franceses verían con mucho agrado que los rusos y los alemanes nos partiéramos la crisma. Pero descarto totalmente la posibilidad de una cooperación activa de estas potencias en favor de Hitler.

—¿Por qué?

—Porque el triunfo de Hitler sobre la URSS sería la sentencia de muerte para ellas. Lo único que hace tascar el freno a Hitler es el temor a la guerra en dos frentes.

Mi asombro iba en aumento. O bien Goriev estaba loco o los delegados políticos de Moscú mentían. El caso era que las opiniones de Goriev me parecían más sensatas y verdaderas que todas las trapisondas de los consejeros. En éstos todo eran temores; en Goriev, todo seguridad.

Si Alemania no estaba en aquellos momentos en condiciones de atacar a la URSS, si Francia no podía desligarse de la Unión Soviética por razones de seguridad inmediata y de perspectiva, si Inglaterra se hallaba en parecida situación a la de Francia, ¿qué es lo que impedía a la URSS realizar una política abierta y decidida a favor de la España republicana?

Mi confusión y desconcierto eran enormes. Me era difícil entonces llegar a comprender todo el alcance del juego innoble de la Unión Soviética. Ni Goriev ni yo sabíamos en aquellos momentos que, mientras con resonancia de trueno en las tormentas oceánicas retumbaban en los oídos del mundo las grandilocuentes palabras de Stalin: «La causa del pueblo español no es asunto privado de los españoles, sino la causa de toda la Humanidad avanzada y progresiva», el Kremlin, respondiendo a la consulta del Gobierno francés sobre cuál sería la actitud de la Unión Soviética si Francia se viera amenazada por prestar auxilio al Gobierno de Madrid, decía:

«El pacto franco-soviético de 1935 nos obliga a prestarnos una ayuda mutua en caso de que uno de nuestros dos países se vea atacado por una tercera potencia, pero no así en caso de guerra como consecuencia de la intervención de uno de nuestros dos países en los asuntos de un tercero».[5]

Cuando juzguemos a Francia, y al mismo León Blum, por haber concebido la «no intervención» deberemos pensar si no fue la política maquiavélica de Stalin la que engendró el monstruo que estranguló al pueblo español.

—Lo primero que necesitamos es aviación. La moral del combatiente decae cuando el adversario ataca con armas que no se pueden contrarrestar —dijo Goriev levantándose y disponiéndose a partir.

—Sí —corroboré—. La aviación es un arma que golpea con dos filos: el físico y el moral.

Un apretón de manos.

—Salud.

—Salud.

Le vi salir sonriente, con su eterno puro en la boca. Era el ruso menos ruso que había conocido hasta entonces. Hasta en su manera de vestir era distinto. Alto, espigado, con el cabello prematuramente canoso, casi blanco, daba la impresión de un gentleman inglés. Me le imagino caminando hacia el muro de ejecución —escoltado por las

[5] Declaración de Jules Moch, a la sazón Secretario General de la Presidencia del Consejo de Ministros con León Blum, citada por Julián Gorkín en su libro «Caníbales políticos».

tropillas de la NKVD, que habrían de asesinarle meses después— con la cabeza alta y altiva la mirada ante sus supliciadores. Me le imagino despreciándoles con los oíos, con el gesto, con el alma. «Soy —les diría con su silencio despectivo— uno de los cientos de miles de hombres que caer defendiendo la causa del pueblo español, "la causa de toda la Humanidad avanzada y progresiva", que Stalin está sacrificando en los campos ardientes de pasión, de idealismo y de fuego de la España republicana».

Al día siguiente de esta entrevista volví a encontrarle en el Estado Mayor que había instalado en el Cuartel General de nuestro Ejército. Le acompañaba Michel Koltzov, a la sazón redactor jefe de «Pravda», de Moscú, quien acababa de llegar a Madrid.

—Salud, camaradas.

Afable, Goriev me presentó a Koltzov.

—¿Cuándo llegan esas armas? —pregunté con familiaridad a Koltzov.

—¡Uf…! Cualquiera lo sabe… Lógicamente deberían estar ya aquí.

—Eso digo yo.

—Llegarán… llegarán —dijo Goriev masticando su puro.

—Supongo que nadie entre nosotros tiene interés en que España sea una nueva Abisinia —afirmó Koltzov.

—¡De ninguna manera! —aseguró Goriev.

—Si no nos damos prisa… —insinué.

—La revolución se ha vestido de soldado y sale de sus fronteras. Se acabó el período de las victorias fáciles del fascismo —proclamó Goriev con vehemencia.

No. Estos hombres no eran «agentes del imperialismo», no eran «enemigos del pueblo», no eran «espías de los alemanes» ni de los japoneses. A estos hombres les asesinó Stalin por su fidelidad al pueblo español; les asesinó porque, antes que nosotros, se dieron cuenta del juego sucio del Kremlin en España; les asesinó porque pedían armas, como las pedíamos nosotros; porque pedían los materiales bélicos que podían facilitarnos la victoria; porque no comprendían las dilaciones y las demoras; les asesinó porque veían perderse batallas que podíamos ganar con una mejor asistencia soviética; les asesinó porque fueron sensibles a la sangre y al dolor del pueblo español; les asesinó porque protestaron cuando vieron la calidad y la cantidad de las armas que Moscú nos mandaba;[6] les asesinó porque eran revolucionarios.

---

[6] Un episodio que relata D. A. de Santillán, en su libro «Por qué perdimos la Guerra», da una idea del armamento que se nos remitía. «… uno de nuestros barcos de defensa de costas, el «Francisco», detuvo un cargamento de armas con destino a las Brigadas Internacionales. Lo hicimos descargar en Barcelona y comprobamos que se trataba sólo de desechos inútiles de antes de la guerra de 1914-18, pagados sin discutir por el Gobierno Central. De tan mala calidad era todo que no tuvimos ninguna objeción que hacer a su entrega cuando nos fue reclamado».

No es menos revelador el testimonio del Presidente del Gobierno Vasco, José Antonio de Aguirre, quien en su libro «De Guernica a Nueva York pasando por Berlín» se refiere a la calidad de los armamentos soviéticos con estas palabras:

«Un mes más tarde nos anunciaron la llegada del primero y único cargamento ruso de material bélico que recibimos los vascos. Nos lo enviaba el Gobierno de la República Española, que lo había adquirido en Rusia. Consistía en quince aviones de caza, cinco cañones de mediano calibre (11,50), quince tanques, doscientas ametralladoras y quince

Si Goriev, Grissen, Stern, Chaponov y decenas de otros «consejeros» militares del primer período de nuestra guerra hubieran sido contrarrevolucionarios podrían haber provocado sin dificultad alguna el derrumbe total de las posiciones republicanas. En realidad, sus Estados Mayores eran los únicos puestos de mando que funcionaban organizadamente en los primeros momentos de nuestra lucha. No hay ni un solo español capaz de acusar a estos primeros hombres enviados por Moscú de haber procedido conscientemente contra las armas republicanas. El único elemento turbio, Kulik, jefe supremo del equipo de «consejeros», es al que Stalin ha dejado con vida. ¿Casualidad?… Es mucha cuando el Gengis Kan moderno ha hecho desaparecer hasta los traductores rusos que acompañaban a este grupo de militares soviéticos.

Stalin asesinó a estos hombres porque eran testigos vivos de su juego tramposo y antisocialista en España; porque vieron a la URSS sentada ante el tapete verde en que los tahúres internacionales se jugaban los destinos del pueblo español. A los pocos meses de estar en España se les hizo claro el juego de Stalin. El «gran jefe de los pueblos», mientras pretendía hacer creer al mundo democrático que la intervención de la URSS en los asuntos españoles la movían profundas razones de humana justicia, procedía con arreglo al más grosero realismo. Su intervención en España estaba tan ausente de sentimientos y de razones de carácter ideológico como sobrada de motivos de índole militar, diplomática y chauvinista.

El hombre de la gran mentira socialista se planteó el problema español en términos claros y simples:

«Sacrificando al pueblo español empujo a Hitler hacia occidente, lejos de mis fronteras. Empujando a Hitler hacia el occidente aumento los miedos de los asustados gobernantes de Francia e Inglaterra y les obligo a mostrarse más dóciles a la URSS Con estas dos bazas en la mano puedo ganar una tercera y decisiva: agudizo las contradicciones entre el grupo anglo-francés y las potencias nazi-fascistas, les empujo hacia la guerra y me quedo como árbitro de la situación. Ellos se desangran y yo me fortalezco».

Para desarrollar este juego sucio, precursor del pacto germano-soviético, la guerra de España debería durar cierto tiempo, con aquellas alternativas que mejor convinieran al plan soviético.

A Stalin no le interesaba precipitar la victoria del pueblo español, porque su juego especulativo con Alemania necesitaba de tiempo. El desplazamiento del dispositivo militar alemán hacia Occidente debería efectuarse una vez engolosinado el «führer» con

---

mil fusiles con muy pocos cartuchos. Pero con su llegada fueron nuestras ilusiones las que se marchitaron. Los aviones eran buenos para entonces, cazas Curtiss fabricados en Rusia, los tanques eran viejos y achacosos, renqueando sobre ruedas de goma, los cañones eran aceptables, aunque solamente servirían mientras durase la escasa munición que traían, muchas ametralladoras funcionaban mal y más de la mitad hubimos de desecharlas por inservibles, y los fusiles… bueno, los fusiles eran los que sobraron de la guerra de Crimea, con cerca de un siglo de existencia, de un solo tiro, y con unas balas que hubieran parecido anticuadas a nuestros abuelos. Recuerdo que el técnico artillero que los examinó me dijo indignado, sintiendo su honor militar ofendido:

—¡Pero esos rusos por quién nos han tomado…!»

el objetivo. Por eso Stalin no ayudó al pueblo español cuando las condiciones eran favorables a una rápida victoria republicana.

A Stalin tampoco le interesaba una pronta victoria de los rebeldes, porque podría provocar un desplome vertical de la moral en las potencias democráticas e inclinarlas a una entrega capituladora ante Hitler sin que éste desmontara su dispositivo en el Este. Por eso Stalin prestó una ayuda calculada a la República para que pudiera sostener una guerra desesperada de desgaste, una guerra constantemente defensiva.

Stalin emprendió la partida donde se jugaba la sangre y la vida del pueblo español con la decisión del tahúr que se propone ganar siempre, como sea y a como dé lugar. ¿Que el botín debería cobrarse sobre montañas de cadáveres, sobre cientos de miles de hombres, mujeres y niños de la España republicana?… ¡Qué más daba! El crimen se enmascaraba en una fraseología demagógica y en estudiados gestos para la galería revolucionaria. Contando con la estupidez y la fe fanática de los comunistas españoles y del mundo entero, el éxito estaba asegurado. Los demócratas españoles, al caer segados por la metralla fascista en los frentes de la libertad, morirían con la entereza de los antiguos gladiadores, y su último estertor sería para saludar al que les mandaba al degüello.

El maquiavelismo del nuevo Gengis Kan fracasó estrepitosamente. De sus proyectos, sólo uno le fue de fácil realización: la traición al pueblo español. Hitler no era un idiota, y sus generales, tampoco.

Von Reichenau, en su informe a los jefes hitlerianos sobre «*Las enseñanzas de la intervención alemana en la guerra de España*», les decía claramente:

«¿Debemos continuar ayudando a Franco? Algunos piensan que nuestra intervención en España no puede justificarse. Nosotros estimamos lo contrario, que ésta debe intensificarse. Sería un error considerar la guerra de España como una guerra de segundo orden. Esta nos ha permitido sacar experiencias preciosas y particularmente nos ha demostrado hasta qué punto se puede intimidar a Francia e Inglaterra. Las fronteras de España son un centro de trabajo excelente para nuestros servicios de información. Desde ahora nosotros nos hemos establecido sobre las líneas estratégicas de Francia e Inglaterra en el Mediterráneo. Además, la guerra en España tendrá una influencia feliz sobre el desarrollo del movimiento pan-árabe. La solución de las cuestiones de Gibraltar, de las Baleares y de las relaciones de España con las potencias orientales debe continuar en manos de Franco, en quien debemos tener la mayor confianza. En fin —concluye Von Reichenau—, nuestra intervención en España no ha molestado en nada a la concentración de nuestras fuerzas».

Goriev, Stern, Grissen, Chaponov, Rosemberg y decenas de otros «agentes del enemigo» se percataron antes que nadie de la maquinación monstruosa de Stalin, y desde sus puestos de combate en la España republicana de 1936 vieron desempolvar en el Kremlin los apolillados uniformes de Catalina y de Pedro el Grande.

Y Stalin los asesinó.

* * *

A mediados del mes de septiembre de 1936, el Gobierno presidido por el doctor José Giral, de carácter republicano-burgués, impotente para cohesionar la diversidad de poderes que espontáneamente creaba cada una de las organizaciones políticas y

sindicales, cedió paso a un Gobierno del que formaban parte todas las fuerzas democráticas y populares, con predominio y dirección de la clase obrera, Gobierno al que poco después se incorporarían los anarquistas.

La formación del nuevo Gobierno fue encomendada a Francisco Largo Caballero, Presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Largo Caballero puso como condición previa a su aceptación de presidir el Gobierno la participación de los comunistas en el mismo.

Al Buró Político del Partido Comunista se nos planteó un problema de principio: ¿Deberíamos romper con la tradición de abstencionismo gubernamental y aceptar la responsabilidad de colaborar con el Gobierno de un régimen democrático pequeño-burgués o deberíamos mantenernos alejados de toda participación directa en el Gobierno, en espera de que se fuesen «quemando» las fuerzas del Frente Popular y quedar los comunistas como los únicos posibles herederos de la situación? Decidimos que lo revolucionario era no colaborar. Sometida nuestra decisión a Moscú, con no poco asombro recibimos la orden de participar en el Gobierno. Fue así como por primera vez en la historia del movimiento comunista internacional dos hombres de esta significación íbamos a colaborar en un Gobierno «no proletario». Vicente Uribe se encargó del Ministerio de Agricultura y yo fui destinado al de Instrucción Pública en el Gobierno de Francisco Largo Caballero.

* * *

Pasaban los días, pasaban las semanas, pasaban los meses… Seguían llegando «tovarich» de todas clases y «técnicos» de todas las especialidades, entre ellos no pocos «inkavedistas»… pero las armas no aparecían por parte alguna.

Y España pedía armas desde todas las brechas de sangre y de plomo; caían tronchadas las mejores vidas de nuestro pueblo, de los hombres que en un impulso de titanes acorazaban la tierra, acosada ya por los Junkers y los Capronis, por tanquetas italianas, por cañones alemanes, por italianos, moros y portugueses… y las armas soviéticas no llegaban. La España leal, el Gobierno legítimo de España, al que se le cerraban todos los mercados del mundo, gastaba el oro de sus depósitos nacionales comprando chatarra y desecho de los arsenales y ejércitos de todos los países.

A fines de octubre, casi cuatro meses después de comenzada la guerra, llegaron los primeros suministros soviéticos, en cantidades evidentemente ridículas, pero, no obstante, fueron recibidos con alborozo y alegría. «Son los primeros —pensábamos—. Después vendrán más… y más… Todos los que necesitemos».

En el mar se cruzaron dos naves: la que venía de Rusia a la España leal con sus bodegas casi vacías, y la que de Cartagena había salido para Odesa con 7800 cajas de oro español. Los tahúres del Kremlin no se fiaban. 2 258 569 908 pesetas oro (70 por 100 en libras esterlinas de oro) constituían las reservas del Estado español en 1936. Los rusos, para comenzar a suministramos las armas, exigieron un depósito de 510 079 592 gramos de oro, equivalentes a 1 581 642 100 pesetas oro o 63 265 784 libras esterlinas. ¡Más de la mitad del tesoro español! El 6 de noviembre el oro español llegaba a Moscú. El 6 de noviembre los cañones de Mola resonaban en las puertas de Madrid. La aviación enemiga, sin contrapartida, ametrallaba a los milicianos, que, clavados en la tierra,

disparaban rabiosos sus fusiles contra los aviones de Hitler y Mussolini… facilitados a Franco sin pedirle ni una sola peseta de anticipo.

Al terminar la guerra, Franco debía a Alemania más de 1000 millones de marcos. Y en el año de 1942 Mussolini declaraba que de los 17 000 millones de liras, importe de la ayuda prestada a Franco, éste debía a Italia todavía 7500 millones.

Al terminar la guerra de España, Stalin, al igual que antes lo había hecho con los primeros «consejeros» militares, limpió la tierra soviética de enojosos testigos de su atraco al tesoro español. Fusilaba al Comisario de Hacienda, Grinko; sepultaba en Siberia al director del Grosbank, Marguliz; al subdirector, Cagan; al representante del Comisariado de Hacienda en el Grosbank, Ivanoski, y al nuevo director de dicho establecimiento, Martinson. Al terminar la guerra en España, Stalin, en vez de poner el cuantiosísimo resto del tesoro español (después de haberse cobrado hasta el último cartucho que a España remitiera) a disposición del Gobierno republicano en el exilio, para que éste pudiera continuar la lucha contra el régimen franquista, se dedicó tranquilamente a vender el oro español. De golpe y porrazo Rusia habíase transformado en uno de los principales países exportadores del aurífero metal.

Todavía hoy no ha rendido ni quiere rendir cuentas.

¡Todavía hoy —y han pasado trece años— sigue sin querer reconocer a ningún Gobierno republicano en el exilio!

* * *

—Con la llegada de las primeras armas soviéticas —nos decía Togliatti— tenemos un elemento esencial de propaganda en las manos.

—El Partido Comunista de España tiene todas las probabilidades de convertirse en el eje de la situación política —afirmaba Stepanov.

—La ayuda de la URSS no sólo es eficaz porque nos arma, sino porque fortalece el prestigio de los comunistas. Nadie más que la Unión Soviética auxilia al pueblo español —repetía Togliatti.

—Pero siendo tan pocas… será más el ruido que las nueces —comentó sin malicia Checa.

Una mirada fulminante, saltona, de miope, de Togliatti, hizo enmudecer a Checa. Con el mismo tono en que un viejo kulak podría haberse dirigido a un miserable mujik, señalando con el dedo a Checa, pero hablándonos a todos, dijo:

—Esa, precisamente, será la tónica de la propaganda de los socialistas y de los anarquistas. Nos dirán que las armas son pocas, que son insuficientes, para ocultar que los cerdos como Blum y compañía son los inspiradores de la «no intervención», que es quien cierra el camino a los suministros de la Unión Soviética.

Silencio sepulcral.

Checa, azorado, se mordía las uñas. Díaz dibujaba muñecos en un papel. Pasionaria, inmutable y pétrea en su silencio. Uribe, fumando y mirando al techo. Yo, curioso y regocijado.

—… esto —insistía Togliatti, mientras su dedo se movía conminatorio— no deben olvidarlo. La culpa la tiene la socialdemocracia internacional.

—De eso… ¡Ni hablar!… Estamos bien convencidos —balbuceó Mije con propósito de aliviar la tensión.

—De no haber sido por los Blum, Citrin, Attlee, etcétera, tendríamos aquí, además de cientos de aviones y tanques, todos los soldados rojos que fueran menester para acabar con los facciosos y los italianos… —proseguía Togliatti.

Stepanov, Codovila y Togliatti nos miraban. A mí me producía la impresión de que nos veían como ven los maestros hiperclorhídricos cuando miran a los niños zoquetes dudando de que hayan asimilado la lección.

—¿Qué opina ahora nuestro amigo el gruñón? —preguntó Stepanov dirigiéndose a mí.

Sentí la ironía como una bofetada. Dominándome dije:

—Prefiero equivocarme en este caso a tener toda la razón de} mundo.

Stepanov, provocativo, volvió a la carga:

—¿Pudiste acaso llegar a creer que la URSS no sabría cumplir con sus deberes de solidaridad internacional? —y sonreía enseñando sus dientes sucios.

—La duda no nacía de ninguna suposición particular, sino de las palabras de ustedes.

—El que no sabe es como el que no ve. Pero debemos confiar siempre, siempre, en el camarada Stalin —sentenció Stepanov.

—Eso no se discute —dije.

La llegada de aquellas pocas armas habían disipado muchos de mis temores. En mi fuero interno llegué a reprocharme mis dudas y vacilaciones. Fortalecida mi fe, me entregué con redoblado entusiasmo al trabajo. Nuevos hechos vendrían a hendirla con la fuerza de un ariete.

CAPITULO III

Madrid, una bandera y una bayoneta. La «no intervención» y las armas soviéticas. Una delegación española en la URSS La sombra siniestra de la GPU en España. Preparando la trampa al POUM El complot contra Largo Caballero. Escándalo en el Buró Político. Amagos de rebelión contra los «tovarich».

EL Buró Político asimilaba la lección. Y en su propaganda la aritmética no tenía principio ni fin. Seis aviones «Chatos» —así les llamábamos— podrían transformarse, en las mentes ansiosas de los milicianos, en seiscientos; una docena de tanquetas, en un ejército de tanques; cincuenta ametralladoras, en cinco mil… Los comisarios y propagandistas del Partido seguían fieles a la consigna de la «dirección». Como en el milagro del pan y los peces, así se multiplicaban las cifras de los armamentos soviéticos.

Y «Mundo Obrero» publicaba la fotografía del «gran amigo», y los rasgos del sagaz georgiano se estampaban en todas las paredes de Madrid, de Valencia, de Cataluña, de Euzkadi. En los mítines, en las asambleas, en las calles, en la roja voz de las pancartas, Stalin. En los affiches, en la lluvia de octavillas, en los manifiestos, en la mesa del Consejo de Ministros, Stalin. De día, de noche, en los cafés, en las esquinas, en los teatros, en los talleres, en las tabernas, en las trincheras y parapetos, Stalin. Los agitadores comunistas metían entre ceja y ceja de los hombres, de los combatientes, de las mujeres y de los niños, que sólo la Unión Soviética, que sólo el «gran Stalin», estaban junto al pueblo español.

Cada vez era más estrecho el cinturón de fuego en torno a la capital de la República. Caía un pueblo tras otro, y con ellos puñados de héroes populares que, en su agonía y en su engaño susurraban: «Stalin está con nosotros… ¡Venceremos!»

Caen Toledo, Maqueda, Sigüenza, Somosierra… La culpa es de los políticos de la «no intervención»…

Caen Seseña y Esquivias… La culpa es de la socialdemocracia y de Blum…

Caen Brunete, Humanes, Parla, Pinto, Valdemoro… La culpa la tienen los hombres de la «no intervención»…

Caen Móstoles y Getafe… La consigna sigue martilleando la cabeza y los sentidos de la España popular… La culpa es de la socialdemocracia…

Amanecía el 7 de noviembre.

El frente republicano eran los balcones de las casas de Carabanchel, las líneas de adoquines y de sacos. La artillería enemiga zamarreaba la ciudad. El extrarradio de Madrid era un dédalo de barricadas. Jugaban entre ellas los chiquillos cuando ya se

abrían la frente los proyectiles facciosos en las esquinas. Un aire de plomo envolvía la línea de los Carabancheles. En cada hueco abierto surgía siempre un nuevo luchador. La ciudad vivía como un soldado. ¡No podían pasar! Chavales de Cuatro Caminos y de las Ventas aplastaban contra el polvo a los bizarros oficiales italianos y falangistas… Los inválidos de guerra, con sus mangas fofas de la manquedad gloriosa, con sus cicatrices abiertas, iban a jugarse el postrer jirón de vida, a derramar la última gota de su sangre.

Así era el pulso de la España leal en defensa de su independencia, de la libertad y de la vida del pueblo español.

—¿Por qué no vendrán nuestros aviones? —se preguntaban nuestros combatientes en su ingenuidad.

—¡Ya verán lo que es bueno el día que nos lleguen los armamentos rusos!…

—¡Si no fuese por esos contrarrevolucionarios socialdemócratas!…

—¡Claro, claro! Ellos son los responsables de todo.

—¿Sabes la noticia?

—¿Cuál?

—Más de una docena de barcos soviéticos habían sido apresados por los navíos de la «no intervención»…

—¡Los cabrones!…

—Naturalmente. Así no pueden llegarnos las armas… Tienen razón los comunistas.

—Tendremos que barrer a toda esa basura socialista…

—Yo, por mi parte, he pedido ya el alta en el Partido Comunista. Porque no hay más que Rusia, convéncete.

Así se escribía la historia de la gran mentira. Togliatti y Stepanov tenían razón. La ayuda soviética tenía para la propaganda comunista un valor inestimable. Y los comunistas supimos aprovecharla ayudados por una serie de circunstancias favorables.

* * *

Eran los primeros días de noviembre de 1936. Madrid era una bandera y una bayoneta. Cuando se derrumbaron las débiles defensas del cinturón de Madrid, los batallones de nuevos voluntarios fueron a taponar las brechas del frente sin armas, con la sola decisión de cerrar el paso al enemigo con el muro de sus pechos. Iban a ver si les daban un fusil en la línea de fuego. En aquellas horas angustiosas, Castro era uno de los hombres del Quinto Regimiento. Asistí a este diálogo.

Castro apremiando en el teléfono:

—Comandante Medrano: el enemigo ha roto el frente de Carabanchel. Sólo a costa de un esfuerzo supremo es posible restablecer las líneas.

—A tus órdenes, comandante.

—Toma los siete camiones blindados. Con ellos hay que taponar la brecha abierta en el frente.

—¡Pero si los blindajes son de hojalata!

—Como si son de cartón. Mándalos.

—Se trata de una ilusión psicológica —me explicaba Castro después de colgar el teléfono—. Es un simple espejismo…; pero con algo hay que enardecer la moral de nuestros combatientes.

Efectivamente, aquellos tanques no tenían más blindaje que el de los corazones de los hombres que los tripulaban, y que murieron allí, agujereados por la metralla que la chapa metálica era incapaz de detener.

Así era el pulso de España.

Así era la mentira soviética.[7]

* * *

Tan grandes y esperanzadoras eran las ilusiones en la ayuda soviética que en ocasión del 7 de noviembre, fecha conmemorativa de la Gran Revolución de Octubre, fue posible por vez primera organizar en España una delegación del pueblo español para representar a la República en la Plaza Roja de Moscú. El hecho tenía una trascendencia política excepcional. Cerca de cuarenta delegados representando a las organizaciones del Frente Popular, a los campesinos y a los obreros de las fábricas de guerra, a las mujeres antifascistas, a los combatientes de los distintos frentes de batalla: Asturias, Vasconia, Santander, Madrid, Guadalajara, Toledo, Aragón, Valencia, Extremadura, Andalucía, etc., así como al arma de aviación y a la marina de guerra. Y por primera vez desde 1920 acudía una representación oficial de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), anarquista. Nuestro Buró Político rebosaba satisfacción por el éxito político de tan variada y representativa delegación, preparada al calor de la confianza que todos los sectores políticos y sindicales de España tenían en la solidaridad soviética.

A su regreso de Moscú pregunté a uno de los comunistas que habían ido en la expedición por el resultado de tan heterogénea delegación. Con no poco asombro de mi parte fui informado de que las autoridades soviéticas habían coaccionado por todos los

---

[7] En su libro *España heroica*, el general Vicente Rojo ha escrito cosas tan tremendas como éstas: «Aquel día disponía Madrid por toda reserva de conjunto de una sección de 45 hombres, con dos ametralladoras y un mortero con 20 disparos, todo en camiones en la Cibeles, para acudir a donde fuera preciso, desde Vallecas hasta Humera». Y más adelante: «… el enemigo seguramente ignoraba entonces que si la lucha hubiera proseguido unos días más, todo se hubiera venido al suelo, porque carecíamos de municiones y sólo había posibilidad de fabricarlas a ritmo lentísimo. Digamos, en recuerdo de aquellas horas angustiosas de Madrid, y que no trascendieron más que a contadísimas personas, que las dos últimas brigadas que precipitadamente fueron constituidas para entrar en fuego y detener la ofensiva en El Pardo, solamente pudieron ser dotadas de 20 cartuchos por fusil, en lugar de 300, que era la dotación normal. ¡No había más!» Y refiriéndose a la batalla de Guadalajara, donde las tropas republicanas derrotaron a los italianos, Rojo da estas cifras: «En conjunto, al iniciarse la batalla se enfrentaban aproximadamente 50 000 hombres (enemigos) contra 10 000 (leales), 140 piezas de artillería contra 22, y la aviación, en la proporción de 3 a 1».

El ministro Indalecio Prieto nos declaraba, en vísperas de la batalla de Madrid, que la proporción de fuerzas era en aquel momento, por lo que se refería a la aviación, de 12 a 1.

Y Álvarez del Vayo declaraba a Richard Bloch: «Si nosotros pudiéramos oponerles una aviación igual estaríamos seguros de la victoria, porque, sobre la tierra, ¿qué quiere usted que hagan ellos contra un pueblo entero? Así pues, todo es cuestión de aviones y de pilotos…» «España en armas», pág. 88

medios a nuestros delegados para impedir que hablasen a los obreros soviéticos de la necesidad de la ayuda en armas a la España republicana. Como algunos delegados, entre otros Sbert, ex ministro de la Generalitat de Cataluña; Romero Solano, diputado socialista, y Julián Basturia, delegado de los Solidarios Vascos, se rebelaron contra tan inconcebible prohibición, las autoridades soviéticas dieron órdenes terminantes a los intérpretes de no traducir al público los párrafos de los discursos que hicieran alusión al problema de las armas. De las palabras de mi informante pude deducir que los trabajadores soviéticos, instigados por sus dirigentes, habían redoblado la producción, trabajaban horas extras gratuitas y cedían parte de sus salarios «para ayudar a la España republicana». Como hasta el momento de salir de España la delegación no se había recibido ni un solo cartucho de la «solidaridad soviética», las autoridades rusas temían quedar al descubierto en el fraude al sudor de sus trabajadores, que por boca de los delegados españoles se podían enterar de que los impresionantes aumentos en los índices de producción no pasaban de ser un bonito negocio del Gobierno soviético.

La actitud de las autoridades soviéticas motivó serios incidentes con algunos delegados, a los que llegaron a calificar de provocadores por no avenirse a silenciar en la URSS lo que era clamor en la garganta de todos los españoles leales: ¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Aunque en mi fuero interno pensaba que si yo hubiera participado en la delegación como simple ciudadano español hubiese sido un Sbert o un Romero Solano más, utilizando el lenguaje de dirigente del Partido despedí a mi informante diciéndole que no tuviera ningún cuidado, pues «al final todos aquellos charlatanes tendrían que rendirse a la evidencia y reconocer que la única solidaridad nos llegaba del Gran País del Socialismo. Esa sería nuestra gran victoria política».

¡Las armas ya habían comenzado a llegar! Y tan grande era nuestra ansiedad que confundíamos los deseos con la realidad. El mismo Presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, a la llegada de aquellas primeras armas soviéticas el 28 de octubre, declaraba, en vibrante alocución a las tropas y al país: «*En este momento tenemos por fin en nuestras manos armamentos formidables, tenemos tanques y una potente aviación*».

Mi confianza provenía no sólo del hecho cierto de que habían llegado los primeros suministros soviéticos, sino de una reciente información, de que a través de casi toda Europa, en París, Londres, Ámsterdam, Zurich, Varsovia, Praga, Bruselas, etc., se habían constituido empresas particulares y sociedades anónimas que, controladas por agentes de Moscú, tenían la misión de adquirir armas como si se tratase de un comercio de país y país y, clandestinamente, dirigirlas a los puertos de la España leal. Naturalmente, todo ello montado con dinero del Estado español. Pero ya no dependeríamos solamente de los suministros soviéticos. ¡Vana ilusión! Ello nos encadenaría más aún a la dependencia soviética; controladas todas estas empresas y «sociedades anónimas» por hombres del Kremlin, cuando a éstos les conviniera disminuir los envíos no solamente lo harían de las armas que salían de la URSS, sino también con las de todas sus sucursales establecidas en el mundo. Los grandes beneficiarios de estas empresas fueron determinados partidos comunistas nacionales. Uno de ellos, el francés, llegó a adquirir con fondos de la República toda una flota de barcos mercantes, compuesta de 12 ó 14 buques que surcaban los mares bajo la firma «France Navigation», compraron casa propia para el Partido, se proveyeron de suntuosos automóviles cada uno de los dirigentes, publicaban diarios como el «Ce Soir», y, en fin, rellenaron sus arcas de

caudales a expensas de los fondos «para la compra de armas» que Negrín depositó en manos de los dirigentes comunistas franceses, y que según pública afirmación de Prieto montaron a la suma de 2 500 000 000 de francos.

* * *

Días después, al llegar al Ministerio, Cimorra me entregó un pequeño sobre cerrado. En el interior una tarjeta. Leí:

«Querido amigo:

»Si no tiene usted otra cosa más importante que hacer, le espero esta tarde a las seis a tomar el té. Me urge hablarle.

»Le saluda

»Rosemberg».

Pocas veces había hablado yo con el embajador soviético. Casi siempre le había visitado con motivo de fiestas o recepciones oficiales. Ahora su invitación era particular y urgente.

A las seis en punto estaba en la Embajada.

—Pase usted. Le esperan —me dijo uno de los secretarios.

En un confortable despacho, el excelentísimo señor embajador de la Unión Soviética.

—Gracias por haber venido —dijo tendiéndome la mano.

—No hay por qué, camarada Rosemberg. Sabe que me tiene a su disposición.

—Gracias. Tome usted asiento. Inmediatamente nos traen el té. ¿O prefiere usted café?

—Si le es igual, prefiero café.

Rosemberg tocó un timbre y ordenó:

—Café para el señor.

Tomó una preciosa cajita de laca rusa, con grabados en miniatura, y me ofreció un cigarrillo soviético de larga boquilla de cartón.

—Es mejor el tabaco de ustedes —dijo sonriendo.

—El tabaco es un problema de costumbre. Además, la mayor parte de nuestro tabaco no es nacional, es cubano —aclaré.

—Estoy esperando a un amigo; quiero presentárselo. Tiene sumo interés en conocerle personalmente.

En aquel mismo momento uno de los secretarios anunció la presencia del «amigo».

Rosemberg se levantó presuroso, con esa precipitación que antes que estima acusa respeto. El recién llegado estrechó la mano del embajador, y volviéndose hacia mí, dijo en un español acusadamente afrancesado:

—¿Camarada Hernández?…

—El mismo.

—Yo soy… «Marcos»… Me gusta el nombre —dijo sonriendo.

Ya estaba acostumbrado a estos bautismos de los «tovarich» con nombres españoles y no di importancia alguna al hecho. Después supe que se llamaba Slutsky, y que era el jefe de la División Extranjera de la GPU en la Europa Occidental.

—Vengo por muy poco tiempo, unos días nada más… Espero que usted me disculpe de haberle molestado, pero… no es oportuno que me vean entrar al Ministerio de usted

o en la casa del Partido. Este lugar es más discreto… ¡Y es que hay ya tantos rusos en Valencia!…

—Sí, ruso más, ruso menos, nadie se apercibe. Además, no creo que alguien tenga interés en vigilar a los rusos. Casi toda la policía está en nuestras manos —dije riendo.

—Pero hay servicios que el Partido no controla. Y sobre todo el de espionaje, camarada Hernández, el espionaje del enemigo —dijo con cierta vehemencia.

Nos sirvieron el té y el café, y mientras el pulcro camarero llenaba las tacitas con delicado esmero, observé al «amigo Marcos». Frisaría en los 50 años. Alto y desgarbado. Los hombros caídos y el pecho hundido hacían de su estampa una imagen simiesca. Su cara angulosa se prolongaba en la afeitada cabeza, semejando, desde la barbilla a la coronilla un melón en posición vertical. Los ojos un poco rasgados y los pómulos salientes. «Un auténtico ruso» —pensé.

—… de ello quería hablarle, precisamente de esto, del espionaje —insistió.

—Pues le escucho —dije con cierta curiosidad.

—Nuestro servicio exterior ha tenido conocimiento de que algunos elementos del POUM[8] están haciendo gestiones para traer a Trotsky a España… ¿Sabía usted algo?

—Es mi primera noticia.

—Eso demuestra que los servicios de contraespionaje de la República son muy deficientes.

—Creo que no es deficiencia, sino poco interés por las andanzas del POUM

—Eso es lo grave.

—No veo por qué.

Los rasgos del simiesco «amigo» se contrajeron, denotando disgusto.

—Si los hombres responsables del Partido no conceden importancia a esa banda de contrarrevolucionarios y agentes del enemigo, ello nos ayuda a comprender muchas cosas que están sucediendo en la guerra —dijo con dureza.

—En España, el trotskismo nunca nos ha desvelado el sueño. Y no sé qué influencia puede tener el POUM en las cosas que nos están sucediendo —repuse con cierto afán mortificador.

—El POUM tiene unidades en el frente —aclaró Rosemberg.

—No todas ellas han de ser comunistas, ¿o sí?

—Pero si no son comunistas hay que procurar que no sean del enemigo —insistió «Marcos».

—Ustedes pueden plantearse el problema en la URSS de esa forma, pero en España nadie nos tomaría en serio si llamamos a los trotskistas agentes de Franco.

—¡Pero son rabiosamente antisoviéticos! ¿No lee usted «La Batalla»?…

—Sí, la leo. Y muchas más cosas que a Stalin se nos dicen a nosotros. También las dicen los anarquistas, lo que no me lleva a deducir que nuestro objetivo principal sea el de enzarzarnos con ellos cuando Franco está disparándonos tiros a todos por igual.

—Ese es el error ¡ese, ese!… —y los ojos oblicuos del viejo chekista me asaetaban con miradas fulminantes.

Rosemberg fumaba silencioso formando montoncitos de ceniza con el cigarro en el cenicero, como si estuviera ausente de nuestra conversación.

—Le hablo a usted con la autoridad que me da la experiencia —dijo «Marcos».

---

[8] Sigla del Partido Obrero de Unificación Marxista, de tendencia trotskista.

—Dígame, «Marcos», ¿por qué me han llamado, precisamente a mí, para decirme todo esto en vez de exponérselo personalmente al Secretario de nuestro Partido? Al fin y al cabo, él es quien debe plantear estas cuestiones en el Buró.

—Porque me han dicho en la «Casa» que usted es un hombre de acción, y para nuestro trabajo necesitamos hombres enérgicos y decididos.

—Les agradezco la confianza, pero el «hombre de acción» que había en mí ya pasó. Todo tiene su época. Y la mía ya fue.

—Donde ha habido, siempre queda —terció Rosemberg, con suave entonación de voz.

—No se trata ahora que vaya usted a poner bombas a la rotativa de Prieto… ¿Usted no sabía eso, Rosemberg? —dijo volviéndose hacia él con una sonrisa sinuosa—. Hernández quiso poner una bomba a la imprenta de Prieto en Bilbao.

—Entonces quise hacer eso… e hice cosas más estúpidas aún —repliqué disgustado.

—No; ahora se trata de otro asunto. Queremos que usted comprenda que es necesario proceder prácticamente contra el trotskismo, y que nos ayude. Su cargo de ministro puede facilitarnos el trabajo.

—Mi puesto de ministro me ha sido confiado por el Partido, y sólo cuando el Partido me ordene actuar en un sentido o en otro, puedo proceder —declaré ásperamente.

«Marcos» se acariciaba el puntiagudo mentón. Reflexionaba.

—Nuestros servicios se desarrollan un poco al margen del Partido —dijo.

Rosemberg sonrió imperceptiblemente.

«Marcos» le miró con fijeza.

—Creo —continuó «Marcos»— que usted se hace cargo de la confianza que tal proposición representa para su persona. La «Casa» le distingue…

—No creo que valga la pena insistir —corté—, perderíamos el tiempo.

La mirada de «Marcos» tornóse de pronto más intensa.

—Aún no sabe usted de lo que se trata —dijo.

—No.

—Se trata de que obran en nuestro poder documentos que demuestran los contactos del POUM con Falange, y que es necesario proceder rápidamente.

—Si tales documentos existen, lo que procede es formular la denuncia y entregar a los tribunales a los responsables. Siendo verídicas las pruebas, no tenemos por qué obrar torcidamente.

—Necesitamos todavía obtener algunos datos más, para que no tengan escape.

—¿Y en qué puedo serles útil?

—Por el momento, en nada. Es asunto de nuestro servicio. Pero a la hora de efectuar ciertas detenciones, quizá tropecemos con dificultades por parte de las autoridades, y en ese momento su colaboración puede ser decisiva.

—Entonces, véanme cuando tengan todos los elementos probatorios, y dispuesto estoy a llevar el caso al seno mismo del Gobierno.

—¡Ya sabía yo que al final nos entenderíamos! —dijo con visible satisfacción.

Y después de una pausa:

—Orlov y Vielayev se ocupan de esto. Le tendrán a usted al tanto.

Y dirigiéndose a Rosemberg:

—¿Ha hablado usted con el Presidente del Consejo de este asunto?

—¿De éste?…

—Me refiero al POUM en general.

—Sí. Repetidas veces. Pero Largo Caballero se resiste a tomar medidas políticas contra los trotskistas…

—¿Le ha dicho usted que ese asunto interesa extraordinariamente a nuestro Gobierno?

—Le he dicho que el mismo Stalin estaba interesado en él.

—¿Y qué ha contestado?

—Que mientras actuaran dentro de la ley no había razón para proceder contra ellos, y menos para clausurarles los locales y suspenderles la prensa… que el suyo es un gobierno de Frente Popular.

—Frente Popular… Frente Popular… ¡Ya se lo haremos entender de otra manera! —dijo colérico «Marcos».

Se levantó el chekista. Me tendió la mano, y a modo de confidencia, díjome mientras nos despedíamos:

—Todo saldrá a la medida…

Cuando hubo salido me pareció observar en Rosemberg cierta transformación, algo así como una íntima satisfacción.

—Cuestión grave… Todas estas cosas son desagradables, aunque sean necesarias —dijo con melancolía.

Comprendí que Rosemberg no podía decir más con las palabras, pero más allá de ellas estaba la expresión de su gesto. «A este hombre le sucede algo semejante a mí» —pensé—. «Sin duda siente aversión por la GPU o la teme».

—El amigo «Marcos» es un chekista *pur sang* —dije bromeando.

—Hum… —gruñó Rosemberg.

Me despedí.

Al estrecharle la mano no podía suponer que aquel hombre estaba ya sentenciado a morir con la nuca destrozada por un pistoletazo de los *pur sang*, en los sótanos de la Lubianka en Moscú.[9]

* * *

[9] El General Krivintsky, en su libro «Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético», pág. 150, escribe a este propósito: «Slutsky, Jefe de la División Extranjera de la GPU, fue encargado por Moscú para inspeccionar la policía secreta, que estaba modelada a imitación de la de Rusia. Llegó un día o dos después de mi marcha. La GPU florecía entonces en todo el territorio republicano, pero se concentraba más en Cataluña, en donde los grupos independientes eran más fuertes y en donde también los verdaderos trotskistas tenían el cuartel general de su Partido.

»—Cuentan con buen material allí —me dijo Slutsky cuando volvió a París unas semanas más tarde—, pero carecen de experiencia. No podemos permitir que España se convierta en terreno libre y campamento de todos los elementos antisoviéticos que se han agrupado allí del mundo entero. Debemos hacer que sea un terreno sólido para nosotros. ¿Quién sabe cuántos espías habrá entre aquellos voluntarios? Y en cuanto a los anarquistas y los trotskistas, si bien son también soldados antifascistas, son enemigos nuestros. Son contrarrevolucionarios y tenemos que destruirlos hasta las raíces». (Slutsky fue «purgado» también en 1938 y fusilado por Stalin,

Se había comenzado a reñir la batalla de Guadalajara. Las radios enemigas anunciaban al pueblo de Madrid que la entrada triunfal de los italianos a la capital se llevaría a efecto el 15 de marzo. Durante todo el mes de febrero de 1937 se había combatido con una dureza extraordinaria. Las legiones alemanas, al mando de Von Faupel, atacaron en masas cerradas de hombres, protegidos por nubes de aviones y centenares de tanques, mientras decenas de baterías de artillería gruesa formaban barreras horrorosas de fuego y metralla. El enemigo se proponía completar el cerco de la gloriosa capital cortando la carretera Valencia-Madrid. Pero se estrelló sin lograr sus propósitos.

Aún se oían los ecos del fragor de la gran batalla de Jarama, cuando se abría el fuego contra Madrid, en una nueva dirección no explotada hasta entonces: Guadalajara.

—¿Alguna orden, Hernández? —preguntó Mena.

—Sí. Cargar gasolina. Dentro de media hora salimos para Madrid.

Llamé a la Presidencia y advertí a Largo Caballero que permanecería en Madrid algunos días y que para cualquier menester podría avisarme al Ministerio de Instrucción Pública.

—Vea usted cómo están las cosas por Guadalajara, y telefonéeme mañana mismo con su impresión.

—Con mucho gusto.

—Buen viaje.

—Gracias.

El carburador del coche dejó súbitamente de funcionar. Nos encontrábamos a pocos kilómetros de Tarancón. Hacía un frío infernal. Mientras el chófer reparaba la avería, Mena encendió una espléndida hoguera que servía para calentarnos y para alumbrar las manipulaciones del chofer.

Cerca del fuego, Cimorra extendía las manos y se las frotaba con desesperada urgencia de ahuyentar el frío.

Con los ojos encendidos por la roja claridad de la leña que se consumía crepitando en la noche helada, Mena destapó una botella de coñac y nos ofreció un trago.

—¡Dios salve a Domecq, benefactor de los humanos! —exclamó Cimorra, trasegando su vasito de coñac.

—A quien tiene que salvar es a mí, que se me ha ocurrido traerla —aclaró Mena.

—Sería más justo que salvara al Duque de Alba, de cuya bien surtida bodega del Palacio de Liria la habéis sustraído —dije chanceando.

—¿Pongo la radio? —preguntó Mena.

—Ponía.

—«… las gloriosas tropas del «Comando Truppe Volontaire» italianas ha emprendido la ofensiva por Guadalajara…

—¿Quién habla? —pregunté.

—Queipo de Llano —dijo Mena.

—«¡Alo!… ¡Alo!… Aquí Radio Sevilla. Van ustedes a escuchar la vibrante arenga del general Manzzini a sus legionarios…»

—«… Aquí, en tierra extranjera, somos —al lado y bajo la mirada vigilante de nuestros aliados y de todo el mundo— los representantes de la Italia armada y del fascismo. Por nuestros actos se juzgará la calidad y la eficacia moral y técnica de Italia…»

—¡Seguro que padecen otitis aguda todos los señores de la «No intervención»! —dijo Cimorra, irónico.

—Lo que no comprendo es por qué la URSS, con su enorme prestigio está sirviendo de biombo a esta burla —expuso Mena.

—La URSS ha declarado que toma en serio los papeles que firma. Y que no toleraría que la neutralidad sea un bloqueo unilateral —aclaró Cimorra.

—Para ser consecuente debería haberse ido ya del Comité de «No intervención» —contestó Mena.

—Si se retira —objetó Cimorra—, Italia y Alemania se retirarán también.

—No creo que nos fuera peor que lo que nos va actualmente.

—Con las manos libres Italia y Alemania aprovisionarían en grande a Franco y sería fatal para la República.

—Igual podrían hacer los rusos —insistía Mena.

—Sería la guerra.

—Para nosotros ya lo es.

—Pero la URSS está por la paz.

—¿Qué paz?

—La que existe… aunque precariamente —dijo Cimorra.

—Pero bueno… Vamos a ver si yo entiendo algo en este lío —continuaba Mena—. En España se están ventilando posiciones estratégicas, ¿sí o no? ¿Para qué son esas posiciones? Para la guerra. Luego el que las logre habrá ganado la primera gran victoria de la próxima guerra.

—Pero la URSS trata de impedir precisamente eso, la próxima guerra.

—¡Bonita manera de impedirla! Cuanto más firme sea el terreno que pisen los nazi-fascistas, más palos pegarán —dijo despectivamente Mena.

—Y volviéndose hacia mí:

—¿No lo crees así, Hernández?

—Comprendo que no siempre el deseo puede marchar parejo a la realidad —dije, sin mucha convicción. Y agregué—: La realidad, para nosotros, es que ante las barbas del mundo, con impudicia y cinismo, y hasta con publicidad rayana en el desprecio, como acabamos de oír ahora en Radio Sevilla, los fascistas aprovisionan a Franco y actúan con cuerpos enteros de sus ejércitos regulares. Ello ridiculiza las palabras de la URSS, y…

—¡Pero también la URSS nos ayuda! —cortó Cimorra.

—A vivir agonizando —dijo Mena con enfado.

—Peor sería nada —insistía tozudamente Cimorra.

—Lo que pasa es que cada cual se rasca donde le pica.

Y por razones nacionales los franceses dicen que no quieren la guerra, como por sus particulares conveniencias los ingleses, tampoco, y como la URSS contemporiza con ingleses y franceses, a los españoles que nos parta un rayo. Cada uno hace su juego —concluyó Mena.

—Pero, bueno…, ¿qué puede hacer la URSS fuera de lo que hace? —preguntó Cimorra.

—Puede colocar los calzones encima de la mesa y decir: «Señores, este juego se ha acabado». O también: «Tengo miedo a los nazis, y me meto en mi casa». Cualquiera de

las dos posturas sería comprensible. Lo que es inexplicable es que se quede entre Pinto y Valdemoro, haciendo el quiero y no puedo.

—¿Pero no es acaso la única nación que nos envía armas? —gritó acalorado Cimorra.

—Nadie lo niega. ¿Pero quieres decirme por qué Franco tiene veinte veces más material que nosotros?

—Porque la URSS es sola y los otros son dos.

—La URSS, según sus propias declaraciones, tiene más armamento que Alemania e Italia juntas. Pero no es esa la cuestión —insistía Mena—. Precisamente, hace unos días, se lo decía a Hernández. Estuve viendo descargar en el Grao de Valencia uno de nuestros barcos que regresaba de Rusia. Traía unos cuantos camiones «Natachas», esas tortugas que ves arrastrarse por las carreteras; media docena de «Chatos», esos aviones que no traen protección en la espalda del piloto, dos mil fusiles larguiruchos, que queman las manos a la media docena de disparos y cincuenta ametralladoras Smichs, que son bastante buenas. Eso era todo. ¡Ah! se me olvidaba: Traía también una partida de cañones de 150 milímetros de la empresa de Perm, del año 1898.[10] ¿Sabes cuánto podía haber traído ese barco? Poco… unas cincuenta veces más material. ¿Por qué no lo trajo?… Ese es el misterio, eso es lo que nos preguntamos…

—El coche está listo —dijo el chófer.

Partimos.

Allí, sobre el campo, quedaban los tenues resplandores de lo que fuera gran hoguera…

Por todos los campos de España quedaban jirones de nuestros apagados entusiasmos…

* * *

Al día siguiente telefoneaba a Largo Caballero. Le informaba que la desproporción de fuerzas era enorme. El enemigo italiano contaba en el sector de Guadalajara con 50 000 hombres, 25 600 fusiles, 1170 fusiles ametralladoras, 435 ametralladoras, 78 morteros, 150 cañones, 108 carros de combate, 33 blindados y 60 aviones. Frente a todo eso no podíamos oponer, en el primer momento, más que 10 000 hombres, 22 piezas de artillería y unos 20 aviones.

La batalla de Guadalajara fue épica, titánica, constituyendo un airón glorioso para las armas republicanas, que derrotaron plenamente al invasor. ¡Qué no hubiera sido capaz de hacer nuestro pueblo de haber contado con armas suficientes!

* * *

Aquella misma mañana me entrevisté con José Díaz, que se encontraba en Madrid. Era esta entrevista el principal motivo de mi rápido viaje. La conversación con Rosemberg y con «Marcos», me había alarmado. La cosa no era para menos. Hacía ya algún tiempo que venían sucediéndose detenciones y «desapariciones» rarísimas y más que sospechosas entre los combatientes de las Brigadas Internacionales, so pretexto de

[10] «España heroica», pág. 112.

que eran «espías» de Franco y agentes de la Gestapo y de la OVRA italiana ¿Qué se proponían ahora los chekistas?

—Todo esto es un laberinto infernal —me decía Díaz después de escuchar el informe de mi conversación con «Marcos».

—Pero los responsables de lo que sucede somos nosotros —aseveré.

—Estos hombres terminarán por dominarlo todo.

—Pues presiento —dije— que acabaremos en medio de un escándalo público.

—¿Y cómo lo impedimos?

—Hablando con los consejeros políticos y diciéndoles que no estamos dispuestos a que continúen las patrullas de la GPU actuando por su cuenta, disponiendo de cárceles especiales y torturando en ellas a la gente, fusilándola y haciéndola «desaparecer». Si quieren ayudar, que ayuden, pero sin ignorar que tenemos una policía republicana, unas cárceles españolas y unos tribunales legales para juzgar a los enemigos.

—Hablaré de ello con Togliatti —contestó Díaz.

El tono de las palabras de Díaz reflejaba desaliento.

—Actualmente me preocupa otra cosa —dijo con voz sorda. Hace unos días vinieron a verme Stepanov y Codovila. Hablamos de varios asuntos sin importancia. De pronto, Stepanov, me dijo si no creía llegada la hora de pensar en sustituir a Largo Caballero por otro presidente más enérgico y dinámico.

—¡Cómo! ¿Por qué? —exclamé, interrumpiéndole.

—Lo mismo pregunté yo.

—¿Y?…

—Me hablaron de la desastrosa política militar… De Asensio, el «general de las derrotas»… de que Largo Caballero dice a todo que sí y después hace lo que le da la gana… que los consejeros militares ya no se entienden con él… ¡y qué sé yo, cuántas cosas más… y cuántas quejas!

—¡Pero esto es inaudito!

—En Moscú están disgustados con Largo Caballero… No cabe duda —dijo Díaz.

—¿Pero qué juego es éste, Pepe?

—Ni Dios lo sabe.

—Hace unas semanas —dije— Stalin, Molotov y Vorochilov, han escrito una carta a Largo Caballero, dándole «consejos» y en la que le expresan «sus sentimientos fraternales», le piden que si quiere que se reemplace a Rosemberg por otro embajador, y que les comunique si los «consejeros» y «técnicos» se atienen estrictamente a su función de «consejeros y de nada más»… ¡apenas han transcurrido dos meses y ya quieren tirarlo por la borda!… ¿Qué pretenden en Moscú?…

—Todo es mentira, Hernández… todo… todo. Yo mismo he visto a Rosemberg entrar en la Presidencia como si entrase el auténtico jefe del Estado. Caballero le recibe a cualquier hora y en general siempre atiende sus «consejos», tanto políticos como militares. No se hace operación militar alguna que no lleve el visto bueno de los «tovarich»… Caballero ha situado a nuestros compañeros de Partido en los principales puestos de mando en el ejército, y los comisarios en su mayoría son comunistas. Las Brigadas Internacionales las manejamos, prácticamente nosotros sin control alguno… La policía, ya lo ves, hace lo que a ellos les da la gana… ¿De qué se quejan? ¿Qué quieren?…

—Quieren lo suyo; quieren cubrirse —dije.

—¿Qué quieres decir?

—No seamos ingenuos, Pepe. Todo el mundo sabe que la Unión Soviética es nuestra proveedora; sabe también que los «técnicos» militares soviéticos están, de hecho, dirigiendo nuestra campaña militar. Si la República no cosecha más que derrotas, o cuando obtiene una victoria no puede explotarla por falta de recursos materiales, los rusos sienten lesionado su prestigio. No pueden culpar a la «*No intervención*» puesto que intervienen; no pueden decir que nos mandan el material a cuentagotas, porque nadie lo comprendería; no pueden culpar a sus militares, porque no les conviene, luego tienen que culpar a alguien.

Y ese alguien no puede ser un cualquiera, tiene que ser… el Presidente del Gobierno y ministro de Defensa, Largo Caballero, y su hombre de confianza, el general Asensio.

—No es mala la coartada —aclaró Díaz—. Así nadie puede culpar a la Unión Soviética, sino a la ineptitud de los republicanos españoles.

—Incluso para su prestigio en España, les es necesario una cabeza de turco.

—Mañana regreso a Valencia, y pasado mañana se reunirá el Buró —dijo Díaz poniendo fin a la conversación.

Salí a la calle y compré los diarios de la tarde. En grandes caracteres, la batalla de Guadalajara. Leí ávidamente: «… nuestra heroica infantería, que no ha dejado de batirse desde principios de febrero, trepaba a los tanques para poder perseguir al enemigo… la mayoría de nuestros infantes con los pies hinchados y sangrantes saltaba de las trincheras y bajo la lluvia y el fango seguían avanzando hasta caer extenuados por la fatiga y el frío… el dispositivo enemigo ha quedado deshecho…»

Miseria y mentira en las alturas.

Grandeza y sacrificio en el llano.

* * *

La reunión del Buró Político tenía una importancia trascendental. El Pleno del C. C. debería celebrarse días después, y reflejaría «la línea» de los comunistas.

Presentes todos los delegados de Moscú: Stepanov, Codovila, Gueré, Togliatti, Marty —en función de organizador de las Brigadas Internacionales— y, por primera vez, también Orlov, de la GPU, y Gaikins, consejero de la Embajada soviética. Del Buró Político, todos sus componentes, menos Pedro Martínez Cartón que se hallaba al frente de su División en Extremadura. Total: más extranjeros que españoles.

La reunión tenía lugar en un palacete próximo a la playa valenciana. Por los amplios ventanales se veía el mar azulado, infinito… A la espalda, la ciudad, Valencia, centelleando con toda la luz mediterránea en el mosaico de su huerta, en el oro de sus campos. Sobre los naranjos fragantes y las ruinas saguntinas los altos hornos elevaban aquella tarde sus banderas de humo industrial.

En la blanca capital levantina, en la Valencia de los arrozales, de los alfareros, de la artesanía cuidadosa, marinera y portuaria iba a reunirse el mando supremo del comunismo en España. En aquel atardecer de marzo de 1937 se decidirían algunas cuestiones que iban a influir poderosamente en los destinos del pueblo español.

Quienes ignoraban la urdimbre y la trama de que estaba compuesto aquel Estado Mayor sentirían al saberlos reunidos un estremecimiento de inquietud o de emoción. «¡El Buró Político está deliberando!» «… El Buró Político va a decidir…» El Buró Político

iba a recibir órdenes. El Buró Político era un buzón de recepción de mandatos transmitidos desde Moscú. El Buró Político era el retablo de maese Pedro, cuyos muñecos movía la mano habilidosa del señor del Kremlin.

Como de costumbre, informaba José Díaz. La única diferencia era que aquella tarde el Secretario General del PC hablaría por su cuenta, reflejaría su propio pensamiento y no las opiniones de los «consejeros».

—«… es necesario realizar una política consecuente con los hombres y los partidos… No podemos quitar y poner a nuestro antojo. Para mí no están claras las razones por las que debemos sacrificar a Caballero… Podemos provocar la enemistad de la mayoría del Partido Socialista… los anarquistas apoyarán a Caballero… Se dirá que pretendemos la hegemonía en la dirección de la guerra y de la política… Debilitaremos todo el frente de unidad y de lucha… Nos aislaremos del resto de los antifascistas…»

Se hizo un silencio denso, pesado, angustioso, ese silencio del asombro o del temor, ese silencio en que cada cual mira al otro, queriendo cada uno escuchar primero a los demás.

Les observaba; veía a mis camaradas trabados en las dudas que los inmovilizaban, llenos de vacilaciones y de miedos, y se me figuraba que las manos de algunos temblaban en las sombras cortas de la caída de la tarde. ¡Así eran, así se conducían los todopoderosos miembros del Buró Político! No eran hombres, eran guiñapos acobardados por el pánico de tener que librar la batalla política que ¡por primera vez!, se emprendía formalmente contra los representantes de Moscú. Nadie podría prever el resultado. Todo era posible. Desde la anulación política hasta la eliminación física… por accidente, con grandes elogios y crespones negros en el suntuoso funeral… Cuanto más alto, más grande es la caída.

Moscú jugaba con las dos cartas: la que mueve a la ambición y la que induce al terror.

Me irritaba pensar que los «tovarich» me creyeran uno de tantos, que pensaran que todos éramos iguales, como esos cornudos que se consuelan pensando que los cuernos son como los colmillos, que duelen al salir, pero que ayudan a comer.

Aquella tarde había allí un auténtico jefe comunista y un español: José Díaz. Ninguna posición política era tan envidiable como la suya. Y no había vacilado en arriesgarla. Por encima de su privilegiada situación había colocado a España, al pueblo español. ¡Caro habría de pagarlo! Moscú no olvida ni perdona. No tardaría en pasarle la factura. Díaz terminaría suicidándose en la patria de Stalin.

Pedí la palabra.

Díaz me dirigió una mirada significativa. La interpreté como una invitación a «pegar duro». Los demás, anhelantes. Los «tovarich», con jeta de jueces. Hablé con dureza y acritud. No sé cuánto tiempo. Sólo sé que me dolían los músculos de la cara por la tensión nerviosa, y que tenía la boca terriblemente seca. Recuerdo que apoyé íntegramente la opinión de Díaz, agregando que el «caso Caballero» estaba fuera de todo sentido político español… que se había conducido lealmente con los comunistas… que gracias a él habíamos podido organizar el Frente Popular… unificar las juventudes… estrechar la colaboración con el Partido Socialista… atraer a gran parte del anarquismo a la colaboración gubernamental… que había facilitado nuestro predominio en el ejército y en el comisariado… que no se había opuesto a que las mejores armas fueran a parar a las unidades comunistas… Caballero había sido dócil al consejo de los «técnicos»

soviéticos… era nuestro punto de apoyo para la unificación del Partido Socialista, y del Partido Comunista… Romper con él sería igual a romper nuestro frente de lucha… ¿por qué y para qué?… Sería la victoria más grande que podríamos darle ganada a Franco…

En un aparte, Stepanov hablaba con Togliatti.

Encendí un cigarrillo.

Uribe, Checa, Pasionaria y Mije, seguían pétreos en su mutismo. Esperaban oír la voz de Moscú, para arriesgar su opinión.

Habló Stepanov.

—Díaz y Hernández están defendiendo un mal pleito. No es Moscú, es la Historia la que ha fallado contra Caballero. Desde la constitución del Gobierno Caballero vamos de catástrofe en catástrofe…

—¡No es verdad! —interrumpió Díaz.

Inmutable, Stepanov, clavó sus ojos verdosos en los negros de José Díaz, y prosiguió:

—… de catástrofe en catástrofe, en el orden militar. Ahora mismo se está derrumbando todo el norte y las cosas no están mejor en el frente de Málaga. ¿Quién es el responsable?

La voz de Stepanov se engolaba en la pregunta:

—… ¿quién?… El ministro de Defensa.

Durante más de una hora el eco monótono del relato de cargos contra Caballero siguió zumbándonos en los oídos. Se pasó revista a todo, a la política militar y a la civil, a las fortificaciones y a las reservas, al general Asensio y a la industria de guerra. Caballero no era otra cosa que un buen cacique sindical.

Le siguió en el turno André Marty, condecorado con la Orden de la Bandera Roja por su activa participación en la sublevación de la Escuadra francesa en el Mar Negro. Era un viejo gruñón, de temperamento belicoso. Su mayor popularidad en Francia la debía a que alguna vez se había soltado el cinto y emprendiéndola a cintarazos con los diputados de las derechas, en plena sesión del Parlamento. También aquella tarde la emprendió a cintarazos con el recuerdo de Caballero. Según Marty, Caballero era un hombre quemado… discutía y hasta rechazaba algunos nombramientos de oficiales y jefes de las Brigadas Internacionales… Una vez no había entregado suficientes botas para una unidad… les racionaba la gasolina…, no les entregaba suficientes coches para el Cuartel General…

—Todo eso son historietas, chismes sin importancia —observó malhumorado Díaz.

—¿Cómo sin importancia? —gritó colérico el héroe del Mar Negro.

—Tampoco nosotros disponemos de los coches que queremos ni de la gasolina que necesitamos, y no hacemos de ello ninguna tragedia —replico Díaz.

—Pero nosotros somos los voluntarios internacionales que venimos a luchar. El no facilitársenos los medios, equivale a despreciar la solidaridad —aulló Marty.

—Lo que ustedes tienen es demasiado aparato burocrático… y que cada uno quiere su automóvil —replico Díaz.

—¡Yo no soy ningún burócrata! —bramó Marty.

—Ni yo se lo he llamado.

—Yo soy un revolucionario, sí señor, un revolucionario: —gritaba Marty, maceándose el pecho con el puño.

—Aquí todos lo somos —aclaró Díaz.

—Eso está por ver —profirió insultantemente Marty.

—Usted es un majadero a quien ni sus años ni su historia autorizan a faltarnos al respeto —dije, encendido de coraje.

—Y usted una mierda —escupió fuera de sí el viejo.

—Aquí no le tolero a nadie ese lenguaje de burdel —gritó Díaz, levantándose de su asiento. Y añadió, enérgico—: Usted es un invitado en esta reunión, y si no le place, ahí está la puerta. —Y Díaz le señalaba con la mano la salida.

—¡Me echan!… ¡me echan!… ¡A Marty!… —chillaba histérico volviéndose hacia Togliatti, en el colmo de su indignación.

Todos estábamos de pie. Unos, mudos de asombro y de espanto; otros, enardecidos y rabiosos. Orlof, impasible, fumaba en su butaca. Togliatti, frío, impenetrable, contemplaba la escena con fingida serenidad. Codovila, hablándole en francés, trataba de calmar a Marty. Gueré, con la boca entreabierta, miraba a unos y a otros con los ojos redondos del asombro. Gaikins, se alisaba el pelo con un peine de bolsillo, como si aquello no le afectara. Pasionaria, nerviosa y desencajada, decía: «¡Camaradas! ¡Camaradas!»… como un disco rayado. Mije espasmódico, braceaba reclamando calma. Uribe, con la boca fruncida, despreciativo, guardaba silencio. Checa, lívido, se retorcía las manos y se tronaba los dedos.

El tumulto y los gruñidos se aplacaron poco a poco.

Hablaba Gaikins.

—… Caballero se aleja de la influencia soviética… Hacía unos días que había casi arrojado de mala manera a Rosemberg del despacho de la Presidencia… que Rosemberg le pedía insistentemente la suspensión de «La Batalla»… la ilegalidad del POUM… que no hacía caso…

Les tocaba el turno a los miembros del Buró que no habían hablado. «Es igual —pensé—, éstos se situarán al lado del sol que más caliente:» Les conocía bien.

Uno tras otro se levantaron para decir generalidades, cargar contra Caballero, y mostrarse de acuerdo con la delegación soviética.

—Según veo —dijo con sarcasmo Díaz— la mayoría del Buró Político está de acuerdo con la «línea» expuesta por la delegación, «línea» que aceptaré sólo por disciplina, pero dejando constancia de mi contraria opinión.

Jamás se había producido una situación semejante. Nunca en la historia del Partido se había dado el caso de votar contra el Secretario General, en reunión de la dirección del Partido. Hubo una dirección, la compuesta por Bullejos, Adame, Trilla, quienes por no aceptar los mandatos de la I. C. fueron declarados «enemigos del pueblo», y barridos del Ejecutivo del Partido. Pero entre ellos había un criterio solidario. Ahora no. A un lado, Díaz y yo, al otro, la mayoría del Buró Político y la delegación de Moscú. La batalla la teníamos perdida… y nosotros también estábamos perdidos. Todo era cuestión de táctica y de tiempo. Díaz no volvería a ser nunca un hombre de confianza absoluta para Moscú. Utilizando su enfermedad, lo recluirían en 1938 en Moscú, le harían comprender su «caída», sentirse heredado en vida por Pasionaria, alejado y separado de toda actividad y, al fin, desterrado en Tiblisis, orillarle por desesperación a quitarse la vida. Mi proceso sería distinto.

—De acuerdo con José Díaz —dije— declaro que no he escuchado razones que hagan variar mi criterio. Creo que suicidamos al Partido aceptando esa política.

La artillería pesada de la delegación, Togliatti, comenzó a hablar. Sus palabras no eran, como podía esperarse, para polemizar o convencer, no; fueron órdenes que se nos trasmitían desnudas de eufemismos, limpias de discreción.

—No vale la pena detenernos en las reservas exteriorizadas por Díaz y Hernández hacia la «Casa». Sería tanto como aceptar que puede haber una base seria de discusión, cosa inadmisible. Creo que todo lo demás está perfectamente aclarado. Propongo comenzar inmediatamente la campaña para «ablandar» la posición de Caballero. Deberemos comenzar con un gran mitin en Valencia donde el camarada Hernández hará el discurso. Será de un gran efecto político que un ministro del propio Caballero se alce contra el presidente.

La rabia me ahogaba.

—Ese discurso puede pronunciarlo cualquier otro miembro del Buró, yo no.

—¿Y por qué no? —preguntó melifluo Togliatti.

—Porque no estoy de acuerdo.

—¿Pero estarás de acuerdo con lo que decida el Buró? —volvió a preguntar.

—El Buró… el Buró —rezongué mordiéndome el deseo de llamarles cobardes.

—Hernández cumplirá con su deber —aclaró Díaz, con propósito de no agravar más la situación.

—En cuanto al sucesor de Caballero —siguió diciendo Togliatti—, es un problema práctico sobre el que invito a los camaradas a reflexionar. Creo que deberemos proceder a elegirlo por eliminación. ¿Prieto?… ¿Vayo?… ¿Negrín?… De los tres, Negrín puede ser el más indicado. No es anticomunista como Prieto, ni tonto como del Vayo.

La reunión había concluido.

CAPITULO IV

Stalin, contra Largo Caballero. *Consumatum est*. Las razones políticas del odio de Moscú. Sabotaje militar de los «tovarich». Negrín, candidato del Kremlin. El «Gobierno de la Victoria». Guerra al POUM La GPU secuestra a Nin

EL Cinema Tirys, de Valencia, estallaba de gente. El escandaloso anuncio del mitin había despertado extraordinaria curiosidad. Mi nombre iba asociado a cierta fama de oratoria agresiva, y los espectadores presumían que «pegaría duro». El agit-prop del Partido se había movilizado bien, y ya había trascendido que iba a «meterme» con Caballero. La expectación, pues, estaba justificada.

Entre el cordelaje y telones del escenario, José Díaz me decía:

—Hay que hacer de tripas corazón. La decisión es la de acabar con Largo Caballero. No hacerlo es tu «caída» política. Y eso no debe ocurrir de ninguna manera.

—Del coraje que tengo siento ganas de gritar, de insultar, de pelearme con alguien. ¡Esto es una insensatez!

—Si pierdes la serenidad, lo echamos todo a rodar.

—¿Pero es que nos hemos de pasar la vida obedeciendo órdenes que contraríen nuestro modo de pensar, aunque tengamos la convicción de que son opuestas a nuestros intereses?

—¡Quién sabe lo que piensan en Moscú! Estoy seriamente preocupado. Creo que todo esto son cosas de nuestros «consejeros»; me resisto a creer que sea obra de Stalin. De todas maneras, cualquiera que sea nuestra opinión, ahora no hay otra que la del Buró Político. Resistirte sería un harakiri sin provecho alguno.

—¡Pero si para atacar a ese hombre tengo que mentirme a mí mismo!

—Pues miente. Esa es la decisión del Partido. Y aunque nos duela ya sabes el principio: es preferible equivocarse con el Partido a tener razón contra él.

—¡Es formidable! —exclamé—. Nos encadenan nuestros propios principios. Somos prisioneros de nosotros mismos.

En el amplio salón resonaban las voces del coro en masa de la multitud:

«… Ni en dioses, reyes ni tribunos.

Está el Supremo Salvador…»

Todos ellos tenían un Dios: Stalin.

Todos ellos tenían un reino: Moscú.

Nosotros, yo el primero, se lo habíamos esculpido en los sesos.

Y rodó la palabra acusadora. Rodó hasta provocar delirantes estallidos de entusiasmo en la masa partidaria, lealmente adicta.

«… Pedimos al Gobierno que preste más atención a los deseos del pueblo… Exigimos al Gobierno que limpie de basura la propia casa… Los mandos del Ejército deben ser depurados… la industria de guerra acelerada… Cuando el Partido Comunista señala a un hombre que el pueblo repudia (Asensio) es una necesidad para el Gobierno dar satisfacción a ese clamor de la calle… Hay que impedir que el enemigo planee sus operaciones en nuestro propio campo…»

La crisis, virtualmente, estaba planteada. El Gobierno de Largo Caballero había sido herido de muerte.

* * *

El jefe del Gobierno, tan arteramente herido, reaccionó de la única manera que podía hacerlo: dimitiéndome.

El lunes, al llegar a mi despacho del Ministerio, un sobre con membrete de la Presidencia me hizo comprender su contenido, sin necesidad de leerle. La breve misiva decía: «Después de sus manifestaciones públicas en el Cinema Tirys el día de ayer, considero inadecuada su permanencia en el Gobierno de mi presidencia».

Contesté al Presidente diciéndole que «mi colaboración no era personal, sino en representación de un Partido por mandato del cuál y reflejando la opinión del mismo había hablado en el Cinema Tirys; que inmediatamente daba cumplimiento a su decisión, pero que ello implicaba el cese de la colaboración gubernamental del Partido Comunista».

Mi argumento no tenía ninguna fuerza legal. Constitucionalmente los ministros eran designados por el Presidente del Gobierno, quien tenía plenas facultades para revocarlos. Los Partidos políticos podían proponer los candidatos pero los nombramientos eran de exclusiva decisión del Presidente.

Caballero vaciló. Era difícil en aquel momento prescindir de la colaboración gubernamental de los comunistas. Pidió al Buró Político la designación de otro ministro. El Buró Político se negó a ello. Caballero se allanó a la imposición. La enorme autoridad del líder obrero a quien se había llegado a denominar «el Lenin español», Presidente del Partido Socialista y Presidente de la Unión General de Trabajadores, las dos organizaciones proletarias numéricamente más importantes del país y de más añejo prestigio, cayó a tierra hecha añicos. Después de esta claudicación el agit-prop del Partido se puso en plena actividad. Fueron suficientes unas semanas para que aquel coloso de la autoridad política quedara convertido en un guiñapo invertebrado al que se iba a arrojar del poder como se arrumba en el desván un trasto inservible. Caballero estaba vencido.

Los «tovarich» podrían telegrafiar a Moscú: «*Consumatum est*».

* * *

Después de estos acontecimientos, hallándome un día en mi despacho del Comité Central, pedí a mi secretario, Cimorra, que me trajera el archivo de las noticias

internacionales. Repasando infinidad de comentarios sobre la situación española e internacional, fijé la atención en una pequeña noticia que decía:

«A. P. 20 de diciembre de 1936. Las gestiones anglo-francesas para una mediación que ponga fin a la guerra española no han dado resultado alguno. Consultadas las potencias interesadas, Alemania, Italia, Portugal, de un lado, y la URSS, de otro, sólo la Unión Soviética se ha declarado dispuesta a cooperar en el proyecto franco-inglés».

En diciembre de 1936, la Unión Soviética era partidaria de una mediación de las potencias «interesadas» para poner fin a la guerra en España.

Recordaba unas manifestaciones de Largo Caballero a Rosemberg, con motivo de algunas «exploraciones» del embajador soviético cerca del prestigioso líder proletario y jefe del Gobierno: «Señor Rosemberg, le agradezco a su Gobierno los buenos propósitos de mediar en busca de una solución que ponga fin a la guerra, pero debo hacerle saber que cualquier solución deberá fundarse en la plena soberanía de la República».

El plan franco-inglés, aceptado por los rusos, fue desechado por las potencias fascistas, pero se hubiera estrellado contra la recia firmeza del veterano líder español, que públicamente había de hacer saber que él no aceptaba ninguna clase de abrazos de Vergara. Esto lo transmitiría Rosemberg al Kremlin.

Después de este fracaso, los rusos intentaron una jugada de altos vuelos y de tenebrosos tahúres. Litvinov en Ginebra y Rosemberg en España, persuadieron a Álvarez del Vayo, ministro de Negocios Extranjeros de la República, de la conveniencia de hacer «ciertas ofertas» favorables a Gran Bretaña y a Francia en el Marruecos español en trueque al apoyo de ambas potencias a la República.

El propósito soviético se denunciaba por sí solo. La carta que trataba Moscú de jugar era tan tramposa como ambiciosa. Si Francia e Inglaterra, que tenían sobrados motivos de inquietud ante la perspectiva de una modificación violenta del statu quo marroquí, se dejaban atraer por el cebo de la sugestiva oferta, la tirantez entre las potencias democráticas y Alemania e Italia hubiera aumentado hasta el rojo vivo, creando condiciones favorables a los planes soviéticos de empujar a ambos bloques a la guerra, lejos de sus fronteras. Pero contrariamente a como habían calculado los «estrategas» del Kremlin, ni Francia ni Inglaterra picaron el anzuelo. La cosa era previsible. De haber querido Francia afrontar los riesgos de una guerra con Alemania ya en 1936, al surgir la contienda española pudo haber invocado las cláusulas del tratado franco-español de 1925, como lo invocara en 1926, durante la revuelta de *Abd El Krim* contra el protectorado francés, al reclamar la ayuda de España, que inmediatamente le prestó el dictador Primo de Rivera, desembarcando tropas españolas en Alhucemas. Las mismas o parecidas razones y en nombre de su propia seguridad, pudo alegar entonces Francia para haber ocupado todo el Marruecos español. Pero eso la llevaba a afrontar la guerra con las potencias fascistas y ni siquiera lo intentó.

Fracasada esta maniobra, Rusia tuvo que encararse a la delicada situación creada en Francia por la gran burguesía que tendía a la liquidación de las formas democráticas de gobierno, y cuyo temor a la revolución era superior al miedo que le inspiraba el III Reich, razones éstas que empujaban a la diplomacia francesa a tratar de torpedear el pacto franco-soviético de 1935 y a buscar un acercamiento mayor con Alemania.

En tales condiciones a la URSS no le interesaba la existencia del «caso español»; era preferible un arreglo a costa de lo que fuere. El único arreglo viable en la situación dada podía solamente lograrse sobre la base de dar satisfacción, si no a todas, por lo menos

de algunas de las grandes y fundamentales aspiraciones de los rebeldes, a costa de la República. Sólo cargando contra la República sería viable el llevar alguna tranquilidad a los asustados burgueses franceses y contener su aproximación a Hitler; sólo cargando contra la República podría Stalin demostrar al «führer» que la URSS era «comprensiva» con «ciertas seguridades» que pretendía Alemania en el extremo occidental de Europa. ¡Era ya el doble juego que habría de hacer saltar la banca en 1939, con la baza del pacto germano-soviético!

Pero con ser un contratiempo para Stalin la posición de Largo Caballero, no hubiera sido motivo suficiente para romper con él y volcar toda su fuerza e influencia para acabar con el Gobierno que presidía. La causa fundamental fue otra, quizá la menos conocida.

Franceses e ingleses se dieron maña para volver la oferta del Kremlin contra el Kremlin. Preocupado el Foreign Office por dos hechos que quería evitar: la guerra con Alemania y la ocupación unilateral de las potencias del Eje de bases en el Mediterráneo que forzarían a Inglaterra y a Francia a aceptar la temida guerra si querían impedir la gravísima amenaza que para sus comunicaciones entrañaba el dominio de tan vitales posiciones por las potencias fascistas, idearon proponer al «führer» y al «duce» una solución que, en términos generales, consistía en lo siguiente:

Alemania e Italia retirarían inmediatamente su apoyo a Franco y le «aconsejarían» llegar a un acuerdo con la República, poniendo fin a la guerra. En compensación, una vez establecida la paz en España, el Gobierno de la República, de acuerdo con Inglaterra y Francia, reconsideraría todo el problema del protectorado de Marruecos, dando ingreso a Italia en el nuevo tratado en condiciones aceptables y de seguridad. Alemania sería compensada con la devolución del Camerón.

El gobierno inglés puso en antecedentes a nuestro embajador en Francia, señor Luis Araquistáin, socialista, amigo íntimo de Largo Caballero. El jefe del Gobierno facultó a Araquistáin para aceptar la sugerencia, que mantuvo rigurosamente en secreto hasta para sus ministros. Las negociaciones se entablaron con buen éxito. Alemania e Italia estaban dispuestas a aceptar tal solución.

Tan adelantadas estaban las cosas que el Jefe del Estado, don Manuel Azaña, en el discurso pronunciado por aquellos días en la Universidad de Valencia, hizo referencia, si bien muy discreta, comprensible para quienes estaban al tanto de lo que se pretendía, a «la posibilidad de introducir serias modificaciones en el problema marroquí».

El secreto no lo fue tanto que impidiera que los oídos del Kremlin se enteraran de lo que se tramaba. Y reaccionaron coléricos contra el jefe del Gobierno de la República. Y nos transmitieron la consigna de «fuera Largo Caballero del Gobierno».

Ignorantes nosotros en aquellos momentos de la razón que movía la cólera de Stalin, mal podíamos comprender la hostilidad de Moscú hacia Largo Caballero.

Para la URSS la situación se presentaba así: La República española se salva, el pueblo español se verá libre de la dictadura fascista de Franco, pero al llegarse a un entendimiento que resuelva las diferencias actuales en el Mediterráneo entre Inglaterra, Francia, España, Alemania e Italia, lógicamente las nubes bélicas se concentraran más fácilmente sobre el Este de Europa. ¿Quién ha dado el consentimiento a ese arreglo? ¿Largo Caballero? Pues Largo Caballero debe ser decapitado políticamente. Tal fue la conclusión de Stalin.

Para comprender la fuerza de persuasión que para Hitler y Mussolini tenía la propuesta inglesa, se hace necesario decir que el problema del dominio del Mediterráneo venía estando desde hacía muchos años en el centro de todas las diferencias, rivalidades y ambiciones de Alemania e Italia y, por razones de seguridad y predominio, en el de Inglaterra y Francia. El 18 de agosto de 1936, Sir Abe Bailey, en el «*Daily Telegraph*» de Londres, escribía: «El éxito del general Franco puede hacer más próximo el sueño de Mussolini de transformar el Mediterráneo en un lago italiano y dar al mismo tiempo a Alemania ese punto de apoyó en Marruecos por la obtención del cual casi lanzó al mundo a la guerra en 1911».

*Y el 1.°.de noviembre de 1936 afirmaba Mussolini en un discurso pronunciado en Milán: «*Para la Gran Bretaña el Mediterráneo no es más que una ruta entre muchas; para nosotros es nuestra propia vida*».*

El publicista francés Vladimir d'Ormèsson, decía a este respecto: «Es muy probable que Alemania esté asegurándose en la Península bases, diferentes de las puramente comerciales. Es posible que en este sentido esté intentando la reapertura de la cuestión marroquí. En todo caso, es seguro que ve en todo esto —la guerra española— un medio, para intervenir en nuestras comunicaciones del Mediterráneo».

El profesor nazi, Marx Gruen, declaraba en Constanza el 6; de febrero de 1938 que la guerra española era «una guerra europea por la supremacía del Mediterráneo».

El doctor Hermann Gackenholz, en la revista nazi «Wissen und Wehr», de octubre de 1938, declaraba: «Con motivo de la guerra civil, España ha venido a ser el punto central de la tensión existente entre las Grandes Potencias. Conforme esta tensión se desplaza hacia el Mediterráneo occidental, se hace más grande que nunca la importancia de España como aliado poderoso. A esta razón, más que a ninguna otra, debe atribuirse la intervención de ciertas potencias extranjeras».

Mil y una opiniones podríamos ir registrando en torno a la importancia de la vieja pugna por el Mediterráneo, pugna en la que España, quiera o no, juega siempre un papel de primer orden tanto por su propia posición geográfica como por su presencia en África. España, además, es llave de paso a dos, mares fundamentales: Atlántico y Mediterráneo. Así pues, para los, estrategas militares tenía y tiene un enorme interés la amistad, la conquista o la neutralidad de España.

En 1936-1937, Hitler y Mussolini vieron a través de la proposición inglesa, la posibilidad de un entendimiento con España y con él la adquisición de ventajosas posiciones que, alterando el statu quo mediterráneo y marroquí, haría del «*Mare Nostrum*» un mar de todos. La liquidación de este foco de sus diferencias con Francia e Inglaterra, podría proporcionar la neutralidad de ambos países en caso de guerra con el Este y evitaría a Alemania el riesgo mortal de la lucha en dos frentes.

Stalin, calculando las consecuencias, prefirió el hundimiento de España a la aceptación de un posible riesgo para su patria.

No era para nosotros posible calar en la médula de estas sucias conveniencias chauvinistas del Kremlin. Y los comunistas españoles, al derribar a Largo Caballero, procedíamos ajenos por completo al daño que inferíamos a nuestro pueblo.

Sobre mi mesa de trabajo meditaba yo un artículo a medio terminar, que comenzaba con la máxima de Epicteto:

«La verdad triunfa por sí misma; la mentira necesita siempre complicidad».

* * *

Después de la epopeya de Madrid, las armas republicanas lograron resonantes victorias: una, la defensiva de el Jarama, en la que se estrella todo el poderío alemán sin poder completar el cerco a Madrid; otra, la contraofensiva triunfal de Guadalajara, en la que son aplastadas las pretenciosas legiones italianas.

Con la derrota de los italianos en Guadalajara se estableció en todo el país una especie de tregua, que era preciso romper. Todos los retrasos favorecían al enemigo. Para la República era decisivo tomar en sus manos la iniciativa que había perdido el adversario. Largo Caballero proyectó una gran operación ofensiva en el frente extremeño con estos objetivos: ocupar Mérida y Badajoz, cortar los ejércitos rebeldes del norte y del sur, aislar la frontera portuguesa, base principal de la llegada de suministros extranjeros al enemigo, ocupar Sevilla, cerrar la vía naval del Mediterráneo a los facciosos y, como finalidad máxima, infligir una derrota aniquiladora al adversario. El plan, sin duda, tenía un carácter ofensivo de altos vuelos que buscaba la solución a la guerra por medio de operaciones de tipo decisivo.

El jefe de los «tovarich» Mariscal Kulik, se opuso terminantemente a la realización de este plan del Estado Mayor republicano. En su lugar propuso un ataque contra Brunete insistentemente rechazado por nuestros militares, entre otras varias, por razones técnicas de mucho peso.

La disputa entre ambos Estados Mayores adquirió en algunos momentos tensión de ruptura.

Por aquellos días fui requerido para que juntamente con el otro ministro del Partido me trasladara a Alcalá de Henares, lugar en que se hallaba emplazado el puesto de mando del general Kulik.

Una mesa bien surtida de kaviar y de vodka, de queso y de jamón, de aceitunas y de cigarrillos rusos de larga boquilla de cartón, amenizaron nuestra charla.

Kulik era un tipo rudo, pero simpático. Imponentemente fuerte y alto, daba la sensación de un oso polar. No era torpe. Conocía bien su oficio militar. Junto a él toda una serie de ayudantes rusos, comunes y corrientes. A los pocos minutos de haber llegado nosotros dos se presentaron Togliatti y Codovila. Frente a mí, sobre la pared, una enorme carta militar, con una serie de banderitas rojas y azules, señalaban la demarcación de las dos Españas y la situación de los distintos frentes. Entraban y salían ayudantes que pasaban a Kulik pequeños papeles escritos. Gruñía el oso, se daba por enterado o bien trazaba rápidas notas sobre los mismos partes y los devolvía en silencio.

Era casi medio día; había transcurrido más de una hora desde nuestra llegada y la conversación discurría intrascendente. Se comía y se bebía, pero no se abordaba el tema preciso que debía haber motivado nuestra llamada.

—Bueno —dije—, supongo que nuestra invitación la habrá motivado algo más que el pasar un rato agradable con ustedes.

—Sí —contestó Kulik—. Pero es que todavía no ha llegado el correo que debe traerme de la Embajada de Valencia cierta información que estoy esperando. Debería estar aquí hace más de una hora.

—De todas formas —dijo Togliatti— podemos informar a los camaradas ministros de lo que se trata.

—Sin recibir esa información nada adelantaremos. Nuestros planes pueden cambiar completamente —aclaró Kulik.

«¿Qué diablos se traerán entre manos —pensé— cuando tan pendientes están de la información de Moscú?».

—¡Llamen a Valencia! —ordenó Kulik—. Pregunten a qué hora ha salido el correo.

Momentos después entraba un motorista. Golpeó sus tacones en rígido saludo militar. Abrió una enorme cartera y sacó un sobre lacrado que rápidamente rompió Kulik.

—¡Oficial de cifra! —ordenó.

Volviéndose hacia nosotros, indicó:

—Un momento… Un momento nada más.

Seguimos bebiendo, fumando y esperando.

Minutos después regresaba el oficial de cifra y entregaba el parte descifrado al oso polar, que arqueando sus pobladas cejas, leyó atentamente.

—Asunto resuelto —dijo, pasando el pliego a Togliatti.

Enigmático, Alfredo (así se llamaba a Togliatti en España), se informó del contenido.

Los ministros del Partido seguíamos sin saber de qué se trataba. «Al fin —me dije— es igual. Se trata de recibir órdenes».

Kulik tosió y anunció:

—Moscú nos notifica que la operación de Extremadura es improcedente.

Silencio expectante.

—… El plan de Asensio —prosiguió Kulik— es un plan que no tiene en cuenta que en el frente Norte existen casi tantas posibilidades de ofensiva como en la zona central… El plan de Asensio-Caballero desdeña la coordinación necesaria con el frente Norte, prescinde de ella menospreciando la ventaja estratégica que la situación nos ofrece… Olvida que el centro de gravedad del enemigo no está muy alejado de Andalucía y Extremadura; que tiene en proporción mayores efectivos que los nuestros y que por tanto, la proyección de nuestra ofensiva en tal dirección es poco favorable…

El oso hizo una pausa y paseó su mirada sobre cada uno de los que le escuchábamos.

Togliatti nos advirtió entonces:

—El objeto de haber requerido la presencia de ustedes es para que lleven esta opinión al seno del Gobierno obligando a Largo Caballero a desistir de su proyecto extremeño. ¿Qué opinan?

—Uribe es miembro del Consejo Superior de Guerra y él deberá saber cómo están las cosas —eludí por mi parte.

Uribe me miró y miró a todos con aire dubitativo. Comprendí que sabía tanto de guerra como de oficiar misa.

—A mí —dijo— me pareció bien en principio el plan de Asensio, pero si ustedes creen que debe modificarse o desecharse…

—En absoluto —declaró terminante Togliatti.

—… me dan las razones y las traslado al seno del Consejo —concluyó Uribe.

—Donde hay que desechar ese plan es en el Consejo de Ministros —corrigió Togliatti.

—Caballero no es muy partidario de discutir sobre planes concretos de guerra en el seno del Gobierno —observé.

—Pueden hacerle una visita particular —insinuó Codovila.

—Eso es más fácil, pero dudo que lleguemos a un acuerdo —declaré.

—La operación no debe llevarse a cabo en modo alguno —gruñó el oso polar—. Ustedes verán cómo se las apañan.

—Soy —aclaré— de la opinión de Uribe. La operación de Caballero no me parece mala en principio. Pero quizás existan razones técnicas que no se me alcanzan, y agradecería se me explicasen para poder razonar nuestra posición.

Kulik sirvió vodka a todos y nos dio esta explicación:

—Las razones están basadas en defectos y debilidades militares, que nada tienen que ver con el entusiasmo combativo de nuestras unidades. Por ejemplo: la lentitud en la organización del Ejército Regular. Después de varios meses de haber sido promulgado el decreto de creación del Ejército Regular aún subsisten en Andalucía, Extremadura, Levante y en algunas provincias del Norte y de Cataluña, las formas de la primitiva organización militar: las milicias, más obedientes a los partidos y organizaciones sindicales que al mando militar… Viene luego la carencia de reservas entrenadas, deficiencia ésta que obliga a reducir la actividad operativa, haciendo siempre recaer el peso de todos los combates sobre las mismas fuerzas…

Observa el aplomo con que Kulik hablaba y no podía substraerme a la idea de que si el comunicado de Moscú tuviera un contenido contrario, hubiera expuesto con el mismo énfasis razones distintas para argumentar a favor de la operación. «Es tonto todo esto —me decía—. Kulik hace ahora lo que nosotros haremos después: obedecer. Podría ahorrarse la explicación diciéndonos: «lo ordena Moscú». Sería suficiente.

—… Por eso —proseguía el militar ruso— es aventurado emprender una operación de tal envergadura… Proponemos a cambio la de Brúñete, en la cual todas las probabilidades nos favorecen. Se trata de atacar…

El oso polar se levantó y sobre la gigantesca carta militar movió sus dedos en la línea Navalcarnero-Getafe, Las Rozas y Entrevias, Quijorna y Villanueva de la Cañada, mientras nos explicaba sus planes.

—… para resolver el problema táctico de alejar el frente adversario de la Capital… atacaremos de frente y de revés a fin de sorprender y desquiciar al enemigo… Con la ruptura de sus líneas y el envolvimiento de sus fuerzas obligaremos a los facciosos a constituir un nuevo frente desde el Cerro de los Ángeles hasta Brúñete, que les impedirá el desplazamiento de nuevas reservas hacia Madrid… Y estaremos en condiciones de pasar a la ofensiva en otros frentes, porque nuestras reservas quedarán intactas… El auxilio al Norte será efectivo…

Repasé mis notas y en tono mesurado, convencido de la nulidad de argumentar, expuse:

—Es indudable que el enemigo ha obtenido victorias positivas. Ha enlazado sus núcleos de Sevilla, Córdoba y Granada; ha conquistado Guipúzcoa, aislando así de Francia nuestro territorio del Norte; ha ocupado Málaga y la zona de Motril, con lo cual ha mejorado extraordinariamente la seguridad de sus líneas de comunicaciones marítimas con Italia; ha unido su Ejército del Norte y del Sur con la conquista de la Sierra de Gredos. Pero nosotros también hemos obtenido señaladas victorias. De los choques de pequeñas unidades y columnas ligeras hemos pasado a emprender importantes batallas (Madrid, Jarama, Guadalajara) en las que hemos operado con evidente éxito… pese a la carencia de reservas y de mandos capacitados que señala el camarada Kulik —dije con propósito polémico.

—Cierto, cierto —concedió el oso polar—, pero eso no modifica el panorama general.

—Lo modifique o no, lo cierto es que podemos sacar algunas conclusiones.

—¿Cuáles? —preguntó entre zumbón y agresivo Togliatti.

—Para mí —dije— se ha establecido un equilibrio de fuerzas que a los unos y a los otros nos ata para lanzarnos a la conquista del objetivo decisivo de toda guerra, que es el del aniquilamiento total de la fuerza contraria. Pero en nosotros la posibilidad potencial de romper este equilibrio es superior a la de Franco, por la existencia en nuestro territorio de bases industriales, recursos humanos, ventajas estratégicas, y porque tenemos el respaldo de un pueblo unido en torno a una causa común, factor que le es adverso a nuestros enemigos. Para Franco, a mi modo de ver, la tarea actual es la de acumular elementos para obtener superioridad en las direcciones principales de sus probables ataques. ¿Cuáles pueden ser estas direcciones? Una, Madrid que sigue siendo su ambición y su obsesión; otra, Cataluña, que por su frontera con Francia es la única comunicación que tenemos con el exterior y porque es una base industrial de primer orden; otra, la conquista del Maestrazgo, con la consiguiente segregación del territorio republicano en dos porciones; y, naturalmente, el Norte, base importantísima, tanto en el orden industrial, como en el militar y en el político. Estos pueden ser, por tanto, sus principales objetivos tácticos y estratégicos.

—El mérito del plan de Caballero y Asensio —proseguí— tiene la enorme ventaja de que se proyecta sobre la zona territorial enemiga orgánica, política y militarmente más vulnerable. Ninguno de nosotros ignoramos que, tanto en Extremadura como en Andalucía, las defensas del adversario son escasas y débiles y sus tropas las menos aguerridas. La irrupción de nuestras fuerzas en esa zona acarrearía de inmediato la segregación de los ejércitos franquistas del Norte y del Sur que quedarían incomunicados por tierra y el corte de las comunicaciones vitales del enemigo con Marruecos y con Italia, sus principales bases de abastecimientos. Por otra parte, la operación se realizaría sobre regiones cuya población, francamente favorable a nuestra causa, crearía con su actividad un verdadero problema en la retaguardia franquista; una población en la que la represión fascista se ha ensañado hasta la ferocidad, como en el caso de Extremadura; ciudades como Sevilla, con fuerte base proletaria y revolucionaria; provincias como la de Huelva, donde operan numerosas partidas de guerrilleros. Creo que estos objetivos son de mayor entidad que los limitadísimos que podríamos alcanzar en la operación sobre Brúñete, operación frontal, de trincheras, sobre el fuertemente organizado sistema militar enemigo del cerco a Madrid, frente a sus mejores tropas. Admito —hay que admitirlo lógicamente— que no se alcanzarán los objetivos máximos del plan Caballero, pero bastaría el peligroso amago para obligar al enemigo a desmontar su dispositivo militar en el Norte y embeber todas sus fuerzas en esta operación. Se dice que se trata de ayudar a nuestras comprometidas fuerzas del Norte. Pues bien, yo me pregunto si no es esta fórmula de Caballero la única eficaz para conseguirlo.

—En tu opinión debemos apoyar a Caballero ¿no es así? —preguntó Togliatti saliéndose por la tangente.

—No se trata de apoyar o dejar de apoyar a Caballero, sino de escoger entre uno u otro plan —precisé.

—Pero defiendes el de Caballero —insistió.

—Defiendo el que creo más conveniente para nuestra causa, prescindiendo de quien lo haya concebido.

—Proporcionalmente el enemigo puede acumular más fuerzas que nosotros en ese teatro de operaciones. Sería peligroso… Sería peligroso —rezongó Kulik.

—Con mucha más facilidad y rapidez puede acumularlas en el frente del Centro. Justamente es en los aledaños de Madrid, teatro de la operación que ustedes proyectan, donde el enemigo tiene sus mayores y más aguerridas concentraciones. Creo que en la lucha de posiciones que lleva implícita ese proyecto, pocas fuerzas tendría el enemigo que retirar del Norte para contener y repeler nuestra ofensiva. Insisto en que la operación de Extremadura-Andalucía es la mejor para salvar al Norte. Y un riesgo por otro, es preferible éste a aquél.

—Si fuera eso sólo, ni quien lo dude —aclaró Kulik—. Pero desconfío más de nuestra eficiencia que de toda otra consideración.

—Si eso es cierto, lo es tanto para Extremadura como para Brúñete —contesté con desabrimiento.

—¿Y si a pesar de todo Caballero insiste? —preguntó de sopetón Uribe.

—Si insiste siempre habrá modo de hacerle desistir —arguyó Togliatti.

La muerte del «plan Caballero» estaba decretada.

No han faltado plumas que han atribuido la enemiga de Moscú a la proyectada operación de Caballero, esto es, al propósito de impedir que una nueva y resonante victoria consolidara el prestigio del llamado «Lenin español». Creo que esa es sólo una verdad parcial. La verdad completa hay que buscarla en las razones de la política internacional ya examinadas y que habían llevado a Hitler y a Mussolini a dar toda clase de seguridades a Francia e Inglaterra de que no se proponían ocupar bases militares en el Marruecos español. Naturalmente que en aquellos momentos una gran victoria republicana fortalecería ante el país el prestigio del gobernante que, con su consentimiento, estaba haciendo posible una solución «pacífica» del enrevesado problema mediterráneo.

Los maquiavelos del Kremlin sudaban sus propias fiebres.

* * *

Caballero hubo de plegarse a las exigencias de los rusos. Su empeño en llevar a cabo la operación extremeña se malogró definitivamente cuando los «tovarich» le hicieron saber —agotados ya todos nuestros razonamientos para disuadirle— que no prestarían «su» aviación para la realización del plan sobre Extremadura.

Pocos días después, la sublevación anarco-poumista del 5 de mayo en Barcelona nos daba el pretexto a los ministros comunistas para provocar la crisis del Gobierno de Largo Caballero.

Dentro y fuera del Gobierno actué como fuerza de choque contra Largo Caballero y contra el subsecretario de Defensa, general Asensio, hombre de confianza de aquél en cuestiones militares. Mi nombre se aureoló de odios. Nadie podía percibir mi drama personal, silencioso y disimulado. Y naturalmente, me juzgaron en función de mi conducta. No era la primera vez ni sería la última que me vería obligado a retorcer mis propios sentimientos para obedecer a Moscú.

Las razones que ante mí mismo podían tener un valor justificativo eran completamente ajenas a los hombres, partidos y organizaciones a quienes lesionaba. El forcejeo entre mi manera de pensar y mi actuación pública era un duelo sordo, penoso, clandestino. El Partido me inciensaba y nuestros partidarios me aclamaban como el tribuno implacable, como el «hombre fuerte» de la dirección. Y cuanto más crecía mi popularidad, más y más me veía a mí mismo hundirme irremisiblemente en el pantano de la política que nos mandaban hacer… y que hacíamos.

La plena conciencia de mis actos convertía en tortura moral mis fingimientos. «Es posible —me decía— que esto contribuya a fortalecer nuestras posiciones partidistas y que ayude a la URSS en sus combinaciones internacionales, pero ¿qué quedará de nosotros? ¿en qué nos convertiremos? ¿acaso no estamos haciéndonos merecedores del desprecio popular? Ser comunista a la hechura y medida de Moscú conduce a la larga a convertir al individuo en enemigo de los intereses nacionales que le son propios».

«Nuestra trayectoria en la guerra ¿no justifica la ola de odio que nos envuelve desde el campo socialista al anarquista, desde el POUM hasta el republicanismo de todos los matices? Sin duda hay pasión, pero también razón. ¿Es mejor Negrín que Largo Caballero? ¿En qué? Si la guerra va a continuar siendo dirigida por los rusos, nada habremos ganado en el cambio… como españoles.

Y el prestigio de los comunistas y del comunismo como idea habrán sufrido un golpe de imprevisibles consecuencias en nuestro país. ¿Vale la pena seguir esta farsa trágica?»

Las más negras dudas mordían mi alma.

* * *

Supongo que por pura fórmula (la elección ya estaba hecha sin pedírsenos opinión alguna) me fue encomendado hablar con don Juan Negrín para ofrecerle nuestro apoyo si aceptaba ocupar la presidencia del nuevo Gobierno.

Corrían los días del mes de mayo de 1937.

Propuse al doctor Negrín una entrevista en mi despacho del Ministerio de Instrucción Pública.

—Encantado de verle, doctor —dije en afable saludo.

—Gracias Hernández. ¿Cómo está usted?

—Bien, siempre bien, doctor. —Y añadí tras una breve pausa:

—¿Un whisky, Negrín?

—¿Etiqueta negra?

—Exactamente, del que a usted le gusta —dije.

Negrín era un hombre de complexión robusta, de aspecto sano. Fácil y ameno conversador, se conquistaba pronto la amistad. Sentados siempre uno al lado del otro en la mesa de los Consejos de Ministros, habíamos mantenido en el curso de ellos conversaciones epistolares, pasándonos notas escritas en las que mutuamente emitíamos juicios sobre los debates que se suscitaban por los ministros. La coincidencia de pareceres entre ambos habíase mantenido constante. Negrín era hombre de extracción burguesa y de elevada cultura universitaria; un valor unánimemente reconocido en el campo de la ciencia. Socialista intelectual y sentimental, era poco conocido en los medios proletarios. Algunas de sus medidas financieras en el Gobierno de Largo Caballero le habían acreditado como hábil hacendista, aunque a él se debe el

tremendo disparate de haber depositado en los bancos soviéticos la mitad del tesoro español.

—¿Cómo ve usted la solución de la crisis, doctor?

—Azaña está vacilando ante el empeño de Caballero de gobernar sin comunistas.

—Usted sabe bien que eso es descabellado en la situación actual. Y para convencer a Azaña en estos precisos momentos está desfilando una manifestación de comunistas bajo los balcones de la Presidencia —dije.

—Sí… Así lo hemos apreciado en la reunión de la minoría parlamentaria socialista.

—Doctor —dije entrando de lleno en el objeto de la entrevista—. El Buró Político de mi Partido quiere aconsejar al Presidente de la República la candidatura de usted para primer ministro.

Observé a Negrín y no vi que hiciera ni el más ligero gesto de sorpresa o de emoción ante el brusco anuncio de nuestro propósito. Sin duda sabía más que yo de lo que le estaba hablando. Así lo imaginé.

—Si lo acepta mi Partido… Usted sabe que soy un hombre poco conocido y, menos aún, popular.

—Por eso no tiene usted que preocuparse. Cuenta, que yo sepa, con la venia de Prieto y con el apoyo de la mayoría de la Ejecutiva del Partido Socialista. La popularidad… ¡se fabrica! Si alguna cosa tenemos los comunistas bien organizada es la sección de agip-prop —dije riendo.

—Pero yo no soy comunista.

—Es mejor así. De ser usted comunista no podríamos proponerle para el cargo de Presidente del Consejo. Queremos un presidente amigo de los comunistas… nada más, pero tampoco nada menos —dije insinuoso.

—En cuanto a eso…

—No lo dudamos, doctor —atajé rápido.

—Muchos aspectos de la política del Partido Comunista me parecen justos y acertados —indicó Negrín.

—En su Partido no encontrará usted muchos apoyos, teniendo que sustituir a Caballero.

—Pocos… muy pocos.

—Pero contará usted con lodo el poderío de los comunistas —afirmé.

—Solamente así podré gobernar —aclaró Negrín.

—Pues gobernará.

—No quisiera que mi aceptación la interpretasen como el consentimiento a convertirme en el «hombre de paja» de ustedes. Eso no lo esperen de mí. Además no sería útil ni a su partido, ni a mí, ni a nadie —observó con cierta preocupación Negrín.

—Comprendo y comparto sus escrúpulos; pero puedo asegurarle que nuestro apoyo será tan discreto como decidido y respetuoso. Una cosa no se podrá evitar: que le tilden a usted de «comunistoide» —aclaré.

—Será inevitable…

—Más inevitable aún si como esperamos usted aplica una política militar coincidente con la del programa de nuestro Partido —exploré.

—En general estoy identificado con ella —declaró Negrín.

—Mejor que mejor —dije.

—¿A quién piensan ustedes apoyar como ministro de Defensa? —preguntó.

—No tendremos ningún inconveniente en que lo sea el señor Prieto.

—Prieto es poco amigo de ustedes —observó Negrín.

—Cierto. Pero su prestigio personal nos es más útil que todo lo dañoso de su anticomunismo.

Al hacer esa afirmación sobre Prieto tenía presente la táctica que habíamos decidido seguir con el futuro ministro de Defensa. Al discutir en el Buró Político el pro y el contra de la aceptación de Prieto como titular del Ministerio de Defensa, tuvimos en cuenta su gran prestigio en los medios moderados de la política nacional, y también en el orden internacional. Prieto nos era útil en ese aspecto. Calculamos igualmente su lado negativo: era un pesimista, no tenía fe en la victoria. Confiarle la responsabilidad máxima de la dirección de la guerra era un contrasentido. Deberíamos sumar a ello su poco o ningún afecto a los comunistas, más bien su anticomunismo.

Los miembros del Buró Político vacilábamos en la elección. Togliatti nos dio el consejo siguiente:

«Apoyar la candidatura de Prieto es apoderarnos de él. Si no se aviene a servirnos utilizaremos su notorio y proclamado pesimismo para motivar su destitución cuando ello nos convenga, y al provocar su salida del Ministerio de Defensa procuraremos envolverle en un pesado manto de desprestigio político que lo inutilice como figura señera del socialismo. Un adversario menos».

—Me parece muy bien. Personalmente le tengo gran estimación; pero ustedes tendrán dificultades con él —insistió Negrín.

—Procuraremos «neutralizarle» —repliqué sonriendo.

—¿Cómo?

—La subsecretaría suele ser tan importante como el Ministerio… y a veces más, por su aspecto técnico. Con Prieto de ministro pediremos para el Partido la subsecretaría de Guerra y la de Aviación. Procuraremos ocupar algunas Direcciones Generales… El Comisariado de Guerra está prácticamente en nuestras manos. Y contando con la amistad de usted…

—Y con los rusos —aclaró riendo Negrín.

—¿De acuerdo, doctor?

—De acuerdo.

—Hasta la vista «Presidente» —dije amistosamente.

—¿Y usted qué puesto ocupará? —preguntó Negrín.

—Nada seguro todavía, Negrín. Parece ser que la dirección del Partido pretende el Ministerio de Gobernación. Pero eso dependerá del resultado de conjunto.

—Adiós, Hernández.

—Salud, Negrín.

Dos días después el doctor Negrín formaba su Gobierno. Caballeristas, anarquistas, poumistas, se pronunciaron contra el gobierno «hechura de los comunistas». La unidad política y la colaboración en el seno del Frente Popular se habían desgarrado. El Partido Comunista se encontraba peligrosamente aislado de los núcleos principales del proletariado organizado.

El titular de «Mundo Obrero», órgano central del Partido Comunista declaraba:

«Se ha constituido el Gobierno de la victoria».

¿Gobierno de la victoria…?

La segunda guerra civil había comenzado en nuestro frente interior.

* * *

La operación de Brúñete se desarrolló bajo el Gobierno del doctor Negrín. «Brúñete —escribiría después el general Rojo— había sido un éxito táctico de resultados muy limitados y un éxito estratégico también de carácter restringido»… «Habríamos de pensar en una nueva maniobra para ayudar al Norte; y para poderlo hacer más eficazmente se aumentaron las reservas numéricas, aunque no pudieran ser dotadas de material, ya que no lográbamos ver llegar todo el que se precisaba, ni siquiera una mínima parte del indispensable para tener derecho a considerar al ejército en condiciones de combatir. (El subrayado es nuestro. J. H.) Pero la guerra seguía, y era preciso pelear con lo que se tuviera y del modo que mejor provecho pudiera sacarse de nuestros pobres recursos.[11]

* * *

En el Gobierno del doctor Negrín me fueron asignadas dos carteras: la de Instrucción Pública y la de Sanidad. Prieto desempeñaba la de Defensa Nacional. Zugazagoitia, socialista, la de Gobernación. La Dirección General de Seguridad el coronel Ortega, comunista.

Dos o tres días después de formado el nuevo Gobierno fui despertado de madrugada por una insistente llamada telefónica.

—¿Quién habla?

—¡Hola, Ortega!

—No des ninguna orden. Que vengan a verme al Ministerio.

—A las 10 les espero.

—Salud.

La NKVD estaba en funciones. La figura simiesca de «Marcos» acudió a mi memoria. Recordé que me había dicho «… Orlov y Vielayev le tendrán a usted al tanto»…

Ortega acababa de decirme que se había presentado Orlov en la Dirección General de Seguridad, pidiéndole ciertas órdenes de arresto contra varios dirigentes del POUM, sin que diera de ello conocimiento al ministro.

Puntual, exacto, como un cronómetro, a las 10 de la mañana se presentaba Orlov en mi despacho.

Era un hombre de casi dos metros de estatura, elegante y fino en sus maneras. Hablaba el español con cierta soltura. No tendría más de cuarenta y cinco años. A primera vista nadie hubiera sospechado que tras de aquella aparente distinción se ocultaba uno de los más intransigentes y sectarios inkavedistas. Tenía el grado de comandante y fungía como ayudante inmediato de «Marcos», al cual no había yo vuelto a ver después de nuestra entrevista con Rosemberg en la Embajada soviética en Valencia.

---

[11] En los años de 1928-1932 la Unión Soviética puso en circulación diez millones de dólares en moneda falsa que provocaron un escándalo internacional y que dieron origen a la detención y condena de algunos agentes de Moscú encargados de ponerlos en circulación

Con la desenvoltura de los hombres que están habituados a que se les tema o respete, me alargó la mano a modo de saludo y tomó asiento con familiar naturalidad.

—Camarada Hernández, usted ha entorpecido esta madrugada nuestro trabajo —comenzó a decir con tono de admonición.

—Perdóneme, amigo Orlov, pero no sabía de qué se trataba… y aún no lo sé.

—Pero usted sí sabía que era nuestro servicio el que pedía las órdenes de detención —dijo en tono inquisitivo.

—Sabía que era usted uno de los que lo pedían, pero lo que no sabía era por qué y contra quien se pedían esas órdenes, que además debería ignorar el ministro.

—Hace tiempo que «Marcos» (Slutsky) me informó que usted se hallaba al corriente de nuestro trabajo y que estaba dispuesto a obviarnos dificultades oficiales.

—«Marcos» me habló de una trama de espionaje y le ofrecí, si era necesario, llevar el caso al seno del Consejo de Ministros. Eso fue todo.

Orlov me miró con cierto aire de ironía y mientras encendía y apagaba un bonito encendedor, me espetó:

—¿Cómo dice?… ¿El Gobierno?… Precisamente se trata de lo contrario. El Gobierno no debe saber ni una palabra hasta que todo esté consumado.

—¿Pero de qué se trata? —pregunté.

Orlov calló un momento. Encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar.

—¿Forma usted parte de nuestro servicio? —me preguntó.

—No.

Orlov hizo un gesto de extrañeza.

Insistí:

—Ni ahora ni nunca.

Orlov encendía y apagaba su encendedor.

—Creí que era uno de los nuestros… Pero es igual —dijo entre dientes.

Y comenzó a narrar:

—«… Desde hacía tiempo venían siguiendo la pista a una red de espionaje falangista… Los elementos del POUM estaban mezclados en ella. Se habían practicado centenares de detenciones… El más importante de los detenidos, un ingeniero llamado Golfín… había confesado todo… Nin estaba seriamente comprometido… Gorkín… Andrade… Gironella, Arquer… Toda la banda trotskista… Un tal Roca actuaba de enlace entre el POUM y los falangistas en Perpignan… Una maleta llena de documentos había sido capturada en Gerona a un tal Riera… También el dueño de un hotel apellidado Dalmáu estaba convicto y confeso… Todo estaba preparado para dar el golpe… Yo lo había dificultado… El Gobierno no debería saber nada… Tampoco el ministro»…

—Dígame Orlov, ¿de qué proviene el temor a que intervenga el Gobierno?

—El enemigo está en todas partes —respondió secamente.

Y con propósito de aclarar:

—Desde el principio nos hemos negado a que intervenga la policía oficial.

—Pero el Gobierno no puede ser ajeno a un asunto de esa envergadura —dije.

—Zugazagoitia es amigo personal de algunos de los que hay que detener —replicó.

—Presentándole todas esas pruebas…

—No haría nada —atajó Orlov—. Es bastante anticomunista.

—En este caso, se trata de luchar contra el enemigo y no de complacer a los comunistas.

—Correríamos el riesgo de echarlo todo a rodar —insistió Orlov.

—De cualquier forma él tendrá que intervenir, y siempre será mejor prevenirle que sorprenderle.

—Yo sé lo que digo Hernández.

—Y yo lo que me hago —contesté.

—Ahora es el momento ideal para descargar un golpe aniquilador sobre esa banda de contrarrevolucionarios. Les tenemos agarrados por el cuello —dijo con suficiencia.

—No dudo de que los tendrán agarrados por el cuello, pero creo que toda esta historia terminará en un formidable escándalo político.

Orlov me miró con aire de no poca sorpresa. Su encendedor chispeaba pero ya no encendía.

—¿Cómo dice?… ¿qué no cree en historias?

—No es eso exactamente, pero casi es lo que estoy pensando —afirmé.

—Tenemos una montaña de pruebas, de pruebas aplastantes.

—¿Me permite ser sincero Orlov?

El gesto de Orlov se había endurecido. Mirándole fijamente a los ojos arriesgué la idea que me estaba bullendo en la cabeza.

—Tengo la impresión de que todas esas pruebas son un fotomontaje hábilmente preparado, pero dudo que resistan la prueba de un tribunal legal.

—Tenemos el plano milimetrado que señala los emplazamientos militares de Madrid, reconocido por su autor, Golfín. En ese plano hay un mensaje escrito con tinta simpática y dirigido a Franco. ¿Sabe usted por quién está firmado ese mensaje? —me preguntó en tono de triunfo—. ¡Por Andrés Nin! —exclamó.

Solté una carcajada espontánea, natural.

—¿De qué se ríe? —preguntó amoscado.

—¡Calle usted, hombre! Por favor no cuenten por ahí ese disparate, pues la gente se va a reír de buena gana. En todo el país no encontrarán un solo ciudadano capaz de creer a Nin tan idiota como para escribir mensajes a Franco en tinta simpática… en la era de la radio.

—¿No lo cree? —preguntó iracundo.

—No.

—¿Entonces supone que es todo mentira?

—Todo no —contesté fríamente—. Creo que existe el plano, que existe Golfín, que tienen declaraciones, creo todo lo divino y lo humano. Lo que no puedo creer es esa simpleza del mensaje.

—¡Es de Nin! —rugió enojado Orlov.

—No lo creo —insistí serenamente.

—¿No cree que Nin es un trotskista contrarrevolucionario, espía, agente de Franco?

—Sea lo que fuere, lo único que no es, porque lo conozco, ningún idiota. A todos ellos, a Nin, Andrade, Gorkín, Maurin y a los demás les he tratado más o menos, y no les creo capaces de tal estupidez.

—¡Pero si tenemos montañas de papeles y documentos firmados y sellados por el POUM! —gritó colérico.

—Así lo creo menos.

Orlov hizo un gesto de impaciencia.

—Amigo Orlov —dije— hablemos seriamente. Ustedes quieren hacer un gran proceso con los trotskistas en España, como una demostración de la razón que han tenido para fusilar a la oposición en la URSS Conozco el artículo de «Pravda» de hace ya casi dos meses en el que anunciaba que la «purga» iniciada en España sería desarrollada con la misma energía con que se ha ejecutado en la Unión Soviética. Comprendo, pues, perfectamente, su interés. Pero no nos compliquen la vida, que bastante complicada la tenemos. Si quieren podremos dedicar una página especial todos los días en nuestros periódicos denunciándoles como a una banda de enemigos del pueblo, pero no monten espectáculos truculentos, porque no se los va a creer ni Dios.

—¡Pero si tenemos las pruebas! —clamaba Orlov.

—Por lo que conozco del «aparato» de ustedes los sé capaces de fabricar dólares con papel de estraza.[12]

—Eso es una majadería… y una opinión inadmisible —barbotó Orlov, notoriamente enojado y molesto.

—Si le molesta… no he dicho nada —aclaré irónico.

—Usted ha dicho y está diciendo cosas muy graves —amenazó.

—Usted es un especialista en cuestiones de espionaje y contraespionaje. ¿Qué haría con un agente que le trasmitiera partes de máxima gravedad escritos en papel de oficio, firmados con su nombre y, por si fuera poco, avalados con un cuño que dijera GPU?

Me miró un tanto perplejo. Reaccionando contestó:

—Ellos no tienen nuestra técnica, ni nuestra experiencia.

—Casi todos ellos conocen el trabajo ilegal y han vivido la época clandestina del Partido Comunista. Si hubieran cometido una indiscreción tan simple como la de firmar con su nombre un comunicado intrascendente, los hubiéramos expulsado por provocadores, o por imbéciles. ¿Cómo quiere que me crea que en plena guerra van a firmar documentos de espionaje dirigidos a Franco?

—Tenemos los testimonios y las declaraciones de los mismos detenidos —replicó.

—Si han logrado esas confesiones, para mí tendrán más valor «legal», cualquiera que haya sido el modo de obtenerlas, que los documentos escritos, firmados y sellados.

—Todos esos documentos y todas las declaraciones irán al proceso y serán motivos y pruebas para ahorcarles a todos.

—De cualquier manera, insisto en que el procedimiento está en recabar del ministro las órdenes para terminar ese trabajo. Si para eso me necesitan estoy a su disposición.

—Por ese camino lo echaremos todo a perder —gruñó malhumorado.

—Por el que ustedes quieren sólo se logrará el escándalo que dañará a nuestro Partido… que bastante maltratado está ya.

—Usted se comprometió a ayudarnos —dijo despechado.

—Dispuesto estoy —declaré.

—No hay necesidad de continuar —declaró Orlov—. Hablaré con José Díaz.

—Me parece correcto —dije con ánimo de irritarle— que el secretario de nuestro Partido sepa lo que se hace en España.

---

[12] Publiqué en la Prensa del Partido una serie de artículos titulados «El orgullo de ser español», que fueron recogidos en un folleto y traducidos a una serie de idiomas, entre ellos al ruso. J. H

Orlov se levantó y guardándose el encendedor no vio o fingió no ver que le tendía la mano en señal de despedida.

Una inclinación de cabeza por todo saludo y salió con el rostro ensombrecido.

«Todos son iguales» —me dije viéndole salir estirado y elegante—. «En el fondo y en la superficie nos desprecian y tratan de humillarnos. Actúan como en país conquistado y se conducen como señores ante sus criados».

Años después, en la URSS, había de conocer y tratar de cerca a no pocos de estos tipos. Son funcionarios de una mentalidad y formación especial. Fríos, crueles, sin alma. Su espíritu de Cuerpo les lleva a sospechar, a sospechar de todo y de todos, hasta de su padre y de su madre a los que pegarían un tiro en la nuca con la mayor naturalidad, en cumplimiento de su misión. Viven constantemente alerta y recelando de cuantos les rodean. El jefe no sabe si el subalterno es el confidente de confianza del escalón superior. Puede darse el caso de que el portero o el ordenanza que abre la puerta resulte ser una jerarquía más alta que la del jefe en funciones. Su deber es no creer en la sinceridad ni en la honradez de nadie. Un «inkavedista» debe ser un hombre sin entrañas, un ser deshumanizado que tenga por lema el de «es preferible condenar a cien inocentes que absolver a un culpable». Fanáticos en principio, degeneran hasta la animalidad. Primero matan y torturan porque así se lo ordenan o porque lo dispone el reglamento. Después van sintiendo la necesidad de oír los gritos de dolor y los estertores de sus víctimas. Les resulta armonioso el estampido del pistoletazo. Como el morfinómano busca el placer en la droga, el «inkavedista» lo busca en la sangre y en el sufrimiento de los demás. La vida del hombre nada significa si no se la pueden arrancar a pedazos o a balazos.

* * *

Inmediatamente me trasladé al domicilio particular del secretario general de nuestro Partido. Lo encontré encamado y rodeado de multitud de medicamentos. La úlcera duodenal le tenía abatido.

En breves palabras le informé de mi entrevista con Orlov.

Con su fuerte acento andaluz, Díaz me confió su pensamiento con más precisión que nunca.

—Siento asco… asco de mí y de todo. Mi fe está cediendo…

Contemplaba su rostro demacrado, enjuto, en el que el dolor moral y el sufrimiento físico había clavado su garra. Sentí lástima por aquel hombre destrozado. Era el reflejo de mi propia lástima.

—Hubiera preferido morirme a tener que sobrevivir a esta muerte espiritual… He sido un hombre que me he entregado con fanático entusiasmo a la URSS Tú lo sabes… Era un obrero panadero. Mis inquietudes revolucionarias me empujaron hacia el anarcosindicalismo. Ingresé en los grupos de acción porque me parecía que de esa manera daba más y sacrificaba más a mis ideales. Por lo que se cree, por lo que se tiene fe hay que estar siempre dispuesto a morir. Después, la Unión Soviética, Stalin, el socialismo triunfante me atrajeron hacia el comunismo. Me entregué con pasión, sin reservas, convencido de que la URSS era nuestra meta ideal. Hubiera sacrificado a mi mujer, a mi hija, a mis padres… hubiera matado, asesinado, por defender a Rusia, a Stalin… Y hoy… ¿qué?… Todo se hunde, todo se derrumba a mis pies… ¿Qué objeto tiene

nuestra vida?… Hago esfuerzos por convencerme de que el equivocado soy yo ¿entiendes?… Porque quiero creer, porque no puedo admitir que todo sea mentira. Llegar a esa conclusión es el fin… la nada…

De uno de los frasquitos sacó dos tabletas y las tomó con un sorbo de agua.

—Cuando pienso en todo esto —dijo— me siento peor.

—El pesimismo y la desesperación no nos salvan, Pepe —dije para animarle.

—Ya lo sé. Pero la realidad me aniquila el ánimo. No lo puedo remediar. Estos días que llevo en la cama —continuó Díaz— me han permitido reflexionar detenidamente sobre nuestra situación. La conclusión a que he llegado es desoladora. El Buró Político lo mangonean a su antojo los «tovarich». Presiento que tratarán de eliminarnos a ti y a mí valiéndose de los mil medios de que disponen. No será inmediatamente porque a nadie, y a ellos en primer lugar, interesa provocar una crisis de dirección por diferencias con los métodos y la política de la URSS Pero acabarán con nosotros. Cuestión de tiempo y de táctica. A mí, amparándose en mi enfermedad, ya no se toman la molestia ni de informarme de lo que se hace en la dirección. Para saber qué pasa tengo que llamar a uno u otro camarada, y siempre es lo mismo: «Hicimos esto porque lo dispuso Codovila… porque lo ordenó Stepanov… porque lo aconsejó Togliatti».

—Más que una invasión es una colonización —dije un poco festivamente.

—Los cipayos del Kremlin, eso somos ¡cipayos! —replicó colérico.

—¡Que nos perdonen los cipayos! —dije en el mismo tono.

—He pasado revista a todo el Comité Central y no encuentro más de media docena de hombres capaces de tomar una posición firme a nuestro lado.

—Muy pocos —observé.

—¡Media docena contra trescientos mil afiliados! Y contra la tradición. Y contra el prestigio de la Unión Soviética —dijo desalentado.

Quedamos silenciosos. Aquellas cifras pesaban en nuestro ánimo como losas de plomo. Nos aplastaban.

Por la ventana de la habitación entraba a borbotones toda la alegría mañanera del Levante español, clara de luz y dorada de sol, que avivaba increíblemente el colorido de una estampa litográfica del torero Belmonte en un monumental pase de pecho, y que servía de adorno y de calendario en el humilde dormitorio del secretario general del Partido Comunista. De otro de los encalados muros colgaba una fotografía de la pequeña hija de Díaz. Completaba el ajuar una despeluchada butaca, una librería completa de obras de los maestros del socialismo, una mesita de noche y un escritorio, pleno de revueltos papeles.

Me arrancó a la contemplación de aquella estampa viva de modestia la entrada de la esposa de Díaz que, silenciosa, depositó un vaso de leche en la mesita de noche, al alcance de la mano del enfermo.

—Una empresa de titanes —dije pesimista, reanudando la conversación.

—Deberemos comenzar poco a poco… pero comenzar por algo. Un viraje de 180 grados en el Partido no lo lograremos ni en unos días, ni en unos meses, ni quizás en unos años —expuso Díaz.

—Eso es lo que me desmoraliza —indiqué.

—¿Qué te parece si comenzamos a desplegar una campaña, hábilmente desarrollada, tendiente a despertar en nuestro Partido un sentimiento de orgullo por todo lo español? —me preguntó Díaz.

La mirada de Díaz se había animado. De sus ojos negros se desprendía ahora un reflejo de malicia y de contento. Su ocurrencia le animaba. Prosiguió:

—… Si logramos encender la llama del entusiasmo por lo español, por nuestras costumbres, nuestras glorias, nuestros guerreros, por nuestras tradiciones, será más fácil llevar al Partido hacia una política auténticamente nacional, que en caso necesario, comprenda nuestra posición.

—Me parece excelente la idea.

—Tú debes abrir el fuego —dijo.

—¿Cómo?

—Preparando una serie de artículos en los que exaltes desde el Cid a los Reyes Católicos, desde Numancia a las Germanías, desde los Comuneros al Alcalde de Móstoles. Habla de nuestras glorias y grandezas, de España madre de pueblos, de conquistadores y misioneros, de genios de las letras, de la pintura, de la ciencia. Habla de todo y de todos, desde Viriato a los heroicos milicianos del Cuartel de la Montaña… De todo lo que se te ocurra, pero exalta lo español, despierta entre los comunistas el orgullo de ser español.

El entusiasmo de Díaz crecía con sus propias ideas.

—… Habla con Mije. Dile que el Comisariado de Guerra transmita instrucciones a todas las unidades para que los periódicos y alocuciones de los comisarios sigan esta línea. Nuestras Divisiones —agregó— cantan canciones con música de himnos soviéticos. Que acaben con eso. Que canten con música española, aunque sea de zarzuela. Desde el agit-prop del Partido debes tomar inmediatamente medidas para que nuestros camaradas desplieguen una intensa campaña en todas las fábricas de producción de guerra, dando a entender que agradecemos los auxilios de los demás, pero que, en definitiva, todo dependerá de nuestro esfuerzo.

Observaba un poco admirado a Díaz. Debió de comprenderlo, pues me dijo:

—Te asombra oírme hablar así ¿no?

—Me asombra y me entusiasma. ¡Ojalá podamos hacer vibrar a nuestra gente en esta misma pasión!

—De ti va a depender mucho —indicó.

—Por mí no ha de quedar —declaré.

—¡Es increíble! Tener que comenzar a conspirar en nuestro propio Partido y en nuestro propio país para poder hacer una política nacional —comentó Díaz.[13]

—Lo importante es comenzar —dije.

—Hablemos ahora de la trama de Orlov y compañía —dijo con gesto agrio—: ¿Qué podremos hacer?

—Poco o nada. Supongo que vendrán a verte. Ya es raro que no estén por aquí. Lo que me intriga es por qué requieren ahora nuestro concurso cuando han hecho y deshecho sin tenernos en cuenta para nada —indiqué.

—Porque presienten el escándalo, no por otra cosa. Telefonea a Ortega y dile que me opongo terminantemente a que intervenga en este asunto sin previo conocimiento del ministro.

Me dirigí al teléfono. Ortega no estaba. El secretario me informó que se hallaba despachando con el ministro. Tras de indicarle que se comunicara Ortega con el

[13] «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional».

domicilio particular de Díaz, pregunté al secretario si habían estado por allí los «amigos». —Hace como una hora Ortega fue llamado urgentemente por ellos al Comité Central— me contestó. Colgué el aparato con un vago presentimiento de que estábamos ante el hecho consumado. Orlov debió encontrar más fácil apoyarse en la delegación política y en cualquier otro miembro del Buró Político, que en José Díaz. Comuniqué a éste mis temores. Los compartía.

Momentos después sonaba el teléfono. Era Ortega. Le comuniqué la orden de Díaz. Balbuciente, confuso, me dijo que venía inmediatamente a vernos.

—¿Qué pasa? —interrogó Díaz.

—Creo que lo que nos temíamos. Ahora viene Ortega.

Cinco minutos después se personaba el coronel Ortega, hombre honesto al que habíamos arrancado del frente para que ocupase la Dirección General de Seguridad, función de extremada importancia y responsabilidad en las condiciones de la guerra. Flaco, de cara angulosa, tenía un reflejo de bondad y franqueza en su rostro enjuto. Aquel hombre que no temblaba ante la muerte cuando se batía en las trincheras de nuestro combate, entró cohibido y pálido a la habitación de José Díaz. Para cuantos no sabían que éramos muñecos de guiñol, la autoridad del Buró Político era temible. Y quien ahora le interrogaba echando lumbre por los ojos era el jefe del Partido. Y Ortega se sentía anonadado.

—Me llamaron hace un rato al Comité Central —explicaba—. Togliatti y Codovila, Pasionaria y Checa se encontraban con Orlov. Me ordenaron que transmitiera por teletipo al camarada Burillo (comandante de guardias de Asalto, que actuaba en Barcelona desde hacía unas semanas como delegado de Orden Público) la orden de arresto de Nin, Gorkín, Andrade, Gironella, Arquer y todos cuantos elementos del POUM fueran indicados por Antonov Ovsenko o Stajevsky (el primero operaba en Cataluña como cónsul y el segundo como encargado de negocios de la URSS). Las patrullas de policía que debían actuar ya se encontraban en Barcelona.

Estalló rotunda una blasfemia. Díaz, desencajado, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

Se hizo un silencio pesado. Ortega nos miraba al uno y al otro sin explicarse lo que sucedía. Trataba de justificarse:

—Yo… yo no podía suponer… Como me lo ordenaron… Además, Togliatti, Pasionaria, Checa… Creí que estaríais de acuerdo…

Ni Díaz ni yo despegábamos los labios. Cualquier explicación hubiera revelado, más de lo que se adivinaba, el desacuerdo entre los propios miembros del Buró Político y el nuestro con la delegación soviética.

Minutos después estábamos en la calle. Nos despedimos de Ortega. Abordamos mi coche y nos dirigimos a la casa del Comité Central.

Un enorme caserón que encuadraba por uno de sus costados la plaza de la Congregación, era la sede del Buró Político. Una guardia con mosquetones nos saludó militarmente. Sonaron los timbres anunciando la presencia del secretario general del Partido. Subimos al primer piso. El secretario particular de Díaz nos abrió la puerta del despacho. En el interior, sentado ante una enorme jarra de agua de naranja y en mangas de camisa, Vittorio Codovila, italiano de origen y nacionalizado argentino, fumaba tranquilamente en una pequeña cachimba. Su enorme humanidad llenaba la amplia mesa de trabajo… del secretario general del Partido Comunista de España.

En la pared frontal una gran fotografía de Stalin y un bonito cartel de guerra de Renau. En la mesa muchos papeles en desorden. Codovila nos lanzó una mirada por encima de sus pequeñas gafas y, como quien se dirige a unos subalternos, nos dijo:

—Un momento camaradas, un momento nada más… ya acabo.

Ignorándole, Díaz se dirigió al teléfono y ordenó a la centralilla:

—Diga a los camaradas Pasionaria y Checa que bajen a mi despacho inmediatamente.

Codovila miró un momento a Díaz. Quizá esperaba o presentía la tormenta. Nuestras caras deberían ser caras de pocos amigos. Recogió sus papeles y sacando un enorme pañuelo, comenzó a secarse el abundante sudor que el calor del medio día hacía correr por su mastodóntico pescuezo.

—Uf… ¡Qué calor! —dijo.

Silencio.

Y dirigiéndose a Díaz con propósito de justificarse:

—Pregunté por ti hace un rato y me dijeron que seguías en cama. Como hace tanto calor en mi despacho… El tuyo es más fresco ¿verdad?

Entró Pasionaria seguida de Pedro Checa, secretario de Organización del Partido. Pasionaria, teatral, se dirigió a Díaz:

—¡Qué alegría verte por aquí! ¿Te encuentras mejor?

Yo la observaba. Su sonrisa era de circunstancias y su pregunta oficiosa. Pasionaria odiaba a Díaz. No podía olvidar que él había hecho severos comentarios sobre sus clandestinas relaciones amorosas con Francisco Antón, jovenzuelo de veinte años menos que ella y prototipo de los trepadores sin escrúpulos. Antón era entonces el Comisario del frente de Madrid, y entonces y siempre un auténtico señorito comunista que, según la mordaz caracterización de Díaz, «no se había manchado las botas en el barro de ninguna trinchera». Tipo perfecto del burócrata, dirigía la acción de los Comisarios por medio de circulares y recibía a los delegados del frente enfundado en magníficos y perfumados pijamas de seda en la confortable casa de la Ciudad Lineal de Madrid. En el momento en que el Buró Político tomaba la decisión de destituirle del puesto de comisario, se le ocurrió a Prieto lanzar una andanada contra el predominio de los comisarios comunistas. El Partido tomó la defensa en bloque de sus posiciones, viéndose obligado a incluir la de Antón, comprendido en las reformas prietistas. Y con aquella pasmosa agilidad de nuestra propaganda convertimos a Antón en la figura señera, junto con Miaja, de la defensa de Madrid.

Comprendiendo Antón lo inestable de su situación, buscó la manera de afianzarse en un puesto de dirección del Partido. Y dio en la flor de enamorar a Pasionaria. Pasionaria le defendería. Pasionaria intrigaría cerca de la delegación soviética para sostenerle a él. Y no se equivocó. Pasionaria olvidó que era la mujer de un minero; se olvidó de que tenía dos hijos con tantos años como su amante; olvidó que su esposo, Julián Ruiz, se batía en los frentes del norte; olvidó el decoro y el pudor; se olvidó de sus años y de sus canas y se amancebó con Antón sin importarle la indignación de cuantos sabían y conocían sus ilícitas relaciones. Togliatti, Codovila y Stepanov —que ya preparaban a Pasionaria para heredar en vida a Díaz— complacieron a ésta. Antón dejó de ser comisario del frente de Madrid, pero pasó a dirigir la Comisión político-militar del Partido. José Díaz había dicho a Pasionaria: —«Me tienen sin cuidado tus asuntos privados, pero ya que tengo que ser forzosamente alcahuete de tus amoríos (pues si el

hecho trasciende se vendría al suelo todo tu prestigio, y tu nombre lo hemos convertido en bandera moral y de ejemplo de mujeres revolucionarias), debes saber que todo el aprecio que tengo por Julián lo siento de desprecio por Antón». Era la de Pasionaria una de esas pasiones seniles que en su desenfreno saltan sobre toda clase de obstáculos y que a ella habría de llevarla hasta el sacrificio de su propio hijo. Rubén Ruiz, capitán del Ejército Rojo, se haría matar en la URSS para huir de la vergüenza de ver a su padre comido de piojos y muerto de hambre en una fábrica de Rostov y a quien, además, no le permitieron visitar por prohibición expresa de su madre, mientras veía a Antón vivir espléndidamente y pasearse por Moscú en el automóvil de su madre. Esa pasión provecta, insana, que motivaría también la muerte de Julián en medio de la más negra desesperación y maldiciendo el nombre de Pasionaria y de Stalin, esa pasión era un odio inextinguible contra José Díaz, que le había escupido su desprecio en plena cara.

Pasionaria tragaba bilis y esperaba la llegada de su hora, una hora que ya le estaba siendo propicia, pues visiblemente la delegación soviética la exaltaba para convertirla en la primera figura del Partido. Togliatti vivía en la propia casa de Pasionaria y compartía la mesa y el techo con Antón. Ese trío habría de resultar funesto para Díaz.

Sin reparar en los aspavientos de Pasionaria, Díaz contestó secamente:

—Me encuentro perfectamente bien.

Codovila atacaba su cachimba apretando el tabaco con el índice. La situación era embarazosa, tirante. Díaz, haciendo esfuerzos por serenarse, preguntó:

—¿Quieren ustedes decirme si el hecho de encontrarme enfermo me ha inutilizado para el trabajo?

Pasionaria con gesto hipócrita:

—¿Bromeas, Pepe?

—No estoy para bromas. Pregunto y quiero una respuesta clara.

—¿Pero a qué viene esto? —volvió a preguntar con fingida ignorancia Pasionaria.

—¿Quién ha ordenado a Ortega expedir las órdenes de detención de los hombres del POUM? —inquirió Díaz, blanqueando de ira en su palidez de enfermo.

—Nosotros —dijo Pasionaria—. Como no era cuestión de molestarte por una cosa tan intrascendente… ¿Qué importancia puede tener la detención por la policía de un puñado de provocadores y espías? —preguntó con malevolencia.

—Las detenciones del POUM no son un asunto policíaco, sino político —replicó Díaz.

Codovila sonreía con una maldad casi sádica. Apretaba con las dos manos la pequeña cachimba. Y sin deponer el gesto insolente, indicó:

—Pepe deberá tomarse unas vacaciones. El exceso de trabajo y la enfermedad le tienen agotado. Esas reacciones son reflejo de un estado hiperestésico. Que los camaradas no quieran molestarte con tonterías es perfectamente comprensible, dado tu estado de salud. La interpretación exagerada que das a un hecho de tan poca monta son susceptibilidades propias del forzado alejamiento del trabajo. De todas maneras, convengo en que se hace necesario organizar el trabajo de forma que cada día recibas una síntesis de lo que se hace y de lo que se decide por los camaradas. Pero insisto: deberás tomarte unas vacaciones. El reposo te hará bien.

Mis ojos no se apartaban de las manos del cínico que apretaba entre ellas la pipa humeante. Mientras hablaba creía interpretar el verdadero sentido de sus palabras. Era una advertencia a Díaz para que se alejase durante una temporada del trabajo de

dirección. La delegación soviética comenzaba a tomar medidas precautorias. «*Luego me tocará a mí*» —me dije mentalmente.

Como viera a Pepe temblarle la barbilla de irritación y nerviosismo, intervine para impedir que estallara en un arrebato de cólera y lo echara todo patas arriba.

—Si las detenciones de los hombres del POUM son una cosa intrascendente, deberían haberse efectuado legalmente, esto es, con autorización de quien debe ordenarlas: Gobernación. Si las pruebas de que son unos espías existen ¿por qué temer que Zugazagoitia se haga cómplice de los agentes de Franco? Es demasiado serio el asunto para que un hombre político se juegue su prestigio. Zugazagoitia no se hubiera opuesto ni negado a ordenar las detenciones si cualquiera de nosotros le hubiéramos llevado las pruebas. De la forma en que se ha procedido se armará inmediatamente el escándalo, y con razón. Esto es lo que ha enojado a Díaz.

Pasionaria, con cara de fastidiada, miraba en derredor. Checa, muy impresionado, como siempre que se ponía nervioso, se mordía las uñas.

Codovila contestó secamente:

—Las razones que hayan podido tener los camaradas del «servicio especial» para proceder como lo han hecho, no es asunto que nos incumba. Su actuación se desarrolla al margen del Partido.

—¡Muy bien! —gritó Díaz—. Que acepten ellos públicamente la responsabilidad de sus actos y entonces tendrán razón para hacer lo que les dé la gana. Pero el escándalo recaerá sobre nosotros. Su actuación complicará al Partido. Y este asunto del POUM es muy turbio.

Codovila miraba a Díaz con aire de rencor. Con voz un tanto estrangulada, dijo:

—Los camaradas del «servicio» están prestando una gran ayuda a la República y al Partido al lograr desenmascarar a esa basura contrarrevolucionaria ¿De qué os quejáis?

Díaz, desafiante y agresivo replicó:

—Más parece que se ayuden a sí mismos que a nosotros.

—Esa es la misma opinión de Hernández y revela una animosidad intolerable hacia los camaradas de la GPU —replicó hoscamente Codovila.

—No es verdad que tenga animosidad preconcebida alguna contra ningún camarada de la «Casa» —aclaré—. Ahora bien, si el opinar o disentir en éste o en cualquier otro hecho se juzga como animosidad ¿cuál es nuestra misión en el Buró Político? ¿Decir a todo que sí? ¿Callar y obedecer?

Checa, con expresión desolada, habló vacilante:

—No… no creo que la situación deba plantearse así… No, no es posible. Deberemos reunir el Buró Político, discutir serenamente, aclarar las cosas.

Codovila insiste rencoroso:

—Todos tenemos una disciplina y una obediencia. Cuando se es comunista de verdad, sin suficiencias ni vanidades pequeño-burguesas, hay cosas que ni se discuten ni se plantean. Es ofensivo el tono y el propósito de Hernández y de Díaz. Nosotros somos consejeros, consejeros y nada más que consejeros—. Y el cínico subrayaba la palabra «consejero» como abofeteándonos con ella. Y siguió—: Los dirigentes son ustedes. Nunca hemos tomado una decisión que no haya sido previamente consultada con alguno de ustedes. ¿Qué decisiones hemos tomado por nuestra cuenta? ¿Qué decisiones les hemos impuesto que no hayan sido discutidas y resueltas por la mayoría de ustedes? Díganme ¿cuáles? ¿cuándo?…

Sus ojillos relampagueaban detrás de los cristales de las gafas, mientras continuaba su perorata:

—… ¿Por qué esa insidia de que ustedes solamente obedecen? El Buró Político no puede estar en sesión permanente, y cuando surge un problema lo resolvemos tras de consultar la opinión de los camaradas que se encuentran más a mano. Y se decide de común acuerdo con ellos. El asunto del POUM se ha decidido juntamente con Pasionaria y con Checa. Otras veces resolvemos consultando con Hernández o con Díaz o con cualquiera de los otros camaradas. ¡Cuidadito, pues, con lo que se dice y con las afirmaciones temerarias! —concluyó amenazador.

—En este caso los camaradas del «servicio especial» sabían que yo no estaba de acuerdo. Prometieron ir a ver al camarada Díaz y tampoco lo han hecho. ¿Por qué no informaron a los demás de cuál era nuestra opinión?

—Sí, nos informaron —declaró cínica Pasionaria—. Pero como era urgente y no teníamos posibilidad de convocar al Buró en pleno para tratar una simpleza, nos pareció correcto resolver sin esperar a más.

Codovila sudaba y fumaba. Se había serenado y una sonrisita sardónica se dibujaba en sus labios. Pasionaria se portaba bien. Cuando hacía un momento hablaba Codovila con tanto aplomo, lo hacía seguro de que la mayoría del Buró Político apoyaría a la delegación frente a cualquier argumento que opusiéramos en contra de la conducta de los «tovarich». Nos tenían bien cogidos por el cuello.

—Creo —dijo Díaz— que deberemos plantear la cuestión en la próxima reunión del Buró. El asunto es demasiado grave para resolverlo entre nosotros.

Díaz, con lividez cadavérica, se levantó y salió precipitadamente del despacho.

Pasionaria hizo un gesto como para hablar, pero al fin no dijo nada. Checa, con la cabeza baja y el rostro encendido, pasó junto a mí mascullando algunas palabras que no entendí. Codovila invitó a Pasionaria a sentarse:

—Tengo que hablarte —dijo.

Saludé y salí, tratando de alcanzar a Díaz. Me esperaba en el coche. Su expresión era sombría. Me pidió que le condujera a su domicilio.

—Me siento muy mal —dijo con los dientes apretados como si mordiera su propio dolor.

Íbamos silenciosos. La seguridad de que se había roto el fuego y de que todas las probabilidades estaban contra nosotros, nos ponía taciturnos.

Mena que ocupaba el asiento delantero junto al chófer, se volvió hacia nosotros diciéndonos:

—¿No sabéis el último chiste de Ramper?

—¿Cuál? —dije.

—El de Hitler y el de Stalin.

—No.

—Aparece Ramper en el escenario rodeado de un montón de muebles y de trastos en desorden —explicaba Mena— y simula que está ordenándolos, mientras da instrucciones a un sirviente: —Esta butaca en aquel rincón, la mesa en aquel otro, el florero sobre la cómoda, la radio sobre aquella auxiliar… Y así con cada cachivache. De pronto, el criado le señala dos grandes cuadros, el uno de Hitler y el otro de Stalin. Y pregunta:

—¿Qué hago con estos dos, señor?

—A esos… a esos dos me los cuelgas bien colgados.

—Un poco fuertecito está —dije, por decir algo.

—Buen cabrón es ese cómico —comentó seriamente el chófer. Y agregó—: Si de mí dependiera ya le habría dado «el paseo». Que haga chistes a costa de Hitler, pase…; pero de Stalin no hay derecho a tolerárselo.

—No seas bruto —aclaró Mena— Ramper es un especialista en chistes políticos y más de una vez la reacción le ha multado y hasta metido en la cárcel. ¿Quieres que seamos nosotros igual que los cavernícolas?

—Pero ese chiste es antisoviético —replicó el chófer.

—Sería más justo decir español —insistió Mena.

—Español ¿por qué?

—Porque la moraleja es clara: quiere decir que el uno y el otro están jeringando a España.

—¡Eso es una infamia! —gruñó el chófer— Stalin es nuestro único y fiel aliado. Atacar a Stalin es atacar a la Unión Soviética y atacar a la Unión Soviética es atacar a nuestro Partido.

—No seas sectariote —replicó Mena en tono festivo—. Tú eres de los que opinan que hay que dar matarile a todos los que no piensen como nosotros ¿no?

—Sectario o no sectario, hay cosas que no se las aguanto ni a mi padre. Cuando atacan a Stalin, sea el que fuere, le vaciaría un cargador en la barriga.

Un gesto de ferocidad sustituía a la de suyo apacible y bonachona expresión de Ángel, mi chófer.

—Nuestra obra —musitó Díaz arqueando las cejas y señalándome a Ángel.

Mena, que encarnaba al tipo del comunista con discernimiento propio y de criterio salvajemente independiente, abundaba sobre el tema mortificando al chófer:

—¿De veras serías capaz de asesinar a tu padre si te dijera que Stalin, en nuestra lucha, está arrimando el ascua a su sardina nacional y que le importa un comino la suerte del pueblo español?

—A él y a ti si hablaras en serio —respondió fríamente Ángel.

El coche se detuvo. Habíamos llegado. Acompañé a Díaz hasta la puerta de su casa. Nos despedimos sin comentarios. Le prometí volver a la noche o a la mañana siguiente con lo que hubiera de nuevo.

En el coche seguía la discusión de Mena y Ángel.

—Mi admiración por la Unión Soviética no me nubla la razón —explicaba Mena—. Defiendo un sistema, un régimen, pero no idolatro a los hombres. Los hombres, unos son mejores y otros peores. ¿Por qué vincular los regímenes a los hombres? Es como en nuestra guerra —explicaba—; unos jefes son más aptos que otros, unos tienen más coraje que otros ¿deberemos juzgar la razón de nuestra causa por la idoneidad de los que la representan o defienden? Sería estúpido.

—Eso es liberalismo burgués podrido o algo peor —replicó tozudamente el chófer.

—¿Peor qué?

—Eso es trotskismo, puro veneno contrarrevolucionario.

Mena soltó a reír en tanto que su mano golpeaba suavemente el hombro de Ángel. Después, ya en serio, le dijo intencionadamente:

—Con esa mentalidad hubieras hecho un excelente inquisidor.

—Vamos a la playa por el camino de El Saler —dije cortando la charla y levantando el cristal que me aislaba de ambos. No tenía ganas de seguir oyendo la disputa. Prefería concentrarme en mí mismo.

Enfilamos una estrecha carretera festonada de flores en las cunetas y con enredaderas que trepaban por los muros de las casas vistiendo de verde fresco el blanco de cal y de sol de las viviendas campesinas. A uno y a otro lado del camino, grandes sembradíos de arroz. Con los pantalones remangados hasta las rodillas, los campesinos trajinaban hundiendo sus pies y sus manos en las aguas quietas, pantanosas, sufridos y callados, insensibles al calor sofocante, y no sé también si a los terribles aguijones de los zancudos mosquitos, que se estrellaban contra el parabrisas del coche.

En la barda de un huerto, pintada toscamente, aullaba una consigna: «Con la ayuda de Stalin, hacia la victoria». Un gigantesco emblema de la hoz y el martillo rubricaba el grito de agit-prop del Partido, del cual era yo el responsable.

Algunos campesinos saludaban al coche con el puño en alto. La bandera tricolor ondeando en el salvabarros derecho, anunciaba el paso de un ministro de la República. Otros nos veían con esa indolencia indiferente con que suelen mirar las cosas que nos son habituales o que nos tienen sin cuidado.

Por la mímica de sus gestos adivinaba que Mena seguía forzando la secreción biliar del chófer.

«El comunista —pensaba yo—, para ser grato a Moscú, tiene que aceptar como premisa básica de su fidelidad, que todo cuanto convenga a la Unión Soviética automáticamente ha de ser beneficioso para el movimiento revolucionario en general y de su país en particular. Más aún: suponiendo que lo bueno para Moscú sea malo para su propio pueblo, el comunista deberá sacrificar los intereses nacionales a las particulares conveniencias de la URSS».

Recordaba que hacía años, el mismo Codovila, contestando a una pregunta que le hiciera a propósito de lo justo o no de situar siempre en el primer plano de nuestra actividad y propaganda nacionales la preocupación por la Unión Soviética, me había dicho: «Defendiendo a la URSS, defendemos conquistas y realidades revolucionarias, en tanto que en los países burgueses luchamos solamente por la defensa o la conquista de objetivos parciales. Y no se trata —añadió— de salvar la silla y de perder la casa». Y el sofisma lo acepté como el evangelio bolchevique.

«Esta concepción —seguía diciéndome a mí mismo— pudo tener cierta justificación cuando la URSS era débil, cuando su incipiente vida como Estado proletario se veía acosada y combatida a sangre y fuego por todo el mundo capitalista, pero hoy… ¿por qué hoy también, si la Unión Soviética es ya un Estado fuerte y poderoso, económica y militarmente? ¿Por qué debemos continuar poniendo sus intereses por encima de los de nuestro pueblo? Para nosotros no es una conquista parcial el resultado de la guerra. La victoria o la derrota equivalen a la vida o a la muerte de la democracia española, ¡quién sabe por cuántos años!»

Como una película rodaban por mi mente el recuerdo de la táctica soviética en Europa, la derrota del pueblo alemán, las consignas contra la República de Weimar, las alianzas con los nazis… la revolución china, la turbia situación de Borodín y de todos los consejeros soviéticos, aconsejando el repliegue y desarme de los revolucionarios cuando la victoria estaba prácticamente lograda, facilitando así el golpe contrarrevolucionario de abril de 1927, que encabezado por Chang Kai-Chek, ahogó en

sangre al proletariado y a millares de intelectuales revolucionarios en Shanghai, desplomando como castillo de naipes decenas de años de lucha y de sacrificio del pueblo chino… La consigna de soviets en oposición a la República del 14 de abril en España… La participación de la URSS en la «No intervención»… La lucha contra Largo Caballero… Las operaciones militares que Moscú ordenaba o prohibía… La escasez en los suministros soviéticos de armas… Las detenciones de los hombres del POUM La insolencia de los consejeros soviéticos…

«Nada de esto se aviene con las necesidades de defender a la URSS, a la cual, si viéramos en peligro, seríamos los primeros en auxiliar. Esto es algo mucho más grave, que tiene todo el carácter de un sacrificio frío de la vida de otros pueblos en beneficio de una política chauvinista de la Unión Soviética».

Regresábamos a la ciudad cuando oímos el ulular de las sirenas anunciando la presencia de aviones enemigos. Momentos después Valencia se estremecía bajo las bombas que nada respetaban. Por las calles humeantes vi recoger por los camilleros del ejército a los muertos y a los heridos, quienes eran prontamente trasladados en camillas a los depósitos u hospitales.

Cerca de la puerta del Ministerio de Instrucción Pública había caído una bomba de doscientos cincuenta kilos. En la calle recogimos trozos retorcidos de metal. Uno de los centinelas del Ministerio había sido alcanzado por un cascote de la bomba. Sus compañeros le habían acostado en el zaguán. Me incliné sobre él y vi que la sangre le manaba de la boca. Sus ojos, vidriosos ya, llenos de la conciencia de la muerte, miraron los míos. Tomé su mano y la apreté contra las mías. No conseguí articular ni una sola palabra. El herido levantó su otra mano y la posó sobre las mías. Era un adiós sin esperanza, sereno, sin jactancia, un adiós de soldado antifascista, del hombre que daba la suya por la vida de su pueblo.

Oímos a los aviones enemigos pasar nuevamente sobre nosotros y a la escasa artillería antiaérea disparar furiosamente. Los pilotos alemanes e italianos volaban deliberadamente bajos, como burlándose de nuestra impotencia.

El herido se incorporó lentamente y con mirada perdida en el infinito nos dijo:

—Hubiera preferido caer en el frente… como mis dos hermanos… Camarada Hernández, di al Partido que muero con la entereza de un buen discípulo de Stalin…

Sus manos aflojaron las mías. Había muerto.

Se hizo un silencio en el que se podía oír el tic tac del tiempo. La emoción nos tenía paralizados a todos.

¿Sabría Stalin con qué fe pronunciaban su nombre los comunistas españoles?

CAPITULO V

Asesinato de Andrés Nin. Protestas en el Gobierno. El bombardeo de Almería. Prieto quiere declarar la guerra a Alemania. Ordenes de Moscú. El SIM, en manos de los rusos. La banda de Orlov consuma el crimen. Se intenta matar a Prieto.

CUARENTA y ocho horas después, una llamada urgente de la Presidencia me hacía saber que Negrín me esperaba en su despacho. Al entrar yo despidió el Presidente a la taquígrafa, a la que estaba dictando, y sin preámbulos me preguntó:

—¿Qué han hecho ustedes con Nin?

—¿Con Nin?… No sé qué pasa con Nin —dije, y era verdad.

Negrín, con evidente enojo, me explicó que le había informado el ministro de la Gobernación de toda una serie de tropelías cometidas en Barcelona por la policía soviética, que actuaba como en territorio propio, sin tomarse la molestia de advertir siquiera por delicadeza a las autoridades españolas de las detenciones de ciudadanos españoles; que a estos detenidos se les trasladaba de un lado para otro sin mandamiento ni exhorto judicial algunos y que se les encerraba en prisiones particulares, ajenas totalmente al control de las autoridades legales; que algunos de los detenidos habían sido traídos a Valencia, pero que Andrés Nin había desaparecido. El Presidente de la Generalitat, le había telefoneado alarmado y ofendido por estimar un atentado al derecho de gentes la actuación de Orlov y de la GPU en territorio catalán.

No sabía qué contestarle. Podía decirle que pensaba como él, como Zugazagoitia, como Companys, que también yo me preguntaba dónde estaba Nin y que aborrecía a Orlov y a su pandilla policíaca. Pero no me decidí. Veía venir la tormenta sobre nuestro Partido y me dispuse a defenderlo aunque en aquel caso la defensa del Partido llevaba implícita la defensa de un posible crimen. Hacía ya algún tiempo que trataba de convencerme a mí mismo de que era posible llegar a establecer una línea divisoria que diferenciara nuestra organización como Partido de españoles de la actuación de la URSS como Estado. Mis divergencias lo eran con los procedimientos, no con las doctrinas; las dudas surgían en torno a los hombres, no de los principios. Las hendiduras de mi fe se limitaban a los ídolos, no a las ideas. Con todas mis reservas hacia la política de los dirigentes soviéticos, yo seguía siendo un comunista convencido, un «*hombre de partido*», un fervoroso creyente en la necesidad histórica de los movimientos comunistas y, concretamente en España, de la misión de nuestro Partido. Las ligaduras que nos ataban a las «razones de Estado» de la URSS, y que tan poderosamente influían en nuestra actuación política, deberíamos irlas rompiendo una tras otra hasta liberarnos totalmente de su tutela y proceder con un criterio nacional, inspirando

nuestra conducta en los intereses de los españoles y en la realidad política, económica, social e histórica de España. Justa o no, mi comprensión de las cosas no iba entonces más allá de estos propósitos.

Negrín insistía:

—Nin es un ex consejero de la Generalitat de Cataluña. Si existe algún delito probado contra él, deberá consignársele al Tribunal de Garantías Constitucionales.

—Supongo —dije— que la desaparición de Nin será debida a un exceso de celo de los «tovarich», que lo tendrán en alguna de sus cárceles, pero no creo que su vida corra peligro alguno. En cuanto a lo demás, usted es el indicado para decirle al embajador soviético que moderen sus procedimientos.

—Y ustedes también.

—También nosotros —contesté.

Negrín quedó pensativo un momento. Después, como si hablara consigo mismo, dijo:

—En el Consejo de esta tarde tendremos bronca. Prieto, Irujo y Zugazagoitia, armarán un escándalo. ¿Qué puedo yo decirles? ¿Que no sé nada?… Y ustedes ¿qué dirán? ¿Que tampoco saben nada?… Todo esto es estúpido.

Prometiéndole averiguar lo que hubiera de cierto en el secuestro de Nin e informarle inmediatamente, me despedí y trasladé en el acto a la casa de nuestro Partido. En el despacho de Díaz —que seguía enfermo— encontré a Codovila y Togliatti. Ambos pusieron cara de asombro cuando les relaté la conversación con Negrín. No supe si aquello era verdadero o si se trataba de una comedia más. Codovila suponía que los camaradas del «servicio especial» tendrían retenido a Nin para interrogarle o efectuar alguna diligencia antes de entregarlo a las autoridades. Togliatti, hermético, repuesto ya de su asombro, fingido o verdadero, nada decía. Ante mi insistencia de que deberíamos saber algo concreto antes de las cuatro de la tarde, hora en que comenzaría el Consejo de Ministros, des pegó los labios para decir que no deberíamos tomar por lo trágico la cosa, pues los camaradas del «servicio» sabían lo que hacían, que no eran novatos en el oficio y que antes que nada eran hombres políticos. Prometió ir a la Embajada a informarse de lo que hubiera. Y salió hacia allá.

La Embajada soviética se encontraba a unos minutos de la Plaza de la Congregación. Decidí esperar. Ni Codovila ni yo hablábamos. Cada uno teníamos nuestros motivos para estar preocupados. Yo estaba poseído de los peores presentimientos. Andrés Nin era una pieza codiciosa para la GPU: Amigo íntimo y personal de los prohombres de la Revolución de Octubre en Rusia, había trabajado con ellos desde la fundación de la Internacional Sindical Roja como uno de los Secretarios de esta organización. Muerto Lenin no disimuló sus simpatías hacia Trotski. Los rumbos de la política staliniana no le convencían y expresó públicamente su desacuerdo. Poco después de vencida la oposición en el Partido bolchevique, Nin era tildado de renegado y expulsado de la Unión Soviética. Al proclamarse la República en España regresó a ella, y, juntamente con los ex comunistas que habían organizado el Bloque Obrero y Campesino, dio creación al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). El órgano de expresión de este partido, «La Batalla», era un grito antistalinista en la agitada y revolucionaria España. El POUM no era un gran movimiento, pero la voz de Nin y de la mayoría de sus dirigentes tenía indudable repercusión en algunos núcleos del proletariado catalán y, sobre todo, fuera de nuestras fronteras. De cualquier manera, inquietaban a Moscú más que a nosotros mismos. El momento era propicio. La guerra permitía a la GPU trabajar libremente en la

España republicana y los hombres de Orlov habían montado un aparato policiaco como si señorearan territorio conquistado. Las razzias de poumistas se encaminaban a demostrar que en Rusia y fuera de ella los amigos de Trotski, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, etcétera, eran una banda de contrarrevolucionarios, agentes del fascismo, enemigos del pueblo y traidores a la patria, a los que se hacía indispensable fusilar en cualquier país o latitud. Que los recelosos arrumbaran sus reparos: No era la fobia personal de Stalin la que exterminaba a la vieja guardia. El caso de España lo demostraba. Allí, en un país democrático, regido por un Frente Popular, se les desenmascaraba y se les ejecutaba también por traidores.

La «razón» política se me alcanzaba fácilmente. Lo que no imaginaba —no tardaría mucho en saberlo— era hasta qué metas de criminalidad eran capaces de llegar los esbirros de la GPU en la lucha contra los hombres de la oposición ideológica.

Desde el balcón vi acercarse el coche de Togliatti Un minuto después nos decía que en la Embajada no se tenía conocimiento de nada, ni del paradero de Nin, ni tampoco de Orlov. Toda mi inquietud y todo mi nerviosismo estallaron airadamente. Les anuncié que no asistiría al Consejo de Ministros, que no quería ser el saco de los golpes de Orlov y compañía en un asunto que desde el primer momento me había parecido improcedente y turbio.

—No dar la cara, rehuir el debate, sería la mayor torpeza. Eludan el caso concreto de Nin y háganse fuertes en la existencia de las pruebas que demuestran que los dirigentes del POUM estaban en contacto con el enemigo. No acudan al terreno de ellos; planteen el debate en torno a la existencia o inexistencia de una organización de espionaje. Demostrado, como es posible demostrar que ésta existe, el escándalo por el paradero de Nin pierde vigor. Y cuando Nin aparezca será ya reo de traición.

Por esta explicación de Togliatti deduje que él sabía ya toda la trama de Orlov, y que su visita a la Embajada no había sido ociosa. Nin estaba secuestrado y lo entregarían cuando el «affaire» tuviera estado oficial. Cierta parte de mis temores se disiparon. Y aunque el plan de Togliatti no era muy grato para mí, me dispuse a seguirlo en la reunión ministerial. «Al fin —me dije— los jueces se encargarán de averiguar lo que haya o no de cierto en toda esta trama gepeuista».

A las cuatro de la tarde comenzaron a llegar los coches ministeriales al edificio gris de la presidencia.

* * *

En el saloncillo de terciopelos mustios y fríos desconchados, los periodistas saludaban a los ministros.

—¿Qué sabe usted de Andrés Nin? —me preguntó uno de ellos.

Con un gesto evasivo eludí la respuesta y entré a la Sala del Consejo.

En la mesa ovalada de las reuniones ministeriales, las cajas de nogal con cigarrillos, las bomboneras, las jarras de agua, los anchos blocks y las abultadas carteras de marroquín. En el ceño de algunos ministros el presagio de la tormenta.

Al declarar el Presidente abierta la reunión, el ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, pidió la palabra para una cuestión previa.

Con razonamiento incontrovertible, argumentación firme y respetuosa forma, Zugazagoitia relató cuanto sabía del «caso Nin» y de sus compañeros «detenidos», no

por las autoridades de la República, sino por «un servicio extranjero» que actuaba, a lo que se veía, omnímodamente en nuestro territorio, sin otra ley que su voluntad, ni más freno que el de su capricho.

—Desearía saber —concluyó diciendo— si mi jurisdicción como ministro de la Gobernación está determinada por la misión de mi cargo o por el criterio de ciertos «técnicos» soviéticos. Nuestro agradecimiento a este país amigo no debe obligarnos a dejar jirones de dignidad personal y nacional en las encrucijadas de su política.

Y habló Prieto. Y habló Irujo. Sus palabras eran la protesta airada contra la intromisión y el atropello soviético en nuestra tierra. La dignidad de su hombría y de su españolidad se sublevaban contra los desmanes de los «tovarich», quienes a cambio del suministro de armas sé creían en el derecho de vejarnos y hasta gobernarnos. En sus palabras había anuncio de dimisión antes que convertirse en «*hombres de paja*».

Y hablaron Velao y Giner de los Ríos. Hablaron todos. Reclamaban a Nin y pedían la destitución del coronel Ortega, cómplice visible y directo, aunque inconsciente, en los atropellos de Orlov.

Hablamos los dos ministros comunistas. Nuestra argumentación era pobre y descolorida. Nadie creyó en nuestra sinceridad cuando declarábamos ignorar el paradero de Andrés Nin. Defendimos la presencia de los «técnicos» y «consejeros» soviéticos como la expresión de la ayuda «desinteresada» y «solidaria» que nos prestaban los rusos y que fue aceptada por anteriores Gobiernos. Expusimos una vez más lo que significaban para nuestra guerra los suministros de armas de la URSS y el apoyo que en el orden internacional nos prestaba la Unión Soviética.

Como a pesar de todo, el ambiente seguía siéndonos hostil y los ceños se mantenían fruncidos, transigí con la destitución del coronel Ortega —chivo expiatorio— por extralimitarse en su función y no haber informado a su debido tiempo al ministro; pero amenacé con hacer públicos todos los documentos comprometedores del POUM y también los nombres de cuantos dentro y fuera del Gobierno, «por simples cuestiones de procedimiento», amparaban a los espías de ese Partido.

El recurso era demagógico y desleal, pero no vacilé en emplearlo.

Negrín, conciliador, propuso al Consejo dejar el debate en suspenso hasta conocer todos los hechos y tener las pruebas de que hablábamos los ministros comunistas y en espera de que el ministro de la Gobernación pudiera darnos noticias concretas del paradero de Andrés Nin.

El primer temporal, el más peligroso, lo habíamos capeado.

Al salir del Consejo Uribe me decía:

—Has estado muy hábil en esa combinación de concesiones y amenazas.

Mi pírrica victoria me producía tales náuseas que me daban ganas de vomitar.

* * *

Coincidiendo con estos acontecimientos se produjo otro de singular significación. La escuadra alemana bombardeó aleve y salvajemente la ciudad de Almería.

El rumor, con esa velocidad de la noticia en España, corría por todas partes. Se lo decían las gentes al encontrarse en las calles, en las mesas de los cafés, en las puertas de los talleres, en los tranvías, en los cuarteles y en las trincheras:

—¡Los nazis han bombardeado Almería!

Todo el odio y el dolor de nuestro pueblo estallaban en ansias de revancha.

El Consejo de Ministros fue convocado urgentemente a petición del titular de Defensa Nacional, Indalecio Prieto.

El ministro de Defensa hizo un patético relato de los hechos y concluyó proponiendo que nuestra masa de aviación de bombardeo saliese en busca de la flota alemana y la atacase y hundiera donde la encontrase, aunque ello motivara la declaración de guerra de Alemania a la República. Era la proposición —escribiría más tarde Prieto— «de quien no veía la posibilidad de ganar militarmente la guerra, porque media nación o un tercio largo de la nación española luchaba con el resto del país y, además, con Portugal, con Alemania y con Italia, a todo lo cual había que sumar la indiferencia, cuando no la hostilidad más o menos disimulada, del resto de Europa. Seguía creyendo —¡ojalá me equivoque!— que, militarmente, la guerra no podía ser resuelta por nosotros solos de manera victoriosa, y en aquella propuesta buscaba la solución que pudiera surgir de un conflicto internacional, mediante la declaración de guerra de Alemania a España, porque bajo el peligro de la conquista del territorio español de modo abierto por Italia y Alemania, acaso las naciones occidentales de Europa se creyeran en el caso de intervenir».[14]

Me sentí electrizado por la propuesta. En aquel momento una viva simpatía me reconciliaba con quince años de enemistad con Prieto. El ministro de Defensa como lo habíamos previsto era el menos indicado para ocupar ese puesto. No es que Prieto careciera de cualidades personales, que sería estúpido regatearle, sino porque su convicción de que irremediablemente estábamos condenados a la derrota, dadas las condiciones internacionales adversas, se reflejaba inevitablemente en toda su labor en la jefatura máxima de la guerra, pues dejándose llevar por su franqueza hacía juicios y comentarios ante sus subordinados que producían efectos tremendamente desmoralizadores en quienes los oían. Pero aquel día se sobrepuso al pesimista el

---

[14] Sería injuriar gravemente a estos hombres el suponerles cómplices conscientes en los turbios objetivos de los rusos en España. Creo, sí, que cuanto pudo haber en ellos de complacencia ante la imposición soviética tenía su razón en el afán patriótico de no cerrarse la fuente de suministros militares que permitían defender la legitimidad de la causa republicana. Y aun en los momentos en que con sus tolerancias facilitaron los manejos subterráneos de los soviéticos, procedieron ajenos en absoluto al juego antiespañol de los tahúres del Kremlin. Ni Largo Caballero, ni Prieto, ni Negrín, ni Del Vayo, ni ningún otro gobernante de la República, por muy vinculado que los hechos le muestren a la inspiración soviética, puede ser tildado de agente del Kremlin, y, mucho menos, de traidor a su patria.

Por amor a su patria, por fidelidad a la República, por lealtad a su pueblo, hubieron de allanarse muchas veces nuestros gobernantes a las exigencias de quienes para explotar en su exclusivo provecho la sangre y el sacrificio de los españoles se veían obligados a facilitamos un auxilio que permitía a los demócratas de la España leal defender la justa causa de la República.

Si hubo en nuestros hombres de gobierno debilidades en su conducta hacia los rusos, les exculpa el acendrado patriotismo que inspiraba sus mismos errores. Además, ninguno de ellos podía llegar a sospechar que la «aliada» Rusia abrigaba designios tan tortuosos y reprobables para con la República española. J. H.

patriota y surgió en Prieto el estadista que busca la salvación de su patria en una dramática coyuntura histórica. ¿Qué podíamos perder que no tuviéramos la seguridad de tenerlo ya perdido? Cualquiera que fuera la complicación de orden internacional que motivara nuestra represalia a la agresión de la flota alemana, en nada empeoraría nuestra perspectiva y, sin embargo, podía modificar todo el panorama. Nuestra guerra era ya, por las causas señaladas por Prieto, una agonía sin esperanza. Sólo en una reacción internacional que alinease, de mejor o peor gana, a las potencias democráticas decididamente a nuestro lado, estaba la salvación de nuestra justa causa, la salvación de España. ¿Qué ello era la conflagración mundial? ¡Que fuera el diluvio! Pero a más de esto ¿había alguien en la redondez de la Tierra que no supiera que la intervención germano-italiana en la Península Ibérica era el preludio de la agresión abierta al mundo democrático por parte de las potencias del Eje? La proposición de Prieto, en el peor de los casos, no era sino la de anticipar los acontecimientos y, en esa anticipación, buscaba salvar a España.

La propuesta del ministro de Defensa retumbó como un cañonazo en los oídos timoratos del «*Gobierno de la Victoria*». Los ministros se petrificaron en sus asientos. Una nube de vacilaciones y de miedos ensombrecía los semblantes.

Para los ministros comunistas la situación era incómoda. Maldije la dependencia que nos obligaba a tener que acudir en busca de la «línea» para después opinar. Había que ganar algún tiempo, cuando menos unas horas. No queriendo pronunciarme en pro ni en contra (no sabía lo que nos mandarían hacer) acudí al recurso de objetar la proposición alegando generalidades sobre la política franco-inglesa, para proponer un aplazamiento que nos permitiera «reflexionar» sobre tan gravísima decisión.

No hubo necesidad de hacer hincapié en mi propuesta, ya que Negrín consideró, y era justo, que el Jefe del Estado era el único facultado para decidir sobre el problema planteado por el señor Prieto.

Informado el Presidente de la República, el Consejo bajo su presidencia fue convocado para unas horas después.

Inmediatamente los dos ministros comunistas nos trasladamos a la Casa del Comité Central. Con aquella eficiente prontitud con que se movilizaba todo el aparato del Partido Comunista, en cinco minutos se puso todo en movimiento para conocer la «línea». Codovila salió en dirección a la Embajada soviética. Togliatti se encaminó a El Vedat, pueblecito próximo a Valencia, donde en una «masía» perdida en un hermoso huerto de naranjos, la delegación soviética tenía montada una potentísima estación de radio mediante la cual se mantenía en contacto directo con Francia y Moscú. Uribe debería ir a explorar el ánimo del ministro de Estado, señor Giral, y yo el del Presidente Negrín.

Una hora antes de la convenida para la reunión ministerial, habríamos de encontrarnos todos para saber lo que deberíamos defender o combatir en el trascendental Consejo que el Jefe del Estado presidiría.

*La orden de Moscú fue terminante: «*Hay que impedir a costa de lo que sea la provocación de Prieto*» (Togliatti).*

Sentí como un martillazo en la cabeza. Mi desilusión fue tremenda. Los dos sentimientos, el de la obediencia a Moscú y el de mi lealtad a España, luchaban en mi conciencia. Hundido en un abismo de rebeldías enfrenadas impugné el proyecto de Prieto. No vale la pena transcribir las «razones» que opuse a la proposición prietista.

Unamuno había dicho que «las razones no son más que razones, es decir, ni siquiera son verdades». Tenía razón. Todas mis razones eran la sinrazón de una verdad convencional, y, como tal, falsa.

Como una ironía que me quemaba el rostro oí el elogio presidencial: «*El sentido común habla por boca del ministro de Instrucción Pública*».

La propuesta del señor Prieto fue unánimemente desechada.

Sí aquel día el ministro de Defensa pudo tener la evidencia de que la nave española se hundiría por el peso de los imbéciles, lo que no pudo prever era que el mismo torpedo que hacía naufragar su patriótica decisión, había hecho blanco también en la persona del ministro que, con sus audacias, podría crearle complicaciones o perturbar el juego internacional al Kremlin.

Gracias a la amistad que me unía a la compañera encargada del trabajo de cifra de la delegación soviética pude conocer las directivas completas de Moscú sobre el caso. Aquella misma noche le hice una visita premeditada y al comentar con ella las diferentes incidencias de la jornada, centré la conversación en la negativa de Moscú a la propuesta de Prieto.

—No conozco muy bien —dije tratando de provocar la respuesta— los términos exactos de la contestación de la «Casa», pero creo que, o no se les ha explicado bien el alcance del propósito de Prieto, o hemos interpretado mal la contestación.

Bajando la voz, y después de hacerme jurar que guardaría el secreto, pues yo no ignoraba los riesgos a que se exponía si los «tovarich» llegaban a sospechar su indiscreción, me dijo confidencialmente:

—Togliatti ha trasmitido bien, según deduzco de tus palabras. La respuesta de la «Casa» ha sido esta: «Opónganse por todos los medios a la provocación de Prieto. Propónganle trabajar de común acuerdo con el Partido en los asuntos de guerra. Si no aceptan tomen medidas para su eliminación del Ministerio de la Defensa».

Me prometí y le prometí a ella ser más asiduo en mis nocturnas visitas. Nunca hasta entonces se me había ocurrido valerme de mi amistad con aquella camarada para obtener noticias secretas de la delegación. Solamente el pensarlo se me hubiera antojado desleal. Cambié de parecer. Se trataba de convencerme de mi error o de mis sospechas sobre la política de Moscú. El procedimiento no era el más limpio, pero sí el más seguro.

La confidencia de X (callaré su nombre, pues sé que vive en la España de Franco) no tardó en revelárseme en toda su autenticidad. Discutíamos en el Buró Político ciertas medidas de Prieto que atentaban contra nuestras privilegiadas posiciones en el Comisariado de Guerra, cuando una proposición de Togliatti tradujo a nuestro idioma político la directiva de Moscú.

—Hay que limarle las uñas a Prieto —dijo—. Creo que lo adecuado es brindarle una colaboración leal, y si no la acepta iniciar una campaña denunciando su pesimismo y su proceder derrotista.

Se decidió visitar a Prieto. La comisión recayó en los dos ministros.

En el folleto «*Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*», Prieto relata la entrevista en términos ajustados enteramente a la verdad.

«Poco después de encargarme yo del Ministerio de Defensa Nacional —relata Prieto—, con ocasión de un Consejo de Ministros que se celebraba en mi despacho, vinieron a verme, antes de la hora de convocatoria, los dos ministros comunistas, Uribe

y Hernández, quienes me dijeron que querían proceder de estrecho acuerdo conmigo y que deseaban previamente un cambio de impresiones. Se concretó su pensamiento en una indicación de Jesús Hernández, al manifestarme que si yo no tuviera el temperamento que tengo —o el que me atribuyen—, diariamente acudiría él a mi despacho a traerme las sugestiones, ideas o pareceres del Buró Político del Partido Comunista sobre los asuntos de guerra. Contesté a Jesús Hernández, con claridad rayana en la crudeza, que no necesitaba inspiraciones del Buró Político del Partido Comunista, que no admitía esa forma de gobernar y que si el Buró comunista quería indicar algo con respecto a la política general de guerra, lo podía hacer, por conducto de sus ministros, ante el Gobierno en pleno, y, si se trataba de algo relacionado con las operaciones militares, lo debería hacer, a través de Uribe, en el seno del Consejo Superior de Guerra. Y como, después de una parte semiafable, la conversación, por cambiar ellos de tono, adquiriera cierta brusquedad, les dije: «Ustedes se han equivocado si suponen que van a sostener conmigo una lucha como la que sostuvieron con Largo Caballero. Con razón o sin ella, Largo Caballero se creía imprescindible, estimándose el salvador de la situación de España. Yo no tengo en mí la confianza que Largo Caballero tenía en sí; yo me considero diente mellado de una rueda destartalada, y entiendo que se puede prescindir de mí con ventaja; no me estimo insustituible: de manera que a mí no me meten en querellas políticas con ustedes. ¿No están conformes? Planteen la cuestión ante quien deban plantearla; pero a mí no me manejan ustedes, ni soporto disputas como las que sostuvieron con Largo Caballero en Consejos de Ministros de desdichada memoria».

»La conversación —sigue diciendo Prieto— se interrumpió porque había llegado la hora del Consejo y comenzaron a entrar los demás ministros.

»Creo que esta escena ocurrió enseguida de haber yo propuesto, sin éxito, en el Consejo Superior de Guerra, el reajuste del Comisariado en proporciones más equitativas.

»Poco después se emprendió la operación de Brúñete y los dos ministros comunistas llegaron a Madrid donde ya estaba yo. Volviendo un día de los frentes de la Sierra me dijo Negrín que Uribe y Hernández deseaban cambiar impresiones conmigo en su presencia. Y yo dije a Negrín: «Temo que ocurra una escena desagradable; supongo que pretenden continuar la conversación de Valencia y su resultado puede ser poco armonioso.

»Negrín, hombre suave, fino, convincente, me replicó: “No se ponga usted así; es un cambio de impresiones”.

Y me citó para el día siguiente a las once de la mañana, en la Presidencia. Allí nos reunimos Negrín, los dos ministros comunistas y yo en torno a la propia mesa del Consejo de Ministros.

»Los comunistas formularon quejas en las que no llegaron a ninguna concreción: que yo estaba destituyendo mandos comunistas. Les dije la verdad: “Quizá peque de lo contrario. Firmo todos los mandos que me trae el Estado Mayor después de examinados por la llamada Junta de Destino, y hasta el presente no he hecho indicación alguna, no he rechazado un solo nombre, ni propuesto yo ninguno”. Y tras estas explicaciones que eran bien convincentes, el más audaz de los dos ministros comunistas, Hernández, me dijo: “Mire usted, las verdaderas fuerzas del Gobierno somos socialistas y comunistas, que acabaremos por fusionarnos, y creo que nosotros, los socialistas y comunistas del

Gobierno, debemos proceder de estrecho acuerdo, tomando las resoluciones que estimamos convenientes". Yo dije entonces —lo recordará el compañero Negrín—: "A eso no puedo llegar"… "Cualquiera que sea la proximidad entre su Partido y el nuestro, yo, por ese camino de pactar con ustedes sobre problemas que corresponden a todo el Gobierno, no les puedo seguir, porque lo estimo profundamente desleal". Y no hubo acuerdo, naturalmente.

»Tras esta entrevista —concluye Prieto en este pasaje de su folleto— empecé a advertir una táctica agresiva de los comunistas contra el ministro de Defensa Nacional».

Prieto advertía bien. Era el inicio de una campaña que buscaba su supeditación a Moscú o su salida del Ministerio o, como veremos enseguida, su eliminación física. La campaña iría creciendo de tono y de agresividad y lo abarcaría todo: el frente y la retaguardia, los discursos y los artículos, el rumor y la insidia, el sabotaje y el escándalo. Prieto señala algunos hechos en el mencionado folleto, resumen de su informe hecho el 19 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español. No son todos. Apenas una mínima parte. Como Secretario de agit-prop del Buró Político tomé una parte activa en toda la red que había de aprisionar a Prieto, hasta orillarle a presentar repetidas veces la dimisión al Presidente Negrín, y, obligar al fin, a éste, que había opuesto resistencia a nuestros embates, a destituir aparatosamente del Ministerio de Defensa a la primera figura de su propio Partido.

Las órdenes de Moscú eran órdenes que los comunistas españoles, complacidos o a regañadientes, cumplíamos a rajatabla.

* * *

Tardamos dos tres días más en saber algo concreto sobre Andrés Nin. Nuestra organización de Madrid nos comunicó que Nin se encontraba en Alcalá de Henares, en una prisión particular que utilizaban Orlov y su banda. Planteada la cuestión a la delegación soviética se nos dijo por ésta que, efectivamente, acababan —¡qué casualidad!— de tener noticias de que Nin había pasado por Valencia, sin detenerse, en dirección a Madrid; que Orlov pensaba llevarlo directamente a la Prisión Celular de Madrid, pero que tuvo temores de una evasión del reo y que optó por meterle en los calabozos de su Cuartel General en Alcalá hasta la llegada del grueso de los detenidos, quienes deberían ser trasladados de la cárcel de Valencia a la de Madrid.

Como habíamos previsto Díaz y yo, el escándalo político en torno a las detenciones de los dirigentes del POUM se transformó en una enconada lucha política contra nuestro Partido y contra el mismo Negrín. Socialistas, caballeristas, anarquistas, sindicalistas y aunque más tenuemente, también los republicanos, coincidieron en denunciar ante la opinión pública nacional y extranjera el atentado al derecho de gentes y a las leyes democráticas del país, los arrestos ilegales de Nin, Andrade, Gorkín, Arquer, Bonet y demás dirigentes del POUM Todos ellos exigían la libertad inmediata de los detenidos, y como una consigna formulaban la pregunta: «¿Dónde está Nin?».

Nuestra prensa desencadenó una furiosa ofensiva que abarcaba al POUM y a todos sus abogados políticos. Sin embargo, era necesario comenzar a dar «pruebas» de la delincuencia de los detenidos para imponer el silencio. Ahora era el Buró Político el que reclamaba los documentos demostrativos de la culpabilidad de los poumistas, para

hacerlos públicos y capear el temporal que se había desencadenado contra nuestro Partido.

Uno de aquellos días, al visitar a Negrín, pude ver en la mesa del Presidente un montón de telegramas llegados de todas las partes del mundo preguntando al Gobierno dónde se encontraba Nin y protestando contra las detenciones de los dirigentes del POUM Negrín nos pedía una solución que pusiera fin a aquel descrédito de su Gobierno dentro y fuera de las fronteras nacionales.

—No hay más remedio que tomar en las manos del Gobierno la responsabilidad del proceso contra el POUM Al darle estado oficial, cesarán los ataques contra el trabajo de la GPU como autora de este «affaire» a espaldas de las autoridades españolas, que es el punto fuerte de todas las protestas —aconsejé a Negrín.

—¿Por qué debo comprometer a todo el Gobierno en este enojoso asunto? —protestó Negrín.

—Porque a veces, contra la voluntad de uno mismo, es obligado sudar calenturas ajenas.

No sé de qué argumentos se valdría Negrín para convencer al señor Irujo, ministro de Justicia, católico vasco, muy poco afecto a los comunistas y francamente opuesto a hacer el juego a la GPU Pero al día siguiente de esta conversación en la prensa se insertaba un comunicado oficial del Ministerio de Justicia, anunciando el procesamiento de los dirigentes del POUM, juntamente con el de algunos falangistas encabezados por el ingeniero Golfín, autor del plano milimetrado destinado a Franco, plano en el que se señalaban determinados emplazamientos militares de la capital, constitutivo de un delito de espionaje y alta traición.

Mientras las rotativas de los diarios imprimían el comunicado oficial del Ministerio de Justicia, la mano alevosa de Orlov consumaba uno de los crímenes más sucios de que se tenía memoria en los anales de la criminalidad política de nuestra historia: Nin era asesinado por los esbirros de la GPU de Stalin.

* * *

Del crimen de Andrés Nin no fueron responsables solamente los autores materiales del hecho; los fuimos todos cuantos por sumisión o por temor a Moscú, pudiéndolo haber impedido, con nuestra conducta lo facilitamos. Después, la conciencia de nuestra complicidad silenció las lenguas o, como en nuestro caso, añadió la infamia al crimen. Las paredes de España se llenaron de preguntas que el pincel clandestino pintaba arriesgando la vida del autor: «¿Dónde está Nin?» Y buscando el ripio de la consonante, nuestras tropillas de agit-prop escribían debajo la injuria sangrienta: «¡En Salamanca o en Berlín!»

¿Sabía el Presidente, sabía el ministro de la Gobernación, sabía el ministro de Justicia dónde estaba encerrado Andrés Nin? Si nos atenemos al testimonio de uno de los procesados, de Julián Gorkín, en su libro «Caníbales Políticos», en la página 159 encontramos esta conversación con Garmendia, Inspector General de Prisiones de Madrid, perteneciente al Partido católico vasco y amigo personal del ministro de Justicia, don Manuel Irujo, a quien el Gobierno había encargado el traslado de los detenidos del POUM de Madrid a Valencia. Dice así:

«Me lleva (Garmendia) aparte y mantenemos una interesante conversación.

—»Nada teman —dice—. Llegarán ustedes vivos a Valencia. Se lo he prometido al Gobierno. Les acompañará un capitán de Asalto de toda mi confianza al mando de cincuenta números. No van para vigilarles, sino para protegerles.

»Se muestra muy interesado por conocer nuestras posiciones políticas. Después me dice en tono sincero:

—»Conozco a fondo el asunto de ustedes. No creo que les pase nada. El ministro de Justicia está dispuesto a dimitir antes que permitir que se cometa con ustedes un crimen político.

»Le pregunto por Andrés Nin. Me confía:

—»El Gobierno me tiene ordenado que descubra su paradero. Tomaría ahora mismo mi auto y pararía a la puerta del edificio donde se encuentra. Pero para rescatarle necesitaría unas fuerzas militares que el Gobierno se niega a poner a mi disposición.

—»¿Por qué?

—»Teme, quizá, las consecuencias. Habría que librar una verdadera batalla con otras fuerzas militares. Usted quizá no sospecha todo lo que hay detrás del asunto del POUM».

Si este relato es verídico, el Gobierno pudo y no quiso, o no se atrevió, a rescatar a Nin. Me inclino a creer que no se atrevió. Era mucho el peso de la «ayuda» soviética en la voluntad de los ministros, y era mucha la osadía y el descaro con que procedían los agentes de la policía de Stalin en España.

En el mismo libro, página 170, Gorkín relata un hecho revelador del poderío de la GPU en España:

«Nuestros compañeros de la calle han solicitado por seis veces del ministro de la Gobernación, la libertad de dos militantes contra los que no aparece cargo alguno. Seis veces les ha sido prometida por Julián Zugazagoitia. Otras seis, nos consta, ha sido ordenada por él. La última exclamó, en presencia de los solicitantes: «¡A ver si la sexta vez me hace caso el portero!» Esta exclamación del ministro —comenta el autor— refleja todo el drama de la España actual. ¿Qué pinta un ministro al que no le hace caso el portero? ¿A quién obedece éste? ¿Por qué no lo destituye el ministro? Y si no es capaz de destituirle, ¿por qué no dimite él?»

Era evidente que en aquellos momentos los ministros no se atrevían a dimitir por tales motivos. Ello hubiera implicado la inmediata represalia soviética contra la persona del osado o en los suministros de armas. Los «porteros» a que aludía el ministro eran miembros del Partido Comunista y, antes que al ministro, obedecían a su Partido. Además, durante casi toda la guerra, los servicios de policía, especialmente la temible policía del Servicio de Investigación Militar (SIM), organizada por los «tovarich», era omnipotente. Ante ella temblaban políticos y magistrados, soldados y generales. Una acusación de sospechoso o desafecto al régimen, ejercía fulminante acción sobre el individuo que, sin defensa alguna ni defensor que se atreviera a hacerla, podía ser asesinado en una mazmorra, o acribillado a tiros en la cuneta de cualquier carretera.

En el curso de su informe ante el Comité Nacional de su Partido, Prieto relata cosas como éstas:

«Me encontré ante un caso intolerable (se refiere a que el jefe de la demarcación del Ejército del Centro del servicio del SIM, Durán, comunista, nombraba por sí y ante sí, sin facultades para ello y sin conocimiento del ministro de Defensa, que era el único autorizado para hacer nombramientos de agentes del SIM, a quien le venía en gana, eliminando a cuantos no fueran comunistas), por lo cual, alegando, y con fundamento,

que me faltaban mandos en el Ejército —pues había advertido su escasez y deficiencia en las operaciones de Belchite— dispuse que todos los jefes militares que no estuviesen en sus puestos peculiares del Ejército volvieran a sus antiguos puestos y así hice retornar a la función militar al comandante Durán. A raíz del caso de Durán en el SIM recibí la visita de cierto técnico ruso, de estos Servicios, quien me dijo:

—«Vengo a hablarle de la destitución de Durán. ¿Qué ha ocurrido?

—»Nada de particular, que me hacen falta mandos en el Ejército, y he dispuesto que Durán vuelva a él.

—»No; usted le ha destituido por haber nombrado a comunistas para agentes en Madrid.

—»También eso es causa bastante, porque Durán carece en absoluto de atribuciones para hacer nombramientos.

—»¿Por qué no ha de poder nombrar agentes?

—»Porque a virtud del decreto de creación del SIM, esa facultad le queda reservada exclusivamente al ministro.

»Leí el decreto, y ante la evidencia de mi afirmación mi visitante alegó:

—»Durán podía hacer nombramientos provisionales.

—»Ni efectivos ni provisionales. Aquí, en España, además, lo provisional se convierte en definitivo.

—»Sea lo que sea, vengo a pedirle la reposición inmediata del comandante Durán en la Jefatura del SIM en Madrid.

—»Lo lamento mucho, pero no puedo acceder.

—»Si no accede a la reposición de Durán quedan rotas mis relaciones con usted.

—»Lo lamento, pero el comandante Durán seguirá al frente de su División y no volverá al SIM. La actitud de usted es injustificada y no puedo doblegarme a ella».

Siguiendo su relato, Prieto refiere más adelante:

«Preocupado con el nombramiento del nuevo director del SIM, caí en la desgracia de designar al teniente coronel Uríbarri, socialista de mucho tiempo. A poco de posesionarse del cargo, Uríbarri me dijo:

—»Soy hombre leal y quiero proceder lealmente con usted. Vengo a decirle que Fulano de Tal (el segundo entre los directivos rusos de estas actividades técnicas, no el que había roto conmigo, sino su lugarteniente), me ha citado a una entrevista que se verificó anoche en una calleja oscura, en el fondo de un automóvil, y dicho señor me invitó a que me entendiera directa y constantemente con él, a espaldas de usted, a lo cual me negué.

—»Así se debe proceder —le dije. Y le di las gracias.

»Uríbarri —observa Prieto— cambia de conducta, no sé por indicación de quién. Advierto que el SIM ya no obedece mis órdenes. Uríbarri se entendía con quienes le habían requerido antes a entenderse con ellos a espaldas mías. Este es uno de los incidentes que yo he tenido con los rusos, sin arrepentirme, por procurar que el SIM no fuera instrumento, como lo había sido la Dirección General de Seguridad, para ciertos sucesos que nos han creado dificultades» (Prieto alude a la desaparición de Nin y a la actuación de Ortega).

Los párrafos transcritos demuestran mi afirmación de que los ministros, de grado o por fuerza, tenían que aceptar la tutela o doblegarse a los manejos de los rusos. Ni

Prieto pudo eximirse de esa tutela, pese a que fuera el hombre que opuso mayor resistencia a la colonización de España por las huestes de Stalin.

«Por seguir dicha línea de conducta, por negarme a obedecer los mandatos de Moscú, me expulsó Juan Negrín el 5 de abril de 1938 del Gobierno que él presidía y en el cual desempeñaba yo el Ministerio de Defensa Nacional» —declara Prieto en el prólogo a la edición francesa del citado informe.[15]

* * *

Andrés Nin, el antiguo amigo de Lenin, de Kamenev, Zinoviev y Trotski, fue asesinado en España por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique. El crimen fue así:

Orlov y su banda secuestraron a Nin con el propósito de arrancarle una confesión «voluntaria» en la que debería reconocer su función de espía al servicio de Franco. Expertos los verdugos en la ciencia de «quebrar» a los prisioneros políticos, en obtener «espontáneas» confesiones, creyeron encontrar en la enfermiza naturaleza de Andrés Nin el material adecuado para brindar a Stalin el éxito apetecido.

En días sin noche, sin comienzo ni fin, en jornadas de diez y veinte y cuarenta horas ininterrumpidas, tuvieron lugar los interrogatorios. Quien de ello me informó tenía sobrados motivos para estar enterado. Era uno de los ayudantes de más confianza de Orlov, el mismo que había luego de ponerme en antecedentes sobre el proyecto de asesinato de Indalecio Prieto. Con Nin empezó empleando Orlov el procedimiento «seco». Un acoso implacable de horas y horas con el «confiese», «declare», «reconozca», «le conviene», «puede salvarse», «es mejor para usted», alternando los «consejos» con las amenazas y los insultos. Es un procedimiento científico que tiende a agotar las energías mentales, a desmoralizar al detenido. La fatiga física le va venciendo, la ausencia del sueño embotándole los sentidos y la tensión nerviosa destruyéndole. Así se le va minando la voluntad, rompiéndole la entereza. Al prisionero se le tienen horas enteras de pie, sin permitirle sentarse hasta que se desploma tronchado por el insoportable dolor de los riñones. Alcanzado este punto, el cuerpo se hace espantosamente pesado y las vértebras cervicales se niegan a sostener la cabeza. Toda la espina dorsal duele como si la partieran a pedazos. Los pies se hinchan y un cansancio mortal se apodera del prisionero, que ya no tiene otro afán que el de lograr un momento

---

[15] Krivintsky dice en la pág. 155 de su citado libro: «Slutsky continuó diciéndome que nuestros hombres se comportaban en España como si estuviesen en una colonia, tratando incluso a los mismos dirigentes españoles del modo como los colonizadores tratan a los indígenas. Cuando le pregunté si se haría algo cerca de Orlov, Slutsky dijo que esto era cosa de Iéjov…» «Stashevsky (encargado de negocios en Barcelona) llegó a Moscú para informar personalmente a Stalin acerca de la situación en España. Aunque acérrimo stalinista, rígidamente ortodoxo como hombre de Partido, Stashevsky también estimaba que la conducta de la GPU en las zonas republicanas era un error. Lo mismo que el general Bercin, era contrario a los métodos autoritarios empleados por los rusos en el territorio español».

(Stashevsky y Bercín serían fusilados poco después en la prisión de la Lubianka, en Moscú. J. H.)

de reposo, de cerrar los ojos un instante, de olvidarse de que existe él y de que existe el mundo. Cuando materialmente es imposible proseguir el «interrogatorio», se suspende. El prisionero es arrastrado a su celda. Se le deja tranquilo unos minutos, los suficientes para que recobre un poco su equilibrio mental y comience a adquirir conciencia del espanto de la prolongación del «interrogatorio» monótono, siempre igual en las preguntas e insensible a las respuestas que no sean de plena inculpación. Veinte o treinta minutos de descanso son suficientes. No se le conceden más. Y nuevamente se reanuda la sesión. Vuelven los «consejos», vuelve el tiempo sin medida en que cada minuto es una eternidad de sufrimiento y de fatiga, de cansancio moral y físico. El prisionero acaba desplomándose con el cuerpo invertebrado. Ya no discute, ni se defiende, no reflexiona, sólo quiere que le dejen dormir, descansar, sentarse. Y se suceden los días y las noches en implacable detención del tiempo. Del prisionero se va apoderando el desaliento, produciendo un desmayo en la voluntad. Sabe que es imposible salir con vida de las garras de sus martirizadores y su anhelo se va concentrando en un irrefrenable deseo de que le dejen vivir en paz sus últimas horas o de que lo acaben cuanto antes. «¿Quieren que diga que sí? Quizá admitiendo la culpabilidad me maten de una vez». Y esta idea comienza a devorar la entereza del hombre.

Andrés Nin resistía increíblemente. En él no se daban, los síntomas de ese desplome moral y físico que llevó a algunos de los más destacados colaboradores de Lenin a la inaudita abdicación de la voluntad y firmeza revolucionarias, a esa absurda consideración de que «Stalin es un traidor, pero Stalin no es la revolución, ni es el Partido y, puesto que mi muerte es inevitable, voy a hacer el último sacrificio a mi pueblo y a mis ideales, declarándome contrarrevolucionario y criminal, para que viva la revolución». ¡Con qué asombro el mundo entero escuchó a estos prohombres de la revolución rusa infamarse hasta la abyección, sin que de sus labios saliera una palabra condenatoria para el estrangulador de esa misma revolución que con su silencio querían salvar! Se ha hablado de drogas especiales cuyo secreto poseen los rusos. No creo en tal versión. De no admitir esa desquiciada idea de «servir a la revolución» in artículo mortis, creería, sí, en el juego de ciertas consideraciones humanas que llevan al hombre que se sabe definitivamente perdido, a tratar de salvar a sus hijos o a su esposa o a sus padres de la venganza del tirano, a cambio de su «confesión».

Nin no capitulaba. Resistía hasta el desmayo. Sus verdugos se impacientaban. Decidieron abandonar el método «seco». Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y la capacidad de resistencia física del hombre. Nin soportó la crueldad de la tortura y el dolor del refinado tormento. Al cabo de unos días su figura humana se había convertido en un montón informe de carne tumefacta. Orlov, frenético, enloquecido por el temor al fracaso, que podía significar su propia liquidación, babeaba de rabia ante aquel hombre enfermizo que agonizaba sin «confesar», sin comprometerse ni querer comprometer a sus compañeros de Partido, que con una sola palabra suya hubieran sido llevados al paredón de ejecución, para regocijo y satisfacción del amo de todas las Rusias.

Se extinguía la vida de Nin. En la calle de la España leal y en el mundo entero arreciaba la campaña exigiendo el conocimiento de su paradero y su liberación. No podía prolongarse durante mucho tiempo esa situación. Entregarlo con vida significaba una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los

espantosos tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España.

Y los verdugos decidieron acabar con él.

Los profesionales del crimen, pensaron en la forma. ¿Rematarle y dejarle tirado en una cuneta? ¿Asesinarle y enterrarle? ¿Quemarle y aventar sus cenizas? Cualquiera de esos procedimientos acababa con Nin, pero la GPU no se libraría de la responsabilidad del crimen, pues era notorio y público que era ella la autora del secuestro. Había, pues, que buscar un procedimiento que, al mismo tiempo que liberaba a la GPU de la responsabilidad de la «desaparición», inculpara a Nin, demostrando su relación con el enemigo.

La solución, al parecer, la ofreció la mente encanallada de uno de los más desalmados colaboradores de Orlov, el «comandante Carlos» (Vittorio Vidali, como se llama en Italia o Arturo Sormenti y Carlos Contreras, como había hecho y se hacía llamar en México y en España). El plan de éste fue el siguiente: Simular un rapto por agentes de la Gestapo camuflados en las Brigadas Internacionales, un asalto a la casa de Alcalá, y una nueva «desaparición» de Nin. Se diría que los nazis lo habían «liberado», con lo cual se demostrarían los contactos que Nin tenía con el fascismo nacional e internacional. Mientras tanto a Nin se le haría desaparecer definitivamente y, para no dejar huella, se le tiraría al mar. La infame tramoya era burda, pero ofrecía una salida.

Un día, aparecieron amarrados los dos guardianes que vigilaban al prisionero en la casa de Alcalá de Henares (dos comunistas con carnet de socialistas); declararon éstos que un grupo como de diez militares de las Brigadas Internacionales, que hablaban alemán, habían asaltado la casa, les habían desarmado y amarrado, habían abierto la celda del prisionero y se lo habían llevado en un automóvil. Para dar más visos de realidad al siniestro folletín, en el suelo de la habitación de Nin se encontró tirada su cartera conteniendo una serie de documentos que demostraban sus relaciones con el servicio de espionaje alemán. Para que nada faltase hasta se encontraron algunos billetes de marcos alemanes.

Tres preguntas son suficientes para poner al desnudo la infame mentira de la historia inventada por la banda de Orlov.

Si la escritura que aparecía en el dorso del plano milimetrado del ingeniero Golfín correspondía a la caligrafía de Nin, ¿por qué no entregarle a las autoridades juntamente con la prueba? ¿Para qué se precisaba otra?

Si se torturó bestialmente a Nin para arrancarle una confesión que le comprometiera ¿cómo se explica que pasara desapercibida para la GPU la existencia de una cartera llena de pruebas de espionaje, que después aparece tirada en el suelo del calabozo, y cómo a Nin no se le ocurrió destruir esas pruebas?

Si la casa-prisión de Alcalá de Henares estaba tan custodiada que Garmendia, inspector general de Prisiones en Madrid, declaraba que no rescataba a Nin de su encierro porque el Gobierno se negaba a facilitarle la fuerza necesaria, pues tendría que librar una batalla con los rusos, ¿cómo se explica que sólo ocho o diez hombres la asalten tranquilamente, sin disparar un tiro, que penetren impunemente hasta donde están los guardianes, los reduzcan y se lleven al preso?

Por la versión de quien mantenía contacto directo con Orlov pude más tarde reconstruir estos hechos. Pero del asesinato de Andrés Nin tuve la certidumbre plena al día siguiente de consumado el crimen. La compañera X me hizo saber que había

transmitido un mensaje a Moscú en el cual se decía: «Asunto A. N. resuelto por procedimiento A».

Las iniciales coincidían con las de Andrés Nin. El procedimiento «A» ¿qué podría ser? La absurda versión del «rapto» por agentes de la Gestapo delataba el crimen de la GPU Luego la «A», en el código de la delegación soviética, significaba muerte. De no haber sido así, la delegación, esto es, Togliatti, Stepanov, Codovila, Gueré, etc., hubieran transmitido cualquier cosa menos la de «*asunto resuelto*».

El proceso que se siguió contra los demás dirigentes del POUM fue una grosera comedia montada sobre papeles falsificados y declaraciones arrancadas a miserables espías de Franco, a quienes se prometía salvar la vida (después eran fusilados) si declaraban que habían mantenido contacto con los hombres del POUM Magistrados y jueces condenaron porque tenían que condenar y porque les ordenaron que condenasen. Las «pruebas», en cuya «elaboración» documental intervino muy activamente W. Roces, resultaron tan huecas y falsas que ninguno de ellos pudo ser llevado al paredón de ejecución (a pesar de haberse editado un libro con todos los documentos del supuesto espionaje, libro prolongado por José Bergamín), y unos fueron puestos en libertad y otros condenados a penas no mayores de 15 años «por la participación de los procesados en la sublevación anarco-poumista del 5 de mayo de 1937 en Barcelona», movimiento en el que el POUM nunca había negado su participación activa.

El derrumbe de Cataluña facilitó la liberación de todos los condenados.

Todavía vibraba de indignación la España republicana por la comedia de la nueva «desaparición» de Nin, cuando la sombra siniestra de Orlov comenzó a proyectarse sobre la existencia del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto.

Las pistolas comunistas habían acechado más de una vez la silueta de Indalecio Prieto. Siendo yo muy joven también participé en los grupos de insensatos que nos habíamos propuesto arrancar a balazos la vida del batallador líder socialista. La rivalidad de nuestro jefe en Vizcaya, Oscar Pérez Solís con Indalecio Prieto venía de largo, de cuando ambos militaban en el mismo Partido. Al producirse la escisión entre comunistas y socialistas el odio de Solís degeneró hasta la criminalidad. Y no le resultó difícil empujarnos a los «grupos de acción» a la caza de su adversario.

Como si los hados protegieran la vida de Prieto, siempre logró burlar el asedio criminal. La vez que consideré más próxima su muerte fue en el verano de 1923. Tenía yo exactamente 16 años. Una huelga general de mineros dirigida por el incipiente Partido Comunista, huelga a la que se oponían los socialistas (socialfascistas, como los llamábamos) y que dio origen a toda una serie de sangrientas escaramuzas con la policía y la Guardia Civil, culminó en una gran concentración de huelguistas en Bilbao. La capital de Vizcaya fue durante todo el día pasto de los más alocados desmanes y actos de violencia, motivando la salida de las tropas del Regimiento de Garellano para efectuar el asalto a la Casa del Pueblo donde los comunistas, en insensato alarde de «morir con honra» —así concebíamos las luchas económicas—, se habían atrincherado haciendo fuego contra las nutridas fuerzas de Orden Público que pretendían desalojarles del local. Horas antes había sido yo detenido en condiciones casi hollywoodescas, lo que me valió el primer proceso y un largo encarcelamiento por «atentado contra la seguridad del Estado». Las cosas fueron así:

Azuzados por Oscar Pérez Solís, salimos un grupo de seis individuos portando una descomunal bomba que, dentro de un cesto, cargaba a hombros uno de la expedición. Nuestra misión era asaltar la redacción de «El Liberal» de Bilbao, periódico de Prieto, colocar el artefacto infernal en la rotativa y hacerla volar, y con ella, todo el pequeño edificio en que estaba enclavada la imprenta. Suponíamos a Prieto en alguna de las dependencias. Si pretendía escapar a la explosión se encontraría con el fuego de nuestras pistolas.

En despliegue guerrillero cruzamos las alarmadas y desiertas calles de Bilbao en huelga general. Al filo de las tres de la tarde llegábamos con nuestra carga de trilita y con la de nuestras tenebrosas intenciones a las proximidades de «El Liberal». En nuestros preparativos no tuvimos en cuenta que frente a la imprenta de Prieto se hallaba la terminal de tranvías que desde Bilbao conducen a Algorta. La terminal estaba protegida por un piquete de Guardia Civil, que de inmediato notó algo sospechoso en la presencia de seis individuos, que cruzábamos la Plaza del Ensanche a distancia prudencial unos de otros. En medio del esparcido grupo caminaba el portador de la bomba. Yo iba en vanguardia seguido inmediatamente de Hontoria, jefe del grupo. Cruzamos ante los Civiles sin dificultad, dejando atrás la imprenta de Prieto. Era la indicación a los restantes de que nos imitaran. El intento estaba frustrado.

Curiosa la Guardia Civil quiso averiguar lo que aquel ciudadano portaba en el cesto. Se destacó una pareja para cerrarle el paso. En ese instante nuestras pistolas entraron en acción. Parapetados en las esquinas de las calles obligarnos a refugiarse al piquete de Guardias, que se veía acosado en descubierto desde cuatro costados. El portador del canasto cruzó como una centella por delante de nosotros sin abandonar su carga. Era Mena, el jefe de mi escolta a lo largo de toda la guerra. Con su carga infernal regresó hasta la Casa del Pueblo para caer herido después por el fuego de los asaltantes.

Próximo a este lugar se encontraba el Gobierno Civil, de donde salieron fuerzas hacia el lugar de la refriega. Nos sentimos acorralados. Buscamos la huida dirigiéndonos hacia los muelles del puerto. Unos cayeron heridos antes de llegar a los muros protectores del puerto, otros fueron aprisionados por los Carabineros que vigilaban los stocks de mercancías depositadas en los muelles. El jefe del grupo y yo nos lanzamos desde el alto pretil a las aguas de la ría de Bilbao. Nadábamos ocultos por debajo de los salientes de los muelles. Tras una pintoresca caza éramos detenidos dos horas después cuando, muy alejados del lugar de los hechos, intentábamos cruzar a la orilla opuesta en una barca robada. En uno de mis bolsillos la policía halló el plano de una rotativa. Correspondía a la de Prieto. No pudieron hacerme confesar la verdad. «El Liberal» supuso con buen tino, lo que proyectábamos, pero nada pudo probar, pues el cesto con la bomba fue encontrado en los sótanos de la Casa del Pueblo.

Tiene, pues, Prieto, pocos motivos para guardarme consideraciones ni en lo personal ni en lo político, aspecto este último al que me referiré en el próximo capítulo; pero lo que Prieto ignora es que yo mismo, el terrorista que en otros tiempos empuñaba impaciente la culata de la pistola para arrancarle la existencia, cosa que hubiera ejecutado sin pestañear considerando que hacía un bien a la revolución, puedo hoy congratularme de haber sido en el verano de 1937 el factor interpuesto para la detención del brazo que iba a asesinarlo.

Un día, hacia media mañana, entró Mena en el despacho del Ministerio de la calle de la Paz en Valencia. Venía excitadísimo.

—¿Qué sucede? —pregunté extrañado de verle tan sofocado.
—Algo muy grave.
—Te escucho.
—Se trata de Prieto. Lo quieren matar —explicó atropelladamente.
—¡A Prieto! ¿Quién? —pregunté brincando en la silla.
—La GPU
—¡No es posible! ¿Quién ha dicho semejante majadería?
—Zubiaurren.

Antonio Zubiaurren era un joven que, enviado a Moscú para estudiar en la Escuela Leninista durante los años del bienio negro en España, fue destinado por la Comisión de Cuadros de la I. C. a la Escuela Especial de la GPU Era natural de Bilbao y, en lo personal, me distinguía con una adhesión entrañable, pues sabía que su candidatura para la Escuela Leninista había sido cosa mía. Tenía también gran afecto a Mena, por razón de paisanaje. Informados por Moscú de su nuevo destino lo consideramos baja en la organización, pues era esa la norma para todos cuantos ingresaban en «servicios especiales». En lo sucesivo dependería exclusivamente de sus jefes y no debería mezclarse para nada en los trabajos políticos de nuestro Partido y, bajo ningún concepto, mantener relación o amistad con ningún comunista. Al comienzo de la guerra Zubiaurren regresó a España. Cuando nos entrábamos por las calles, sólo un levísimo arqueamiento de cejas revelaba la vieja y muda amistad.

Aquella mañana una llamada al teléfono de la secretaría de mi Ministerio había solicitado a Mena. Al tomar éste el aparato tuvo la sorpresa de saber que le saludaba Zubiaurren. Le indicó que necesitaba verle en el acto y le citó en una taberna de la calle del Mar. Mientras tomaban unos aperitivos en el más discreto rincón del establecimiento Zubiaurren le contó que actuaba de «hombre de confianza» de Orlov y que se le conocía por el nombre de «Miguel»; que sabía muchas cosas respecto a la «desaparición» de Nin, que se las explicaría en otra ocasión, pues lo que le había inducido a romper la «conspiración» era asunto de tremenda importancia. «Orlov ha resuelto liquidar a Prieto —le dijo—. Está en relación con alguien de la escolta personal del ministro; se pretende simular un «accidente» desgraciado; alguno de sus acompañantes deja por «descuido» en el maletero del automóvil unas bombas de mano que, por la trepidación del coche, hacen explosión. Se proyecta el atentado para el primer viaje que haga por carretera».

Zubiaurren —según dijo a Mena— no había perdido su sensibilidad de español a pesar de estar al servicio de Moscú, y al enterarse del proyecto que sólo daño podía ocasionar a España y a nuestra causa, por el crimen en sí y por las repercusiones desdichadas que acarrearía el atentado, había sentido la necesidad de hacerme llegar la información, ya que por referencias de Orlov a propósito del «caso Nin», sabía que encontraría en mí el hombre dispuesto a impedir el nuevo crimen.

No dudé un momento de la veracidad del relato. Como una exhalación salí para la Embajada soviética. Encontré a Gaikins, que ya fungía como verdadero jefe de la misma.

—Oiga usted —dije sin preámbulos—, si Orlov, tras del tremendo escándalo del secuestro y «desaparición» de Nin, consuma el crimen que proyecta contra Prieto, seré yo mismo quien denuncie al criminal.

—¿Quién le ha informado de tal disparate? —preguntó alarmado Gaikins.

—La fuente no le importa ni a usted ni a mí. Lo único que quiero es que se lo comunique a Orlov.

Sin darle tiempo a replicar tomé la puerta y salí en dirección a la Plaza de la Congregación, sede del C. C. Allí encontré a Codovila.

—¿Sabes algo del proyecto de Orlov para asesinar a Prieto? —le espeté a bocajarro.

Toda la pesada humanidad de Codovila rebrincó como movida por un resorte.

—¿Qué dices?… ¿A Prieto?… ¡Qué barbaridad! ¡Imposible! ¿Está loco? ¿En qué cabeza cabe? —decía presa de gran agitación.

La sorpresa y la reacción de Codovila me indicaron que la delegación política todavía no estaba enterada del proyecto de Orlov.

Le referí con todo detalle lo que sabía y lo que había dicho a Gaikins.

—¿Estás seguro de la seriedad del informante?

—Segurísimo —contesté sin querer descubrir al confidente.

Codovila se paseaba nervioso por la estancia. De pronto, parándose frente a mí, me dijo:

—¿Sabe alguien más algo de esto?

—Hasta ahora tú, Gaikins, Mena y yo. No he tenido tiempo de hablar con ningún otro miembro de la dirección del Partido.

—Pues no digas ni una palabra más hasta que haga una gestión para cerciorarme de lo que haya de cierto. No es conveniente hablar más.

—¿Cuándo sabré el resultado?

—Esta misma tarde. Yo te lo diré.

Con quién habló Codovila aún no lo sé. Lo único cierto es que unas horas más tarde me telefoneaba a mi domicilio particular diciéndome que nada temiera, que todo era una absurda patraña de la que deberíamos exigir inmediata responsabilidad al confidente.

Le prometí encargarme yo mismo de «castigar» al charlatán y embustero. Era la mejor manera de eludir el descubrimiento de Zubiaurren, de cuya honradez no dudaba, como tampoco de la verdad de su información.

Consideré que mi promesa de guardar absoluto silencio no me obligaba a tanto como para que no lo supiera José Díaz. Vivamente impresionado resolvió escribir un informe personal a Stalin de carácter privado, encomendando la remisión al embajador soviético en Francia, por no fiarse de ninguno de los representantes de la URSS en España. El informe, cuajado de hechos concretos de los mil atropellos que la GPU venía realizando en España y del menosprecio con que trataban a la propia dirección del Partido, fue confiado a Barneto, miembro del Comité Central y amigo personal de Díaz, quien en viaje *ex profeso* salió de España para Francia.

No puedo asegurar que ello motivó un gran cambio en la conducta de la GPU, pero no cabe duda que influyó en la «suavización» de los desmanes de aquellas bandas de criminales dirigidas por Orlov. Poco después, Moscú renovaba el personal policiaco en España.[16]

---

[16] El «*Daily Herald*» del 4 de enero de 1938 decía: «El Ejército de Franco está compuesto así: italianos, 120 000; alemanes, más de 15 000; Tercio extranjero, 15 000; moros, más de 70 000, suman ya las bajas desde el comienzo de la guerra, requetés, 80 000; falangistas, 45 000; soldados de reemplazo, 150 000».

En el invierno de 1942, en una expedición de guerrilleros españoles, que mandados por el comandante Guyon y divididos en dos grupos de 25 hombres el mando soviético envió a la zona de Leningrado, lugar densamente poblado de enemigos, el grupo que marchaba bajo la dirección del capitán Alcalde, al descender en paracaídas, fue cazado a tiros por los alemanes. Perecieron todos. Entre ellos iba Zubiaurren, agregado al grupo por la NKVD en calidad de instructor.

«*Temps*» del 6 de diciembre de 1937 decía: «En España se encuentran 100 000 italianos, 20 000 alemanes, 10 000 portugueses y 30 000 moros».

CAPITULO VI

El ocaso de los «dioses». Crecimiento y decadencia del Partido Comunista. Las Brigadas Internacionales. La «no intervención». Influencia de los suministros soviéticos. El proselitismo. La URSS se defiende en España. Batalla de Teruel. «¡Fuera Prieto!». Crisis de marzo de 1938.

EL verano de 1937 fue un verano crucial en la vida de nuestro Partido. Los acontecimientos reseñados ejercieron poderoso influjo en la trayectoria política y militar de España y con ellos llegó a su cenit nuestra influencia política que a partir de entonces —exactamente, a raíz de la crisis del Gobierno de Largo Caballero—, comenzó a declinar vertiginosamente. No aconteció igual —por razones que examinaremos más adelante— con nuestro poderío en el Ejército, en el que sostuvimos una preponderancia visible sobre las demás fuerzas combatientes hasta el final de la guerra.

Se ha dicho frecuentemente que la influencia de los comunistas en la España republicana fue principalmente debida a la «ayuda» soviética. Hay mucho de cierto en eso, pero la explicación es incompleta. Además de esto, una serie de factores, hábilmente explotados por nuestro Partido, facilitaron nuestro rápido crecimiento en lo orgánico, en lo militar y en lo político.

¿Cuáles fueron estos factores?

Señalaré aquellos de mayor importancia, omitiendo la enumeración de los restantes. Me apresuro a proclamar que no pocos aspectos de la política general del Partido Comunista, principalmente los que se referían a la guerra, tenían mucho de justos y de convincentes. Fijemos la atención, por ejemplo, en nuestras demandas machaconamente formuladas desde la iniciación de la guerra, y cuya bondad hubo de ser generalmente reconocida después: formación del Ejército Regular, mando único, disciplina, depuración de mandos, ordenamiento de la producción de guerra, transformación de la industria civil en militar, política de fortificaciones, creación de reservas, etc., demandas demostrativas de que los comunistas tenían una idea acertada en cuanto a las formas de interpretar y de hacer la guerra, en contraste con las concepciones de aquellas otras fuerzas políticas y sindicales que defendían el predominio de lo civil, se afanaban por utilizar la coyuntura para ensayos sociales que no entendía bien nuestro pueblo y que, por añadidura, no correspondían al carácter de la lucha y que defendían las formaciones milicianas en oposición al Ejército Regular. Por otra parte, el sacrificio y la disciplina que en el frente y en la retaguardia exigíamos de cada uno de nuestros afiliados, la diaria exaltación del heroísmo, la popularización sistemática de toda hazaña guerrera, individual o colectiva, de nuestros hombres y unidades acrecentaban el prestigio de los comunistas y estimulaban la bravura de los

combatientes (los comunistas de fila eran admirables en su abnegación y arrojo) a la par que ejercían singular atractivo sobre muchos hombres de las otras diversas filiaciones políticas y sobre aquellos otros que no tenían ninguna especial.

Los dos Ministerios regentados por comunistas, el de Agricultura y el de Instrucción Pública, se convirtieron en vehículos poderosísimos de expansión de nuestra influencia en el agro, en los medios intelectuales y en el conjunto de la población. La entrega de tierras a los campesinos, las exenciones de impuestos y gravámenes, moratorias en los pagos, concesión de créditos, etc., política toda ella acremente criticada por los partidarios de la colectivización forzosa, y cuya evidente justeza abría amplios cauces a nuestra labor de proselitismo.

En la esfera cultural, la ingente lucha contra el analfabetismo; la creación de las Milicias de la Cultura, que iniciaron en las primeras letras a más de 70 000 soldados en las mismas líneas de combate; la apertura en término de un año de 6000 escuelas; la creación de seis Institutos para obreros en los que el Estado pagaba un salario al estudiante; la salvación del tesoro artístico, etc., elevaron el prestigio de los comunistas, a los que en estos capítulos, como en todos los demás, el Partido exigía «ser los primeros y los mejores».

No cometeremos la injusticia de dejar flotante la sospecha de que las demás fuerzas políticas y sindicales de España no tuvieron las mismas inquietudes. En general sí que las tenían. Pero adolecían de atributos esenciales para darles cauce: el empuje, la audacia, la ambición de nuestra juventud política, la sistematización y disciplina para exigir aquello que creíamos necesario o para aplicar lo que estimábamos conveniente, y, sobre todo, carecían del sentido de la propaganda para hacerse ver, oír y sentir en todas partes y a todas horas. Los comunistas, en cambio, practicábamos bien aquello de «el que no habla ni Dios le oye», dominábamos mejor que nadie el arma de la agitación y sabíamos influir en los sentimientos más vivos de las masas para empujarlas hacia nuestras metas particulares. Si nos proponíamos demostrar que Largo Caballero, o Prieto, o Azaña, o Durruti, eran responsables de nuestras derrotas, medio millón de hombres, decenas de periódicos, millones de manifiestos, cientos de oradores darían fe de la peligrosidad de estos ciudadanos con tal sistematización, ardor y constancia que, a los quince días, España entera tendría la idea, la sospecha y la convicción del aserto metidos entre ceja y ceja. Alguien ha dicho que una mentira, cuando la enuncia una persona, es simplemente una mentira; cuando la repiten millares de personas, se convierte en verdad dudosa; pero cuando la proclaman millones, adquiere categoría de verdad establecida. Es esto una técnica que Stalin y sus corifeos dominan a las mil maravillas.

Para nuestro combate político contábamos, además, con algo de que carecían las demás organizaciones: la disciplina, el concepto ciego sobre la obediencia, la sumisión absoluta al mandato jerárquico y el hombre de un solo libro… Ello generaba toda la energía de la acción cerrada, maciza, rectilínea, absoluta de los comunistas ante no importa quién ni qué.

¿Qué había frente a esta tromba granítica? ¡Helo aquí!: un partido socialista roto, dividido, fraccionado, laborando en tres direcciones divergentes; con tres hombres representativos: Prieto, Caballero y Besteiro, que luchaban entre sí, y a los que poco después se agregaría uno más: Negrín. Nosotros logramos sacar de sus suicidas antagonismos ventajas para arrimar el ascua a nuestra sardina. Y hoy apoyábamos a

éste para luchar contra aquél, mañana cambiábamos los papeles dando un apoyo a la inversa, y hoy, mañana y siempre empujábamos a unos contra otros para que se destrozaran entre sí, juego que practicábamos a ojos vistas y no sin éxito. Así, para aniquilar a Francisco Largo Caballero nos apoyamos principalmente en Negrín y, en cierta medida, en Prieto; para acabar con Prieto utilizamos a Negrín y a otros destacados socialistas; y de haber continuado la guerra, no hubiéramos titubeado en aliarnos con el diablo para exterminar a Negrín cuando éste nos estorbase, o bien habríamosle invitado a tirarse de un balcón como más tarde harían los comunistas checoslovacos con Massarik. Es el destino de todos cuantos se alían con el engendro comunista de Stalin.

En los medios del anarco-sindicalismo el panorama no era mejor. Explotando en nuestra propaganda la acción de los grupos «incontrolados» metíamos y confundíamos en el mismo saco a todo el anarco-sindicalismo español. Más cerradas y compactas las filas de éste que las del socialismo, logramos empero abrir brecha en él.

Contribuimos a ahondar el cisma producto de la evolución que se operaba en la CNT, atrayendo a la colaboración gubernamental a una gran parte del anarquismo que, a partir de entonces, vive un proceso de lucha intestina, con cambiantes alternativas dentro y fuera de España.

Los partidos genéricamente republicanos, aparte de que no eran adversarios de consideración, ni por el número ni por la influencia, dadas las condiciones de nuestra guerra, no ofrecían tampoco un frente sólido y homogéneo. Intimidados por el cariz violento y desordenado de la reacción popular frente a los sublevados en los primeros momentos de la lucha, se dejaron influir y ganar en gran parte por nuestra política de orden y disciplina. Para nosotros tuvieron más valor representativo que efectivo. En ese sentido los respetábamos y defendíamos, no sin aprovecharnos de su buena fe para utilizarlos a modo de caballo de Troya en algunos momentos de dificultades con las fuerzas del Frente Popular.

Otro de los factores que supimos hacer jugar a favor nuestro fue el de la presencia de los voluntarios internacionales en la zona republicana.

La Internacional Comunista, obediente al mandato del Partido Bolchevique de la URSS, centró sus actividades, no en la movilización de las masas para impedir la política de «No intervención» de sus respectivos Gobiernos, pues no hubiera podido justificarse entonces la presencia de la propia Unión Soviética en ese organismo; ni tampoco en el boicot de las empresas que exportaban pertrechos de guerra a los enemigos de la República y a los barcos que cargaban las armas para Franco. No. Sus actividades discurrieron en lo fundamental por la vía de lo más espectacular. Fue una de ellas la movilización de voluntarios para luchar en las trincheras de la libertad de España. Y los hombres, por encima de los navajeos y de las maniobras políticas de sus patrocinadores, respondieron al llamamiento, y dieron así al mundo un ejemplo glorioso de solidaridad antifascista.

Obreros y campesinos, intelectuales, escritores, médicos, ingenieros, proletarios y hombres de ciencia, activistas del movimiento obrero curtidos en la dureza de la brega diaria de su vida consagrada a la lucha por la libertad; cargadores de Essen, portuarios de Marsella, mineros de Hamburgo, fresadores de Milán, estudiantes de Viena, obreros de Belgrado…Soldados expertos que habían aprendido a manejar las armas en la primera guerra mundial, fogueados en las barricadas revolucionarias de postguerra en

Europa, dirigentes de sindicatos y de partidos. Decenas de millares de voluntarios de cincuenta y tres países pasaron por las fronteras cerradas, por los mares vigilados, por los cordones de policía, a prestar su solidaridad de sangre a la República española… Caballeros del ideal que abandonaron su patria y su familia, para ofrendar su inteligencia y su vida a la causa por la que luchaban los mejores hijos de España.

Comunistas, socialistas, anarquistas, trotskistas, liberales, antifascistas, católicos, ateos, librepensadores, de todo había entre los voluntarios internacionales. Pero nuestra propaganda los convirtió a todos en comunistas: nadie nos discutió el monopolio de la denominación. Y al pueblo español se le abrasaban las entrañas de gratitud y agradecimiento hacia aquellos hombres… «¡Comunistas!»

Voluntarios de la libertad… Hombres de temple de acero, de voluntad de granito, que marchaban al combate cantando y que defendían las posiciones hasta el último latido. Su nombre va unido a muchas batallas, pero su gloria quedó esculpida en los muros y en las piedras y en el corazón de Madrid. De su lucha, de sus muertos, de su sangre y de sus mutilados, nuestro Partido hizo bandera de orgullo y de proselitismo.

Sacábamos partido hasta de nuestras desgracias nacionales. La «*No intervención*», como ya hemos indicado en otro capítulo, fue trocada en elemento aliado para reforzar nuestra influencia a costa de los socialistas que, abrumados por todo cuanto había de cierto en la conducta de Blum y de otros prohombres de la socialdemocracia internacional, no supieron reaccionar ante nuestra campaña. Es comprensible que en ellos pesara la otra verdad, verdad relativa, pero verdad al fin, de que la Unión Soviética era el único país que de matute nos suministraba armamento, y este hecho amordazaba sus bocas ante nuestra audacia. No conozco ningún discurso o escrito de aquella época en que un hombre del socialismo español osara decir públicamente esta otra verdad: «*Sí, señores, Blum y la socialdemocracia han preparado el ara en que se está sacrificando a nuestro pueblo, pero el país del socialismo triunfante integra el equipo de los descuartizadores*». Nadie se atrevió, y nuestra impunidad era completa. Cuando nos convenía decíamos: «La URSS es la única garantía de que los suministros a Franco no lo sean en escala abrumadora». Débil era el argumento, pero cobraba vigor en el silencio de los demás.

Sin embargo, bien claro está que la presencia de la URSS en el Comité de «No intervención» no impidió que la aviación italiana sumase 135 265 horas de vuelo en España, que efectuaba 5318 bombardeos y librase más de 200 combates, que la URSS no impidió desde allí que las tropas italianas al mando del conde Rossi desembarcaran en Palma y ocuparan Ibiza y Formentera; que las Divisiones italianas participaran en los combates de Málaga, Guadalajara, Asturias, el Norte, Cataluña, etc., y que el «Comando Truppe Voluntarie» reuniese en España 120 000 soldados de Mussolini.[17]

[17] Krivintsky escribe en su libro, pág. 44: «Hitler, sin embargo, rehusó otra vez los ofrecimientos de Stalin. A fines de 1937, con el fracaso de los planes de Stalin en España y los éxitos japoneses en China, el aislamiento de la Unión Soviética llegó a ser extraordinario. El 27 de noviembre de 1937, hablando en Leningrado, el Comisario del Exterior, Litvinov, se burló de las naciones democráticas por sus manejos con las potencias fascistas. Pero el propósito inquebrantable de Stalin quedó siendo el mismo». (Krivintsky se refiere a los propósitos de Stalin de llegar a un pacto con Hitler. J. H.)

La presencia de la URSS en la «No intervención» no impidió que la hitleriana «Legión Cóndor», compuesta por unidades aéreas, de artillería, tanques, defensa antiaérea, transportes, comunicaciones, etc., llegase y actuase en España; no impidió la destrucción de Guernica por la aviación nazi; ni el bombardeo de Almería por la Escuadra alemana: no vio ni divisó un solo barco de los que regularmente y hasta con avisos previos de prensa salían de Alemania con destino a los puertos facciosos de España.

La presencia de la URSS en la «*No intervención*» no impidió que Portugal permitiera el tránsito por su territorio de todo el material alemán e italiano que quisieran mandarle a Franco el «führer» y el «Duce»; que ese mismo país pusiera sus bases aéreas a disposición de la aviación italo-germana, que desde ellas apoyara eficacísimamente las ofensivas de Yagüe y de Varela sobre el Tajo; no impidió que la Legión portuguesa hiciera armas contra la República.

Ya escucho los alaridos de los testaferros stalinianos y la lluvia de adjetivos con que adornarán la evocación de mi nombre. Me tiene sin cuidado. ¡Ruede la bola! Ayer fueron unos, y hoy seré yo el de turno, mañana serán otros. No hablamos para ellos. Hablamos para esos hombres que no han abdicado de la facultad de pensar y que pueden objetarnos: «Sí, Hitler y Mussolini burlaban la "No intervención", pero Moscú pagaba con la misma moneda». En cierto modo esto es verdad. Nadie niega que 1 a URSS era el más regular de los proveedores de armas de la República. La diferencia estriba en que mientras aquéllos facilitaban a Franco las armas en la cuantía necesaria para derrotar a la República, la URSS nos las suministraba a cuentagotas, a pesar de que disponía de idénticos caminos y rutas que ellos, y de arsenales tan repletos como las dos potencias fascistas juntas. Y, por si algo le faltaba, tenía sobre ellos la ventaja de que no eran barcos soviéticos a los que se encomendaba el transporte y corrían los riesgos del bloqueo, sino buques republicanos tripulados por españoles. Digamos de paso que algunos de esos barcos se hallaban anclados esperando carga en los puertos soviéticos cuando terminó nuestra guerra y que, al igual que hicieron con el oro, se incautaron de ellos las autoridades soviéticas sin pago ni indemnización de ninguna clase. Luego el «racionamiento» de las armas soviéticas respondía a una política, a un cálculo, a un propósito, que poco o nada tenía que ver con las dificultades del control internacional. La prueba está en que los suministros soviéticos a España se sincronizaban con la situación internacional y con el barómetro de la política soviética en nuestro país. Cuando la política de los «tovarich» encontraba resistencias en la República, los suministros se espaciaban; cuando se restablecía la armonía, por la subordinación de contrarias voluntades, los suministros afluían de nuevo. Era un tira y afloja sobre el descuartizado cuerpo de la España leal, que por temor a cegarse la única fuente de abastecimiento bélico de que disponía, había forzosamente de allanarse a las exigencias rusas.

En el ya citado folleto de Indalecio Prieto encontramos confesiones como ésta: «El temor a quedarnos desprovistos de material incitó a muchos allanamientos». Acaso no le faltara razón a Negrín, cuando a fines de marzo de 1938, nos dijo a la Comisión Ejecutiva y a los ministros socialistas: «No puedo prescindir de los comunistas, porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional y porque tenerles alejados del poder sería, en el orden interior, un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos porque sus correligionarios en el extranjero, son los únicos que

eficazmente nos ayudan y porque podríamos poner en peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo que tenemos en cuanto a material de guerra».

Salvador de Madariaga, en su libro «España», página 662, aludiendo a la política de suministros soviéticos a la República, al referirse a una serie de artículos publicados por mí contra un compañero de Gabinete, Indalecio Prieto, que fueron dientes importantes en el engranaje de la crisis política que determinó su salida del Gobierno, dice lo siguiente: «… y como en tales casos solía suceder, comenzaron a escasear los suministros de municiones y armas soviéticas»… «Azaña se daba cuenta de la gravedad de una situación (se refiere a la solicitud de Negrín de prescindir de Prieto en Defensa) que tan directamente dependía de la llegada de suministros rusos»… «El doctor Negrín formó un Gobierno a satisfacción de los comunistas»… y «Comenzaron otra vez a llegar los suministros de guerra tan esperados…»

Volviendo al hilo de nuestro tema, repetiremos que nadie, por las razones apuntadas o por las que fueran, se atrevía a decir en voz alta lo que pensaba en su fuero interno, como lo demuestran las palabras de Prieto y de Negrín. Los únicos que tuvieron la osadía de gritar contra el «chantaje» ruso fueron los del POUM Y para acallarlos se les situó fuera de la ley, y la GPU se hacía cargo de ellos.

Tal es la explicación del fenómeno de nuestro crecimiento, amén de aquellos otros auxilios que directamente presta ya de por sí el Poder. Y el poder de los comunistas fue mucho, tanto que, sin incurrir en exageración podemos afirmar que hubo momentos en que los resortes principales del Estado estaban en nuestras manos.

Decíamos antes que la influencia política del Partido Comunista comenzó a declinar en el verano de 1937, justamente al año de iniciarse la guerra. No fueron los éxitos los que nos hicieron perder la cabeza: la perdimos en los virajes y zigzagueos de las conveniencias soviéticas. Si Stalin se hubiera propuesto encerrar en un callejón sin salida a los comunistas españoles, no hubiera procedido de otro modo a como procedió. La política que se nos impuso fue la política de la deslealtad, por no decir de la traición a nuestros aliados. Al romper con Largo Caballero rompíamos con la fuerza mayoritaria del Partido Socialista, que era para colmo la del ala izquierda, es decir, la más afín a nosotros. Al enderezar nuestros ataques contra Prieto volcábamos materialmente todo el poderío del socialismo español contra los comunistas, nos aislábamos de nuestros aliados naturales, los más próximos y más importantes. Al provocar la crisis del Gobierno de Largo Caballero tomando como base la necesidad de aplastar las distintas corrientes del anarquismo, después de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, nos enemistábamos mortalmente con más de un millón de hombres organizados que representaba la Confederación Nacional del Trabajo, orientada por los anarquistas. El ataque contra Prieto hería directamente a los distintos partidos especialmente republicanos, que tradicionalmente veían en este líder socialista más que en ningún otro, el cerebro que proyectaba su política republicana en España: nuestros disparos sobre Prieto, por tanto, habían hecho blanco en el sentimiento de los hombres republicanos. Inveteradamente los representantes de los movimientos nacionales vasco y catalán, mascaban pero no tragaban fácilmente la colaboración con los comunistas. Frente al POUM estábamos en guerra de aniquilamiento. En el curso de un año habíamos malbaratado y destruido todos los principios y cimientos en que estribaba y se fundaba el Frente Popular. Si en este período no se produjo un derrumbe vertical de nuestras posiciones, acháquese ello a que todas estas fuerzas, que odiaban a los

comunistas, fueron incapaces de aunarse en un frente común. Nos paqueaban desde distintos atrincheramientos, facilitándosenos así la maniobra y la carga, ora contra los unos, ora contra los otros. Alguien dijo entonces y no sin razón, que nuestro Frente Popular era como un saco lleno de cangrejos, todos juntos, revueltos, mordiéndonos y devorándonos mutuamente los unos a los otros.

La conciencia de la peligrosa situación de aislamiento en que nos debatíamos, nos impelió a la realización de una desenfrenada campaña de proselitismo en el Ejército, estimulados por nuestro conocimiento claro y seguro de que quien tuviera las armas tendría con ellas el control del país en guerra.

* * *

Naturalmente, esta táctica interior estaba directamente relacionada con la situación exterior. En el mundo las cosas transcurrían así: Densos y negros nubarrones se cernían sobre los cielos ya encapotados de las democracias europeas. En las postrimerías de 1937, la política de aproximación del Kremlin con esas potencias se cuarteaba palpablemente. Chamberlain, que se había hecho cargo del poder en mayo de 1937, fincaba toda su política en la idea absurda de pretender separar a Italia de Alemania. Habríamos de aceptar como viable el propósito de romper el eje Roma-Berlín y el absurdo subsistía, porque, para lograrlo, se recurría al mortal arbitrio de abrir las manos y cerrar los ojos a la intervención italiana en España. El flirteo del Duce con el diplomático del paraguas se hacía, pues, a expensas del pueblo español. Y Mussolini supo sacar todo el partido que le brindaba tan ventajosa coquetería. El resultado de todo ello fue el de una profunda inclinación pro italiana en toda la política inglesa. Y los diplomáticos franceses, ante el temor de disgustarse con el Foreign Office, se dejaban mecer por las suaves olas del apaciguamiento.

También en el curso del año 1937 se había reproducido la nueva agresión japonesa a China. La reunión de Bruselas para estudiar la situación creada por esta agresión no dio ningún resultado práctico. Allí se dieron cita todas las potencias firmantes del Tratado de Washington de 1922, que garantizaba la integridad territorial de China. La URSS fue invitada, a pesar de que no era potencia signataria. Se pronunciaron discursos más o menos tonantes, pero la agresión japonesa siguió su curso. Nadie la detuvo. La inquietud y la desconfianza de las pequeñas potencias en las democracias occidentales aumentaban por instantes. Los agresores totalitarios se refocilaban de gusto. Sus designios marchaban a pedir de boca.

Stalin se alarmó ante la perspectiva. En el Kremlin se comenzó a reconsiderar el «caso español». Ahora lo analizaban ya desde el punto de vista de tahúres perdedores. La consecuencia fue un notable viraje en su política de suministros de guerra a España que de golpe y porrazo fueron acrecentados. Tácticamente la Unión Soviética procedió del siguiente modo: Reforzó el poderío bélico de la República con vistas a sostener sus posiciones en el occidente de Europa, contrarrestando en cierto modo la creciente peligrosidad de las potencias del Eje en esta zona neurálgica. Paralelamente, y para imprimir efectividad a esa política, ordenó a los comunistas españoles adquirir predominio más absoluto en la situación general del país.

¿De qué se trataba? Se trataba de ganar tiempo a fin de que Rusia pudiera prepararse para hacer frente a la guerra que se presagiaba inevitable a consecuencia de la política de

*apaciguamiento, política que, como habría de decir más tarde Hugh Dalton, diputado laborista, comentando los estados de ánimo de la opinión inglesa, se perfilaba así: «*Si nosotros —decían gran parte de los ingleses— concertamos una alianza anglo-alemana podríamos dividirnos el mundo entre nosotros, y ¿quién se atrevería a romper la paz? Nosotros no necesitamos prescindir de los franceses, aunque después de todo no son un pueblo dinámico como los alemanes. Y diríamos sencillamente a los checos y a los polacos que tenían que hacer concesiones a Alemania, o atenerse a las consecuencias. Si ella {Alemania) necesita expandirse hacia Europa Oriental, ese no es asunto nuestro*».*

Y al mismo tiempo se trataba para la URSS de cotizar sus reforzadas posiciones españolas en un posible pacto germano-soviético, disyuntiva esta que ya comenzaba a arraigarse obsesionante en el cerebro de los «estrategas» políticos del Kremlin.

En los meses de mayo-agosto de 1937, Stalin hizo extraordinarios esfuerzos para llegar a un acuerdo con Hitler. Naturalmente, las potencias democráticas conocían todas estas maniobras y consecuentemente rehuían las carantoñas que a la vez les hacía Moscú. Y bien pudieron plantearse esta alternativa a la situación: si los rusos buscaban la amistad de Hitler ¿por qué no intentarlo ellas también y adelantárseles en la demanda?[18]

A esta finalidad soviética sincronizáronse todos nuestros movimientos tácticos en el período comprendido entre las operaciones de Belchite y el paso del Ebro, que en la historia de nuestra guerra ha quedado registrado como «*el período de proselitismo*».

¿Qué fue el proselitismo?

En una sesión dedicada a examinar el creciente aislamiento del Partido frente a las restantes organizaciones democráticas, problema que preocupaba al Buró Político como consecuencia de los persistentes ataques de que éramos objeto por parte de casi todas las fuerzas políticas del país, se llegó a la más desaforadas conclusiones a que podíamos llegar.

Una vez más quise salir al paso de la torpe línea de conducta que veníamos siguiendo, y expuse mi punto de vista sobre la situación en este cuadro de razonamiento: No habíamos logrado mejorar nuestra situación militar desde la crisis de Largo Caballero; en el orden político habíamos perdido considerable terreno al propiciar con nuestros hostiles procedimientos una alianza de facto entre caballeristas, cenetistas y poumistas y por añadidura deberíamos enfrentarnos a la creciente oposición de Prieto a la política militar del Partido. Todo ello nos obligaba a examinar nuestra táctica y a realizar una política francamente amistosa cerca de nuestros aliados si queríamos sostener y vigorizar el Frente Popular. A mis reflexiones contestó Togliatti, en nombre de la delegación soviética, con estas otras:

---

[18] El embajador alemán cerca del Gobierno de Franco, en informe estrictamente confidencial, comunicaba a su Gobierno con fecha 1 de julio de 1938:

«… me entero de que en los medios superiores del Ejército nacionalista han sido formuladas fuertes objeciones contra la continuación de la guerra… La posibilidad de una paz negociada, como fue vislumbrada en el momento de la crisis de Teruel, no está absolutamente excluida… Si la guerra continúa algún tiempo más y si Franco persiste en exigir una capitulación sin condiciones del enemigo, no es imposible que las cosas evolucionen de tal modo que Franco se encuentre apartado y que conflictos de política interior se produzcan, generando graves y nuevas convulsiones…» («Archivos Secretos de la Wilhemstrasse», edición francesa, aparecida en marzo de 1952).

—La creciente campaña de derrotistas y capitula dores se funde a la acción de todos los resentidos políticos. Se está provocando un reagrupamiento patente de las fuerzas del Frente Popular contra el Partido Comunista y contra el Gobierno de Negrín. Desde el Ministerio de Defensa, Prieto conduce una campaña persistente para disminuir nuestras posiciones en el Ejército y en el Comisariado. Nos encontramos frente a una ofensiva que abarca desde la FAI (Federación Anarquista Ibérica) hasta el mismo Presidente Azaña, pasando por los socialistas. Deberemos, pues, sin descuidar los problemas que la situación nos crea en la retaguardia, prestar la máxima atención a consolidar y ampliar todas nuestras posiciones en el Ejército, mediante una intensa campaña de reclutamiento y de promoción de comunistas a todos los puestos de mando: Quien domine el Ejército, dictará la orientación política del país.

Sin grandes objeciones, el Buró Político aceptó la tesis de Togliatti.

—Todo nuestro aparato de agit-prop, la Comisión Político-Militar y nuestros comisarios políticos deberán proceder a una intensa labor de reclutamiento, enviando cuantos instructores sean precisos a los frentes y a las unidades y coordinando su trabajo con el de las juventudes unificadas. En tres meses, 50 000 nuevos afiliados al Partido en los frentes —concretó Díaz.

Tal fue la consigna trasmitida desde Moscú a Togliatti, de Togliatti al Buró Político y del Buró Político a todo nuestro gigantesco aparato de agitación y propaganda. ¡50 000 nuevos afiliados en los frentes!

Bajo mi suprema dirección se puso en movimiento un ejército de incontables proselitistas, entusiastas y fanáticos como buenos comunistas. Personalmente reuní a los mandos de Cuerpo de Ejército, de Ejército y de División.

Y la orden fue tajante, rígida, inapelable, como un ucase: promoción de nuevos mandos comunistas a la jefatura de todas las unidades que los tuvieran de otra filiación. Los jefes militares comunistas, juntamente con los instructores que el Partido tenía permanentemente destacados en cada una de nuestras unidades militares, eran mancomunadamente responsables ante el Buró Político del cumplimiento de la consigna. Los comisarios políticos comunistas, desde el subcomisario general hasta el modesto comisario de compañía, recibieron igual mandato ¡Cincuenta mil nuevos afiliados en tres meses!

Un arrebatamiento demencial se apoderó de nuestros hombres. En la retaguardia las rotativas de nuestros diarios transformaban en épicas las más nimias acciones de nuestras unidades y hacían reventar con chasquido y estruendo todas las proporciones del elogio personal, utilizando reales o ficticias hazañas de los hombres. En los frentes, en las trincheras, en los cuarteles, en los hospitales, en los Estados Mayores, tras de una intensísima propaganda, se ofreció el cebo de los ascensos a condición de tomar el carnet del Partido o de las Juventudes Unificadas. La emulación entre nuestros mandos, el celo partidista, el deseo de cumplir la orden del Buró Político, se adentraron por los caminos más fáciles… y también por los más reprobables. Se reclutaba todo, sin reparar en los antecedentes del neófito; se utilizaron el halago y la coacción, la corrupción y el atropello. Quien se resistía a firmar su boletín de ingreso en el Partido o en las Juventudes sabía que era candidato a las primeras líneas del frente en las unidades de choque y que sus galones o barretas peligraban. Conseguimos con creces nuestros propósitos. Decenas de miles de nuevos afiliados afluyeron a nuestra organización en

las unidades militares. Pero el Partido había trasplantado a los frentes el virus de la discordia, la guerra civil.

El ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, había de exclamar un día ante el doctor Negrín: «Don Juan, vamos a quitarnos las caretas. En los frentes se está asesinando a nuestros camaradas, porque no quieren admitir el carnet comunista».

El jefe de la 61 Brigada Mixta del Ejército de Maniobra, en informe que remitía al Ministerio de Defensa decía: «Factor importante que motiva desorden y desastres es la campaña proselitista, a la vez que crítica política, que en el frente hacen determinados elementos»…

D. A. Santillán, expresando la opinión del movimiento anarquista en aquellos momentos, dice al respecto en su libro *Por qué perdimos la guerra*, página 219: «El proselitismo mediante la corrupción, el halago, los ascensos, los favores, las coacciones de todas clases, hasta en las mismas trincheras, creó un ambiente de descomposición y de disgusto que debilitó la combatividad y la eficacia del aparato militar».

Llevada la campaña hasta sus máximas posibilidades, el predominio comunista reflejábase en los principales resortes del poder militar en la primavera de 1938. La subsecretaría del Ejército de Tierra, la subsecretaría de Aviación, la jefatura de las Fuerzas Aéreas, la jefatura del Estado Mayor de Marina, Comisariado de los Ejércitos de la Zona Centro-Sur, la Dirección General de Seguridad y la Dirección General de Carabineros estaban en manos de miembros activos del Partido Comunista. El 70 por 100 de la totalidad de los mandos del Ejército era patrimonio de los comunistas. Armas tan decisivas como Aviación y Tanques eran coto cerrado de los comunistas.

Un día el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, militar leal y apto como el que más, hombre de sentimientos profundamente católicos y sin filiación política determinada, me dijo que había recibido la visita de Antonio Mije, miembro del Buró Político, para pedirle su adhesión al Partido Comunista, dejándole entrever que firmar o no firmar podría ser algo decisivo en su carrera militar; Rojo, lógicamente, se negó a suscribir una adhesión que no sentía. Airado por este hecho y por cuantas tropelías se venían cometiendo al socaire del reclutamiento de nuevos afiliados, planté a Stepanov mi alarma y mi protesta contra la funesta consigna.

—Podremos aconsejar moderación, más tacto, pero de ninguna manera dar marcha atrás —me replicó Stepanov.

—Todo esto —refuté— nos está dando número, pero nos resta prestigio y autoridad.

—Pamplinas, Hernández, pamplinas, tiene más fuerza una división mandada por comunistas que las protestas de un millón de ciudadanos. Multiplica nuestras divisiones por los ciudadanos de todos los matices que protestan y verás quién tiene la sartén por el mango —replicó rasgando su boca en un intento de sonrisa que no pasó de una mueca.

—En los comienzos de la revolución rusa tuvimos situaciones parecidas —prosiguió Stepanov—. También allí los socialdemócratas gritaban y los anarquistas de Majno aullaban contra el predominio del Partido Bolchevique. Les dejamos gritar mientras no constituyeron peligro, pero cuando intentaron crearnos situaciones difíciles, les dimos para ir pasando.

—Pero aquí en España, no estamos en el mismo caso. En primer lugar, no luchamos por ninguna revolución socialista, y, en segundo, sería suicida ignorar que socialistas y

anarquistas tienen una enorme influencia y que su disgusto se reflejará en la eficacia de nuestra lucha, en la combatividad de nuestras unidades, en la cooperación en los frentes —razoné.

—Nuestra consigna no es la de conquistar el poder para los comunistas… —agregó a modo de conclusión. Calló Stepanov. Parecía reflexionar. Al cabo de unos instantes me espetó este consejo:

—Te falta un poco de maquiavelismo.

—¿Para qué lo necesito? —pregunté.

—Para comprender una cosa tan sencilla como ésta: La irritación que produce nuestra campaña, nuestra absorción en la promoción de mandos, etc., inducirá a los más exaltados jefes militares anarquistas o socialistas a sabotear algunas órdenes, o a ejecutarlas de mala gana. A renglón seguido se les instruye expediente y, tras de castigarles o destituirles, se hace la adecuada campaña de publicidad para demostrar a todo el mundo que los únicos mandos leales y eficientes son los comunistas.

Stepanov decía todo esto sin pestañear, como la cosa más natural del mundo. La bajeza del propósito me asqueaba. Como si hubiera adivinado el efecto de sus palabras, agregó al instante:

—Naturalmente, no es deseable que así suceda; pero que no estorben nuestro camino. El proselitismo está abierto a todos los partidos y organizaciones por igual. Nosotros no objetamos sus campañas.

—No las hacen —dije.

—¡Cómo que no! ¿Acaso su campaña de «apoliticismo» en el Ejército no es una bandera proselitista? ¿Contra quién va dirigida? ¡Contra nosotros! Luego nuestro trabajo en el Ejército tiene tanto de reclutamiento como de autodefensa.

—Aún admitiendo que el «apoliticismo» en el Ejército pudiera ser una política, y para colmo una política proselitista, y que estamos en el pleno derecho de predicar la contraria, ello no nos autoriza a cometer las barbaridades que están llevando a cabo gran parte de nuestros mandos, quienes en lugar de la persuasión recurren a la más desaforada coacción. Tengo la firme impresión de que el cincuenta por ciento de los nuevos ingresos logrados nos los ha dado el temor. Ese militante no nos sirve, a no querernos engañar nosotros mismos.

—Bah, bah, bah —gruñó Stepanov. Todas las cosas tienen sus lados débiles. Lo que importa es el fin.

—Y también los medios, camarada Stepanov.

—¿Qué propones?

—Propongo que el Partido haga pública condenación de todo método coercitivo para captar afiliados y prevenga con severas sanciones disciplinarias a todos cuantos quebranten este principio elemental de ética revolucionaria.

—Eso sería caer de rodillas ante los enemigos.

—No veo ninguna humillación en el reconocimiento del error.

—No digas simplezas ni pretendas matar mosquitos a cañonazos —sentenció Stepanov, volviendo a entreabrir sus labios y a mostrar sus dientes sucios de tabaco.

—Temo que nos creemos en el frente la misma situación que nos hemos creado en la retaguardia —dije.

—Un comunista no debe temer jamás el fortalecimiento del Partido. Y esta campaña, con todos sus defectos, nos fortalece. Se avecinan situaciones muy difíciles. Sólo

podremos confiar en nuestras propias fuerzas. En Europa la situación es sumamente tensa. Toda la socialdemocracia, llorona y asustadiza, le está haciendo el juego a Chamberlain y Chamberlain se lo está haciendo a Hitler. Es muy probable que no tarde en presentársenos a los comunistas del mundo entero la disyuntiva de, o tener que apelar incluso a las armas contra todas las fuerzas claudicantes o que afrontar la rendición nacional ante Hitler y Mussolini que representan la guerra contra la Unión Soviética.

—Eso será necesario allí donde las fuerzas de la socialdemocracia estén dispuestas a claudicar, pero aquí, en España, están luchando heroicamente y son activos aliados nuestros contra el fascismo nacional e internacional —repliqué.

—Llegado ese momento, la única garantía seremos nosotros mismos. La defensa de la Unión Soviética es la causa sagrada de los Partidos Comunistas. En España, no lo olvides, los enemigos más encarnizados del poder soviético lo eran todavía hasta ayer los socialistas y anarquistas. ¿Qué garantía nos ofrecen de que no lo volverán a ser mañana?

—Yo formularía la pregunta al revés —dije—. ¿Qué garantía de confianza les ofrecemos para que dejen de tener tan pésima opinión de los comunistas en general?

—De cualquier manera que sea, la consigna del momento, mientras la situación internacional no se despeje es tomar el máximo de precauciones por lo que pueda acontecer. Si es necesario aflojar, aflojaremos, para eso siempre hay tiempo; pero el momento nos aconseja estar preparados a todo.

Comprendí lo inútil de mi empeño. Las razones de nuestra campaña proselitista no eran nuestras razones, eran las razones de Moscú. Y para un comunista, Moscú era la razón suprema.

Y siguió la política de favoritismo en los ascensos, y la política de coacción proselitista. Nuestro trabajo anulaba los esfuerzos que para contrarrestarlo hacía Indalecio Prieto, y cuando lo creímos conveniente, provocamos la crisis que le hizo saltar del Ministerio de Defensa Nacional.

Mientras nuestro Partido se encaminaba tan insensatamente a su suicidio en el Ejército, dando pábulo a la sospecha de que nuestro afán de preponderancia ocultaba el propósito de dar un golpe de Estado e imponer la dictadura del Partido Comunista, sospecha que fue creciendo y que había de constituir la base de la sublevación del coronel Casado en marzo de 1939; mientras así cavábamos nuestra propia tumba, los «tovarich» cooperaban descaradamente a esta tarea, creando situaciones violentísimas en el Ministerio de la Defensa, situaciones que Prieto ha recogido en el citado informe del 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista, y cuya transcripción me permito ofrecer no tanto por hacer justicia a Prieto, que en este caso no la precisa, como por reivindicar una verdad poco conocida, verdad que no es posible restablecer con documentos —los rusos nunca dejan detrás de ellos un solo papel—, sino con testimonios personales. Y los de Indalecio Prieto tienen el sabor de la austera veracidad proclamada en momentos en que todavía era posible la comprobación práctica de sus denuncias.

Refiriéndose a algunos incidentes relativos a dos ramas de las fuerzas de la República: Marina y Aviación, dice así:

«Cuando se cernía sobre el resto de la España leal el gravísimo riesgo de la pérdida del Norte, hablando, en la intimidad, con Amador Fernández»… «y cuando éste mismo

se volvía contra mí, diciendo que yo tenía abandonados a los asturianos, dije a este amigo:

—«Sé, acaso mejor que nadie, lo que significará la pérdida del Norte, que puede ser factor muy importante en la pérdida total de la guerra.

»No se me ocultaba lo que suponía para los facciosos el empleo en otros frentes de las tropas que tenían allí entretenidas, el aniquilamiento de aquel ejército, el apoderamiento de muy cuantioso material bélico y el aprovechamiento hasta el máximo de toda la potencia industrial de aquellas regiones. ¿Cómo no iba yo a calcular la enorme repercusión de todo eso en la empresa militar que estábamos desarrollando en el resto de España? Pues bien, atento yo a ello y sabiendo el gran valor que tendría para el sostenimiento de la moral impuse al destructor «Ciscar» un papel de sacrificio en Gijón, papel de sacrificio dado el riesgo que dicho barco corría por los bombardeos continuos sobre el puerto del Musel. Pero llegó la hora de estimar que el sacrificio era ya inútil. Los facciosos habían pasado de Villaviciosa y estaban casi a las puertas de Gijón. El 19 de octubre, a las 11 de la mañana, llamo a Ubieta, jefe del Estado Mayor de la Marina, hoy jefe de la Flota, y le digo: "Redacte un telegrama ordenando al «Ciscar» que salga para Casablanca, y cuando llegue a Casablanca determinaremos cómo pasará el Estrecho, si con auxilio de la Escuadra o corriendo la aventura, él solo, durante la noche". A las once y media se expidió un radiograma, cuyo texto corregí yo mismo, dando la orden al jefe de las Fuerzas Navales del Norte, contraalmirante Valentín Fuentes, y encargándole enterase de mi resolución al jefe del Ejército de Asturias, coronel Prada. Quedé tranquilo. El «Ciscar», el mejor de nuestros destructores, estaría por la noche, en virtud de la orden cursada, navegando con rumbo a Casablanca. El telegrama a que me refiero se transmitió, como digo, a las once y media de la mañana. Poco después, por la tarde, recibo la visita de un militar ruso que desempeñaba entonces la jefatura de los asesores soviéticos. Me preguntó:

—«¿Usted ha dirigido un telegrama a Gijón ordenando que salga el «Ciscar»?

—»Sí, señor.

—»Pero el «Ciscar» tiene orden de permanecer allí hasta recoger al Estado Mayor.

—»El «Ciscar» no puede tener órdenes contrarias a las que dé el ministro de Defensa Nacional. He impuesto a la dotación gran sacrificio y hemos corrido el riesgo de perder el barco. Si continúa en el Musel nos exponemos a que el «Ciscar» se hunda y no pueda recoger al Estado Mayor.

—»Ruego a usted que rectifique la orden.

—»No puedo hacerlo. Me expongo a perder el buque sin utilidad alguna, pues la entrada de los facciosos en Gijón parece inminente.

»Insistió mi visitante e insistí yo. La entrevista fue correctísima, pero no llegamos a un acuerdo.

»Al día siguiente, 20 —no quisiera equivocarme en la fecha— a mediodía, me entregaron un radiograma cifrado con la noticia de que el «Ciscar» acababa de hundirse en el Musel por efecto de un bombardeo aéreo. Mi estupefacción fue grande, pues yo creía al barco en pleno Atlántico, navegando hacia Casablanca. ¿Cómo no se había cumplido mi orden de salida? Días más tarde, Cruz Salido, que ejercía funciones de secretario particular mío, me entregó un telegrama que acababa de pasarle el Gabinete de Cifra de Marina. El despacho era del contraalmirante Fuentes, y decía: «Coronel Prada y Agregado Técnico (se refiere a un técnico ruso) estiman que el «Ciscar» debe

continuar aquí. Dígame si rectifica usted su orden». Pero este radiograma que debía haber llegado el mismo 19, cuya era la fecha, lo recibí cinco días después de hundido el Ciscar». Pregunté a Cruz Salido.

—»¿Cuándo le han entregado este telegrama?

—»Ahora mismo.

—»Requiera al funcionario a que, bajo su firma, testimonie el día y la hora en que lo ha entregado.

»¡Un telegrama tan importante que tarda en entregarse cinco días al ministro! Si el despacho se me entrega a su debido tiempo, yo hubiese ratificado mi orden y el barco se habría salvado. Versión que se me dio: Que el telegrama cifrado se había caído en el Gabinete de Cifra detrás de un diván donde se encontró al cabo de varios días. ¡Qué extraño! Nunca había ocurrido cosa semejante. Nombré juez especial para instruir sumario. Sé que se decretaron algunas detenciones entre el personal del Gabinete de Cifra. Ignoro lo que después se habrá hecho. Por la referencia del que fue jefe de las Fuerzas Navales del Norte, contraalmirante Fuentes, y por un informe del comisario general de aquellas fuerzas, Noreña, he podido más tarde conocer lo ocurrido. Don Valentín Fuentes se presentó en la jefatura del Ejército del Norte a decir que el «Ciscar» iba a salir por orden mía. Se produjo una escena violenta, a la que no fue ajeno algún ruso, que calificó de cobardes a quienes iban a salir en el «Ciscar» por mi orden. Como consecuencia de tal escena, don Valentín Fuentes se creyó en el caso de retrasar la salida hasta que yo respondiera a su consulta; pero no pude contestar a tiempo, porque el telegrama lo recibí a los cinco días de haberse hundido el barco. El «Ciscar» se hundió y quien había motejado de cobardes a sus tripulantes, partió en avión para Francia, de madrugada, tres o cuatro horas después de lanzar tan injustificada injuria.

»Hubo otros incidentes relacionados con Marina, que llegaron a preocuparme. Dos submarinos españoles se encontraban en reparación en puertos franceses y había que conducirlos de nuevo a aguas españolas, a lo cual se comprometieron dos marinos rusos con la aquiescencia del ministro de Defensa Nacional. Cierto día, el subsecretario de Marina —el mismo don Valentín Fuentes, que ahora anda por ahí paseando su forzosa holganza— me dice.

—»Me creo en el caso de hacerle una advertencia. Se empeñan en nombrar comisarios para los dos submarinos a dos sujetos indeseables, afiliados recientemente al Partido Comunista, uno de los cuales sólo a mi discreción y bondad debe que no se le pegaran dos tiros en Gijón por haberme faltado al respeto.

—»Mire usted —contesté—, yo no nombro Comisarios más que a propuesta del Comisario General de la Flota. Si él los propone, yo le trasladaré la observación que usted me hace. Si me propone otros, los nombraré sin reparo, como siempre.

»Viene Bruno Alonso, comisario general, con ocasión de la reunión de Cortes de 1.° de febrero y le digo:

—»¿Qué ocurre con eso de los comisarios de los submarinos?

—»Pues, mire usted, se trata de dos sujetos que no me merecen ninguna confianza por toda clase de razones, pero los rusos me presionan terriblemente para que los nombre.

—»Desentiéndase de presiones y propóngame los que crea más convenientes.

—»Pues aquí traigo las propuestas de mis candidatos, que son otros (las traía escritas).

»Al día siguiente, recibo la visita de uno de los militares rusos, el más destacado que había aquí, para pedirme que nombre comisarios a los dos individuos contra los cuales me había hablado el señor Fuentes.

»—Lo mismo el subsecretario de Marina que el comisario general de la Flota —le advierto— me dicen que estos dos sujetos son indeseables.

—»Pues para nosotros es cuestión cerrada que sean esos los comisarios, porque los proponen los comandantes de los submarinos.

—«Propóngame ustedes cualesquiera otros, porque de éstos me dan referencias tan malas que, francamente, resulta muy violento nombrarlos.

—»Si usted no nombra a estos comisarios, yo me retiro de España.

—»Perdone que le diga que esa 110 es forma de plantear la cuestión al ministro.

—»Lo dicho, yo he tomado mi posición, usted tome la suya.

»Cogió la puerta y se fue. Este incidente se resolvió por sí solo, porque uno de los propuestos con tanto empeño, cuando estuvo listo el submarino a cuya dotación pertenecía, desertó en Francia, confirmándose así el fundamento de los reparos del subsecretario y del comisario general.

»Otro incidente. Al ser designado jefe de la Base Naval de Cartagena quien ahora lo es, el antiguo subsecretario de Marina, don Antonio Ruiz, el mismo militar ruso que me había planteado en la forma expuesta el caso de los comisarios de los submarinos, vino a quejarse del trato que daba a los rusos residentes en Cartagena el señor Ruiz. Llamé a éste telegráficamente para que viniera a Barcelona en avión. En el momento en que comenzaba a conversar con él me trajeron la noticia —exagerada, afortunadamente—, de la catástrofe ocasionada por la explosión en la calle de Torrijos, en Madrid, y hubo que interrumpir la conversación, porque decidí salir en avión para Madrid. Reanudada la charla días después, me dijo Ruiz: «Señor ministro, me encontré sin jefe de Estado Mayor en la Base y no habiendo siquiera quien cubriese las apariencias del cargo, firmaba como jefe del Estado Mayor cualquiera, un cabo, un artillero. No pudiendo consentir que nadie se hiciera responsable de la firma en la jefatura del Estado Mayor de la Base, he nombrado para este cargo a don Vicente Ramírez, sin perjuicio de que el ruso que actúa como asesor siga en estas funciones, seguro de que habrá de continuar siendo tratado con la gran cordialidad de siempre.

»Escribo al jefe ruso que había venido a quejarse ante mí, dándole todas estas explicaciones, pero, como no le satisfacían, vuelve a verme para decírmelo.

—»¿Qué solución tiene usted? —le pregunto.

—»Que se destituya a Ruiz de la jefatura de la Base Naval.

—»No puedo hacerlo. Ni encuentro justificada la destitución, ni dispongo en Marina de una amplia baraja de jefes que me permita muchas combinaciones. Para cubrir recientemente la jefatura de la Base de Cartagena he tenido que desplazar allí al que era subsecretario.

—»Pues no veo a esto otra solución que deje a salvo el prestigio de los marinos rusos.

—»Entiendo que no se ha menoscabado en nada el prestigio de los marinos rusos, y a mí me toca salvaguardar el prestigio de los marinos españoles, que se quebrantaría con la destitución, sin causa justificada, del jefe de la Base Naval de Cartagena.

»Y, manteniéndome firme en mi posición, no relevé a don Antonio Ruiz».

Pasa, después, el ex ministro de Defensa Nacional, a relatar las intromisiones de los rusos en la aviación. A su relato corresponden estos pasajes.

»Cuando empieza a cernerse sobre el Este y sobre Madrid la ofensiva inevitable después de la pérdida del Norte, celebro una entrevista muy larga con el jefe de las Fuerzas Aéreas, coronel Hidalgo Cisneros, el jefe del Estado Mayor de las mismas, hoy subsecretario de Aviación, Núñez Maza, ambos comunistas, y el ruso que les servía de consejero, y les digo:

—»En estos momentos no podemos tener ociosa la aviación; hay que utilizarla en desmoralizar y perturbar las concentraciones que hace el enemigo en el Este. Procede efectuar bombardeos en Zaragoza, Pamplona, Vitoria, Tafalla, Tudela… los grandes centros hoy cuajados de unidades facciosas.

—»Convendría actuar por el Sur —alegó alguien.

—»No me interesa ahora el Sur, sino el Este».

Después de exponer yo algunos razonamientos, quedamos todos, al parecer, de perfecto acuerdo. Marché a Madrid, y desde allí inquirí por teletipo si se había hecho algún bombardeo de los acordados, y se me contestó que no, que había dificultades…

—»Insisto en mi orden —dije— y ya hablaremos cuando regrese ahí.

»Al volver yo a Barcelona, llamé a mi despacho a los dos citados jefes españoles, y sospechando de dónde habían provenido los obstáculos, me expresé así:

—»En la aviación, y a través de ustedes, mando yo; pero nadie más. No necesito aclaraciones, porque me las dan sobradas los hechos. El responsable de la guerra es el Gobierno y a él le toca dirigirla y personalmente a mí, en su nombre. Se me puede alegar la imposibilidad de efectuar ciertos bombardeos, por motivo de orden técnico: porque el radio de acción de los aparatos no es suficiente, porque hay en la ruta aeródromos enemigos desde los cuales cabe impedirlo, etc.: pero en cuanto a la dirección política de la guerra no es admisible otra autoridad que la del Gobierno, único responsable y nadie más. Pueden ustedes notificar, con la misma energía de estas palabras mías, que el ministro es quien dirige la guerra aérea y que ustedes son los instrumentos de él.

»Ordené algunos bombardeos que se efectuaron; pero un buen día me encuentro con la noticia de haber sido bombardeado Valladolid. ¡Valladolid!, que había sido eliminado por mí de una lista que me habían presentado. En Valladolid no había objetivo militar y sabíamos, por referencias fidedignas y recientes, que la gran masa de la ciudad nos era afecta, estando enteramente con nosotros. No veía en ello, además, repercusiones internacionales como las que podían tener los bombardeos sobre Salamanca o Burgos, por ser sedes del Gobierno rebelde y centros de actividad de los corresponsales de los grandes diarios extranjeros. Llamo al jefe interino de Fuerzas Aéreas, teniente coronel Martín Luna, y le pregunto:

—»¿Qué ha sido eso de Valladolid?

—»No tengo más remedio que decirle la verdad, señor ministro. Me habían rogado que dijera a usted que los aviones se dirigían a Salamanca, pero que se habían desviado, mas lo cierto es que los rusos han ordenado bombardear Valladolid.

»Al día siguiente di orden de que la aviación de bombardeo fuese a Córdoba a batir el objetivo de la Electromecánica, importantísima factoría militar. «Espero que esto se cumplirá» —dije a Martín Luna. Salieron las escuadrillas para Córdoba y el parte que dio el jefe decía que al llegar cerca de aquella capital se habían encontrado con treinta cazas enemigos, por lo cual se vieron precisados a emprender el regreso y a

desparramar las bombas por campos de la Mancha. La sorpresa mía fue grande. Si en Córdoba hay treinta aparatos de caza enemigos —pensaba yo— allí preparan los facciosos algo serio, de lo que nosotros estamos ignorantes. Mandé hacer una investigación a los jefes de los Ejércitos de Andalucía y Extremadura, y estos dos jefes me participaron, coincidiendo en sus informes, lo siguiente: «No es verdad que haya salido un solo aparato de caza al paso de los nuestros de bombardeo. Se ha visto cómo al llegar éstos a las proximidades de Córdoba, sin saber por qué, la escuadrilla que iba en cabeza ha dado la vuelta, siguiendo tras ella las restantes». Averiguo y resulta que el jefe de la expedición, el que iba al frente de la primera escuadrilla, era un ruso.

—»Yo no puedo admitir esto; si no quieren ir los rusos a bombardear los objetivos señalados por el mando, que no vayan, que lo hagan los españoles solos. Así me expresé ante la personalidad varias veces citada, que estaba al frente de los militares soviéticos.

—»Tiene usted razón —me contestó.

»Y el jefe ruso de aviación cesó, regresando a su país.

»Para terminar este enojoso relato —prosigue diciendo Prieto— hablaré de otro incidente, también relativo a la aviación. Cayó intacto en el sector del Ejército del Centro un Messerschmidt que, como aparato novísimo de caza, ofrece interés extraordinario por constituir un verdadero prodigio. Pues bien, el teniente coronel Núñez Maza, actual subsecretario de Aviación, que entonces era jefe interino de Fuerzas Aéreas, envió un oficio al subsecretario del ramo, quien lo transcribió en otra comunicación dirigida a mí, diciendo, en síntesis, algo como lo que sigue: «He dispuesto que el aparato Messerschmidt, que ha caído en las proximidades de Guadalajara, sea conducido a Sabadell y que allí, una vez embalado, se entregue al camarada Fulano» (aquí el nombre de un ingeniero ruso). En el acto dicté, con destino al subsecretario de Aviación, algo parecido a esto: «Enterado de su oficio, debo comunicarle: 1.° que llame usted la atención al jefe de Fuerzas Aéreas, advirtiéndole que carece de facultades para disponer del Messerschmidt ni entregarlo a nadie; 2.° que ese aparato quede custodiado por fuerzas de aviación; 3.° que no se proceda a su embalaje ni se entregue a nadie sin orden mía; 4.° que el técnico ruso queda en absoluta libertad para examinarlo, y 5.° que se designe una comisión de técnicos de nuestra Aviación, presidida por el coronel Herrera, para hacer, a su vez, un estudio de dicho avión». ¿Cómo iba yo a consentir que un teniente coronel dispusiese del aparato y lo entregara, cosa que ya se había hecho en otra ocasión? Horas después recibo la visita de quien más autoridad tenía entre los consejeros rusos —el mismo a quien vengo aludiendo continuamente—; me habla de asuntos baladíes y, al final, como si se le ocurriera incidentalmente, me dice:

—»Me han asegurado que se necesita la autorización de usted para entregarnos el Messerschmidt. A ver si nos lo entrega usted.

—»Estimo —le contesté— que la entrega debe hacerse por acuerdo del Consejo de Ministros.

—»Pues le ruego que haga la propuesta en ese sentido.

»Al día siguiente hubo Consejo de Ministros. Tras él, nueva visita para preguntarme:

—»¿Acordó el Consejo de Ministros la cesión del Messerschmidt?

—»No he tenido tiempo de plantear el asunto, porque, luego de someter a la aprobación de mis compañeros algunos decretos, me he retirado de la reunión.

—»Sepa usted que tenemos mucho interés en ese aparato.

—»Quizá surja alguna dificultad —me creí en el caso de insinuar—, porque me parece que con el Messerschmidt está bien engolosinada Francia; en ese sentido recibo indicaciones que, sin duda, tienen origen oficioso.

»Efectivamente, coincidiendo con algo que no podía tener encadenamiento con esto, pero que yo se lo atribuía; coincidiendo con que Francia, sin saber por qué suspendió el paso de material de guerra que nos venía destinado, reteniendo varios miles de toneladas en sus vías férreas, recibí la visita del agregado aeronáutico de la Embajada de Francia, quien vino a decirme:

—»El Gobierno francés tiene mucho interés en el Messerschmidt que ustedes poseen, ya que está provisto de dispositivos modernísimos que no conocemos, y vengo a pedírselo.

»Mi respuesta fue:

—»No puedo ceder el aparato al Gobierno francés, pues está ya ofrecido al Gobierno soviético, pero, desde luego, admito que una comisión de técnicos franceses venga a verlo, a fotografiarlo, a volarlo y a todas las demás pruebas que crea convenientes.

—»Puesto que no puede ser que nos ceda el aparato, nosotros le agradecemos esa gentileza.

»A los pocos días llegaba a Barcelona un aviador famoso, el que lleva siempre en vuelo al jefe del Gobierno francés, un ingeniero aeronáutico y un «as» de la mecánica. Autorizados por mí, comienzan los ensayos. Durante la realización de éstos, vuelve a visitarme la personalidad rusa a quien vengo refiriéndome, para decirme crudamente:

—»Me parece que hay mala voluntad de parte de usted para entregarnos el Messerschmidt.

—»Sabe usted que actualmente lo están examinando técnicos enviados por el Gobierno francés, en virtud de una invitación nuestra.

—»Déles un plazo de 48 horas para terminar los ensayos.

—»No puedo ni debo hacerlo porque restringiría indebidamente la amplitud de nuestra invitación. Puesto que el aparato va a ser para ustedes, ¿qué importa una o varias semanas de retraso? Hemos conseguido que se restablezca el paso de material a través de Francia, y no es cosa de echar todo esto a perder.

»Mi actitud no pareció satisfacerle, pero la mantuve. Días después, cuando los franceses terminaron el examen del aparato, firmé un oficio disponiendo la entrega del Messerschmidt a los rusos. Negrín me indicó que, además, les diese un Heinkel de bombardeo que, igualmente intacto, cayó también en nuestras líneas, y yo le contesté que estábamos escasísimos de aviones de bombardeo y que en situación tan crítica el Heinkel nos podía ser muy útil.

»Pocas fechas más tarde, se celebraba en la residencia de Negrín un almuerzo como despedida a las tantas veces mencionada personalidad rusa (la personalidad a la que viene refiriéndose Prieto era el general Stern, héroe del lago Jasan, más tarde audaz comandante en los lagos finlandeses, y, finalmente, fusilado por Stalin. J. H.) que regresaba a su país, almuerzo del cual volveré a hablar más adelante para recoger ciertas manifestaciones que ha hecho hoy Negrín. El jefe del Gobierno me propone:

—»Levántese usted a los postres y diga al general ruso que, como obsequio, le regalamos el Heinkel.

—»Nos es indispensable ese avión, Negrín; pueden contentarse con el Messerschmidt.

»Pero Negrín, cogiéndome del brazo, me llevó hasta donde se encontraba el general ruso y le dijo, sin prevenirme:

—»El ministro de Defensa Nacional me encarga decir a usted que le regala el Heinkel, que se lo puede llevar usted.

»Tuve que asentir y firmar también la orden de entrega del Heinkel, cuando nosotros estábamos apuradísimos por falta de aviones de bombardeo».

A continuación. Prieto cita un caso tan curioso como sintomático en el proceder abusivo de los rusos en España. Aclarando su actitud ante ciertas imputaciones que le hiciéramos los comunistas, relativas a la resistencia de Prieto a la entrega de dinero para la adquisición de armas, Prieto relata el hecho como sigue:

«Yo no tenía por qué negar dinero, porque no he intervenido en cuestiones de dinero con los rusos. Pero recuerdo que cinco o seis días antes de la crisis ministerial el delegado comercial de la URSS me trajo redactada una carta que yo debía dirigir a Negrín y la cual decía, poco más o menos, que procedía que entregara, como ministro de Hacienda (Negrín era ministro de Hacienda en el Gobierno de Largo Caballero. J. H.), a dicho delegado un millón cuatrocientos mil dólares —creo que esta era la cifra—, por gastos de guerra. Hice serios reparos:

—»¿Cómo voy a firmar semejante carta? ¿A qué gastos de guerra aluden? Esto no es cosa corriente.

—»Será por haberes de elementos militares —me indicó el delegado.

—»No es posible —repliqué— porque todos cobran puntualmente sus haberes.

—»Quizá se trate de gastos de viaje.

—»Para eso me parece la cifra demasiado excesiva, enorme. No puedo firmar la carta sin previa especificación y las debidas comprobaciones.

»Y no firmé. ¿Cómo iba a dirigirme al ministro de Hacienda diciéndole que pagase millón y medio de dólares, que no son once reales, sin justificación alguna del gasto?»

Después de transcribir los hechos relatados por Indalecio Prieto, no creo que estará de más conocer este pasaje de la carta de Stalin a Francisco Largo Caballero, en vísperas de que los mismos rusos decretasen su decapitación política. Dice así:

«Hemos procedido a enviaros un número de nuestros camaradas militares para que se pongan a vuestra disposición. Estos camaradas han recibido las instrucciones de servir con sus consejos en el terreno militar a los jefes militares españoles, cerca de los cuales los podrá usted enviar.

»Les hemos ordenado categóricamente no perder de vista el hecho de que, a pesar de toda la conciencia de solidaridad de que están penetrados el pueblo español y los pueblos de la URSS, un camarada soviético, siendo un extranjero en España, no puede ser realmente útil más que a condición de atenerse estrictamente a las funciones de un consejero y de consejeros solamente.

»Pensamos que es precisamente de esta manera como son empleados por usted nuestros camaradas militares.

»Le rogamos nos informe, en amigo, en qué medida nuestros camaradas militares cumplen con éxito las tareas que ustedes les encargan, porque, bien se entiende, que solamente si usted juzga favorablemente su trabajo será útil permitirles continuar en España.

»Le rogamos igualmente comunicarnos de forma directa y sin ambages vuestra opinión sobre el camarada Rosemberg: ¿el Gobierno español está satisfecho o cree necesario reemplazarle por otro representante?…»

Así de complacientes se mostraban Stalin, Molotov y Vorochilov, en su carta a Largo Caballero. Lo que les sobraba de ramplona modestia les faltaba de sinceridad. Los consejeros soviéticos procedían como colonizadores, ignorando y vejando a las autoridades españolas. Los rusos expulsaron a Largo Caballero de la presidencia del Consejo de Ministros; los rusos impusieron a Negrín; los rusos decretaron la caída de Indalecio Prieto del Ministerio de Defensa; los rusos hacían lo que les daba la gana en la policía, en el Ejército y, siempre a través del Partido Comunista de España, en la política general del país; los rusos obstaculizaban o saboteaban las operaciones militares que no convenían al juego de los tahúres del Kremlin; los rusos tenían sus propios Estados Mayores que actuaban por y sobre los Estados Mayores del Ejército de la República; los rusos eran, en general, soberbios y engreídos; los rusos atropellaban el derecho, la ley y la dignidad de los españoles; los rusos jugaban con las entregas de armas y se hacían temer, pues sus enojos repercutían directamente en la marcha de nuestra guerra. Los conceptos de la carta, palabras, palabras… y nada más que palabras.

* * *

La culminación de la campaña de proselitismo la constituía el derrumbamiento de Indalecio Prieto. Había que cavarle una honda fosa donde se hundiera con todas sus resistencias al predominio de los comunistas en el Ejército. Desplazando a Prieto del Ministerio de Defensa, todos los resortes de la guerra que no estuvieran en las manos directas de los comunistas, quedarían concentrados en las del doctor Negrín, que era el hombre de confianza de Moscú.

*Todo el frente y toda la retaguardia se llenó de rumores inconcretos: «*Prieto es un capitulador*» o bien, «*Prieto no quiere que los aviadores soviéticos participen en nuestra guerra*», o «*Prieto ha declarado que sin la ayuda de Francia es estúpido continuar la guerra*», o «*Prieto ha pedido al Gobierno inglés un destructor para fugarse a Inglaterra*», o «*Prieto quiere entregar a Franco toda la zona Centro-Sur de la República, so pretexto de hacernos fuertes en Cataluña*», etc., etc.*

En este ambiente envenenado se desarrollaron las ofensivas republicanas de Belchite y de Teruel, la primera con vistas a ayudar al Norte y la segunda para desbaratar la ofensiva nuevamente montada por los facciosos contra Madrid. No fue posible a las armas republicanas evitar, en el curso del verano y otoño de 1937, la caída de Vizcaya, Santander y Asturias. Pero esos desastres militares sólo sirvieron para vigorizar la voluntad combativa de nuestros soldados, que no renunciaban a lograr el triunfo. Y el año 1937 puse broche a una de las magníficas proezas del Ejército Popular: la ofensiva victoriosa de las fuerzas republicanas sobre Teruel y la conquista de dicha plaza el 24 de diciembre. Con este magnífico contragolpe el alto mando republicano deshacía el plan ofensivo enemigo sobre la capital de la República.

Después de sesenta días de encarnizados combates, el enemigo lograba recuperar Teruel.

La terminación de esta batalla ofrecía una situación llena de peligros para la República. Se abría el ciclo de las batallas decisivas y nuestras mejores tropas de choque

y nuestras reservas habían sufrido un serio desgaste. Ello planteaba ante el pueblo y el Gobierno la necesidad de ritmos superiores a todos los habidos hasta entonces, y se precisaba, ante todo, fundamentalmente, el reforzamiento del Frente Popular, vigorizar la unidad de acción entre los Partidos Socialista y Comunista, buscar la eliminación de todas las diferencias que los separaban, única manera de situarse a la altura de la hora histórica, decisiva, que se aproximaba para el triunfo o la derrota de la República.

Así era el tono de algunas voces en el seno del Buró Político. A estas voces claras, españolas, voces que se inspiraban en la sangre torrencial de soldados socialistas, anarquistas, católicos, republicanos, comunistas o sin filiación política alguna que cubiertos de nieve hasta las rodillas en los altos de Teruel, habían defendido contra fuerzas superiores, durante dos meses, lo que sólo tardaron en conquistar seis días; voces que expresaban que por encima de todas las miserias partidistas estaba el corazón de un pueblo que latía con un solo ritmo: ganar la guerra; frente a estas manifestaciones de sensatez, se alzó el graznido de los cuervos soviéticos que en la carnaza de los desgarrados cuerpos de los mejores hijos de España, buscaban satisfacer sus apetitos nacionales, chauvinistas, ajenos por completo a la lucha y al sacrificio sublimes de los demócratas españoles.

—Hay que utilizar la pérdida de Teruel para liquidar a Prieto —dijo con su seriedad de burro soñoliento «Pedro» (Gueré), que actuaba, preferentemente, cerca del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Stepanov, quien acababa de hacer un viaje rapidísimo a Moscú, traía instrucciones precisas y apoyó a Gueré con estas palabras:

—Los camaradas de la «Casa» aconsejan nutrir al Ejército con nuevas reservas que hagan posible una resistencia prolongada al objeto de mantener la lucha con vistas a una posible conflagración mundial, que cambiaría todo el panorama de la guerra en España. Resistir, resistir y resistir, tal es la directiva de la «Casa». Para que ello sea posible hay que reforzar todas nuestras posiciones en el Ejército, limpiándole de vacilantes y capituladores; hay que proceder con mano de hierro a centralizar y desarrollar la producción de guerra, poniendo las fábricas en manos competentes y leales; tendremos necesidad de poner todo el país en pie de guerra, procediendo a una intensa movilización popular. ¿Ustedes creen que con Prieto al frente del Ministerio de Defensa es esto posible?

—¿Tan seria ven los camaradas de la «Casa» la situación internacional, que les hace prever la guerra a plazo próximo? —pregunté.

—Sí —contestó Stepanov—. La guerra se estima ya como inevitable. Podrá tardar unas semanas, unos meses, quizá un año, pero la guerra se perfila como un hecho. La URSS confía en mantener a su lado a Francia e Inglaterra, pero los sectores reaccionarios de ambos países se esfuerzan en difundir la especie de que el pacto franco-soviético es el principal obstáculo para llegar a un entendimiento con Hitler y Mussolini. En Francia e Inglaterra son cada día más fuertes las corrientes de opinión que piensan que se puede calmar a las fieras nazis ofreciéndoles el festín de los comunistas. Hitler ha declarado: «La lucha contra el comunismo es la razón fundamental de toda organización y cooperación europeas; debería unir a todos los pueblos partidarios del orden y de la propiedad». Y estas palabras embaucan a las potencias democráticas. «Desistan del pacto franco-soviético y tendrán la seguridad de la paz» repiten constantemente los diarios y los líderes nazi-fascistas. Esta batalla de

cancillerías y esta preparación psicológica de la guerra está apuntando al corazón de la URSS El peligro es muy serio. Hitler se dispone a anexionarse a Austria (la anexión se efectuaba semanas después, el 12 de marzo de 1938, sin una protesta de la URSS, J. H.).

—Pero —argüí—, nuestra salvación no está precisamente en acrecentar la alarma de Francia e Inglaterra por el predominio de los comunistas en España, lo que puede inducirlas a caer más fácilmente de rodillas ante Hitler, sino en todo lo contrario.

—En este remolino de temores, de cobardías y de egoísmos la orientación de las grandes potencias puede cambiar bruscamente, iniciándose nuevos derroteros —contestó Stepanov.

Levantó la cabeza como buscando la inspiración en el cielo raso del techo, y agregó:

—La «Casa» tratará por todos los medios de que no la aíslen, de obligar, si no hay más remedio que aceptar la guerra, a las democracias occidentales a que luchen contra Hitler.

—Siendo así, es justo prolongar nuestra lucha y nuestra resistencia hasta la última pulsación —dije.

—Eso requiere cambiar la dirección de la guerra. Prieto es el obstáculo fundamental para una resistencia a ultranza. Su pesimismo lo impide —explicó Togliatti.

Mentiría si dijera que no dejaron de impresionarme los argumentos de Stepanov. Comprendí que la consigna resistir que nos trasmitía la «Casa» encajaba perfectamente en la perspectiva internacional. Deberíamos resistir. La prolongación de la lucha nos brindaba una posibilidad de victoria que, tras de la pérdida de Teruel y ante el constante repliegue de nuestro frente del Este —que poco después habría de hundirse— dudaba seriamente poder lograr con la fuerza de nuestras armas. Admitir, igualmente, que Prieto, por su falta de fe, no era el hombre adecuado para la etapa militar que se aproximaba.

José Díaz, quien hacía mucho tiempo que no asistía a las reuniones de la dirección del Partido, a causa de su agravada enfermedad, presente ese día, opinó así:

—Comparto la opinión de los camaradas de Moscú y estoy igualmente de acuerdo con su análisis de la situación internacional, pero para poder realizar esa política de resistencia nuestro primer paso deberá ser el de lograr reforzar la unidad entre todas las fuerzas populares, muy especialmente entre los socialistas y comunistas, entre la UGT y la CNT, única manera de levantar los ánimos y de afrontar con éxito los reveses militares. Prieto es el único puente sólido que nos une a los socialistas; si lo derrumbamos, la unidad será imposible. Hemos llevado contra la persona del ministro de Defensa una tremenda campaña de descrédito por desacuerdo con su gestión ministerial en estos últimos meses, pero ¿quién, a no ser un comunista, podrá sustituirle con ventaja en la situación que se nos avecina? ¿Estamos hoy en condiciones de exigir el Ministerio de Defensa para el Partido? Creo que no. Siendo esto así, deberemos pensar si lo que vamos a ganar sustituyendo a Prieto no lo perderemos con creces al empeorar nuestras relaciones con los socialistas.

José Díaz era la voz de la sensatez sin sitio y sin eco ya en el Buró Político. A demostrarlo vinieron las voces de Stepanov, Gueré y Togliatti, vinieron, igualmente, las de todos nosotros.

—Con Prieto en el Ministerio o fuera de él no avanzaremos un paso en el camino de la unidad —refunfuñó Pasionaria, cuyo odio hacia Prieto tenía raíces en sus líos

amorosos con Antón, al cual Prieto había destituido en su función de comisario de Madrid.

—¿Cómo vamos a realizar una política de resistencia si es un derrotista rematao, que tiene tantas ganas de poner fin al fregao, que ya anuncia en sus partes de guerra la pérdida de posiciones que aún no han evacuado nuestras tropas? —rezongó Antonio Mije, con su jerga andaluza.

—Utilizando los hilos y resortes del Ministerio —dijo Uribe— clava arteramente en la voluntad de los mandos y jefes de los partidos del Frente Popular el «no hay nada qué hacer», «si Inglaterra y Francia no nos ayudan, proseguir la lucha es un sacrificio sublime, pero estúpido», y así por el estilo.

—Las cosas caen del lado que se inclinan —dijo sentencioso Togliatti—. Prieto, a medida que se aborrasca el panorama de la guerra, se muestra más adversario de prolongar la lucha. Es lógico, tiene más de pequeño-burgués sentimental que de revolucionario consciente. De ahí su falta de fe en las fuerzas populares, su ausencia de entusiasmo. No es un derrotista por principio, sino un pesimista. Eso genera la desmoralización, precisamente cuando necesitamos combatir todos los desalientos. Deberemos ir hacia el fortalecimiento de la unidad a través de la lucha implacable contra toda tendencia capituladora.

—¿Quién puede sustituir a Prieto? —volvió a preguntar Díaz.

—No hay que torturarnos por eso —aclaró Togliatti—. Prieto no será sustituido por otro candidato. Negrín deberá asumir las funciones de presidente y de ministro de Defensa. Es la única forma viable de realizar sin grandes conmociones políticas nuestra política de resistencia.

El 24 de febrero de 1938, redactaba yo un editorial para «Frente Rojo» en el que escribía: «El Partido Comunista denunciará a todos aquellos que, basándose en los últimos acontecimientos militares y facilitando los planes del enemigo, se atrevan a lanzar consignas derrotistas o a minar la moral y la resistencia de nuestro pueblo con voces absurdas y traidoras de compromisos o de capitulaciones ante el enemigo. El pueblo de España no renuncia a su independencia y libertad. Quien hable de capitulación o compromiso es un traidor…»

El día 1.° de marzo, Pasionaria arremetía sañudamente contra Prieto en un gran mitin celebrado en Barcelona. Pocas fechas después las calles de Barcelona se estremecían al paso de una imponente manifestación organizada por el Partido Comunista y por el Partido Socialista Unificado de Cataluña, manifestación en la que participaban representantes de diversas unidades del Ejército, desfilando a los gritos de «¡Abajo los ministros capituladores!», «¡Fuera el ministro de Defensa Nacional!», «¡Viva Negrín!». La manifestación llegó hasta el mismo Palacio de Pedralbes, residencia oficial del Presidente de la República, donde aquella tarde se celebraba consejo de ministros. Negrín, previamente advertido por nosotros de lo que iba a suceder aquella tarde, salió a conferenciar con Pasionaria, que encabezaba la manifestación. Le prometió solemnemente que en su Gobierno no se toleraría el menor gesto capitulador.

Mientras tanto, nuestro aparato de agit-prop en los frentes, bombardeaba al Presidente de la República con telegramas y resoluciones de protesta contra los ministros capituladores.

Coincidiendo con todos estos acontecimientos escribía yo, bajo el seudónimo de Juan Ventura, unos violentísimos artículos contra el ministro de Defensa Nacional, artículos

que provocaron un auténtico escándalo político, pues todo el mundo sabía quién se escondía bajo el seudónimo de Juan Ventura.

El día 30 de marzo, en carta dirigida por Prieto a Negrín, decía entre otras cosas: «… Esta petición es consecuencia de las manifestaciones que me vi en el caso de formular durante el penúltimo Consejo de Ministros, cuando, al quejarse Zugazagoitia de que, con pleno desacato, el órgano comunista «Frente Rojo» había publicado un artículo que tachó íntegro la censura, Jesús Hernández se declaró autor de ese trabajo y de otros que con el seudónimo de Juan Ventura aparecieron en la prensa barcelonesa y en los que se me atacaba por mi visión de nuestra lucha y por mantenerme silencioso. Recuerdo mis palabras de entonces tan sobrias como terminantes: «Si nos halláramos en período de normalidad, aunque ésta sólo fuera relativa, yo abandonaría en el acto el puesto que ocupo, pues por mi concepto de lo que debe ser la solidaridad ministerial en todo momento y de manera muy singular en los presentes, estimo inadmisible el proceder del ministro de Instrucción Pública al atacarme en la forma en que lo ha hecho…»

Salvador de Madariaga, en su libro «España», página 661, dice a este respecto:

«… Hacia fines de marzo las cosas tomaron un cariz agudo»… "Juan Ventura", seudónimo del ministro de Instrucción Pública, había publicado en *La Vanguardia* un artículo que quería ser una biografía de Indalecio Prieto. Añadiré, para quien no esté enterado de este importante detalle, que "Frente Rojo" era el periódico más señalado de los comunistas en Barcelona, mientras que *La Vanguardia*, otrora el gran periódico liberal-conservador de Barcelona, era a la sazón la tribuna del doctor Negrín»…

«A los pocos días publicó "Frente Rojo" otro ataque de "Juan Ventura" contra el señor Prieto. El ministro de la Gobernación informó al Consejo del hecho insólito de que se había publicado tal artículo después de tachado por la censura, y al pedir Gobernación explicaciones a "Frente Rojo", había contestado el periódico alegando órdenes del ministro de Instrucción Pública de que, aun cuando lo tachara la censura, el artículo se publicase. Declaró entonces Jesús Hernández al Consejo de Ministros que en efecto había dado aquella orden "porque quien ejerce la censura es un funcionario ministerial y un funcionario no puede impedir la publicación del pensamiento de un ministro…"»

Después de mis artículos la crisis estaba virtualmente planteada. La convivencia con Prieto se hacía imposible. Más intolerable para él que para mí, pues yo procedí conscientemente buscando provocar su salida. Y el 30 de marzo nuestro objetivo se lograba. Prieto refiere el hecho con estas palabras:

«La mañana del 30 de marzo, llega a mi despacho, muy temprano, el compañero Zugazagoitia. Gran extrañeza de mi parte, porque no era habitual en él madrugar, puesto que trasnochaba mucho en el Ministerio de la Gobernación.

—»Me ha llamado el Presidente del Consejo —me dijo— y me ha preguntado si usted se enfadaría mucho si le quitara del Ministerio de Defensa Nacional, y me he adelantado a decirle que no se enfadará usted. ¿He acertado en la respuesta?

—»Plenamente —contesté.

—»Pues me alegro —añadió Zugazagoitia—; voy a confirmárselo al Presidente del Consejo.

—»Yo también se lo confirmaré para que no tenga dudas…»

CAPITULO VII

Ludibrio y traición soviéticos. Una victoria contra Moscú. ¡Viva Negrín! La epopeya del Ebro. El «suicidio» del Ebro, Moscú aconseja retirar los voluntarios. La batalla de Cataluña. Con la sangre del Ebro se comenzó a redactar el pacto germano-soviético. La URSS coincide con Casado. El Gobierno en la zona Centro-Sur.

TODAVÍA no se había resuelto la crisis, que duró desde el 30 de marzo al 5 de abril, cuando el Buró Político fue convocado precipitadamente. Supuse que se trataría de algo relacionado con la situación ministerial. Pero fue grande mi sorpresa al serme entregada una comunicación transmitida desde Moscú en la que se nos decía escuetamente: «La situación internacional aconseja un viraje en la política española. Los ministros comunistas deberán cesar en la colaboración ministerial. Aprovechar la crisis para retirarse del Gobierno».

Quedé anonadado, estupefacto. ¿Qué significaba aquella nueva voltereta política? Cualquier movimiento táctico podría ser admisible menos la retirada de los ministros comunistas en el crítico momento en que el desastre militar se perfilaba amenazador por el derrumbamiento de nuestro frente del Este y por el rapidísimo avance de las tropas facciosas hacia el Mediterráneo, que hacía inminente el corte en dos porciones del territorio leal, hecho infausto que se produjo unos días después. ¿Qué pretexto invocar para enmascarar aquella deserción vergonzosa del poder, nosotros, que habíamos incitado a nuestras tropas a pelear hasta el último disparo en las orillas del Flumen, del Cinca, del Segre, del Noguera?… Y en los trágicos momentos en que la sangre de esos combatientes enrojecía las aguas de los ríos catalanes.

Habíamos malogrado toda posibilidad de constitución de cualquier otro Gobierno que no fuera el del doctor Negrín. El odio y la hostilidad contra nuestro Partido y Negrín ni amenguaban ni se silenciaban y eran unánimemente compartidos por todas las fuerzas del Frente Popular. Negrín sólo podría gobernar apoyándose íntegramente en la fuerza militar y política del Partido Comunista. Retirarle nuestros ministros significaba la muerte de la política de resistencia; y acabar con la política de resistencia implicaba el fin de nuestra guerra, la derrota.

—¿Es eso lo que quieren nuestros camaradas de Moscú? —pregunté a la delegación.

—La sola pregunta es una injuria —aulló Stepanov—. Nadie quiere la derrota. Se trata de un movimiento diversionista para arrebatar de manos de Hitler la bandera del anticomunismo, con la que viene embaucando a grandes masas de Europa y América, tomando como ejemplo lo que está sucediendo en España donde los comunistas —

dice— lo dominan todo y lo tienen todo. Con esta retirada estratégica les privamos de una de sus armas propagandísticas fundamentales.

—Pero con el arma que les quitamos nos suicidamos —repliqué—. Quizá —aunque me parece dudoso— logre prolongarse la agonía de la paz, se retrase el estallido de la guerra en Europa, pero el pueblo español habrá sucumbido.

—Declararemos que el Partido Comunista no se interesa en los asuntos del poder, pero que seguirá apoyando la política de guerra del señor Negrín —adujo Togliatti.

—Nadie admitirá la explicación. Nos hemos hartado de proclamar en todos los tonos y de todas las maneras, que solamente la fuerza y la presencia de los comunistas en los resortes del poder constituían una sola garantía contra las maniobras capituladoras de los unos y de los otros. Sin la presencia y apoyo abierto de los comunistas Negrín no podrá gobernar, se verá forzado a dimitir o a declararse dictador con nuestras fuerzas apoyándole desde fuera. Cualquiera de las dos soluciones conduce inevitablemente a la guerra civil intestina, a la catástrofe de la República —grité fuera de mí.

La atmósfera era densa. Llevábamos varias horas encerrados en una habitación. El humo de los cigarrillos nos envolvía en una neblina pesada. Todos los rostros reflejaban preocupación. Mis propios camaradas de Buró Político, tan dóciles por hábito y principio a los mandatos de Moscú, vacilaban. La ausencia de José Díaz hacía más difícil mi forcejeo contra aquella desatinada propuesta de la «Casa». Comprendí que sólo una actitud de resuelta y cerrada intransigencia por mi parte podría decidir a mis camaradas a oponerse al «consejo» del Kremlin.

Oía la voz de Toggliati, impugnando mis razonamientos:

—No tiene razón el camarada Hernández. La táctica de la «Casa» está inspirada en convencer a la opinión francesa e inglesa de que los comunistas no estamos interesados en conquistar el poder ni siquiera en España, donde podríamos tomarlo con relativa facilidad. Esto dará un golpe de muerte a los voceros nazi-fascistas. De esta suerte reforzaremos los lazos franco-ingleses con los soviéticos. Si Hitler se decide por la guerra tendrá que afrontarla conjuntamente contra la URSS y las democracias occidentales.

—Ese es un argumento caprichoso que a nosotros no puede convencernos, porque el verdadero significado no es otro que el del responso funeral a la libertad de nuestro pueblo. Además, Inglaterra y Francia saben tan a la perfección como nosotros mismos lo que hay de real y verdadero en nuestra política. Ellas no ignoran que los comunistas, pese a las contrarias apariencias, no queremos conquistar el poder en España; más aún, tan persuadidas se hallan del triunfo de Franco, que hace ya meses que han enviado sus representantes más o menos oficiales ante el Gobierno faccioso de Burgos.

—La salvación está en que la guerra se desarrolle tal y como quieren que se desarrolle los camaradas de la «Casa», y es nuestro deber facilitarles la tarea —insistió Togliatti.

—Y nosotros ¿qué? —pregunté colérico.

—A nosotros o nos salva la situación de conjunto o nos hundimos sin remedio —dijo ásperamente Togliatti.

—¿Qué situación de conjunto? —volví a preguntar.

—La guerra conjunta de las democracias burguesas y la URSS contra Hitler.

—No entiendo una palabra de nada —dije—. Si aceptamos la sugerencia de la «Casa» nuestra derrota es tan segura como inminente; la prolongación de la paz en el

mundo, es nuestra sentencia de muerte; si la guerra no se produce como la calculan nuestros camaradas en Moscú, sucumbiremos; ¿cuál es la salida que se nos ofrece?

—Si no queda otra opción, sacrificar lo que sea menester con tal de salvar el País del Socialismo —barbotó Stepanov.

—Mi vida —creo que la de todos los comunistas— está al servicio y a disposición de la URSS, pero no creo que esa fidelidad deba llevar implícita la felonía hacia mi pueblo. Toda nuestra política en los últimos meses se basa y gira en la esperanza del advenimiento de esa conflagración mundial que tanto y tan de repente se teme ahora. Mantener la consigna de resistencia en una guerra que militarmente tenemos perdida, y hacer a la vez todo lo posible para repeler la única tabla de salvación que nos queda, es nuestro suicidio en cortejo con la burla sangrienta a nuestro pueblo.

—Esa posibilidad no se ha perdido —aclaró Togliatti—. Siempre podremos agarrarnos a ella si la coyuntura se presenta. Mientras tanto, deberemos esperar esa coyuntura manteniendo la política de resistencia.

—Pues si hemos de esperar a esa coyuntura, esperémosla sin menoscabo del prestigio de los comunistas y sin desertar de nuestros puestos de responsabilidad y de combate. Yo no aceptaré ninguna otra posición. Pueden ustedes decidir como quieran.

A estas palabras mías siguió un silencio hondo y prolongado. La crisis de dirección del Partido estaba planteada. Cada cual rumiaba su responsabilidad. Era el litigio más grave que se había presentado ante la delegación soviética en todo el curso de la guerra. Lo que quedaba de dignidad sedimentada en el domesticado Buró Político se fue revelando poco a poco, palabra a palabra. Habló Uribe y habló Checa; hablaron Mije y Delicado, oponiendo reparos al mandato de retirar nuestra colaboración gubernamental. Pasionaria enmudeció. Tácitamente su silencio era un apoyo a la propuesta de Moscú. El Buró Político decidió al fin que no era aceptable la directiva soviética. Y la colaboración ministerial de los comunistas se mantuvo en el segundo Gobierno del doctor Negrín.

En los resquicios de mi fe volvía de nuevo a hacer presa las dudas más desoladoras. ¿Es posible que la URSS, que Stalin, nos sacrifiquen y sacrifiquen a todo nuestro pueblo por sus razones de Estado? Si la URSS quiere vivir ¿por qué ha de hacerlo a costa de la vida de otros pueblos y sobre todo, de pueblos que como el nuestro, luchan como leones en defensa de su libertad? ¿No estaría mejor garantizada la seguridad de la URSS con la coexistencia de pueblos de regímenes social y políticamente afines al suyo y solidarios en el orden internacional con su política pacifista? ¿Por qué, pues, frenar nuestra lucha, restarnos elementos de combate y forzarnos siempre a marchar por la vía de los intereses soviéticos? ¿Por qué inducirnos a hacer dejación de nuestra misión de comunistas españoles que es la de preocuparnos ante todo de lo que nos es propio, de España?

Veía ya ahora, con positiva claridad, que la guerra de España no era para la URSS más que un peón en el ajedrez de su juego internacional. Y a pesar de todo no me rendía a la evidencia. «Es cierto —me decía— que la URSS se muestra egoísta, pero ¿no habrá en mí un exceso egoísmo nacionalista? Nuestra causa es una causa difícil de salvar y yo pretendo que la URSS juegue alocadamente sus destinos por salvar los nuestros. ¿No tienen los rusos el derecho a pensar, desde su punto de vista nacional, de la misma manera que lo hago yo como español? Claro que podían haber hecho por nosotros

bastante más que lo que han hecho, pero ¿estoy yo en el secreto de las razones que han tenido para proceder así y no de otra manera?»

Mi fe estaba resquebrajada, pero todavía era fe.

Al salir de la casa del C. C. encontré las calles de Barcelona hirviendo de sobresalto y de multitudes.

—Se prepara la capitulación.

—¿Capitular? ¿Y para qué tenemos las armas?

—Hay que aplastar a los cobardes.

—Son Prieto y su gente…

—¡Abajo los capituladores!

Estos gritos se hicieron yeso en el fondo rojo de las pancartas y clamor en las gargantas de los agitadores comunistas que poblaban las calles de Barcelona. No tardó en organizarse una imponente manifestación a cuyo frente iban los camiones de la guardia de Asalto controlada por el Partido Comunista y el Partido Socialista Unificado de Cataluña. En los coches de mando, oficiales, comisarios, comandantes del Ejército Popular. En los transparentes: «¡Queremos un Gobierno de guerra!» «¡Viva Negrín!»

El día 8 se constituía el nuevo Gobierno Negrín, asumiendo éste, como habíamos previsto, además de la Presidencia, la cartera de Defensa. El Partido Comunista seguía representado en la persona de Uribe. Yo fui nombrado comisario general del Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, que sumaba más de las tres cuartas partes de todo el Ejército republicano. El 15 de abril se anunciaba oficialmente que el territorio republicano había sido cortado en dos. Ese mismo día, volando por encima de las líneas enemigas, tomé posesión de mi nuevo cargo en el Cuartel General de Miaja. La precipitación era debida a ciertos rumores llegados hasta Barcelona sobre la actitud de determinados grupos militares que, asistidos por socialistas, anarquistas y republicanos, se disponían a declararse independientes del Gobierno, ahora aislado entre las trincheras enemigas del Ebro y la frontera francesa. En efecto, esa era la situación en la zona Centro-Sur. Permití al general Miaja de la urgente necesidad de efectuar una jira por todo el territorio de nuestra jurisdicción, para dejar bien sentado que el Ejército no reconocía otra legalidad que la emanada del único y legítimo Gobierno, el Gobierno del doctor Negrín. La jira dio resultados. Miaja, soldado leal, anunció por doquiera con voz tonante que todo el peso de su autoridad caería fulminante sobre cualquier intentona de desacato a los poderes constituidos.

Sin embargo, yo no me engañaba. El sentimiento de hostilidad a los comunistas y al doctor Negrín estaba arraigado en lo más profundo del ser de los dirigentes de las organizaciones del Frente Popular. Era una ronda de chispas en derredor de un polvorín. ¡Tales eran los frutos de la política que habíamos realizado!

Los acontecimientos militares se precipitaban. El 16 de junio Castellón caía en manos del enemigo. Valencia se hallaba directamente amenazada. Y Valencia se puso en pie. «Valencia será el segundo Madrid,» prometían las telas tirantes que cruzaban sus calles. ¡Admirable pueblo el nuestro! Las derrotas militares le enardecían en su afán inextinguible de revancha, de cobrarse en la carne de los invasores el dolor de su propia carne. Los obreros de los altos hornos de Sagunto y de las fábricas catalanas tenían el mismo frenesí de héroes silenciosos del sudor, y se enquistaban hasta el desmayo en los tajos, suprimidos todos los calendarios, apaleando el carbón y fundiendo el hierro como artilleros al pie de sus cañones.

Las muchachas, que habían aprendido a cargar los proyectiles en los talleres subterráneos del «Metro» de Madrid, despellejándose las finas manos, trabajaban sin horario y sin sueño.

La nueva frontera de plomo franquista que dividía geográficamente a los combatientes de la misma causa, los soldaba en el espíritu más y más como si esta brecha hendida en su carne fuese una brecha imantada.

El enemigo jaleaba la ofensiva sobre Valencia poseído de que al fin iba a aniquilar las fuerzas de la República.

En las Cancillerías donde el suelo de España era objeto de subasta, se extendían las esquelas de defunción de la República. La quinta columna clavaba ya las banderitas bicolores en el mapa de su optimismo.

Y entonces, en aquel momento, en aquellas horas, nuestro pueblo, nuestros soldados, dieron plena fe de vida y de vigor. La República no estaba muerta, la tierra de España era aún bastante cara. Cada milímetro valía un hombre.

En los puestos de mando, los planos, los mapas de la operación más audaz. En la boca de los comisarios y de los capitanes, una palabra con sabor de romance y de copla: Ebro.

El agua del río se quebraba por las noches con chasquidos precursores de gesta. Cientos, miles de soldados, a la luz de la luna, aprendían a nadar.

Los tratados militares no recordaban muchos casos como este de cruzamiento a nado de un río en un frente tan estrecho y compacto. Era una operación militar audaz, sólo posible cuando las fuerzas que han de realizarla poseen, sobre una moral elevadísima, unas cualidades técnicas de primer orden. Los mejores tratadistas del arte militar la hubieran condenado por anticipado. Era lógico hacerlo de no contar con el valor inenarrable de los soldados del Ejército Popular.

Se esperaba con rabia, con impaciencia el momento del ataque, el momento de salir para mostrar el coraje a falangistas, moros, fascistas italianos, nazis alemanes… Se contaban los días que faltaban hasta el cuarto menguante. Se miraba con odio las noches claras en que el río parecía un pedazo de cinc.

Y aquella noche… Aquella noche era oscuro el lomo de las aguas. La tierra apenas crujía bajo el paso rítmico y constante. Los camiones, sin luces, bajaban bacheando en las curvas.

Un ejército de sombras saltaba a las barcazas.

Otros nadaban, con el dorso desnudo y el fusil en alto como una rama.

Después, la desesperación frenética de las ametralladoras.

Se había pasado el Ebro. Comenzaba la batalla más importante de la República. Ábranse los anales de la épica para dar paso a uno de los hechos de armas más asombroso.

El Ejército desangrado en Castellón, en las batallas del Maestrazgo, de Lérida, de Morella, del río Ebro, de Balaguer y Tremp, sin tomarse un momento de reposo para cerrar sus cicatrices, escribía la página castrense que trastocaba las teorías más sesudas, y pregonaba al mundo la virilidad, la entereza, la bravura de los hijos del pueblo español.

* * *

El pueblo despertó el día 23 de julio con la noticia de la hazaña militar. Allí estaba, en la garganta de los altavoces de la radio, en las primeras planas de los periódicos, en la mirada jubilosa de los hombres. El pueblo resurgía con un nuevo entusiasmo, con un nuevo fervor. Había que ser dignos de los soldados del Ebro. Nuestra España puso esa divisa en su bandera.

El Ebro tuvo dos fases: la maniobra y la batalla defensiva. Al quinto día el éxito estratégico había sido logrado, si bien en el orden táctico se vio pronto limitada la operación. Nuestras tropas tropezaron con una barrera de fuego contraria que no fue posible romper. En las primeras cuarenta y ocho horas se había logrado el dominio de los objetivos fundamentales en la orilla opuesta, y ocupándose Flix, Aseó, Ribarroja, Camposines, Pinell y Faratella; luego proseguiría el avance sin una sola vacilación, se ocuparía Corbera y un número considerable de pueblos para amagar a Gandesa y Villalba. Más de 600 kilómetros cuadrados quedaron en poder de las tropas leales. Se suspendieron los ataques y se procedió a organizar activamente toda la zona conquistada con vistas a su defensa. Iniciábase la fase defensiva de la batalla.

Hablando del carácter cruento de esta gran batalla, el general Vicente Rojo, dice en su libro «España Heroica»:

«Fue la batalla del Ebro un combate que se libró durante tres meses y medio con breves intermitencias en tierra y sin ellas en el aire; una batalla de material, en la que jugaron, en frentes estrechos y con una potencia arrolladora, todas las armas e ingenios de guerra, excepto los gases; una pugna en la que se batían las tropas de choque propias y las enemigas de mejor organización y de más sólida moral; una lucha desigual y terrible del hombre contra la máquina, de la fortificación contra los elementos destructores, de los medios del aire contra los de tierra, de la abundancia contra la pobreza, de la terquedad contra la tenacidad, de la audacia contra la osadía, del valor contra el valor y del heroísmo contra el heroísmo, porque, al fin, era una batalla de españoles contra españoles…»

«… No hay en la batalla del Ebro, como algunos se han creído, un triunfo de las fuerzas materiales sobre las morales, porque éstas no fallaron; en realidad, los tres meses de incesante lucha, la pobreza de medios de guerra, la insuficiencia de recursos de todas clases, la inminencia de que se agotasen los elementos de fabricación de puentes y se cortase la relación entre ambas orillas, la tenacidad aérea y terrestre del adversario, el conocimiento de los incesantes refuerzos que el enemigo recibía, la retirada voluntaria decretada por el Gobierno de nuestros combatientes internacionales y ni siquiera la seguridad de que ofensivamente, por su inferioridad, no iba a poder infligir una derrota al adversario, eran argumentos bastantes para que la moral de guerra de nuestros combatientes se derrumbase, pues no llegaron a despertar en nuestros hombres un sentimiento de impotencia que provocase la quiebra de su moral…»

Sí, fue una batalla de heroísmo sublime, sobrehumano; una batalla en la que los hombres se transformaron en titanes mitológicos para defender la humana aspiración de no vivir en la esclavitud, de hombres que luchaban en una proporción de 200 cañones contra 1000, de 175 aviones contra 800, resistiendo tres meses y medio el alud incesante de hierro y de fuego.

En la descripción del general Rojo hay una manifiesta exageración al comparar al infante de Franco con el infante republicano. Los soldados de Franco apenas tenían que

pelear. Antes de ocupar una cota, 15 000 proyectiles de cañón la barrían de la superficie. Las aristas de algunas montañas presentaban cavidades de volcanes. Nuestros soldados resistían con estratagema emocionantes por su heroísmo. Se retiraban de una posición, castigada hasta lo insoportable por el fuego, y permanecían escondidos, replegados en no se sabe qué inverosímiles relieves del terreno. Cuando las tropas enemigas ocupaban la posición —nuestros soldados calculaban que entonces no era posible el zamarreo de la artillería y de la aviación—, caían los combatientes republicanos sobre ella, abriéndose paso con las bombas de mano, calando los machetes, candentes las pistolas. Y era una lucha feroz en la que el hombre se vengaba de la máquina, en que el hombre peleaba con los dedos, con su corazón, con sus uñas. En los partes de guerra, el enemigo no podía sustraerse a una ráfaga de respeto. El general franquista Yagüe declaraba: «Los rojos luchan como leones». Nuestra España latía de admiración. Los trabajadores del mundo se sentían orgullosos de sus hermanos españoles. Fueron cien días y cien noches sin un minuto de sosiego, sin un instante de silencio, en aquel bárbaro estruendo, sin paréntesis ni lagunas, que sacudía hasta en sus raíces el paisaje. Fueron cien días en que la sangre coagulada de aquellos valientes del Ebro les servía de tumba en su trinchera.

El 16 de noviembre nuestro ejército ocupaba en la margen izquierda del Ebro las mismas posiciones que el 24 de julio. De un total de 90 000 hombres que montaron las fuerzas operantes, las bajas registradas sumaron 70.000.

La bravura inmortal de los combatientes del Ebro no cedía. Soldados, jefes, comisarios, heridos tres y cuatro veces en el curso de la batalla, volvían enardecidos a la brega sin esperar a que sus cicatrices se cerrasen. Las mejores fuerzas comunistas perecieron en estos combates.

El general Rojo precisa las condiciones de la lucha: «Se había luchado con una escasez de armamentos tan grave que el propio presidente del Consejo de Ministros cuando en una de sus visitas al frente del Ebro fue a felicitar a una de las divisiones que más se habían distinguido en la lucha, al revisarla en los llanos de Mora, pudo comprobar que sólo estaban armados el tercio de sus soldados, porque habían tenido que dejar sus armas en el frente, a las unidades que habían ido a relevarla y que no las tenían…»

«En artillería —sigue diciendo el general Rojo—, durante algunos períodos, teníamos en el Parque, en reparación, la mitad de las piezas, sin posibilidad de sustitución, mientras otras habían de mantenerse mudas algunos días por no disponer de más proyectiles que los que se fabricaban diariamente, y los cuales, en los días de verdadero agobio en el ataque del adversario, había que esperar angustiosamente, con los camiones a la puerta del taller en Barcelona, para recogerlos en cuanto terminase su fabricación y llevarlos urgentemente a las piezas que habrían de dispararlos. Tal era la realidad de las posibilidades materiales con que se riñó aquella larga batalla en algunos períodos».

La fase más difícil, la habilísima maniobra en retirada sin perder ni un solo fusil, dentro de la preceptiva militar, resultó un suceso insuperable, como el del paso del río el 25 de julio.

Es de justicia que hagamos aquí un elogio merecidísimo de don Juan Negrín, del que bien podemos decir que fue un combatiente más en esta asombrosa batalla: tuvo a todo lo largo de su desarrollo, un pie en Barcelona y otro en el frente. Entre los soldados de cada división, de cada brigada, de cada batallón, de cada compañía corría casi a diario la

voz: «Ha venido Negrín». «Negrín está entre nosotros». Y los rostros ceñudos de aquellos hombres, negros de tierra y de pólvora, se animaban con una sonrisa de satisfacción. Negrín compartía con ellos aquellos días de gloria, alentándolos con su presencia y con su palabra.

Ha llegado el momento de que nos preguntemos cuál fue la finalidad verdadera de la prolongación a ultranza de esta batalla, a quién y a qué servían el esfuerzo titánico de nuestros combatientes, el sacrificio de nuestras mejores unidades en el Ebro, el aniquilamiento de todas nuestras reservas tácticas y estratégicas, y el haber forzado al mando faccioso a concentrar sus mejores y más numerosos elementos de combate en un solo punto, el menos favorable para nosotros y el decisivo para ellos.

No importan las vicisitudes que forzosamente hay que arrostrar en cuanto una lucha se entabla. Sólo es dolorosa la sangre de nuestros héroes cuando no se tiene la seguridad plena de que haya sido vertida en beneficio de la propia causa.

Las explicaciones oficiales nos han hablado de una doble finalidad, militar la una, política la otra. Militar, para distraer con nuestras acciones ofensivas más allá del Ebro la atención de las fuerzas enemigas y hacer fracasar los planes del ejército invasor para apoderarse de Sagunto y Valencia y permitir a los ejércitos de la zona Centro-Sur rehacerse, crear nuevas condiciones de resistencia y con ello ofrecer la garantía de desbaratar los futuros ataques del enemigo, finalidad lograda a los treinta días de combate; política, para explotar los efectos morales en el interior y en el exterior.

«Lo primero —dice el general Rojo— es decir, la finalidad militar, se alcanzó durante los tres meses y medio que duró la lucha, rebasando con creces las previsiones de resistencia que se habían hecho; lo segundo, no pudo lograrse, ni poco ni mucho, por causas que no es del momento analizar; pero no fue esto lo peor, sino que el éxito de la maniobra y la tenacidad de la resistencia que después se hizo, provocaron un crecimiento tan extraordinario de la ayuda que desde el exterior se prestaba al enemigo, que el desequilibrio de las fuerzas que ya padecíamos se acentuó gravemente».

La batalla del Ebro tal y como fue desarrollada se debe eminentemente a la inspiración soviética, y, aunque al Estado Mayor republicano correspondió toda la gloria de su ejecución, la alta dirección estratégica estuvo supeditada al consejo de los generales soviéticos. El señuelo de que los efectos políticos exteriores podrían mejorar la grave situación que en el orden internacional afrontaba la República, determinó a nuestro Estado Mayor a aceptar el librar una batalla de desgaste en condiciones de tal inferioridad material que transcurridos los primeros treinta días, más que batalla era el suicidio colectivo de las mejores tropas del Ejército Popular.

¿Ignoraban los consejeros soviéticos que, una vez derrotadas y deshechas las tropas republicanas en el Ebro, lógicamente el mando faccioso iba a aprovechar la concentración del grueso de sus efectivos para emprender una acción ofensiva sobre Cataluña para asestarnos un golpe decisivo, y conseguir un triunfo que diera a los ministros de Francia e Inglaterra, próximos a reunirse en la Conferencia de París, el pretexto para repetir con la República española la maniobra que entregó a Checoslovaquia maniatada a la codicia de sus enemigos? ¿Qué militar desaprovecharía la oportunidad de alcanzar su objetivo máximo cuando sabe al contrario incapacitado para detener su avance?

No sólo las elementales preceptivas del arte de la guerra, sino el sentido común aconsejaban proceder al revés de como nos condujimos. En cien batallas anteriores —

Teruel, Brúñete y Belchite entre ellas— habíamos ofendido y cuando la evidencia nos demostraba que era baldío y excesivamente costoso el defender las posiciones ocupadas por la imposibilidad material de retenerlas, las evacuábamos y salvábamos los ejércitos. En el Ebro sabíamos ya a los cinco días de ofensiva que éramos materialmente impotentes para romper y neutralizar las barreras de fuego contrarias. Tácticamente nos interesaba entretener al enemigo, distraerlo de otros teatros de operaciones, pero debimos hacerlo en retirada y en resistencias escalonadas, salvando de la destrucción estéril al grueso de nuestros ejércitos. Permitir esa destrucción era abrirle la puerta franca de Cataluña al enemigo. ¿Fue eso lo que se perseguía?

Tan evidente era lo que tenía que suceder que, durante la batalla defensiva del Ebro, toda nuestra propaganda estaba montada sobre la consigna: «Cataluña es el corazón de la República».

Franco, que acechaba la ocasión de un golpe decisivo con fuerzas de aplastante superioridad, desata su ofensiva final con un ejército de 350 000 hombres, de ellos 16 315 italianos. El ataque, un mes después de haber repasado el Ebro los restos de nuestras unidades, comenzó el 23 de diciembre de 1938 en los ríos Segre y Noguera Pallaresa. El 26 de enero de 1939, el telégrafo y la radio proyectan al mundo estas tres palabras: «Ha caído Barcelona». Los moros y requetés habían tomado la capital de Cataluña.

Ya no había fuerza organizada que pudiera contener el avance del enemigo. Una muchedumbre imponente invade las carreteras con sus ajuares y con sus hijos, a cuestas. Los gloriosos restos del Ejército de Cataluña empujaban los cañones, las ametralladoras, para seguir disparando tras el último árbol y en la última peña. Nuestros mil veces heroicos soldados se replegaban organizadamente, los hombres que habían resistido tormentas de bombas, furias incansables de fuegos de artillería, horizontes cegados por las olas altísimas de las explosiones, tenían que ceder a sus mortales enemigos el terreno teatro de sus hazañas. Aquellos españoles ceñudos, de ademán grave, se retiraban como leones acosados, sin perder un momento la cara a sus perseguidores. En muchos semblantes de barbas duras, de gesto duro de hombría se humedecían los ojos. Con lágrimas, sí, con lágrimas de hombres valientes imposibilitados para combatir, protegiendo la caravana de medio millón de seres que huían en masa hacia Le Perthus francés. Tal era el resultado de nuestra batalla de desgaste del Ebro.

No menos elocuente en este aspecto de la responsabilidad soviética fue la retirada de los voluntarios de las Brigadas Internacionales. En los momentos más dramáticos de nuestra resistencia en el Ebro, cuando el Gobierno movilizaba a la desesperada a jóvenes imberbes y a hombres de 45 años, la vieja obsesión de los círculos oficiales de París y Londres de retirar a los voluntarios de las Brigadas Internacionales tuvo de pronto un patrocinador inconcebible: Moscú. En los instantes más críticos para la República, cuando más necesarios nos eran los hombres de las Brigadas Internacionales, enarboló la URSS la bandera de la retirada, asegurándolos que ella se cuidaría de que hubiera una reciprocidad en el procedimiento, esto es, que las tropas de Hitler y Mussolini evacuarían también la zona franquista. Tales promesas, hechas a nuestro Partido y a nuestro Gobierno, no fueron más que pura charlatanería.

El 30 de septiembre de 1938, Álvarez del Vayo, a la sazón intérprete fiel como nosotros de la política del Comisariado de Relaciones Exteriores de la URSS y ministro

de Negocios Extranjeros de la República española, anunciaba al Consejo de la Sociedad de Naciones el propósito del Gobierno de la República, de retirar de su territorio todos los voluntarios de las Brigadas Internacionales.

El Consejo de la Sociedad de Naciones nombró una Comisión Militar Internacional para que se trasladase al territorio republicano y verificase la retirada de los voluntarios. Tres días antes de la retirada a nuestras primitivas posiciones en la orilla izquierda del Ebro, exactamente el 13 de noviembre, despedíanse desfilando por las calles de Barcelona los supervivientes de las gloriosas Brigadas Internacionales, entre aluviones de aclamaciones, abrazos y lágrimas y en filas truncadas por los huecos de ocho mil héroes que la tierra española guarda para siempre en sus entrañas, como símbolo de la más perfecta encarnación de la solidaridad internacional, del frente único antifascista, del honor y de la bravura proletaria.

¿Sabían los hombres de Moscú, sabían los consejeros militares soviéticos, que esas decenas de miles de voluntarios internacionales, eran un tesoro de combatividad humana para la República, más preciado aún en aquellos momentos en que nuestros ejércitos habían sido despedazados en el Ebro? Sí; lo sabían ¿Sabían que ello significaba debilitar la capacidad de resistencia en nuestro exhausto ejército? Sí; lo sabían. ¿Sabían que eran mentiras sus promesas de que «ellos cuidarían la reciprocidad» en la zona franquista? Sí; lo sabían.

Luego la conclusión es obvia: la URSS quiso privar a la República de toda posibilidad de resistencia ulterior. ¿Por qué?

Es hora de resumir esta página de ludibrio y de vergüenza soviéticos.

Desde el verano de 1937, en que se nos diera la consigna de conquistar el máximo de posiciones en el Ejército para hacer una guerra de resistencia prolongada, hasta finales de marzo de 1938, en que se nos aconseja abandonar la colaboración gubernamental, el fracaso de todas las maniobras diplomáticas de Stalin en el palenque internacional fue de estrépito. Bajo la presión de los conservadores ingleses, Francia había dejado casi sin efecto el pacto franco-soviético de 1935. Nuestra propia preponderancia en la política civil y militar de la República, con la que pretendió especular la Rusia de Stalin, se transformaba en un arma contra ella. Londres y París llegaron a tomar pretexto de la influencia soviética en nuestra zona para seguir negándonos el pan y la sal a los republicanos y para precipitar subrepticiamente el triunfo de las armas franquistas.

Hitler había comenzado a exteriorizar sus apetitos sobre Checoslovaquia. Las potencias democráticas, vacilantes y cobardes, manifestáronse «dispuestas» al sacrificio de Checoslovaquia haciendo caso omiso de sus propios compromisos y obligaciones, de la existencia de la URSS y de sus pactos con París y con Praga. Era la evidencia de que las democracias occidentales estaban decididas a comprar un plazo más de paz en precario, a costa de vender su alma al diablo y de empujar a Hitler hacia el Este, si se empeñaba en encender una guerra procurando así ganarle por la mano a Stalin la amistad que descaradamente brindaba éste al «Führer».

Unos meses después, en plena batalla del Ebro, llegó Munich. El pacto de Munich marcaba el apogeo de la actitud de vasallaje a la rapacidad hitleriana. Para Alemania, representaba el triunfo en su empeño de hacer imposible la formación del frente común contra sus depravaciones y agresiones.

Moscú venía preparándose para jugar a dos alternativas y salir en cualquiera de ambas ganador: o una guerra general europea o un pacto con Hitler. Para cualquiera de

las dos combinaciones creyó útil conservar en sus manos la carta española. A partir de Munich el Estado staliniano se preparó para efectuar un viraje de 180 grados; y se determinó a jugar la carta hitleriana. Fracasados sus intentos de alejar la guerra de sus fronteras y de encenderla entre las democracias occidentales y el Eje Roma-Berlín en torno a los problemas de España y del Mediterráneo, y a la vista de los acuerdos de Munich, que fortalecían a Hitler en el Este, Stalin se quitó la careta del internacionalismo y salió a relucir su repulsiva condición de furibundo nacionalista. Decidió, pues, negociar con Berlín ofreciendo, en prueba de su sinceridad, el cadáver de la República española. Y en el Ebro comenzó a redactarse por los rusos el pacto germano-soviético, con la sangre, el heroísmo y el sublime sacrificio del pueblo español.

Tan evidente era esta monstruosa verdad, que en las conversaciones diplomáticas y en las Cancillerías del mundo se hablaba ya de la posible coyunda germano-soviética como de un valor convenido.

Mr. Ristelhueber, ministro de Francia en Sofía, escribía con fecha 16 de diciembre de 1938, al Sr. George Bonnet, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, una carta en la que, entre otras cosas, le refería una conversación sostenida con el presidente del Consejo de Bulgaria en la que éste había expresado su opinión en los términos siguientes:

«… En cuanto a Alemania, si bien su voluntad de extensión hacia el Este es evidente, puede resultar engañoso suponerle la Europa suroriental como su primer objetivo. Para él (el Presidente), Polonia es la más amenazada, si bien la aproximación polaco-soviética constituye un freno a este peligro. Pero como los dos pueblos eslavos se detestan tan profundamente, su entente no puede ser más que efímera y ficticia. Por el contrario, M. Kosséivanov no excluye, sobre todo en el caso de que la Komintern se avenga a atenuar su propaganda, la posibilidad de una aproximación entre la URSS y el III Reich». (Carta publicada en «El Libro Amarillo» de Francia, 1938-1939, página 48).

El 30 de enero de 1939, cuando aún alentaba la resistencia española, Hitler, quien había justificado su intervención en España en defensa de la civilización contra el comunismo, pronunció un discurso sobre la situación internacional en el que no se hacía la menor alusión ni a Stalin ni al comunismo.

Días antes, el 12 de enero de 1939, Hitler había hecho una recepción extraordinaria al nuevo embajador ruso en Berlín. El 20 de enero el News Chronicle de Londres informaba sobre una próxima reconciliación de Stalin con Hitler. Y este artículo se reimprimía sin comentario alguno en Pravda de Moscú, lo que equivalía, para quien conozca el mecanismo de la prensa soviética, a su confirmación oficial. El 25 de enero el Daily Herald de Londres informaba que el Gobierno nazi estaba ahora «*casi convencido de que, en el caso de una guerra europea, la Unión Soviética adoptaría una política de neutralidad y no intervención*».

Apenas aparecidos estos comentarios el mundo se enteraba de que entre la URSS y Alemania se había firmado un convenio en virtud del cual la URSS vendería su petróleo en exclusiva a Alemania e Italia y a las naciones amigas del Eje.

Y el 10 de marzo, en memorable y cínico discurso, Stalin acusaba a las democracias de «envenenar la atmósfera y querer provocar un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética».

Al regreso de las tropas alemanas de la campaña española —así la denominaba la prensa nacionalista—, en los primeros días de junio de 1939 y en ocasión del desfile de

esas fuerzas por la avenida Unter den Linden, el «Führer» les dirigió una encendida arenga, de la que resultaba que la Legión Cóndor había ido a España a luchar contra «las plutocracias europeas, incitadoras de la guerra». Ni una palabra contra Stalin o contra el comunismo.

Por su parte, Mussolini, siguiendo las huellas de la diplomacia hitleriana, silenciaba todas sus alharacas sobre el comunismo, y en uno de sus discursos ante la Cámara de jerarquías del Partido Fascista, a la terminación de nuestra guerra, dijo expresivamente:

«El 18 de julio de 1936 señala una gran victoria del fascismo y una fecha decisiva en la historia, como primer asalto de las nuevas ideologías europeas, representadas por Alemania e Italia contra las viejas, encarnadas en las vetustas democracias plutocráticas».

No estará de más que antes de adentrarnos en el comentario del final luctuoso de nuestra guerra, digamos algunas palabras respecto al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, ayuno de todo entusiasmo y completamente desolidarizado con el frente de Cataluña sobre el cual los facciosos habían acumulado toda su potencialidad conforme hemos visto.

En tanto las fuerzas del Ebro y del Este se mantenían con insuperable bravura frente a la mayor concentración efectuada durante la contienda por el enemigo en hombres y en material, el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la zona Centro-Sur cumplía de mala gana las órdenes de operaciones que le trasmitía el Estado Mayor Central, minado en su moral por aquel «suicidio estéril y absurdo» de las mejores tropas en la «loca» resistencia del Ebro: así se expresaban los más destacados mandos militares de estos ejércitos. Su situación de ánimo reinante fue hábilmente explotada por algunos elementos capituladores y también por quienes servían directamente a los facciosos, como el comandante Garijo, condecorado por Franco al final de la guerra «por méritos durante la campaña» y que estuvo desempeñando el puesto de jefe de Información en el Estado Mayor de Miaja; todos estos elementos se dieron maña para sabotear cuantas operaciones se realizaron o proyectaron. El Estado Mayor del general Miaja mantuvo inactivos a los Ejércitos de la zona Centro-Sur, que en su totalidad nutrían cerca de 800 000 hombres. Así, recibida la orden del Estado Mayor Central para operar sobre Extremadura, la parodia de operación que al fin se realizó, se lleva a cabo con más de un mes de retraso sobre la fecha prevista. En cuanto nuestros combatientes reciben la orden de ataque, se lanzan a él con entusiasmo y acometividad clamorosos. Bajo el empuje de nuestras fuerzas, el enemigo huye empavorecido hacia Sevilla. El Estado Mayor de Miaja, argumentando que «se desligaban demasiado de las bases de aprovisionamiento las unidades que habían provocado la ruptura del frente enemigo», dio orden a la 49 División, que iba en cabeza, de detener el ataque y pararse en Fuenteovejuna. Con el pretexto de las lluvias, paralizaron la operación seis días, dando así tiempo al enemigo para que concentrara nuevas y mayores fuerzas. Al reanudarse el ataque y chocar las nuestras con las fuerzas acumuladas del adversario, la operación fue inmediatamente suspendida por «imposibilidad de éxito».

En mi calidad de comisario general protesté ante Miaja y ante todo el Estado Mayor por la suspensión de la operación que, por amenazar a Sevilla, era la mayor ayuda a Cataluña. No obtuve ningún resultado. Inmediatamente hice un amplio informe para Negrín y también para la dirección del Partido, reclamando la inmediata destitución de cuantos elementos desmoralizados o capituladores rodeaban al general Miaja, anulando

sus mejores deseos, y que se reorganizara el Estado Mayor con mandos de lealtad y entusiasmo probados. Ni Negrín ni el Buró Político dieron contestación a mi informe. Denuncié el hecho al SIM (Servicio de Investigación Militar) controlado por los rusos y temible por su poder, y el SIM, en ocasiones tan diligente y feroz, permaneció ahora impasible ante la denuncia.

Conjuntamente con la operación de Extremadura, y al objeto de dividir al enemigo y desorientarlo respecto a nuestras verdaderas intenciones, se ordenó por el Estado Mayor Central operar sobre Motril (Granada). Los jefes de la escuadra republicana, que debían cooperar en acción simultánea con las fuerzas de tierra, pretextaron los inconvenientes de efectuar una operación de desembarco de tropas en una noche de luna. Convencieron a Miaja, y la operación, después de tenerla preparada hasta en sus mínimos detalles, no se efectuó.

Cursé nuevos y violentísimos despachos cablegráficos a Negrín, al Estado Mayor Central y al Buró Político, reclamando una intervención inmediata contra los desmayados y saboteadores, que ya se manifestaban descaradamente. Ni Negrín, mal aconsejado, ni el Buró Político, ni los «tovarich», ni el SIM movieron un solo dedo para corregir tan gravísima situación.

El coronel Casado, jefe del frente de Madrid, a quien se le había ordenado operar en uno de los sectores del Centro, lanzó conscientemente a nuestras fuerzas a un desastre. El propio comisario del frente de Madrid, Edmundo Domínguez, socialista, había de escribir después, en su libro titulado «Los vencedores de Negrín», que él se había opuesto a la proyectada operación, dados los informes que se tenían del dispositivo de las fuerzas enemigas en el sector elegido para el ataque.

—«¿Por qué ante este dispositivo —relata Domínguez— no cambiamos la orden de operación? —pregunté.

—»¿Quién, yo cambiar? Nada —exclamó Casado—. No. Ya lo he dicho a tiempo. Además, nuestras fuerzas están colocadas. Mañana se ataca y nada más. En la guerra, Edmundo, pasan cosas extrañas. A lo mejor tenemos suerte y vencemos.

—»No basta esta esperanza —le contesté—. Si esta información es de confianza, arrostraría la responsabilidad de suspender la operación y planear otra.

—»Eso ya no es posible. Hay que hacerla y se hará…»

«Nuestros soldados —sigue relatando Edmundo— llegaron a las alambradas enemigas, pero les fue imposible saltarlas…» «Era lo imposible»… «El balance fue de 900 bajas, entre ellos dos jefes muertos, dos comisarios de batallón muertos, 15 comisarios heridos y unos treinta oficiales…» «La heroicidad no fue bastante para vencer la resistencia y poder del enemigo».

En la reunión de crítica de la operación celebrada por los comisarios se afirmó que «las concentraciones de fuerza se habían hecho a la luz del día, vistas por el enemigo; dispositivos de servicios vistos igualmente por él, todo ello ordenado por el Estado Mayor».

Tampoco en este caso, Negrín, el Buró Político, los M tovarich», ni el SIM, tuvieron nada que decir ni decidir.

¿A qué respondía el *dolce far niente*, la impasibilidad de ánimo frente a los mandos desmoralizados y saboteadores de la zona Centro-Sur, donde teníamos las únicas fuerzas que podían auxiliar a Cataluña? Respondía al mismo cálculo que había concebido la batalla de desgaste para facilitar el aniquilamiento de nuestras mejores

tropas en el Ebro. En efecto, si se estaba provocando conscientemente el fin de la resistencia republicana, ¿qué objeto tenía la sustitución de los mandos desmoralizados, saboteadores y traidores que infestaban los Estados Mayores de la zona Centro-Sur?

Que el Gobierno diese la callada por respuesta era algo que, aunque no muy normal podría, empero, explicarse por las vacilaciones de que estaba saturada la política de Negrín en los últimos meses; pero que callasen el Buró, Político y los «tovarich» en sus tres ramas, política, militar y policíaca, era ya demasiado silencio para no hacerse sospechoso, máxime cuando siempre habían pecado por exceso y visto moros con tranchete en cualquier caso de negligencia intrascendente.

Naturalmente se advierte enseguida que «el caso español» estaba ya substanciosamente explotado y agotado, y que había sido subastado por la URSS en todas las Cancillerías. Ahora era una rémora y un estorbo. Se trataba, pues, de desembarazarse del lastre, de tirarlo por la borda. Corría prisa y de prisa se hizo. Pocas semanas después, en marzo de 1939, coincidiendo por vía opuesta con el coronel Casado sublevado en Madrid, la URSS asesinaría definitivamente la resistencia y la lucha del pueblo español.

* * *

La pérdida de Cataluña, con haber creado una situación muy grave y difícil, no significaba en modo alguno que las posibilidades de resistencia de la República estuvieran totalmente agotadas.

La adversa contingencia de que el Gobierno francés se negara a facilitar el traslado a la zona Centro-Sur española de los combatientes de Cataluña refugiados en el sur de Francia, no excusaba este hecho: que bajo el mando del general Miaja había un ejército de 800 000 hombres y un pueblo, en el cual la voluntad de resistencia no se había roto, pese al cansancio y a las dificultades enormes de la situación. Contábamos con una marina de guerra superior a la del enemigo; con un territorio que abarcaba la tercera parte del país y con un núcleo de población no inferior a los ocho millones de habitantes; con capitales de la importancia de Madrid, Valencia, Alicante, Murcia, Almería, Jaén, Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara; con parte del territorio de las provincias de Toledo, Córdoba, Granada, Castellón, Cáceres y Badajoz; con puertos marítimos tan importantes como los de Valencia, Alicante, Cartagena, Almería y otros; con minas en Almadén, Puertollano, Linares, La Carolina, Mazarrón, la Unión y varias más en Levante, Madrid y Murcia; con zonas de gran riqueza agrícola como las de Valencia, Alicante, Murcia, Jaén y Ciudad Real.

Con esos recursos en poder de la República, podía y debía el Gobierno proseguir la resistencia y con ello intentar al menos crear una situación difícil al enemigo en la zona por él ocupada, haciendo crecer el descontento en la retaguardia y en el Ejército de Franco, frente a la perspectiva de una prolongación desesperada de la guerra y su cortejo de sufrimientos y penalidades para toda la población, tanto más cuanto que ya el Gobierno de la República había propuesto el cese de la lucha y las condiciones de paz en los razonables tres puntos siguientes: «Garantía de la independencia de España, libre de ingerencias extranjeras. Seguridad de que sea el pueblo español el único que ha de determinar el régimen que rija sus destinos. Finalizar todas las persecuciones y represalias una vez liquidada la guerra».

La decisión de los republicanos de resistir hasta el fin, unida a la aceptable propuesta de paz del Gobierno Negrín, había sin duda alguna de producir honda conmoción en las masas de los pueblos dominados por el franquismo al facilitar los elementos precisos para incrementar el anhelo general de dar fin a la guerra, a la par que en el exterior nuevos millones de seres humanos se situarían junto a la República, movilizados por las justas y mínimas condiciones de paz propuestas a Franco.[19]

Estas probabilidades nada tenían de fantásticas, eran tangibles y, sobre todo, era obligado el intento de ponerlas en juego. Cierto que las provisiones de armas, las reservas de gasolina y los víveres escaseaban en la zona Centro-Sur, pero si hubiera habido la decidida voluntad de prolongar la resistencia, se hubiese reanudado la corriente de armamento que en el curso de la batalla de Cataluña comenzó a llegar a España (para que sin desembalar siquiera cayera con la pérdida de Barcelona en manos del enemigo). Tales armas podían haber sido transportadas por mar a los puertos leales de la República en el territorio Centro-Sur, escoltadas por nuestra Flota, a la sazón superior aún a la del enemigo. ¿Qué era arriesgado? A esas alturas ya no se ventilaba la única posibilidad de lograr una paz que garantizara un mínimo de seguridad a nuestro pueblo.

De haberse procedido así, la continuidad de la resistencia hubiera sido posible por un período más o menos prolongado. Pero nadie quiso ocuparse de este «detalle», que era decisivo.

Si Rusia hubiese mantenido su política de alentar nuestra resistencia, tal y como lo había venido haciendo durante todo el período de existencia del gobierno Negrín, habría tomado todas las medidas necesarias para hacerla efectiva, comenzando por la organización y funcionamiento del Gobierno en la zona Centro-Sur. Pero los «tovarich» militares destacados en Cataluña optaron por dirigirse inmediatamente a la URSS, dejando al garete la averiada nave republicana.

Si Rusia hubiera querido que el Partido Comunista hubiera organizado la resistencia, hubiera ordenado al Buró Político las medidas adecuadas. Pero la delegación política soviética, reducida ahora a Togliatti y a Stepanov llegó a la zona Centro-Sur con el deliberado propósito de poner fin a la resistencia de la República.

Ante la ausencia de suministros militares y de víveres; ante la inexistencia práctica del Gobierno, que era una especie de fantasma mudo y paralítico, que ni gobernaba ni hablaba y que no tenía ni aparato ni residencia fija; ante la dimisión del Presidente de la República, Azaña y el reconocimiento diplomático de Franco por Inglaterra y Francia, se fue creando rápidamente un ambiente favorable para el trabajo de los derrotistas de

---

[19] El lector comprenderá que en aquellos momentos era no solamente difícil, sino casi imposible para un comunista llegar más allá en la comprensión del juego de Stalin. Más tarde, al firmarse el pacto germano-soviético, el cuadro de la conducta soviética fue claro para algunos de nosotros y para millones de hombres en el mundo. Asustado Stalin por el repetido fracaso de su maquiavelismo político, que culmina en Munich, donde se encuentra con unos gobernantes occidentales dispuestos a todos los apaciguamientos, decide orientarse hacia el acuerdo con Hitler. En ese momento Stalin no sólo abandona al pueblo español, sino que traiciona al mundo proletario, a los ideales socialistas, al tirar al cubo de la basura toda apariencia de internacionalismo revolucionario. J. H.

todos los colores, de los capituladores y traidores agazapados durante treinta y tres meses de lucha en espera de una hora propicia que al fin se les había presentado.

Todas estas voces de desaliento asaltaban a las gentes, quebraban la voluntad, agigantaban las dificultades y enturbiaban las aguas puras con la tinta espesa de sus vacilaciones, de sus miedos y de su traición.

El Partido Comunista seguía, por inercia más que por decisión, hablando el lenguaje de la resistencia, de la guerra hasta alcanzar una paz digna, del heroísmo y de la unidad, pero sin nervio para obligar al Gobierno a gobernar ni para denunciar ante el pueblo y el ejército la creciente organización de la conspiración que iba a poner un fin de vergüenza a la grandiosa epopeya del pueblo español.

Desde luego, justo es decirlo, para vitalizar la lucha se necesitaba una temperatura de heroísmo. En los mandos militares que habían sido leales se notaban síntomas de desfallecimiento ante la convicción de la derrota y, también porque en algunos de ellos alentaba la esperanza, efecto de las vagas promesas que esparcían a boleo los agentes del enemigo, de un perdón franquista y hasta del reconocimiento de sus categorías militares en el ejército «nacionalista», siempre que no llevaran a cabo el gesto numantino de prolongar la resistencia.

Pero donde la moral estaba más gravemente quebrantada era en las altas esferas de la dirección militar. En una reunión convocada por Negrín para pulsar el estado de ánimo de los comandantes en jefe, todos, menos el general Miaja, se pronunciaron por la inmediata conclusión de las hostilidades. El almirante Buiza no se recató en anunciar que la Flota desertaría si no se emprendían inmediatamente negociaciones de paz, pues las dotaciones de los barcos no estaban dispuestas a seguir siendo blanco de los bombardeos de Franco, sin la obligada protección y réplica por parte de nuestra aviación.

El coronel Camacho expuso la precaria situación en que se encontraba la aviación de caza y bombardeo, proponiendo también la apertura de negociaciones. El general Matallana y los gobernadores militares de casi todas las zonas, se pronunciaron por el cese de la contienda. El general Miaja fue el único militar que en aquella reunión se mantuvo firme, abogando por resistir hasta quemar el último cartucho y agotar la última posibilidad.

«La reunión, que duró cinco horas —escribe Álvarez del Vayo en su libro *La Guerra comenzó en España*—, apenas había terminado cuando llegamos Méndez Aspe y yo y durante la comida que siguió observé cierta actitud de hostilidad y reserva por parte de algunos de los compañeros de mesa que no auguraba nada bueno para el futuro». Entre los presentes se encontraba Casado.

Negrín no convenció a los jefes militares; en la exposición de las dificultades que encontraban sus gestiones para negociar la paz, llegó a revelarles, en un exceso de cruda franqueza, que en algunas esferas de Londres y de París se le consideraba como la persona menos indicada para negociar la paz. Esta declaración constituyó un tremendo error. Había dado a los complotistas una base para que pudieran eliminarle del Gobierno so pretexto de que no era apto para «gestionar la paz», como días después se la daría el Presidente Azaña al dimitir y dejar al garete al Gobierno.

La histórica reunión de «Los Llanos», permitió a los altos jefes militares cerciorarse de que casi todos ellos se hallaban implícitamente de acuerdo en el deseo de emprender inmediatamente negociaciones de paz y de convencerse de que Negrín no era el hombre

indicado para ello. A partir de ese momento cualquier audaz tenía en la mano la posibilidad de sublevarse enarbolando la bandera de «procurador de la paz», en la seguridad de contar con el concurso de la plana más destacada de generales con mando.

Si Negrín hubiera seguido una conducta consecuente con su política de resistencia, debería haber procedido allí mismo a destituir de sus mandos a todos aquellos jefes que casi le conminaron a poner fin a la guerra. Pero Negrín, siempre mal aconsejado por los delegados soviéticos, estimó más conveniente que cada uno de ellos volviera a ocupar su puesto. Luego, cuando quiso hacerlo, la medida fue tardía, impolítica e inoperante.

Siguiendo la propia lógica de los hechos, las fuerzas político-militares adversas a la continuidad de la resistencia, procedieron a organizar una sublevación que acabara con el Gobierno del doctor Negrín y con la preponderancia del Partido Comunista, única fuerza que continuaba apoyando y sosteniendo públicamente la política de Negrín.

Después de la dimisión del Presidente Azaña, la turbiedad de la atmósfera se hizo más densa. La autoridad de que gozaba Negrín, minada por la dudosa conducta de los stalinistas, de los cuales se había convertido en prisionero, se vino a tierra. Nadie se sentía ni gobernado ni obligado. La descomposición moral se agigantaba. En los gobiernos civiles se comenzaron a extender pasaportes a cuantos ciudadanos civiles y militares lo solicitaban, a pesar de no disponer de ninguna frontera terrestre por la cual pudieran salir los deseosos de abandonar el territorio nacional. Y el Gobierno ni prohibía ni tomaba providencia alguna contra el hecho.

Las autoridades militares, en uso de los derechos que les confería la declaración del estado de guerra, suspendían los actos públicos que organizaban las organizaciones de base del Partido Comunista, y la censura mordía en todos aquellos escritos que tendían a esclarecer aquella niebla de derrotismo. Y el Gobierno lo toleraba y el Partido Comunista lo aceptaba.

Da una idea de la complicidad de la dirección del Partido en el plan de los capituladores, la conversación sostenida el 2 de marzo de 1939 en el despacho del general Miaja, entre el general Hidalgo de Cisneros, comunista, y el coronel Casado, jefe del Ejército del Centro. Esta conversación ha sido recogida por Álvarez del Vayo en su libro *La Guerra comenzó en España*, página 304.

«El día en cuestión —relata Vayo—, el coronel Casado había invitado al general Hidalgo de Cisneros a almorzar con él. En el curso de la conversación, el coronel Casado expresó su convicción de que Franco no quería negociar con el Gobierno de Negrín y de que nada se podría lograr, por lo tanto, mientras fuese con éste con el que se hubieran de discutir las condiciones de paz. Por otra parte, no había tiempo que perder. Era indispensable llegar a un acuerdo «en dos o tres días». «Y sólo nosotros los militares, podemos hacerlo,» añadió el coronel Casado. Luego se refirió a las entrevistas que había tenido en Madrid con ciertos funcionarios británicos. «No puedo entrar en detalles, pero te doy mi palabra de honor de que yo puedo conseguir de Franco mucho más que el Gobierno de Negrín». Y, más tarde, dijo: «Estoy absolutamente seguro —y sobre esto te doy mi palabra de honor— de que se puede lograr de Franco la promesa de que no entrarán en Madrid los alemanes, italianos ni moros; que no habrá represalias; que podrá salir de España todo el que quiera y que a la mayoría de los militares se nos reconocerá el grado que tenemos».

Hasta aquí la conversación. Álvarez del Vayo dice a continuación, que dada la importancia de esta conversación, en octubre de 1939, se dirigió al general Hidalgo de

Cisneros, a la sazón en Francia, para que la rectificase o reafirmara, recibiendo confirmación de su autenticidad.

No hay, pues, motivos para poner en duda la veracidad de esa entrevista. Pero para mí las conclusiones no son las del mero historiador que registra los hechos, sino las del político que extrae deducciones. Y la primera y principal es ésta:

Hidalgo de Cisneros era un militante del Partido Comunista, directamente relacionado con la dirección del Partido, junto a la cual se encontraba durante todos esos días aciagos. ¿Informó Cisneros a la dirección del Partido de su conversación con Casado? No me cabe la menor duda. Quiere decirse que la dirección del Partido dejaba rodar los hechos sin obstaculizarles el camino. ¿Informó a Negrín? Sin duda. Y Negrín, sabiendo que era cuestión «de dos o tres días» el levantamiento, nada se atrevió a intentar, quizás aconsejado por los elementos moscovitas que no le abandonaban ni a sol ni a sombra.

En tales circunstancias aparecen el mismo día 2 de marzo en el Diario del Ministerio de Defensa una serie de órdenes de carácter militar, entre las que figuraban el nombramiento de Miaja como inspector general de las Fuerzas de Mar, Tierra y Aire, quitándole las facultades de jefe supremo de todas las fuerzas de tierra; la disolución del Grupo de Ejércitos y la distribución en distintos lugares de los componentes de su Estado Mayor. A continuación, el Diario registraba el ascenso al generalato de toda una serie de significados coroneles comunistas, la destitución de comandantes militares de significación política adversa a los comunistas y la designación de otros tantos comunistas para ocupar dichas Comandancias. Asimismo se destituía al jefe de la Base Naval de Cartagena y se designaba a un comunista para ocupar el puesto.

La serie de medidas adoptadas por Negrín por exigencias del Buró Político, que a su vez obedecía órdenes de Togliatti y de Stepanov, produjeron una furiosa reacción en el ánimo de todos los personalmente afectados y de todos los dirigentes de las organizaciones del Frente Popular que veían, y con sobrada razón, en aquellas disposiciones, un auténtico golpe de Estado del Partido Comunista. La medida, de clara inspiración moscovita, fue una fina provocación política, una incitación a la rebeldía y al desacato, la chispa que debía encender el polvorín de la sublevación. Dije entonces, lo repetí en la Unión Soviética y lo reafirmo hoy, que los desdichados nombramientos buscaban la finalidad de sublevar todas las fuerzas políticas y militares contra el Gobierno y el Partido Comunista, para acabar con la mínima unidad que sostenía todo el tinglado de nuestra guerra. Como debieron prever sus autores —más adelante veremos que fue así—, la respuesta llegó cuarenta y ocho horas después con la sublevación de Cartagena y, veinticuatro más tarde con la de la Junta encabezada por el coronel Casado en Madrid, y en la cual, unidos a los militares, aparecían los socialistas, los republicanos, los anarquistas y los sindicalistas. Es decir, el Frente Popular y las fuerzas militares contra Negrín y el Partido Comunista.

CAPITULO VIII

Antes que Franco, nos vence Moscú. La mentira de la resistencia. Sin Gobierno y sin Buró Político. La provocación soviética. Sublevación de Cartagena. La Junta de Casado. La fuga de los cobardes. Togliatti apuñala la lucha.

EN cuanto tuve conocimiento del contenido del «Diario Oficial», dispuse mi salida para Elda. Tenía el presentimiento de que el volcán de odios y pasiones concentrados estaba a punto de irrumpir en una erupción que nos destruiría a todos.

Carretera adelante, Mena me decía:

—La verdad es que la conducta de los camaradas de la dirección no me gusta nada. Quisiera equivocarme, pero mi impresión es desastrosa.

—No digas tonterías Mena, ¿por qué desastrosa?

—¿Por qué? ¿Acaso no estás viendo que el impulso de la conspiración se extiende en tropel adelantando todos los desalientos? ¿Quieres decirme por qué la dirección del Partido abandona Madrid en estas horas críticas?

—No olvides que Negrín, jefe del Gobierno, se encuentra en Elda y que la dirección del Partido precisa estar a su lado para sobrellevar con él cualquier contingencia de gravedad que en el minuto más imprevisto puede presentarse en esta situación de confusionismo y desorientación en que vivimos.

—¡Pamplinas! —exclamó Mena—. ¿Que Negrín está en Elda?… Está en Elda y en todas y en ninguna parte a la vez. El Gobierno es una entidad más abstracta que concreta, más aparente que real. Por carecer, carece de todo resorte de mando y de residencia social. ¿Qué se le pierde al Partido cerca de esa sombra errante? ¿Por qué se aleja el Partido de los centros principales de comunicación y se sepulta en ese perdido pueblecito alicantino?

—La dirección de nuestro Partido es algo parecido a un Estado Mayor. Debe situarse allí donde crea que le es más fácil su actuación, cuidando de quedar «fuera de los fuegos del enemigo». Creo como tú —agregué— que Elda no es el lugar más indicado. Precisamente una de las razones de mi viaje es proponer a los camaradas que se trasladen a Valencia.

—Pero no solamente es necesario que salgan de ese pueblo, sino que además no debe abandonarse Madrid, cuando se tiene la seguridad de que allí se está conspirando en plena calle.

—Supongo que se habrán tomado las medidas necesarias para hacer frente a los acontecimientos y que el hecho de haber salido la dirección no significa huida ante el peligro —dije, dándome cuenta de que hablaba para tranquilizarme a mí mismo.

—¿Quieres que te diga la verdad de lo que pienso? —preguntó con su proverbial franqueza Mena.

—Ya sabes que me encantan tus disparates —autoricé bromeando.

—Pues no te enojes: creo que para el Gobierno y para la dirección del Partido Elda no ofrece otras razones estratégicas que de contar con un magnífico aeródromo, ni más motivos tácticos que los motores de los Douglas siempre al relenti.

—Eres venenoso, Mena. Da gracias a que te conocemos, pues por mucho menos hemos fusilado a excelentes camaradas.

Mena era, a veces, excesivamente rudo en sus juicios. Pero a mí me agradaba escucharle. Era un comunista distinto a los demás: honradote, franco, leal, uno de los no muy abundantes miembros del Partido que en todo momento se producen sin doblez ni temor. Decía lo que pensaba y pensaba en voz alta. Amaba al Partido, creía en él. Cuantos problemas se planteaban los examinaba con una independencia de criterio salvaje. Nada le importaba. Lo que no le parecía justo lo criticaba sin reparar en las consecuencias. Al mismo tiempo se hubiera dejado matar mil veces por el Partido. Era el contraste vivo de ese tipo de comunista de troquel que no piensa, porque piensa que todo está pensado ya, y que estima herejía opinar sobre lo que previamente no han opinado los dirigentes. Oyéndole hablar, había más de una vez pensado en la significación y la invencible fuerza que cobraría nuestro Partido si en él tuviéramos millares y millares de Menas. Sería el fin de los «tabús» y de los «mitos», derribados por el soplo de la sinceridad política y de la dignidad revolucionaria.

¿Acaso en aquel mismo momento no iba yo pensando lo que él venía diciendo en voz alta y clara?

Llegamos a Elda con las primeras sombras de la noche. Y a bocajarro recibo la noticia de que en los fuertes de Cartagena ondea la bandera franquista. Busco a Negrín y Negrín no está. Busco a Pasionaria y me dicen que se halla de visita en «Los Llanos», aeródromo de Albacete.

Pregunto por Uribe y me dicen que Uribe está buscando a Negrín. Inquiero por Togliatti o Stepanov y me dicen que andan por Murcia. Al fin, tras de mucho indagar, encuentro al subsecretario de Guerra, coronel Cordón, que estaba dado a todos los diablos por la sublevación de la Base Naval de Cartagena y la «huida» de la Escuadra, a la que suponíamos también en rebeldía, pero que no se decidía a actuar sin órdenes de Negrín.

Los comunicados de Cartagena eran cada vez más apremiantes y angustiosos.

—Déjate de ministros y presidentes —conminé— y ordena la salida inmediata de una de las divisiones de Levante para Cartagena.

—No puedo hacerlo sin orden del Presidente —contestó Cordón.

—La responsabilidad la tomo yo como Comisario del Grupo de Ejércitos.

—Pero tú ya no eres comisario del Grupo, ¿no has leído el Diario Oficial?

—¿Qué soy yo entonces? —grité a aquel zoquete burocratizado.

—Pues comisario inspector de las fuerzas de Mar, Tierra y Aire.

—¿En cuál de mis tres jerarquías quieres que te redacte la orden? —interpelé irónico.

—Pero… —titubeó Cordón.

—Sin peros que valgan. Primero aplastar la sublevación, después el diluvio; que hagan con nosotros lo que quieran.

Y el teletipo ordenó al comandante de Frutos, jefe de 10.ª División, ponerse inmediatamente sobre ruedas y reconquistar Cartagena para la República.

Al llegar a esa ciudad la 10.ª División se encontró con las fuerzas de una brigada que había dado escolta a Galán para la toma de posesión de su puesto de jefe de la Base Naval, Base Naval que había quedado sin jefe al embarcarse Galán y abandonarla con la Flota. Tomó el mando Rodríguez, comandante de la 11.ª División del Cuerpo de Ejército de Líster. Y aquellas fuerzas se enfrentaron a los facciosos que, iniciando contra Negrín la rebelión, terminaron gritando «¡Viva Franco!» en cuanto se creyeron dueños de la situación. Así estaba de confusa y entremezclada la oposición a Negrín y la ayuda directa a Franco.

Al parecer, el hecho de que los sublevados ocuparan importantes posiciones estratégicas y que conminasen a la Flota a abandonar el puerto, so pena de su hundimiento por las baterías de costa, fue lo que determinó al mando militar a salir a alta mar. Los comunistas hablamos entonces, y también después, de que la Escuadra había huido por mandato de Casado, consintiendo que en los fuertes de Cartagena la quinta columna izase la bandera monárquica. Aquellas opiniones respondían a una confusa versión que a los comunistas no nos interesaba aclarar ni desmentir. Hoy, cedo la pluma a quien tiene más motivos para conocer la verdad, el comisario de la Flota, Bruno Alonso, que en su libro «La Flota Republicana y la Guerra Civil Española», dice lo que sigue:

«La Flota republicana abandonó Cartagena cuando ésta había sido dominada por los sublevados fascistas y cuando, dueños éstos de las baterías de costa, amenazaban a hundirla…» «Conquistadas las baterías de costa, la permanencia de la escuadra en el puerto se considera suicida e ineficaz. Supone aceptar su hundimiento inminente, sin posibilidades de defensa…» «En estas condiciones, el Estado Mayor de la Flota y su almirante opinan que hay que dirigirse a Bizerta, o sea, abandonar toda posibilidad de retomo a Cartagena. Existe para ello una poderosa técnica: la cantidad de petróleo de que se dispone y la falta de seguridad de poder entrar nuevamente en la base. Ciertas o no estas razones —explica Bruno Alonso— ni puedo comprobarlas ni tengo facultades para ello».

Las fuerzas de la 10.ª División, con la Brigada de Galán incorporada a ella, mandada por Rodríguez, reconquistan rápidamente Cartagena e izan de nuevo la bandera de la República en sus fuertes. Era la última batalla que ganaba la República.

* * *

A las tres de la madrugada aparece Negrín, seguido de dos de sus ayudantes. Su aspecto era el de un desastrado. Sin afeitarse, con el flexible hundido hasta las orejas y los pantalones recogidos por la parte baja, como los ciclistas. Parecía muy fatigado.

—¿Dónde diablos se mete usted que no hay modo humano de encontrarle? —pregunté con bastante rudeza.

—¿Me necesitaban? —inquirió Negrín con gesto de hombre decepcionado.

—¿Pero no se ha enterado usted de lo sucedido con la Escuadra y en Cartagena?

—Sí. ¿Qué nuevas noticias hay? —preguntó con agrio ademán.

Le informé de cuanto sabía y de lo que habíamos decidido.

—¿Ve usted? —dijo en tono de amarga ironía—. Ya no me necesitan para nada. Lo que han decidido es correcto, yo no lo hubiera hecho de otra manera.

Cordón nos sirvió una copa de coñac. Bebimos. Confortados por el calor del alcohol, Negrín me tomó del brazo y me apartó a un rincón del amplio despacho.

—Amigo Hernández —comenzó a decirme con voz queda—. Cuando desde Francia decidí trasladarme a la zona Centro-Sur, tenía la impresión de que había un noventa por ciento de probabilidades de dejar la piel aquí, pero ahora ese porcentaje se eleva al noventa y nueve por ciento…

Hizo una pausa. Sus fatigados ojos me miraron con fijeza. Y siguió hablando:

—… Aquí no nos queda nada que hacer. Yo no quiero presidir una nueva guerra civil entre antifranquistas…

—Pero su decisión hundirá todo y a todos en el más infernal de los caos —dije.

—¡Más hundido!… Ya han comenzado las sublevaciones. Ahora ha sido Cartagena… y la Escuadra; mañana será Madrid o Valencia; ¿qué podemos hacer? ¿Aplastarlas? No creo que valga la pena, la guerra está definitivamente perdida. ¿Que quieren ser otros los que negocien la paz? No me opondré.

—¿A qué han respondido entonces esa serie de nombramientos aparecidos en el Diario Oficial? —pregunté confundido y curioso.

—Han respondido a las exigencias de sus camaradas. He tratado de complacerles, sabiendo que todo sería inútil… y hasta perjudicial.

Comprendí que en Negrín había muerto ya el hombre de la resistencia, el Presidente y ministro de Defensa que más leal y eficazmente había encarnado el magnífico espíritu de lucha de nuestro pueblo en la etapa de mayores dificultades de nuestra guerra. Era una víctima más de la artera política de Moscú.

Al día siguiente hube de perder varias horas indagando el paradero de los distintos camaradas de la dirección del Partido y de la delegación soviética. En mi cabeza bullían las más negras ideas. En cada pulsación encontraba el eco de las palabras de Negrín: «Los nombramientos han respondido a las exigencias de sus camaradas».

Al fin llegaron por un lado Togliatti y por otro Pasionaria. Inmediatamente nos reunimos.

—¿Os habéis enterado de la sublevación de Cartagena? —pregunté colérico.

—Sí: ¡cómo no! —contestó displicentemente Pasionaria.

—¿Y no habéis sentido la necesidad de concentraros inmediatamente para ver qué medidas podrían tomarse, sabiendo como sabéis que Negrín no cuenta con más apoyo que el nuestro?

—Suponía que aquí estarían los camaradas Uribe, Checa, Stepanov y Togliatti —dijo Pasionaria a modo de disculpa.

—¿Quién actúa de secretario del Partido? ¿tú? —dije señalando a Pasionaria—. Pues si tú eres el secretario, tu puesto estaba aquí y no en los «Llanos».

—No estaba paseándome, sino trabajando. Tenía necesidad de reunir a los camaradas aviadores —dijo con cierto despecho.

—De los «Llanos» a El da hay escasamente dos horas de camino. ¿Tan duro se te hacía el viaje? —repliqué con sarcasmo.

—Creo —dijo Togliatti— que Hernández tendrá alguna otra cosa que decirnos, ¿no es cierto? —Y en su rostro de esfinge había una tirantez pálida.

—Sí; tengo algo más que decir.

Callaron. Togliatti se quitó sus gafas, y como siempre que se disponía a escuchar, entreteníase limpiándolas.

—La primera cuestión que me interesa plantear es la de que se me diga si como miembro del Buró Político tengo derecho a conocer las decisiones que éste adopta. Por tercera mano me he enterado de que en Madrid habéis decidido toda una serie de medidas en espera de los acontecimientos. Ni se me han dicho qué medidas son esas, ni comprendo por qué hay que esperar a que se produzcan sublevaciones, y no adelantarnos a ellas haciéndolas abortar.

—La segunda —proseguí—, es que me expliquéis las condiciones ventajosas que tiene Elda sobre Madrid o Valencia, para haber fijado aquí la residencia de la dirección del Partido.

—Y la tercera, saber en qué razones políticas se han fundamentado las destituciones y los nombramientos en serie aparecidos en el Diario Oficial de ayer.

Togliatti seguía afanado en la tarea de limpiar los cristales de sus gafas. De cuando en cuando sus ojos miopes me miraban con insistencia de pescado de acuarium.

Pasionaria trenzaba los flecos de una pañoleta que pendía de sus hombros. A pesar de que yo había terminado de hablar, ninguno de los dos se decidía a contestarme. Al fin rompió el fuego Pasionaria.

—El camarada Hernández sabe bien las causas por las cuales no se le convoca a las reuniones del Buró Político. Conjuntamente con él decidimos, a fin de evitar suspicacias de los militares y críticos de los otros partidos, que mientras estuviera a la cabeza del Comisariado del Grupo de Ejércitos, no debería concurrir a las reuniones del Buró.

—Eso es cierto, pero no lo es menos el acuerdo complementario de tenerme al corriente de cuanto decidiese el Buró y de consultarme previamente cuando se tratase de resoluciones de cierta importancia —aclaré.

Pasionaria hizo como si no me escuchara, y prosiguió:

—El Buró ha decidido trasladarse a Elda, para estar junto al Gobierno en todo momento y poder reaccionar ante cualquier acontecimiento con la prontitud precisa.

Y por último, los nombramientos cuya publicación en el Diario Oficial hemos aconsejado a Negrín responden a nuestra política de limpiar el ejército de traidores y vacilantes, meter en cintura a los capituladores e intrigantes, a los derrotistas y conspiradores, sustituyéndolos por hombres con fe, probados en el fuego de cien combates, fieles a la causa del pueblo hasta la muerte. ¿Está claro? —terminó preguntando provocativamente.

—Lo que está claro para mí —dije— es que si razones de inseguridad han aconsejado la salida de la dirección del Partido de Madrid, el traslado no ha debido de hacerse nunca a Elda, sino a Valencia, ciudad que es el centro estratégico del territorio republicano y que dispone de un excelente nudo de comunicaciones que garantizan la rapidez de cualquier acción contra los metidos en el complot. Y está claro también, que si es en Madrid donde hay que esperar que se dé el golpe principal, es a Madrid a donde deben trasladarse inmediatamente uno o dos de nuestros más prestigiosos militares junto con uno de los miembros del Buró Político. Y lo que para mí está más claro que nada es el irremediable disparate de los nombramientos aconsejados a Negrín, a no ser

que hayáis previsto las terribles consecuencias que van a acarrear. Si lo hubiésemos hecho con propósito de provocar la revuelta, hubiéramos acertado. ¿Me podéis decir por qué no están ya en sus nuevos destinos Modesto, Líster, Vega, Mendiola y los demás? ¿Se puede saber qué es lo que tienen que hacer en Elda? ¿O es que su misión es la de esperar los acontecimientos?

Togliatti seguía callado. Lo único que noté fue que su ceño se iba abroncando. Pasionaria, como una leona en celo, me largó un zarpazo envenenado.

—No le tolero al camarada Hernández que nos llame provocadores. Y ahora mismo me retiro de la dirección del Partido, si él no retira esas injuriosas suposiciones.

Togliatti se vio obligado a intervenir.

—Estoy convencido de que Hernández no ha querido llamarnos provocadores, luego no hay por qué ofenderse ni exigir rectificaciones. —Su voz era fría, tranquila, como si discutiésemos la desintegración del átomo. Y siguió con su jesuítica monserga: —Esta combinación de mandos militares y medidas de precaución, desgraciadamente, es un poco tardía. Quizá tenga razón Hernández. Hemos querido corregir de un golpe todos los defectos y daños de la política de Negrín, de vacilaciones en cuanto se refiere a limpiar los focos de conspiración y de traición. Las cosas están demasiado avanzadas, ¿pero qué otras medidas podíamos tomar? Debíamos correr el riesgo de lo peor. Dejar las cosas como ellas mismas se iban produciendo, era la catástrofe. Ahora no nos queda más que afrontar la situación. Como ha hecho Hernández en Cartagena, deberemos hacer en cuantos lugares levante la cabeza la sublevación. Estoy de acuerdo en que nuestros camaradas salgan inmediatamente para hacerse cargo de sus nuevos puestos, y en que pensemos en la conveniencia de trasladarnos a Valencia, llevando por delante al Gobierno, y aunque Negrín está amargado le alentaremos. En Madrid —terminó diciendo—, se ha dejado todo previsto para que no se mueva ni una rata. Si intentan sublevarse, serán aplastados en media hora.

Después de esta explicación quedaba poco que discutir. Así debió pensarlo Pasionaria y así lo pensé yo, que más tranquilo me dispuse a salir en dirección a Valencia, llevándome conmigo a Enrique Castro, quien ahora debía hacerse cargo de mi puesto de comisario cerca del Estado Mayor Central a cuyo frente actuaría el general Matallana. Yo seguiría en mi nuevo destino la suerte del general Miaja.

El día 5 de marzo, por la tarde, estábamos en Valencia Castro y yo. En todas partes se notaba esa tensión nerviosa que precede a los acontecimientos ominosos. Cartagena había sido la avanzadilla de la sublevación general. El golpe era inminente. ¡Y en Elda tan tranquilos!

Por teléfono llamé al general Miaja.

—A sus órdenes, mi general. ¿Contento con su nuevo nombramiento? —exploré.

—¡Qué nombramiento ni que ocho cuartos! Diga usted con mi destitución —contestó irritado el general.

—¿Cómo puede usted interpretar como destitución el que le releven en el mando del Grupo de Ejércitos para designarle general en jefe de todas las fuerzas de Mar, Tierra y Aire? —pregunté.

—¿Cuántos soldados me han dejado? ¿Dónde está mi mando directo? ¡Inspector…! ¡Vaya al diablo Negrín y todos los inspectores! ¡Yo ya sé lo que tengo que hacer!

Las palabras de Miaja encerraban una amenaza. Le anuncié que pasaría a verle inmediatamente.

Sin perder un instante convoqué una reunión de los camaradas responsables del Partido en Valencia. Además de ellos asistieron Castro, Larrañaga, miembro del C. C., Delage y Zapiráin, comisarios de división y miembros activos del Partido.

Los acuerdos de dicha reunión fueron los siguientes:

Desplazar delegados al frente para que ninguna unidad abandonase las posiciones, pasase lo que pasare, sin órdenes del Partido.

Que las unidades que se hallaban en reserva estuvieran preparadas para, a la primera orden, desplazarse hasta Madrid.

Que las agrupaciones de tanques y blindados, como asimismo los guerrilleros, estuviesen listos para ocupar Valencia y todo el litoral.

Que Castro saliera para Elda a informar al Gobierno y a la dirección del Partido de los acuerdos tomados y obtener la conformidad para actuar rápidamente.

Mi entrevista con Miaja me convenció de que estábamos ante la inminencia de la sublevación. Salí de ella con la seguridad de que la cabeza visible de la sublevación sería la de Miaja. Mis cálculos fallaron a medias. Casado se adelantó a él. Miaja, *a posteriori*, se avino a tomar la Presidencia de la Junta de Casado.

El día 5, a las 11 de la noche, la radio de Madrid trasmitía una alocución anunciando la desaparición de los poderes de Negrín y la constitución de un Consejo Nacional de Defensa, que la gente simplificó llamándole Junta. La Junta hablaba de «resistir hasta la muerte», de luchar «hasta lograr una paz digna y honrosa» y alegaba que «el Gobierno de Negrín carecía de legalidad por la dimisión del Presidente Azaña», que «la política de Negrín es la dictadura solapada de un partido que sirve intereses extranjeros».

El volcán había hecho erupción. Su lava nos iba a devorar a todos en medio de la vergüenza y la confusión más espantosa.

* * *

No habría transcurrido media hora de la proclamación de la Junta, cuando me personaba, acompañado del secretario de la Organización del Partido en Valencia, Palau, de Larrañaga, Zapiráin y de Cimorra, mi secretario, en el palacete que en medio del rincón más precioso de la huerta valenciana ocupaba el consejero militar soviético, general Borov. Al llegar me sorprendió encontrar toda la casa en el desorden más organizado. Todo estaba patas arriba, los cajones destripados, las mesas llenas de pedazos de papel que iban siendo arrojados en hogueras encendidas en mitad de las habitaciones. Las maletas y los baúles reventando. Mapas y cartas militares arrollados, archivos embalados, máquinas de escribir amontonadas… El polvo, la polilla y el balduque de un desahucio de locos poseídos del frenesí de la huida. Un trajín febril, nervioso, agitaba a todo un ejército de ayudantes y traductores, que formaban el séquito del general Borov. Me adentré hasta el despacho del general.

—¿Qué diablos sucede, general? —pregunté señalando aquella barahúnda.

—Nos vamos, nos vamos rápidamente —dijo, a la vez que descolgaba una enorme carta militar que tapizaba toda una pared del despacho—. ¿No ha oído usted la radio? —preguntó.

—La he oído, general… y precisamente por ello venía a verle.

—¿Qué deseaba? —preguntó sin dar descanso a sus manos, afanosas por recolectar papeles.

—Como no sé el alcance que tiene la sublevación, desearía estudiar con usted una forma de acción inmediata para movilizar las fuerzas con arreglo a un plan. Usted es militar y siempre lo hará mejor que yo.

—No tengo tiempo, Hernández. Ya he mandado que tengan listos los aviones. Cualquier camarada militar le puede hacer ese plan.

—No tengo a mano a ese camarada militar y el plan lo necesito inmediatamente —dije con tono imperioso.

La cabeza monda y lironda, afeitada, de aquel cernícalo con entorchados, se inmovilizó como si el estupor se la hubiera clavado en los hombros. Me miró unos segundos con fiereza, y luego —a pesar de dominar bastante bien el español—, dijo en ruso una porción de cosas, que, como yo no entendía, pedí a la traductora, Lidia de Trilla, me las vertiera al castellano.

—Dice que todo se lo ha llevado la trampa y que él no es tan estúpido como para dejarse atrapar en la ratonera; que no acepta la responsabilidad de organizar nada, que quien debe decidir lo que hay que hacer es el Gobierno.

—Pero usted se marcha sin esperar a saber lo que el Gobierno decide —repliqué.

—Me marcho y ahora mismo. Mi deber está cumplido. Esto de ahora ya no es asunto nuestro sino de los españoles —contestó mientras apretaba ferozmente una maleta, que se resistía a encerrar un Himalaya de papel.

—¡Ojalá y hubiéramos comprendido a su debido tiempo lo que usted dice ahora! —dije con desprecio.

—¿Qué, qué dice? —gruñó el general.

—Recoja sus papeles, que se le va a hacer tarde —agregué mordaz.

—Ah… ah —rezongó receloso.

Tomé su propio teléfono y, a través de la centralilla del Grupo de Ejércitos, pedí comunicación con el Gobierno en Elda.

—¿Qué hace usted? —gritó como atacado de rabia el general.

—Llamo al Gobierno.

—¿Pero no sabe que el Grupo de Ejércitos está sublevado, que su llamada les indica dónde se encuentra usted y que nos van a detener a todos?

—Desde alguna parte tengo que llamar y, al fin y al cabo, usted se va. Si algo malo sucede no será a usted, será a nosotros. Esté tranquilo.

La llamada telefónica sirvió para que con celeridad de rayo cargasen la batahola de paquetes, maletas y baúles en los coches, que precedidos por un tanque que tenían listo en el jardín, partieron como diablos en la oscuridad de la noche.

Minutos después, Negrín estaba al teléfono.

—¿Me buscaba usted Hernández?

—Sí, señor presidente. Le buscaba para saber qué decisión ha tomado el Gobierno y proceder en consecuencia.

—Hasta ahora ninguna. Estamos deliberando. Llame usted dentro de una hora.

—¿Es todo, Negrín?

—Por ahora es todo.

—Por favor, no corte; dígale a Uribe que quiero hablarle.

Negrín avisó a Uribe, quien acudió al teléfono preguntando:

—¿Qué pasa por Valencia?

—Por aquí todo está enredado. Se hace difícil saber quiénes están sublevados y quiénes se mantienen leales. Si el Gobierno tarda en adoptar una decisión clara, el barullo y confusión crecerán.

—Estamos escuchando un amplio informe de Negrín sobre la situación y después resolveremos lo que sea.

—Lo que sea, no. Hay que resolver con justicia… ¡y pronto! ¿Y si Negrín consecuente con su actitud, os propone abandonar el terreno a la Junta y salir del país? ¿Vais a respaldarle y a seguirle? Esa solución sería la catástrofe. ¿El Partido ha tomado alguna decisión?

—Hasta ahora, ninguna. Espera saber la decisión del Gobierno.

—Me parece que sería mejor que esperase sobre la marcha —dije.

—Es cuestión de un rato nada más —aclaró Uribe, ministro de Agricultura y miembro del Buró Político.

—Llamaré dentro de una hora.

Rápidamente dispuse la salida de toda una serie de correos a las distintas unidades del frente de Levante, con instrucciones precisas de mantenerse en contacto permanente conmigo.

En el palacete del fugado general soviético instalamos nuestro puesto de mando. Una guardia de guerrilleros del XIV Cuerpo daba protección a nuestro improvisado cuartel. Iban y venían sin cesar las motocicletas de los correos, pues decidimos no utilizar los teléfonos a no ser en casos de extremada urgencia, ya que los suponíamos intervenidos.

La situación era curiosa. El Grupo de Ejércitos con todo su Estado Mayor se había acuartelado, pero no actuaba en sublevado. El golpe de la Junta de Casado les había desconcertado y «pisado» su propio plan de levantamiento. Miaja estaba de conferencias continuas con el coronel Casado. Sin duda, se hallaba enojado porque se le habían adelantado. Más tarde llegaron a un acuerdo. Casado le propuso la presidencia de su flamante Junta y Miaja aceptó, cometiendo la mayor torpeza de su vida de soldado. No tardó en arrepentirse. Pero el paso estaba dado y la Junta y los juntistas lo explotaron ampliamente. El prestigio de Miaja daba cierto lustre a los confabulados.

El Grupo de Ejércitos suponía al general Matallana prisionero del Gobierno. El Gobierno los hizo saber que Matallana gozaba de entera libertad en Elda. Para convencerle habló el mismo Matallana con el Estado Mayor diciéndoles que nada anormal le sucedía y que deberían evitar cualquier efusión de sangre.

Las fuerzas con las cuales había acuartelado el Grupo de Ejércitos eran todas de significación comunista, pues formaban parte de una vieja división de «El Campesino». Eso les contenía en sus deseos de atacar nuestro cuartel general: temían ser desobedecidos.

Tampoco nosotros tomábamos iniciativa alguna de lucha, pues esperábamos las decisiones del Gobierno y de la dirección del Partido.

Mientras tanto el caótico desconcierto rodaba aplanando entusiasmos, decisiones y voluntades por todo el ámbito del territorio republicano. Los sublevados sumidos en su propio desorden y faltos de coordinación y los leales inmovilizados por la carencia de una directiva concreta. Así transcurrieron las últimas horas de la noche y primeras de la madrugada del 5 al 6 de marzo.

Serían al filo de las dos de la mañana cuando volví a conectar con la residencia de Negrín en Elda. En vez de Negrín se puso al habla Uribe.

—¿Qué habéis decidido? —pregunté.

—Nada todavía. Negrín sigue informando —contestó Uribe.

—¿Y vosotros?

—Escuchando —dijo tranquilamente.

—La actitud de Negrín está descartada. Desiste de la lucha y seguramente en cuanto amanezca abordará el avión y abandonará a España —dije.

—Eso creo yo también, pues está tratando de convencernos de que «no hay nada que hacer» y que lo peor es «acabar bañándonos en sangre entre nosotros».

—¿Y qué haces tú en semejante velatorio del Gobierno? —pregunté irritado.

—Esperar a ver qué se decide.

—¿Quiere decir que si el Gobierno se decide por el abandono tú te fugarás con él? —le dije rabioso.

—Haré lo que me pide el Partido —contestó sin alterarse.

—¿Pero dónde está el Partido? —grité.

—No lo sé. Llevo aquí encerrado desde las 11 de la noche.

—¿No sientes la necesidad de saber si se han reunido, qué acuerdos han tomado, y qué órdenes han circulado? —volví a preguntar.

—La casa donde está el Partido no tiene teléfono —contestó.

—¡Pero qué teléfono ni qué ocho cuartos! —exclamé fuera de mí—. Elda tiene cinco minutos de lado a lado. ¿No puedes abandonar esa estúpida reunión y acercarte al Partido para hablar con los camaradas?

—Lo intentaré —dijo imperturbable.

—Escucha —dije mandando al diablo todas las medidas de prudencia. Trasmite inmediatamente a la dirección del Partido esta proposición: Como todas las fuerzas que hay en ese pueblo son guerrilleros del Partido, propongo detener inmediatamente a Negrín. Llevarle frente al micrófono de la radio y dictarle una alocución a todo el país y al Ejército, denunciando a la Junta de Casado como una junta de traidores a la que hay que combatir como a la quinta columna de Franco; que declare que no existe más poder que el del Gobierno de la República, y después le metéis en el avión y que se vaya si le da la gana. Pero hay que poner fin a este silencio desconcertante. La radio de Madrid ya ha comenzado a decir que el Gobierno en pleno se ha fugado y que no queda otro poder que el suyo. Unas horas más así y todo se hunde. Los compañeros me preguntan qué deben hacer y yo estoy como un idiota sin saber decirles otra cosa, sino que esperen. Y no las horas, sino los minutos son decisivos en esta situación. Espero media hora para recibir la respuesta. De lo contrario procederé por mi cuenta y razón.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Lo que no habéis hecho vosotros todavía. Emprender la acción con las fuerzas que tenemos.

—Te llamaré enseguida que hable con los camaradas.

—Media hora, no lo olvides.

Ni a la media hora, ni a la hora, ni dos horas después, Uribe me llamó. En el colmo de la indignación, volví a llamar a Negrín. Ya no contestaba nadie. Pregunté a la joven que atendía la centralilla de teléfonos en Elda si podría comunicarme con alguna autoridad oficial y me contestó que lo intentaría. Diez minutos después me hacía saber que lo que

ella conocía como dependencias oficiales no daban señales de vida. Como le mostrara mi incredulidad, me prometió enviar a su hermanita, que estaba junto a ella, a la dirección que le indicara para encontrar a los interesados. Después de darle unas señas aproximadas de donde se encontraba la casa del Partido, y de rogarle que era un asunto urgentísimo, la excelente muchacha —aún hoy no sé quién es—, envió a su hermanita a localizar a los dirigentes del Partido Comunista. Transcurrió un gran rato hasta que sonó el timbre del teléfono. Oí una voz conocida: Manuel Delicado, miembro del Comité Central, estaba en el aparato.

—¿Quién habla? —preguntó.

—Habla Franco, el Generalísimo, que quiere saber si debe molestarse en llegar hasta Elda para colgar a todo el Buró Político o si éste se ha marchado o muerto de repente —dije sardónico.

—¿Cómo?… ¿Cómo ha dicho? —preguntó espantado.

—¡Que habla Franco!

—No… Bien… ¿Qué quiere usted?…

—No te espantes, animal, todavía no ha llegado Franco, aunque no tardará en hacerlo.

—¡Ah!… ¿Eres tú?… ¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? ¿Y todavía me lo preguntáis? Quiero saber qué diablos está haciendo la dirección del Partido y si existe o no existe el Gobierno.

—Yo no sé gran cosa. El Gobierno ha decidido marcharse. Hace un rato que Negrín estuvo en la casa del Partido. Creo que ya está en el aeródromo. Por aquí veo preparativos de marcha. Creo que Pasionaria se va dentro de un rato y Stepanov también. No lo sé de seguro, pero creo que el general Hidalgo de Cisneros ha hablado con Líster sobre esto.

—¿Y vosotros? —pregunté.

—Se dice que nosotros saldremos después.

—¿Está Uribe entre vosotros? —pregunté.

—Sí; está con Pasionaria, Stepanov y Togliatti. Deben estar reunidos.

—¿Sabes si alguno de nuestros mandos ha salido a tomar posesión de sus nuevos destinos?

—Vega salió ayer para Alicante, y allí ha sido hecho prisionero hoy por los elementos de la Junta.

—Pero Líster, Modesto, Tagüeña…

—Todos están aquí.

—¿Puedes decirme algo más?

—No sé nada más.

—Está bien. Mando a Larrañaga ahora mismo para que hable directamente con la dirección del Partido. Adviérteselo a los camaradas. Mientras tanto movilizaré algunas fuerzas para impedir que nos fusilen como a borregos.

—Salud.

—Salud.

Palau, Larrañaga, Zapiráin y yo tuvimos un rápido cambio de impresiones. Resolvimos que las fuerzas del XXII Cuerpo de Ejército, que se hallaban fuera de línea, y cuyos mandos superiores en las tres divisiones que lo integraban eran comunistas, procedieran a retirar el mando al coronel Ibarrola, jefe del Cuerpo y a situar las fuerzas

sobre la carretera de Valencia a Madrid, listas para acudir a la capital de la República y para impedir que del frente de Levante se descolgase alguna de las fuerzas que sabíamos adictas a la Junta. Zapiráin salió a cumplimentar esta decisión. Larrañaga tomó un coche y emprendió la marcha hacia Elda, con instrucciones de regresar inmediatamente. Palau se adentró en la ciudad, para prevenir al Partido que se dispusiese a luchar. Como me preocupaba la situación de Madrid, donde la Junta seguía hablando a sus anchas y nada se decía de resistencia por parte de nuestros camaradas, envié al compañero Montoliú, comisario de Batallón, y audaz entre los audaces, para que hiciese una información sobre lo que allí sucedía. Debería regresar en el curso del día siguiente. Dejé a mi secretario al tanto del teléfono y me dispuse a dormir un rato.

Clareaban las primeras luces del día 6 de marzo cuando intentaba vanamente cerrar los ojos y huir de las mil deducciones que los acontecimientos de las últimas horas exigían a mi razón. Como fantasmas malditos me perseguían los temores de ver confirmadas mis dudas y sospechas. A veces sucede, que por ese sentido de egoísmo innato que nos empuja a los humanos a huir de los sufrimientos morales, bloqueamos la evidencia con muros de excusas artificiosas, que nos aíslan de la verdad. Es una cobardía de la conciencia ante el asalto implacable de la razón. Hacía tiempo que venía mintiéndome a mí mismo, cerrando los ojos por miedo de ver el desolado panorama de mi desilusión. Con la desesperación de un náufrago me aferraba a los podridos maderos que flotaban en el mar de mis angustiosas dudas. Y dudar —me decía— es ya dejar de creer. Y yo no quería creer en mi descreimiento. Atribuía a mi nerviosismo, a la neurosis de la derrota, a la desesperada situación en que nos hallábamos todos, la malignidad de mis reflexiones. Era un subterfugio por el que pretendía escapar a mi desplome espiritual, por miedo a quedar suspendido en el cruel vacío de los sin fe. Prefería una mala fe a quedarme sin ninguna.

No conseguía dormir. La idea de que estábamos en los umbrales de la nada, de que una patrulla cualquiera de la Junta podía fusilarme en cualquier cuneta de una carretera o de que los piquetes revanchistas de falange podrían asesinarnos en masa a los unos y a los otros por insensatos, me dio el consuelo cobarde de llegar al fin sin «desertar» de mi desquiciada fe. Si he de acabar, prefiero acabar siendo lo que he sido; si la suerte me depara alguna posibilidad de continuar viviendo, será el momento de resolver sobre todas estas miserias morales y políticas. Al llegar a esta conclusión me sentí más confortado. Creo que conseguí dormir unas horas.

Ni Cimorra ni Mena se habían despegado de la radio. Las emisiones de la Junta nos llenaban de confusión. Hablaban de la ocupación de las casas del Partido y de la incautación de las imprentas donde se editaban nuestros periódicos. ¿Cómo era posible que en Madrid, donde se me había asegurado por Pasionaria y Togliatti que todo estaba previsto y preparado para aniquilar fulminantemente cualquier intento de sublevación, nuestro Partido se dejase vencer sin lucha?

La radio trasmitía extractos de los editoriales de la prensa republicana, socialista y anarquista, rivalizando en ataques inmisericordes contra los comunistas. Era como un torneo frenético de rencores en emulación, que habrían de hacer escribir a García Pradas, anarquista y una de las figuras principales de la sublevación: «… Se veía inevitable y próximo el triunfo de Franco»… «Este miedo tuvo una derivación política peligrosísima, manifestada en algunos periódicos tan extremados en el ataque al Partido Comunista, que me dieron la impresión de que sus directores, cobardes y encanallados,

pretendían garantizar su existencia ofreciendo a Franco el exterminio de los «bolcheviques». (La Traición de Stalin, página 103.)

La situación era tanto más incomprensible, cuanto que en el frente del Centro, de unos 250 000 soldados, 200 000 estaban mandados por jefes comunistas. Por la tarde de ese mismo día la radio comenzó a anunciar que se combatía en las calles de Madrid con algunos «grupos aislados» de comunistas.

En las proclamas y discursos de la Junta y de sus hombres se aseguraba que el Gobierno había huido cobardemente dejando a España abandonada y que los dirigentes comunistas habían seguido en su fuga al Gobierno.

El general Menéndez, jefe del Ejército de Levante, me requirió al teléfono.

—Dígame usted, general.

—¿Usted ha ordenado a las fuerzas del XXII Cuerpo que corten las carreteras que nos comunican con Valencia?

—Sí, general. Es una simple medida de precaución para que ninguna unidad rebelde abandone el frente y venga a apoyar a la Junta en la retaguardia.

—Pero ya no hay otro poder que el de la Junta. El Gobierno ha salido del país y nosotros, como soldados, obedecemos al poder constituido —contestó el general.

—El Gobierno, si ha salido, cosa que no me consta, no lo ha hecho por voluntad, sino obligado por el golpe de fuerza de los juntistas; luego no hay legalidad ninguna que obligue a reconocer un poder fraudulento. Mientras el Gobierno no decline sus poderes, la legalidad está en él, se halle donde se halle.

—Bien, usted lo aprecia así, pero la mayoría de los mandos necesitamos obedecer a una autoridad, y en este momento no hay otra visible que la de la Junta de Madrid. Es mejor tener una autoridad dudosa, que carecer en absoluto de ella.

—Pues, perdóneme, general, pero yo no la acato. En Madrid se lucha contra la Junta y presiento que desaparecerá en unas horas.

—¿Pero por qué y quién luchan? Si el Gobierno ha huido sin decir una palabra ¿qué objeto tiene luchar por él? —decía, razonablemente, el general.

—Si no hubiera otra razón de lucha, nos basta con saber que ese golpe tiene el carácter de quintacolumnista —dije.

—¡Pero si lo apoyan todas las organizaciones del Frente Popular!

—Aunque lo apoye el firmamento en pleno —repliqué en sectario.

—Reflexione usted, Hernández —dijo el general Menéndez—. Supongamos que ustedes derriban a la Junta ¿qué poder van a constituir, cuando todos los partidos políticos y las organizaciones sindicales están contra ustedes? Cualquier tipo de poder, será el soviet con el nombre que ustedes quieran. ¿Quién les va a obedecer? ¿Cree usted que estamos para dictaduras? No sean ustedes locos. Esto se hunde sin remedio.

La voz del general en jefe del frente de Levante, era la voz de toda la gente honesta que en los frentes y en la retaguardia se hubiesen batido hasta la muerte por defender al Gobierno y que en la mañana del 6 de marzo no encontraban otro poder constituido que el de la Junta, y unos de mejor y otros de peor gana comenzaron a aceptar sus órdenes y mandatos.

Una de las divisiones del XXII Cuerpo estaba situada en el alto del puerto de Contreras, cortando todas las comunicaciones de Valencia con Madrid. El XVII Cuerpo de Ejército, situado en las inmediaciones de Tarancón, casi a las puertas de Madrid, nos hizo saber que dos de sus divisiones estaban listas para obedecer las órdenes del

Partido y caer sobre Madrid, pero que tendrían que neutralizar una de las divisiones que lo integraban, pues los mandos y los soldados se inclinaban al reconocimiento de la Junta, después de saber la fuga de Negrín.

Del frente de Levante, el comisario de uno de los Cuerpos de Ejército mandados por un miembro del Partido, informó que su jefe, Durán, estaba de acuerdo con los puntos de vista del general Menéndez, toda vez que la deserción del Gobierno implicaba una renuncia al poder.

En el pueblo la desorientación fue aún más espantosa. Al levantarse en la mañana del seis de marzo se encontró en la primera página de todos los periódicos la noticia del nuevo poder, la fraseología retumbante de los discursos, la promesa de una paz inmediata y la noticia de la traición y huida del Gobierno y de los comunistas.

La Junta trasmitía por radio la orden de detención del «traidor» Jesús Hernández, que impedía llegar los suministros de víveres de Valencia para el pueblo y el Ejército del frente de Madrid.

Al fin llegó Larrañaga de regreso de Elda. El corazón me brincaba de impaciencia. Las preguntas se me atropellaban en la boca. Quería saberlo todo de una vez.

—Me he retrasado porque he tenido que llegar hasta Murcia. En Elda, cuando llegué, Negrín ya se había marchado con casi todo su Gobierno. Pasionaria y Stepanov se habían largado antes que el mismo Negrín, camino de Francia, en un Douglas pilotado por nuestro camarada Hidalgo de Cisneros. Uribe estaba durmiendo y no recibía a nadie. Pregunté por Togliatti y me dijeron que estaba por Murcia en compañía de Checa. Salí para Murcia. Allí lo encontré y regresé con él a Elda. Le expliqué cuál es nuestra opinión de las cosas. Me escuchó y me dijo que te dijera que inmediatamente mandases a Elda una o dos compañías de guerrilleros y que por los caminos que puedas te llegues a las 10 de la noche al cruce de carreteras de Elda con Novelda. Que allí te esperan y discutiréis lo que se debe hacer.

—¿Pero le explicaste que tenemos todas las probabilidades de acabar con la Junta, que nos sobran fuerzas para ello?

—Le expliqué todo lo explicable. Su respuesta fue la que te he, dicho. ¡Ah! —exclamó—. Me dijo que te acompañásemos en el viaje Palau y yo.

—¿Pero qué es lo que quiere, una reunión o una fuga nuestra también?

—No lo sé. Por lo que he deducido, quiere una reunión.

—¿Viste a algún otro camarada?

—Sí. He visto a Castro. Está indignadísimo porque Pasionaria no quiso recibirle cuando llegó de Valencia enviado por ti. Estaba entretenida jugando a las cartas con Modesto y Stepanov. Insistió y todo fue en vano. He visto también a Líster y a otra infinidad de camaradas; todos están desconcertados.

También yo lo estaba. Titubeaba entre ignorarlos a todos y actuar como franco tirador u obedecer hasta el último momento a la tradición de disciplina de mi Partido.

Consulté con Larrañaga y con Palau y fueron de opinión de que deberíamos acudir a la cita del cruce de carreteras de Elda y Novelda.

—¿Sabéis que ese viaje tiene el noventa y nueve por ciento de probabilidades de costamos la piel? —les advertí.

Dejamos encargado a Zapiráin de la organización y de mantener los contactos. Previamente llamé a Hungría, jefe del XIV Cuerpo de Guerrilleros, acuartelado en las proximidades de Valencia y le di la orden de enviar sin pérdida de tiempo dos

compañías de sus hombres a disposición del Partido en Elda. Como dato sintomático de la desmoralización que había cundido ya hasta en los medios del Partido, debo decir que Hungría cumplimentó mis órdenes, pero al mismo tiempo él y Valentín González, «El Campesino», se vistieron de civiles y armados hasta los dientes se metieron en un coche y fueron a parar a Almería, donde por la fuerza se apoderaron de una embarcación de motor de las que usan los pescadores, y se hicieron a la mar rumbo a Orán, en la costa africana del protectorado francés.

Salimos de Valencia siguiendo caminos vecinales. Ya sobre la carretera de Alicante, las patrullas se cuadraban al paso de nuestro automóvil en la creencia de que se trataba de un coche oficial de la Junta, pues todos íbamos de uniforme y la bandera del comisariado ondeaba en el guardabarros delantero. Era un viaje suicida en el que sólo la audacia podía salvarnos. A las 10 de la noche estábamos en el cruce de las carreteras de Elda y Novelda. Prudentemente detuvimos el coche a cierta distancia de la patrulla. Mena se apeó para explorar so pretexto de preguntarles cuál de ambas carreteras conducía a Elda. Se la indicaron. Al regresar nos dijo que eran guardias de Asalto afectos a la Junta.

Mi primer impulso fue retroceder. Estando las patrullas de la Junta a la entrada de Elda, era obvio que de allí habría salido ya la dirección del Partido o lo que quedara de ella.

—¡Adelante! —ordené al chófer—. A Elda. Ya que estamos aquí sabremos lo que ha sucedido.

Entramos en el pueblo sin ninguna dificultad. No se veía un alma por las calles. De camino se hallaba la casa que ocupaba el subsecretariado, Cordón, que yo conocía por haber estado en ella hacía unos días. La puerta del jardín estaba abierta. Al fondo se veía la sombra de la gran mansión. Al llegar al vestíbulo, de las sombras salió una voz conminatoria dándonos el alto.

—No pares el motor —indiqué al chófer—. Ten calada la velocidad.

El centinela se acercó. Era un jovencito con uniforme de guardia de Asalto.

Saqué la cabeza por la ventanilla, para que pudiera ver los rameados de oro de mi gorra de comisario, semejante a la de un general.

—A sus órdenes —dijo saludando el centinela, sin sospechar quiénes éramos.

—¿Quién ocupa la casa? —pregunté.

—Guardias de Asalto llegados de Murcia.

—¿Y la gente que estaba aquí?

—Han huido todos al aeródromo de Monóvar.

—¡Buena guardia, muchacho!

—¡A la orden!

Al salir del jardín a la carretera una patrulla nos dio el alto.

—¡La consigna! —exigió el teniente.

Nuevamente mi uniforme nos sacó del apuro.

—La consigna la doy yo —le grité—. ¡A ver si sabes a quién se la pides!

—Perdone, mi general, con esta oscuridad no se distingue —se excusó el oficial.

Antes de abandonar el pueblo, resolví dar un vistazo a la casa del Partido. Al entrar todo daba la impresión de una catacumba solitaria. Ni una luz, ni un alma viviente. Mena subió al piso alto y cuando nos disponíamos a marchar oí que me llamaba. Subimos todos y nos encontramos con una escena de drama. A la tenue luz de una vela se

encontraba borracho perdido un viejo camarada asturiano, apellidado Zapico, al que Checa había dado la orden de quedarse en la casa del Partido en espera de nuestra llegada. Como quiera que aquello equivalía a una sentencia de muerte se había bebido una botella y más de la mitad de otra de coñac, para tener el valor de pegarse un tiro cuando llegasen los de la Junta a detenerle. Al llegar Mena tenía la pistola empuñada. Afortunadamente, sus ansias de vivir se sobrepusieron al alcohol, y pudo reconocer a Mena. Mientras me explicaba todo esto gruesas lágrimas corrían por sus mejillas curtidas por la pólvora de cien combates.

—No soy un cobarde aunque me veas llorar… No quería morir así. Trataba de llegar a la inconsciencia…

—¿Dónde están los camaradas? —pregunté.

—Me han dicho que en el kilómetro cuatro de la carretera de Novelda os espera un enlace.

Montamos en los coches y, sin luces, enfilamos a la salida del pueblo. No habríamos andado cien metros cuando una sombra se perfiló a uno de los lados del camino. Zapico, completamente despabilado de su embriaguez, la reconoció.

—¡Para! ¡Para! —gritó al chófer—. Ese es el camarada que nos debía esperar en el kilómetro cuatro.

Pero la sombra huyó como alma que llevara el diablo, saltando por los huertos cercanos hasta perderse. Sin duda se había asustado y nos creyó fuerzas de la Junta.

—¡A Valencia! —dije al chófer—. Nuestra misión está cumplida aquí. Si alguno quiere irse al aeródromo, no me opondré —ofrecí a los camaradas.

—¡A Valencia! —dijeron a coro.

El viaje de regreso lo hicimos con la misma buena suerte que el de ida hasta la entrada de Valencia. El control que inspeccionaba el acceso a la ciudad había establecido una red laberíntica que obligaba a detenerse a todos los vehículos.

—¡Documentos! —aulló una voz con el ojo tuerto de un farol de carburo.

Entregué mi credencial de comisario general mientras por las cuatro ventanillas del coche se alargaban los cuellos de otros tantos «naranjeros» (cortos fusiles ametralladoras). En las sombras distinguíamos como una media docena de hombres arma al brazo. El del farol alumbró mi credencial.

O no sabía leer o no había escuchado la radio de Madrid, o estaba borracho, pues tras de darle vueltas de un lado para otro regresó devolviéndonos el documento y deseándonos buen viaje.

Directamente nos fuimos hasta las proximidades de Chiva, puesto de mando del XXII Cuerpo de Ejército. Una enorme hilera de camiones cargados con toda clase de vituallas se alargaba en la carretera. Madrid estaba incomunicado.

—¿Qué novedades? —pregunté a nuestros mandos.

—Ninguna. En Madrid, al parecer, prosigue la lucha.

Decidí establecer nuestro puesto de mando en las proximidades del Cuartel General del XXII Cuerpo. Esperaba el regreso de Montoliú, que debería traemos noticias fidedignas sobre la situación de Madrid. Sin perder momento y, convencido de que toda la dirección del Partido había salido del país, me puse a redactar un manifiesto contestando a la propaganda de la Junta que jaleaba la fuga de la dirección del Buró Político, documento en el que firmaba que la dirección del Partido estaba en su puesto y que la Junta de Madrid mentía al decir que los comunistas éramos enemigos de una «paz

honrosa» y que «queríamos proseguir la resistencia sirviendo los designios de Rusia». En dicho manifiesto afirmaba: «Los comunistas deseamos ardientemente la paz, pero una paz que nos garantice continuar siendo españoles, dentro de la integridad territorial de nuestra patria; una paz en la que todos los defensores de la independencia no sean perseguidos y exterminados como fieras»… «Para negociar esa paz deberemos estar dispuestos a pelear hasta el fin»…

Leído el documento y aprobado por los camaradas; que me acompañaban, procedí a la organización de un Buró Político provisional. Quedó integrado así: Larrañaga, Palau, Zapiráin, Martínez Cartón (quien se hallaba en Extremadura al frente de su división) y yo.

Por la tarde de ese mismo día, 7 de marzo, vino a verme el comandante Ciutat, comunista y jefe de operaciones del Ejército de Levante. Había estado en Elda y venía directamente de Cartagena. Su información no podía ser más desoladora ni más indignante. De Elda, la dirección del Partido había salido en fuga hacia el aeródromo de Novelda, al enterarse que desde Murcia habían sido enviadas ciertas fuerzas para ocupar el pueblo. Los guerrilleros que yo les había enviado sirvieron para proteger la salida de los aviones. Previamente a la salida se había celebrado una reunión de todos los miembros del Comité Central con Togliatti. La cuestión a discutir si procedía o no hacer resistencia a la Junta de Madrid una vez huido el Gobierno. Togliatti se expresó en sentido de que «toda resistencia era inútil». Modesto opinó en el mismo sentido. No se discutió más. Los reunidos va no pensaron en otra cosa que en la capacidad de los aviones, para saber si cabrían todos o no. Hubo intentos hasta de motín. Se repartieron dólares y libras esterlinas. A unos más y a otros menos. Al fin se acomodaron todos en los aviones y abandonaron España. Checa, secretario de Organización del Buró Político, decidió quedarse hasta el fin. También Togliatti, aunque por distintos motivos, decidió quedarse: aún no había concluido su «tarea». Checa salió por la carretera de Alicante camino a Valencia. Togliatti resolvió irse a Murcia donde, al parecer, tenía instalado un pequeño «aparato» la delegación soviética. El informante no sabía más acerca de ellos. Había salido de Novelda para Cartagena, donde se encontró con un espectáculo dramático. Miles de gentes de todos los partidos y organizaciones se disputaban todos los medios de navegación para salir huyendo hacia las costas africanas del Marruecos francés. La casualidad le hizo encontrar a los compañeros Lucio Santiago y Juárez que se ocupaban de organizar la evacuación de cuantos comunistas llegaban a dicho puerto. Al preguntarle Ciutat quién les había dado tales instrucciones, Lucio le mostró una cuartilla escrita de puño y letra de Togliatti —cuya copia había tomado Ciutat y que se apresuró a entregarme—, en la que el jefe de la delegación de consejeros políticos había escrito: «Todo está acabado. Hay que buscar un entendimiento con la gente de la Junta de Casado y ganar tiempo para evacuar a los camaradas más responsables y para esperar la llegada de barcos que ya se han pedido a Francia para llevarse al grueso de los camaradas más comprometidos». Togliatti había enviado copia de esta directriz a los camaradas del Comité Provincial de Madrid.

En el campo de concentración de Orán tuve ocasión de hablar con Juárez, quien me confirmó plenamente las palabras de Ciutat y de la directiva escrita por Togliatti.

—Una vergüenza, Hernández, una vergüenza —me decía Ciutat a modo de comentario.

—Una vergüenza y algo más —respondí trémulo de coraje.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

Le mostré el original del manifiesto que había escrito.

—Me parece bien, pero más que aclarar vendrá a confundir —objetó.

—Si la directiva de Togliatti ha llegado a Madrid, todo es inútil —admití.

—Ten la seguridad de que ya está allí.

En ese momento de la conversación llegó un correo que venía de Alicante.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Pedro Checa está detenido en el cuartel de guardias de Asalto. Le han detenido esta madrugada creyendo que eras tú y estuvo a punto de ser fusilado. Gracias a un capitán de filiación socialista que le conocía, pudo escapar al piquete de ejecución.

—Como os parecéis tanto… —observó Ciutat.

—¿Y qué sabéis de él? —pregunté.

—Cuando yo he salido, seguía detenido.

—Creo —dije a Ciutat—, que aunque no sea más que para evitar que la Junta detenga y fusile a nuestros camaradas, no debemos desmontar nuestro dispositivo militar. Si no vale la pena pelear, cuando menos tendremos siempre en la mano un arma de coacción.

—Me parece bien.

A pesar de todo mandé distribuir el manifiesto.

* * *

¿Cuál era la verdad de lo sucedido en Elda y en Novelda, en las horas dramáticas de la noche del cinco y día seis de marzo?

Álvarez del Vayo, relata lo acaecido en estos términos:

«Se había convocado una reunión del Consejo de Ministros para discutir las líneas generales del discurso que el jefe del Gobierno iba a pronunciar por radio al día siguiente. En ese discurso habían de exponerse claramente la posición del Gobierno respecto a la cuestión de la paz y los pasos dados para obtener un armisticio libre de persecuciones y represalias» …«La reunión del gabinete se interrumpió para cenar. En el comedor de la presidencia estaban todos los ministros, el general Matallana, jefe del Estado Mayor, y el general Cordón, subsecretario de Guerra, con sus ayudantes respectivos, cuando, de pronto, nos llegaron noticias de Valencia de que en Madrid se estaba lanzando por radio un ataque contra el Gobierno. Al principio pensamos que sería alguna de las estaciones de Franco, que emitía con la misma longitud de Madrid. Una llamada telefónica del general Cordón a Casado preguntándole si se trataba realmente de la emisora de Madrid, nos trajo la noticia de que éste se había sublevado.

«El jefe del Gobierno preguntó por teléfono a Casado: «¿Qué pasa en Madrid, general?» «Lo que pasa es que me he sublevado», contestó. «¿Que se ha sublevado usted? ¿Contra quién? ¿Contra mí? «Sí, contra usted». «Considérese relevado del mando», contestó el señor Negrín. El era todavía el jefe del Gobierno de España y ministro de Defensa Nacional» —comenta del Vayo. Y agrega, en amarga confesión: «Pronto había de descubrir que los pasos que podía dar para hacer efectiva esa autoridad eran muy pocos».

«Después de cinco horas pasadas en tratar infructuosamente de obtener los contactos necesarios para resistir al golpe de Casado, el Gobierno se dispuso a hacer

preparativos que la situación reclamaba. Permanecer allí era correr el riesgo de vernos cortados y detenidos en cualquier momento»… «Mientras esperábamos en el aeródromo, a las nueve de la mañana, los aeroplanos, que estaban para llegar de un momento a otro, el doctor Negrín me llamó a su coche, y con el pretexto de explorar el terreno salimos en busca del único puesto militar en el que había posibilidades de encontrar a algunos jefes leales.

«Se trataba de la posición Dakar… Allí estaban los generales Hidalgo de Cisneros, Cordón y Modesto; el coronel Núñez Maza, subsecretario de Aviación, Líster, Pasionaria, y un número considerable de jefes y oficiales del Ejército. Más tarde se unieron a ellos los señores Uribe y Moix (dos ministros comunistas), a quienes sus organizaciones respectivas habían confiado la misión de reunir a sus afiliados más significados, en el caso de una forzosa evacuación».

Del Vayo, oculta quizá por desconocerlas, mis conversaciones telefónicas con Negrín y con Uribe en el curso del dilatado Consejo de Ministros, quizá también porque Uribe, compañero de Gobierno, no le diría una palabra de mis propuestas, ni de las trasmitidas por Castro, ni de las llevadas por Larrañaga. Pero sigamos escuchándole:

«El doctor Negrín se puso a redactar un mensaje para Casado»…: «El Gobierno de mi presidencia —decía la nota— se ha visto dolorosamente sorprendido por un movimiento que no aparece justificado»… «En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta constituida en Madrid y la propone designe una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de esta manera se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa por que hemos luchado». Firmaba, Negrín».

La nota de capitulación del Gobierno ante la Junta no se compadece en nada con la anterior afirmación de que el Gobierno había durante «cinco horas buscado contactos para resistir el golpe de Casado».

«Hasta las dos y media de la tarde esperamos la contestación de Casado —sigue relatando del Vayo—. Desde el aeródromo nos advirtieron varias veces que si los aeroplanos permanecían allí más tiempo caerían en manos de las fuerzas casadistas; y fue un milagro que no ocurriera así. El doctor Negrín cayó dormido, después de treinta horas de tensión increíble, mientras el general Modesto, otros dos oficiales y yo, nos pusimos a jugar a las cartas, para matar el tiempo»… «A las dos y media una llamada telefónica nos anunció la captura de la Comandancia Militar de Alicante por las tropas de Casado. Alicante era el último reducto leal. Si habíamos de marchar a Francia, nuestra partida no debía demorarse». «No era seductora la perspectiva de vernos detenidos, y aún retratados, en el momento de tomar el avión. Pero nadie intentó detenernos».

Todavía no he logrado salir de mi estupor ante la actitud del Gobierno —que Vayo candorosamente relata— frente a un adversario insignificante, que hubiera tardado en caer de rodillas lo que hubiera tardado el país y el Ejército en enterarse de que el Gobierno lo consideraba como un golpe quintacolumnista. Pero el Gobierno en vez de hablar al pueblo, suplicaba y rogaba a la Junta para que fuesen buenos chicos y aceptasen la «transmisión de poderes». Los dirigentes comunistas que acompañaban a Negrín en sus andanzas «trasmisoras de poderes» (fue Cordón, personalmente encargado de leerle la nota a Casado, y Cordón —no se olvide— era miembro del

Partido Comunista) tampoco encontraron, aunque las razones fueron distintas, motivo para dirigirse públicamente al país y a todos sus afiliados, denunciando el carácter de la Junta.

¿Qué de extraordinario tiene que Negrín se comportara como lo hizo si su único soporte político y militar de Poder, el Partido Comunista, en la representación de su Buró Político se desentendía de la situación por órdenes expresas de la delegación soviética?

CAPITULO IX

El Buró Político, reo de deserción. La obra de la «troika» Stepanov-Togliatti-Pasionaria. La lucha contra la Junta de Casado. El fin de la guerra. Camino del exilio.

SONÓ el teléfono. Los camaradas del XXII Cuerpo de Ejército me indicaban que el general Menéndez deseaba hablar conmigo.

—Conectadme —indiqué.

—Buenas tardes, general.

—Buenas tardes, Hernández. Le llamaba para rogarle que autorice el paso de camiones con víveres para Madrid, pues me ha hablado uno de los dirigentes de la Junta diciéndome que la falta de víveres se hace angustiosa en la capital.

—Diga usted a la Junta que en cuanto ponga en libertad a Pedro Checa, detenido en Alicante, y le provea de un salvoconducto para llegar hasta el puesto de mando del XXII Cuerpo, ordenaré abrir la carretera.

—¿Puedo transmitir esa proposición?

—Totalmente.

—Voy al teletipo. En seguida le comunicaré el resultado.

—Le espero, general.

La ansiedad y la angustia me consumían. Nunca he esperado con tanta inquietud e impaciencia como esperaba en aquellas horas el regreso de Montoliú de Madrid.

Larrañaga había salido para Valencia, vestido de simple soldado para evitar molestias y poder informarse de lo que acontecía por la ciudad. Zapiráin dormía sobre un sofá. Mena, con su espíritu tan leal como crítico, me decía:

—Has hecho mal en perder tanto tiempo. Yo, en tu situación y con tu autoridad, hubiera mandado a hacer gárgaras a toda esa taifa de cobardes, que lo único que han hecho ha sido entretenerte para evitar la lucha contra la Junta. Ahora estamos maniatados. Todos nuestros actos son como palos de ciego. No sabemos qué rumbo es el conveniente. Y la Junta nos ha ido cercando. Nuestros propios hombres están desmoralizados. Y nosotros también. Dentro de un par de días, todo habrá terminado. La autoridad de la Junta será acatada hasta por nuestras células de Partido. Ese manifiesto que has ordenado distribuir da fe de que tú estás aquí, pero no puede desmentir que el Gobierno y la dirección del Partido han salido huyendo. Hace cuarenta y ocho horas aún era tiempo; ahora es tarde.

—Todavía no está todo perdido. En Madrid se está luchando —dije, aterrándome a la última posibilidad—. ¡Ese Montoliú que no llega!

Volvió a sonar el teléfono. El general Menéndez me informaba que la Junta no sabía nada de Pedro Checa, que en Madrid no estaba y que en Alicante tampoco.

—Pues mientras no aparezca no pasará un solo camión para Madrid —dije enfadado.

—Su actitud puede hacer inútiles las conversaciones entabladas entre la Junta y sus camaradas de Madrid, para cesar la lucha —dijo Menéndez.

—¿Conversaciones?…

—Eso acaban de decirme por el teletipo —explicó Menéndez.

—De todas formas, indique usted a la Junta que necesito a Checa vivo a mi lado para autorizar el paso de camiones con víveres.

—Comprenda usted que la población civil es la que sufrirá las consecuencias.

—Lo comprendo y desearía evitarlo. Precisamente por ello advierta usted a la Junta que para mí no tendrán validez ninguna clase de acuerdos para el cese de la lucha que no impliquen la libertad de todos los presos comunistas, el restablecimiento de la prensa de nuestro Partido, la libertad de acción y de palabra y, sobre todo, la aparición de Pedro Checa.

—Volveré a llamarle.

—Gracias, general.

Me desplomé vencido. No me cabía duda de que el general no había inventado la especie de las «conversaciones entabladas» entre nuestros camaradas en Madrid y la Junta de Casado. La obra de Togliatti se redondeaba. Habíamos llegado al fin más inaudito. No nos vencían las fuerzas de la Junta, nos vencía la puñalada desleal de los agentes de Moscú.

Hasta el día siguiente por la tarde no llegó Montoliú. De su relato deduje lo siguiente:

La organización del Partido reaccionó con lentitud frente al golpe de la Junta. La detención de uno de sus miembros de enlace con los frentes, determinó la pérdida de toda la noche del cinco y de casi todo el día seis. En esas horas las fuerzas militares de la Junta ocuparon los locales y las imprentas del Partido y pusieron en huida al Comité Provincial, que no sabía por qué no llegaban las fuerzas preparadas para sofocar la sublevación. Esta situación desorientó a toda nuestra masa de militantes en Madrid, muchos de los cuales se vieron sorprendidos en sus lechos por la policía de Casado. El día 6 se movilizaron algunas fuerzas del II Cuerpo al mando de nuestro camarada Ascanio, ocupando Fuencarral y llegando al Hipódromo y a los Ministerios. En Alcalá, fuerzas de tanques y guerrilleros, avanzaron sobre el cuartel general de la Junta, situado en la carretera de Aragón, donde, tras breve combate con las fuerzas de la 70 Brigada, afecta a la Junta, ocupaban la posición y llegaban a Las Ventas, dominando enteramente la carretera desde Alcalá a Madrid, y, al fin, se unieron con las fuerzas de Ascanio a través de la carretera de la Ciudad Lineal, quedando toda aquella zona en manos de nuestras fuerzas. En el interior de la ciudad, la situación de la Junta era apurada. Todas sus fuerzas se concentraron en torno a los puntos estratégicos para defender los accesos al Ministerio de Hacienda, en cuyos sótanos se instalaron los juntistas. Cuando el Partido se disponía a liquidar el refugio de la Junta, las tropas de Franco desencadenaron un furioso ataque en toda la línea del II Cuerpo de Ejército, desde Carabanchel hasta el enlace con el I Cuerpo, frente guarnecido por tropas adictas al

Partido Comunista. La situación se hizo gravísima, pues el enemigo había roto nuestras líneas. Nuestros mandos decidieron repeler el ataque de Franco, dejando para después sus asuntos con la Junta. Esto permitió un respiro a Casado.

Refiriéndose a este episodio, Edmundo Domínguez, comisario en el Cuartel de Casado, escribe en su ya citado libro: «El martes la situación se hizo más crítica. El I Cuerpo de Ejército, que hasta aquel día se había mantenido en una actitud pasiva, se unió a las fuerzas que combatían al Consejo (Junta). El primer acto de hostilidad hacia él se llevó a cabo por la 200 Brigada. Las fuerzas de Carabineros que dominaban hasta la calle de Alcalá pertenecían al III Cuerpo de Ejército y se habían sumado también a los que combatían al Consejo.

«Casado ordenó al jefe de la 7.ª División que enviara la artillería gruesa y un batallón de ametralladoras. Esta unidad, mandada por un jefe comunista, no había participado en la lucha, atento éste a la defensa de las líneas de la Casa de Campo y de Rosales, y esta circunstancia la consideró suficiente Casado para creerle disciplinado a su mando.

—«González, mándame tu artillería y un batallón de ametralladoras —le ordenó por teléfono.

—»Ven tú por ellas, traidor —fue la contestación.

»Indignado y enfurecido, Casado ordenó que las fuerzas que defendían al Consejo, y que estaban situadas en la Puerta del Sol, avanzasen por la calle del Arenal y atacasen el puesto de mando de la División, que estaba instalado en el Paseo de San Vicente, cerca de la plaza de España.

»Simultáneamente a este ataque, esta División se vio acosada por las fuerzas de Franco.

»Esta sospechosa coincidencia llenó de ira y de coraje a González y dispuso la defensa rápidamente.

»Sin gran esfuerzo puso en fuga a las fuerzas de Casado hasta la misma Puerta del Sol, de donde habían salido, haciéndoles bastantes bajas y cogiéndoles armamento. Pero esta acción había debilitado su línea de combate frente a los fascistas y se vieron obligados a replegarse hasta la puerta de la Casa de Campo, cerca de la Cuesta de San Vicente.

»Vencidas las fuerzas de Casado, organizan un ataque y al día siguiente recuperan las posiciones perdidas y hacen noventa prisioneros y más de trescientas bajas al enemigo».

Este episodio que relata el comisario del Ejército del Centro, testigo de todas aquellas horas de hondo dramatismo, pone de manifiesto cómo los comunistas se vieron obligados a hacer frente a dos adversarios, el del interior y el del exterior, a la Junta y a Franco. No obstante, les sobraban medios para acabar con la Junta, y hubieran acabado con ella fulminantemente, de haber tenido una dirección militar más enérgica y una comprensión más política de la lucha. Les faltó en los primeros momentos lo que Togliatti y Pasionaria quisieron que les faltara. De cualquier manera la derrota de los juntistas era cuestión de unos días. La Junta se salvó por la orden de Togliatti.

—Yo mismo —seguía explicándome Montoliú— he sido comisionado por Diéguez para hablar con Casado. Está dispuesto a negociar. Después de esto he visto nuevamente a Diéguez (secretario del Comité Provincial del Partido en Madrid) y se disponía a salir en dirección a Madrid para entrevistarse con Casado. Entendí que nada me quedaba que hacer allí y rápidamente he venido a informarte.

Cuando llegó Larrañaga reunimos el Buró. Todos coincidimos en que habíamos llegado al fin. Las noticias que teníamos de los distintos frentes eran desastrosas. La disciplina se estaba rompiendo. Muchos soldados y compañías enteras, convencidos de la inminencia del triunfo de Franco, desertaban al campo enemigo con propósito de salvar sus vidas. Los mandos les dejaban hacer. Ya no había moral combativa. El desplome podía ser vertical. Se trataba, pues, de intentar lo imposible: rehacer la situación, condicionando el reconocimiento de la Junta a la previa aceptación por la misma de algunos principios mínimos. Y escribí una carta a Diéguez en la que decía: «Nuestro reconocimiento de la Junta deberá condicionarse al restablecimiento de la normalidad, al cese de la persecución contra nuestro Partido, a que se restituya a sus puestos a cuantos mandos y comisarios se han destituido por el solo hecho de ser comunistas, a que se abran cuantos locales de nuestro Partido han sido clausurados, a que se autorice la publicación de nuestra prensa, a que se ponga en libertad a todos los camaradas detenidos y se reanude la convivencia y unidad de todas las fuerzas antifascistas».

Mandamos un correo a Madrid con estas instrucciones. Cuando llegó, nuestros camaradas habían ya pactado más o menos en las mismas condiciones. Casado lo aceptó todo. Después se portó como un canalla.

* * *

Un día o dos después llegó hasta la posición donde me encontraba un coche de turismo y, con no poca sorpresa y alegría, vi descender de él a Checa.

Checa era un excelente camarada, cuyo único defecto era su extremada modestia. Jamás consintió que se publicase una sola fotografía de él en la prensa del Partido. Infatigable, dedicaba al Partido dieciocho horas diarias de silencioso trabajo al frente de la secretaría de Organización.

—Me he quedado para ver si estando solo puedo realizar lo que no me han dejado hacer en muchos meses —me dijo contestando a mi pregunta de por qué no había acompañado a los camaradas en la huida.

—¿Qué es lo que quieres hacer en esta situación?

—Preparar como pueda la organización del Partido para la lucha contra Franco.

—¿Y no es muy tarde?

—Haré lo que pueda. Mi propósito es dejar organizadas guerrillas, depósitos de armas clandestinos, imprentas, direcciones y enlaces desconocidos, asegurar medios económicos… estructurar el Partido para la etapa de terror que va a vivir España.

—Eso no es tarea de unos días, sino de meses —observé.

—¡Qué quieres! Hace tiempo que vengo planteando la misma cuestión a los camaradas del Buró y de la Delegación; les he pedido cien veces que me liberen de todo trabajo para ocuparme exclusivamente de éste, y siempre me han mandado con comisiones a un lugar u otro, trabajo que podía hacer cualquier otro compañero.

—¿Y por qué no exigiste una decisión terminante sobre ese problema? —pregunté.

—Exigir… ¿Quién podía exigir en nuestro Buró? Como insistiera varias veces cerca de Stepanov y de Togliatti, llegaron a decirme que «estaba obsesionado por el espíritu de la derrota». Y, francamente, tuve el temor de que me consideraran derrotista. Cuando los vi decididos a huir, hasta me alegré. Por eso no me opuse a la salida. ¡Claro que

hubiera sido igual!, pero consideré que así me dejaban las manos libres. Después tuve la desgracia de que me detuvieran en Alicante. ¡A poco me fusilan! Te buscaban a ti. Me pusieron en libertad. Llegué hasta Albacete. Fui al aeródromo de «Los Llanos». Hablé a los camaradas. Les dije que estuvieran listos para luchar contra la Junta. Todo cuanto me prometieron fue que se negarían a luchar contra el Partido, puesto que ya habían aceptado la autoridad de la Junta. La salida de Negrín y de la dirección del Partido los había desmoralizado. En Albacete he dejado ya una organización clandestina del Partido. He hablado también con los camaradas de Murcia y de Alicante. He venido a Valencia con el mismo propósito y quiero salir lo antes posible para Madrid.

—¿Y qué sabes de Togliatti? —pregunté.

—¿Togliatti? ¡Está en Valencia! ¿No lo sabías?

—¿En Valencia y no ha venido a verme? —exclamé todo extrañado.

—Sí, está refugiado en una casa que le ha facilitado Familiari (Ettore Vani) y ha editado un manifiesto que se ha comenzado a repartir. Aquí lo tengo —dijo Checa mostrándome un larguísimo manifiesto.

Comencé a leerlo y comprendí que era el broche que faltaba a la obra de Togliatti, para acabar con toda posibilidad de lucha y de resistencia de nuestro Partido a la Junta. El citado documento comenzaba diciendo que «Los comunistas no somos enemigos del Consejo Nacional de Defensa»… «podemos aceptar su autoridad»… «es necesario ponernos de acuerdo para negociar la paz»…

—¿Cuándo se ha distribuido este manifiesto? —pregunté a Checa.

—Pues creo que ayer o anteayer.

—Todo está claro, Checa. Este documento lleva la firma del Buró Político. El que yo he redactado también la lleva. Hay, pues, dos Burós Políticos que hablan dos lenguajes diferentes. El manifiesto de Togliatti está hecho para contrarrestar los efectos del manifiesto escrito por mí. Que su contenido pueda coincidir más o menos con las directivas privadas que hemos enviado a nuestros camaradas en Madrid no le resta gravedad al hecho. Togliatti escribió su manifiesto cuando sabía que el nuevo Buró Político apoyaba la lucha contra la Junta. ¡Por eso no ha querido venir a verme!

—Todo esto es incomprensible —murmuró Checa—. A veces pienso que hemos perdido todos la cabeza. Procedemos sin sentido y de forma anárquica. Cada uno por nuestro lado…

—No, no hay tal anarquía. Procedemos con arreglo a un plan monstruoso, pero metódico, calculado, estudiado.

—¿Quieres decir que nosotros…?

—Nosotros somos los ejecutores mecánicos, los instrumentos ciegos de ese plan. Sin remontarnos a otros acontecimientos anteriores, partamos del momento en que nos propusieron abandonar la colaboración gubernamental. Nos opusimos. ¿Por qué?…

—Porque aquello hubiera sido una deserción y, posiblemente, provocado la catástrofe —afirmó Checa.

—¿Crees tú que Moscú ignoraba las consecuencias de su «consejo»? ¿Crees que Stepanov, Gueré y Togliatti, no alcanzaban perfectamente a comprender, como nosotros, los resultados que hubiéramos obtenido? Y sin embargo nos empujaban afanosos hacia la catástrofe. ¿Por qué?…

—Es cierto, es cierto —concedió Checa, visiblemente impresionado.

—Después fue el Ebro, la gran epopeya del Ebro. ¿Es que no sabían los «consejeros» militares soviéticos que imponernos aquella batalla de desgaste era empujarnos al suicidio? Lo sabían. No son genios, pero tampoco son tontos.

Ofrecí un cigarrillo a Checa, y proseguí:

—Ya en la zona Centro-Sur, ¿no comprendían Stepanov y Togliatti que sólo un esfuerzo titánico podía sostener la situación? Lo sabían y en vez de buscar el remedio fomentaron el caos. Dispersaron la dirección del Partido. José Díaz a Moscú, Martínez Cartón en Extremadura al frente de su División. Uribe, errante detrás de la sombra de Negrín por cualquier rincón de España. Mije en Francia. Tú, secretario de Organización, por el Sur de España organizando los preparativos de la evacuación al extranjero de la dirección del Partido. Yo en Valencia, en el Comisariado General del Grupo de Ejércitos. Quedaron en Madrid Pasionaria, Stepanov y Togliatti, formando la «troika» de dirección.

—Efectivamente. Así quedó la dirección —afirmó Checa.

—¿Crees que esa «dispersión» fue casual? —pregunté.

—Comienzo a creer que no.

—La «troika» dispersó la dirección del Partido. La «troika» no hizo nada para ayudar a Negrín a organizar su aparato gubernamental, sabiendo que Negrín no contaba con otra ayuda que la del Partido. La «troika» mantuvo el secreto de la organización de la lucha contra el posible golpe casadista ante los propios miembros del Buró Político, cuando menos ante Cartón y ante mí, los dos camaradas que por estar en el ejército podíamos haber contribuido más eficazmente a tomar las medidas preventivas que impidieran la sublevación o el éxito del golpe que se gestaba…

—Cuando yo pregunté si se os había informado —aclaró Checa— me dijeron que habían encargado a Delicado el daros verbalmente conocimiento de lo acordado.

—Delicado estuvo en Valencia, en mi propia casa durante varios días y nada especial me dijo, ni Cartón sabe tampoco una palabra.

—¡Qué extraño es todo esto!

—Nada de extraño, Checa. Es una línea de conducta. Veamos, si no, cómo se van eslabonando los hechos. La «troika» decidió esperar a que estallara la sublevación en vez de tomar las medidas para hacerla abortar. La «troika» no denuncia los manejos de los conspiradores ante la opinión pública: mantiene el «secreto». La «troika», dando por supuesto que en Madrid se fraguaba el golpe casadista, decide abandonar Madrid. Admitamos que lo hizo por prevención. Bien, pero ¿por qué retira de Madrid a Modesto, Líster, Tagüeña, Vega, etc., nuestros más prestigiosos militares, que por su capacidad política y militar eran los hombres que podían asegurar eficazmente la dirección de la lucha contra los sublevados? ¿Tú crees que los acontecimientos en Madrid no hubieran tomado otro sesgo de encontrarse allí un fuerte núcleo de nuestros camaradas?

—Sin duda.

—Pues bien, la «troika» los retira para sepultarlos en Elda, junto al aeródromo de Monóvar, donde tenía los aviones preparados para huir de España. La «troika» inspira a Negrín la necesidad de destituir a toda una serie de mandos militares y propone en sustitución de los mismos a un puñado de nuestros mejores camaradas. ¿Sabía la «troika» que eso era tanto como incendiar el polvorín de la sublevación? Tenía que preverlo cuando menos. ¿Qué medidas prácticas había adoptado en previsión de esa contingencia? ¡Ninguna!

—De eso soy yo testigo —dijo Checa—. Precisamente les hice observar la posibilidad de que se produjesen resistencias y me contestaron que nada sucedería.

—También yo les indiqué la necesidad de que inmediatamente se hicieran cargo nuestros camaradas de sus nuevos destinos, y también me prometieron que lo harían. Y nada hicieron. Galán llegó a Cartagena y comenzó la sublevación. Vega fue a Alicante y dos días después lo encarcelaron. Ni antes ni después salió nadie más. No tenían interés en desmantelar la sublevación. Al amotinarse Cartagena, fui yo, personalmente yo, quien tuvo que dar la orden a la 10.ª División para que se trasladara a Cartagena. La dirección del Partido estaba de paseo.

—Yo me trasladé a Cartagena —dijo Checa—. Me encontraba en Murcia y salí para allá inmediatamente.

—Lo sé, lo sé —dije—. Sé que te encontrabas por Murcia pero ¿con qué misión? Con la misión de organizar la evacuación por mar al extranjero de la dirección del Partido, por si fallaban los aviones de Monóvar. Luego quiere decir que la «troika» pensaba en la fuga antes de que las circunstancias se la impusieran. La «troika» estaba tranquilamente jugando a las cartas en Elda en los momentos en que Casado se sublevaba en Madrid, y no quiso recibir a Enrique Castro, enviado especialmente por mí para informarles de la situación, como tampoco recibieron al día siguiente a Larrañaga, que se trasladó a Elda con el mismo objeto. Togliatti, a quien Larrañaga tuvo que ir a buscar hasta Murcia, al ser informado de que teníamos fuerzas suficientes a nuestra disposición para, sin mover un solo hombre de los frentes, apoderarnos desde las puertas de Madrid hasta Almería, es decir, de casi todo el territorio leal, en vez de enviarnos directivas, nos da la orden de que nos traslademos al cruce de Elda con Novelda, para envolvernos también, sin duda, en sus planes de fuga.

—Yo no he sabido hasta ahora ni una sola palabra de cuanto me dices al respecto —confesó Checa—. Sabiendo todo eso es criminal haber procedido con tanta cobardía.

—No creo en la cobardía física. Prueba de ello es que Togliatti se quedó. Todo ha respondido a su plan. ¿Por qué la «troika» conociendo todos estos hechos, sabiendo todas nuestras posibilidades en Valencia no informa a los camaradas reunidos en el aeródromo de Monóvar? ¿Por qué no les dice que, obedientes a la disciplina del Partido, sin contar con las fuerzas leales de Negrín, que se hubieran puesto a nuestro lado, el Partido disponía de tres Cuerpos de Ejército de los cuatro que guarnecían el frente del Centro? ¿Por qué no les dice que contábamos con la casi totalidad de las fuerzas de los frentes de Extremadura y Andalucía y con dos de las tres Divisiones que integraban el XVII Cuerpo situado en Tarancón y con el XXII Cuerpo de Ejército a caballo sobre la carretera de Madrid a Valencia? ¿Por qué no les dice que la «Agrupación Toral», integrada por nueve divisiones que se mantenían fuera de línea en el frente extremeño, estaban mandadas casi en su totalidad por fuerzas del Partido? ¿Por qué no les dice que el XIV Cuerpo de Guerrilleros lo integraban fuerzas comunistas y que disponíamos de una influencia casi decisiva en la aviación y en los tanques? ¿Por qué no les dice que contra este inmenso volumen de fuerzas, casi todas ellas fuera de línea, la Junta apenas si contaba con las fuerzas del IV Cuerpo de Ejército y alguna que otra unidad dispersa en los frentes? Pero no. Todo esto se oculta y se opta por la huida del país «POR QUE NADA SE PODÍA HACER», según la declaración de Togliatti.

—Estoy anonadado, Hernández; anonadado y avergonzado. Lo que hemos hecho es para que nos fusilen —declaró Checa—, cuyo rostro estaba pálido, con palidez de cera.

—La «troika» —proseguí—, sin duda, estaba en antecedentes de las directivas que después había Togliatti de trasmitir a Madrid, para guillotinar la lucha de nuestros camaradas contra la Junta, para desarmarnos a todos y reducirnos al miserable papel en que hoy nos encontramos. Por eso, y no por otra consideración, no quiso comunicarse conmigo durante la madrugada del 5 al 6 de marzo, y por eso dejó salir a Negrín sin que dijera una palabra al pueblo y al Ejército. Por eso Togliatti redacta ese manifiesto que me has traído, replicando al manifiesto del nuevo Buró Político, que podía echarle abajo todos sus planes. Por eso Togliatti, estando refugiado en Valencia, a tres pasos de mí, no ha querido venir a verme.

—Ahora está claro, muy claro para mí todo el juego criminal de que hemos sido víctimas —dijo Checa, trémulo de indignación.

—Nosotros mismos hemos hecho a Casado vencedor cuando lo teníamos vencido. Y todo el destrozo del Partido, la persecución contra nuestros militantes, los encarcelamientos y fusilamientos que se han hecho de nuestros camaradas, y este desplome de los frentes a que estamos asistiendo, y todo cuanto de catástrofe tenemos encima, es de nuestra exclusiva responsabilidad, porque podíamos haberla evitado.

—Hemos luchado de buena fe. Hernández; hemos hecho prodigios de organización; hemos despertado el sentimiento de heroísmo en nuestros militantes; miles, decenas de miles de nuestros mejores hombres han caído en la lucha y muerto por España y por su pueblo como los mejores y los primeros, bien ajenos a esa miseria que nos convertía en instrumento de intereses extraños. ¡Es monstruoso! —exclamó Checa.

—Las palabras son de lumbre, queman la boca al pronunciarlas, pero no hay otras.

—Pero en nosotros no ha habido conciencia de esa monstruosidad, hemos sido soldados leales de una causa a la vez que víctimas de un engaño incalificable, de una mentira trágica —dijo Checa.

—Cierto, estoy convencido de que en todos nosotros, salvo contadísimas excepciones, no ha existido el propósito preconcebido de luchar contra nosotros mismos, contra nuestro pueblo, lo que implicaría la traición y nos convertía en abominables traidores; nosotros hemos sido dirigidos en muchos momentos a pisar terrenos colindantes con la traición nacional. Nuestra fidelidad y obediencia a Moscú, nuestra fe en los hombres del Kremlin, la confianza en los «consejeros» políticos nos presenta hoy mismo ante España a la mayoría de los miembros de la dirección del Partido como reos de deserción, de huida cobarde ante el enemigo en los momentos más críticos de la lucha del pueblo español y en la guerra este delito se paga con la vida, por lo que tiene de cobarde y desmoralizador.

—¡Miserables! ¡Miserables! —musitó Checa.

—Somos hombres de pensamiento dirigido. Así lo hemos aceptado. Esa degeneración de la disciplina, esa interpretación jesuítica de la obediencia, esa sumisión absoluta a la jerarquía superior «como cadáveres que se dejan llevar y traer a donde quiera y tratar como quiera», que reza el Código de los Jesuitas; disciplina que comenzando por la sumisión del Buró Político ante los «tovarich», y de los militantes ante su superior inmediato, ya no tiene nada que ver con el centralismo democrático, pues es una disciplina de burro uncido a la noria que no sabe a dónde va ni a dónde viene, disciplina cuartelera, que anula la facultad de pensar, que envilece la dignidad humana y que es negación del hombre; todo ese concepto humano, brutal, de los

hombres, de nosotros mismos, que la hemos aceptado y practicado, nos ha conducido al olvido de que ante todo y sobre todo somos hijos del pueblo español.

Yo ya no hablaba, gritaba, pues entró Mena a decirme que procurásemos hablar más bajo ya que todo se oía en la habitación inmediata donde ellos se encontraban.

—Prepáranos un café; lo estamos necesitando —dije a Mena.

—Lo que no puedo comprender bien es la razón que han tenido para consumar esta infamia con nosotros —dijo Checa.

—La razón —dije— no la busques en motivos nacionales, sino fuera de nuestras fronteras. No sé aún qué es lo que se proyecta, pero cualquiera que pueda ser el objetivo que se busque, vista la conducta de Moscú, nuestra guerra dificultaba el propósito, y optaron hace tiempo por acabar con ella. A eso responde toda la trayectoria de nuestra disparatada política de los últimos meses.

—¡Es duro y cruel, tenerlo que admitir! —declaró Checa.

—También para mí tenerlo que explicar. Monto mis suposiciones a la vista de lo «inexplicable» de los hechos. Debemos buscarles un origen. ¿Cuál puede ser? No puedo admitir que la URSS haya querido nuestra desgracia por las mismas razones que Alemania; los motivos han de ser distintos. Desde el punto de vista ideológico la URSS no tiene razones para desear nuestra derrota, sería un absurdo suponerla de acuerdo con las potencias fascistas para luchar contra nuestro pueblo. Para ser objetivos deberemos admitir que al iniciarse nuestra guerra los intereses soviéticos coincidían en general con los del pueblo español. Y la URSS, en el orden político, se sitúa públicamente junto a la República y, aunque tardíamente, comienza a suministrarnos armamento. Con todas las limitaciones y altibajos la «ayuda» soviética nos ha servido en la guerra contra los facciosos. Es decir, de cualquier manera, la Unión Soviética ha sido una potencia aliada a la República, que aún para poder hacer su propio juego se ha visto obligada a auxiliarnos. En ese aspecto es en el que digo que los intereses soviéticos coincidían en general con los de nuestro pueblo. Ahora bien; es indudable que en un momento determinado —¿Munich?—, las conveniencias soviéticas han entrado en contradicción abierta con los intereses de España. El «caso español» ya no les sirve y les compromete.[20]

—Desde el punto de vista de las conveniencias soviéticas —seguí diciendo— no cabe duda de que algo pretenden ganar a cambio de nuestro abandono y de nuestro sacrificio. Y para lograrlo nos abandonan y nos sacrifican. Esto sí está claro para mí, aunque no conozca la urdimbre, lo que se quiere salvar o ganar.

—Cierto, cierto —admitió Checa visiblemente impresionado tanto por sus palabras como por las mías. Quedó un momento pensativo y después dijo:

—Quizá has puesto el dedo en la llaga. Siempre hemos admitido como una verdad inconclusa que la URSS es el cerebro y el baluarte de la revolución mundial y que lo que es conveniente para ella lógicamente ha de ser conveniente para el futuro de todos los pueblos. ¿No es posible que esa conveniencia a que te referías hace un momento, aún pareciendo particular de la URSS, encierre un interés general?

—Esa es nuestra última esperanza —dije—. Si no ha sido esa la razón que les ha inducido a nuestro sacrificio, tendríamos que declarar a voz en grito que una de dos: o

[20] Estos cañones, pagados con excelente oro español, se deshacían a los primeros disparos.

emprendíamos desde ahora mismo una implacable lucha para desenmascarar a los embusteros o deberíamos pegamos un tiro en la sien por insensatos.

—Quiero creer que en el fondo de esa razón reside el motivo de la indignante política de Togliatti y de la conducta de la URSS —declaró Checa agarrándose al clavo ardiente de la postrera ilusión.

—El futuro nos lo ha de decir. Pero admitiendo que nuestra catástrofe responda a ese interés supremo, la explicación puede en cierto modo consolarnos a nosotros, a los comunistas, ¿pero qué español, qué combatiente republicano, que no tiene por qué creer en esos destinos mundiales de la URSS, la aceptará como válida? —argüí.

—De cualquier manera que sea —admitió Checa— todo el esfuerzo y sacrificio de los comunistas en la guerra, se verá oscurecido por esta turbia nebulosa que nos desdibuja como auténticos españoles; toda la gratitud y cariño de nuestro pueblo por la ayuda recibida de la URSS se trocará en desprecio al saber que se nos ha dado no por solidaridad antifascista, sino por conveniencia nacional soviética o por cálculo de la estrategia comunista mundial.

—Será inevitable. Los comunistas seremos, a los ojos de nuestros compatriotas, miserables agentes de una potencia extranjera, aunque esa potencia sea el País del Socialismo.

—En lo inmediato de nuestra actuación deberemos pensar más en nuestra misión de comunistas españoles que en la de cruzados de una problemática revolución mundial, revolución que, para hacerla viable, deberá tener, antes que otra cosa un origen nacional. Concebirla de otra manera es aceptar como bueno el fangoso camino por el que hemos caminado durante estos tres años de guerra —afirmó con vehemencia Checa.

—Estoy enteramente de acuerdo contigo. A partir de ahora deberemos pensar que Moscú es Moscú y España es España, que los bolcheviques rusos tienen sus metas particulares y los comunistas españoles tenemos las nuestras propias, sin que ello presuponga romper ni en poco ni en mucho con nuestros principios internacionalistas —precisé con profunda convicción.

—Eso no será posible sin provocar un enorme cisma —indicó Checa.

—El cómo, ya lo veremos; lo que ahora importa es la decisión.

—A mí no me ha de faltar —afirmó Checa.

—A mí tampoco —declaré.

* * *

La lucha en Madrid había cesado, pero la persecución contra los comunistas no. Casado, con la saña de un viejo rencor amasado en su torva mentalidad de «militar de casta» buscó la revancha en un crimen estúpido: fusilando al coronel Barceló y al comisario Conesa, dirigentes de la lucha de los comunistas de Madrid contra la Junta.

La disciplina se había hundido de cuajo. La Junta fue aceptada, pero no respetada. ¿No era la paz, no se iba a acabar la guerra de un momento a otro? ¿Para qué luchar, para qué exponerse a una bala estúpida cualquiera? Los soldados abandonaban los frentes, se iban a sus casas, llenaban las carreteras hacia sus pueblos, con sus fusiles inútiles ya, colgados en bandolera, en caravanas penosas y sombrías, en las que florecía

alguna vez, con un eco extraño en el silencio oscuro del camino, una canción fresca y viril del frente.

El pueblo comprendía, con su instinto infalible, que algo muy querido y muy hondo se desmoronaba, que el tesoro de su fuerza se le deshacía en las manos como un muñeco de arcilla, que la noche comenzaba a cerrarse sin remedio sobre una España que había empezado a amanecer.

Y los soldados en los frentes, los desertores por las carreteras, las valerosas mujeres en los hogares humildes, con la vida sin brújula, rompían lentamente, como si partieran pedazos de sus venas, el carnet antifascista, el folleto de propaganda, el retrato del hijo o del esposo en uniforme militar. En las calles flotaba la pregunta que ya tenía la España popular hincada en la raíz de su alma:

¿Se ha firmado la paz?

La vida —aquella vida que tenía unos días antes toda la luz de la lucha, toda la aureola del heroísmo, toda la esperanza de un pueblo cicatrizado en mil combates— se había hundido de pronto. La olfateaban los piquetes de ejecución, los látigos, las uñas rapaces, el odio entrañable y furioso de los vencedores.

Se veían caras nuevas, una gente nueva por las calles. Los señoritos con palidez de cautiverio, en los escondrijos de treinta y dos meses, se paseaban ahora tranquilamente por las ciudades con el haz de flechas bordado de bajo de la americana, con sus «¡Arriba España!», fugaces en las esquinas del saludo de los que abrazaban al salir de las cárceles franqueadas por la mano cómplice del que buscaba una amistad en la España de Franco.

García Pradas, juntista, nos relata lo que pasaba en Madrid:

«En la retaguardia crecía la quinta columna. Las "banderas" de falange recibían a todos los miedosos, a todos los traidores. Se repartió un manifiesto fascista, de noche, a favor de la oscuridad, por Madrid. Tenía el mismo tono que la propaganda de las trincheras. En la confusión de la lucha de Madrid, muchos fascistas fueron sacados de las cárceles y puestos en libertad. Manuel Valdés (jefe de la organización falangista de Madrid) fue excarcelado y luego no hubo manera de encontrarle ni policía dispuesto a hacerlo.

»Más del cincuenta por ciento de la gente de nuestra zona evitaba el "comprometerse"; por el contrario, se "situaba", haciendo a los fascistas los más diversos favores. Se veía inevitable el triunfo de Franco».

Era verdad. Todo se desmantelaba como un oscuro castillo de naipes que derriba la mano de un niño.

La Junta emprendió negociaciones de paz. Franco no aceptó otras condiciones que la capitulación incondicional. No le interesaba, seguro ya de su triunfo, acabar la guerra con la menor apariencia de paz negociada o de rendición pactada. Le interesaba una victoria «totalitaria».

* * *

En los últimos días de la República, el Buró Político me encomendó la difícil tarea de organizar la salida de España de lo que allí quedaba como restos de la dirección del Partido, de Togliatti, y de la dirección de las Juventudes Unificadas.

Para acercarme hasta Cartagena donde se encontraban las fuerzas de la 10/[1] División, al mando de nuestro camarada De Frutos, necesitaba burlar la vigilancia de la

Junta. Me despojé de mi uniforme y me vestí con uno de carabinero. Me vendé la cabeza y me hice colgar al cuello una etiqueta médica que me identificaba como el sargento Francisco de la Mota, herido de cabeza, con destino al hospital de Murcia. Una ambulancia del Ejército de Levante, al cuidado de dos camaradas enfermeros, vino a recogerme y de esta manera llegué sin dificultad a mi destino.

En Cartagena no quedaba ni una lancha de pesca. Por mar la evacuación era imposible. Por tierra estábamos separados de todas las fronteras por los ejércitos de Franco. Quedaba una sola posibilidad: el aire. Era el 25 de marzo. La Junta había ofrecido a Franco que ese día haría la entrega de toda la aviación republicana a modo de «rendición simbólica». Cerca de Murcia había una Escuela de Aviación que disponía de tres o cuatro «Dragones» franceses, que debieron hacer servicio en la primera guerra mundial. No lejos de este aeródromo se encontraba otro con diez o doce «Natachas» rusos. Por malos e inservibles, estos aviones no figurarían en la «rendición». Las guarniciones de ambos aeródromos la componían un centenar de soldados, con mandos adictos a la Junta y con pilotos que, lógicamente, los que no pensaban quedarse con Franco, tenían proyectado huir con sus familias en los propios aparatos.

Mandé un correo a Valencia llamando urgentemente a todos los camaradas que deberían salir. Al día siguiente comenzaron a llegar. Cuarenta y ocho horas después se habían concentrado no menos de cincuenta camaradas acompañados de sus esposas e hijos. Entre ellos, Diéguez, miembro del C. C. y secretario de la Organización de Madrid; J. Antonio Uribes, Diputado comunista por Valencia y miembro suplente del Buró Político; Togliatti, a quien no había visto desde Elda; Checa, Zapiráin; Larrañaga, que decidió quedarse en España; Palau, y los camaradas más destacados de la Juventud.

Mi plan fue el siguiente: La dirección del Partido abordaría los «Dragones»; los jóvenes los «Natachas». Nos dirigiríamos antes de las primeras luces del día hacia los aeródromos acompañados de veinte o treinta compañeros de la máxima confianza de la División de De Frutos, sorprenderíamos a las guardias, nos apoderaríamos de los aeródromos y exigiríamos a los pilotos a conducirnos a Orán.

Entre Togliatti y yo no se había deshecho el hielo. Ni él ni yo teníamos ganas de discutir. ¡Tan claro estaba todo! De otro lado, Togliatti se había encerrado en un mutismo hermético, sombrío. Las horas que en España convivimos todavía juntos, las pasó ensimismado, silencioso. Cuando Checa le preguntó su opinión sobre nuestro plan, oí que le contestaba: «eso es cosa de ustedes».

Aprobado el plan decidimos ejecutarlo al día siguiente. Silenciosamente salieron los coches de turismo precedidos de un camión donde iban treinta hombres portando fusiles ametralladoras. Los centinelas nos vieron sin extrañeza. Ya no sabían quién mandaba ni a quién tenían que obedecer. Fuimos relevando uno por uno a todos los centinelas. En el pabellón donde dormía el resto de la guardia, situamos a dos compañeros con los fusiles ametralladoras listos. Nadie hizo resistencia. Rompimos los hilos telefónicos y nos dirigimos al pabellón donde reposaban los pilotos y mecánicos. Les hice un breve discurso invitándoles a seguirnos, puesto que Franco entraría al día siguiente en Madrid. El capitán del campo llamado Ramos, militante del Partido y otro piloto, también del Partido, se prestaron de buen grado. A un tercero le obligamos a punta de pistola a poner el avión en marcha. Abordamos los aparatos, saludados por última vez por aquellos sencillos camaradas que alzaban el puño cerrado deseándonos

buen viaje, mientras ellos se quedaban en una tierra que les iba a servir de tumba y partimos rumbo a Orán.

Amanecía el día 28. Entre las brumas del mar distinguí inmóvil un banderín de humo. Era un navío de guerra franquista que trataba de impedir que ningún barco se acercara o saliera de España.

Miré hacia atrás. La tierra de España semejaba una enorme mancha obscura, sus costas apenas si se distinguían en las sombras del incierto amanecer. Al día siguiente Franco tenía anunciada su entrada en Madrid, en la capital del mundo antifascista durante algunos años, que desangraba y tendida sobre sus piedras, con los muñones de sus escombros, mutilada y vertical, como un héroe, había hecho imposible la conquista militar del enemigo, que dentro de unas horas desfilaría con los negros fusiles cargando la pólvora de la revancha, de la venganza implacable y feroz, insaciables al botín de sangre y de dolor republicanos.

Mi imaginación me mostraba a «los triunfadores», con un resplandor de bayonetas, con sus oficiales a caballo y el ruido ronco de las piezas de artillería. Pasaban por las calles vacías, desiertas, cerradas, sin una mirada humana en los balcones, sin una mano tendida en sus calles, sin una voz en las plazas mutiladas por las bombas de quinientos kilos. Nadie, nadie, nadie. Los gritos de «¡Arriba España!» y «¡Viva Franco!», sonaban sin eco, desesperados, en la soledad y en el silencio de la ciudad hermética.

Franco había podido ganar la guerra.

Franco no podría jamás conquistar a España.

JESÚS HERNÁNDEZ TOMÁS (Murcia, 1907 – Ciudad de México, 11 de enero de 1971) fue un político comunista español que llegó a ser Ministro de Educación y Ministro de Sanidad durante la Guerra Civil Española.

De pequeño se trasladó con su familia a Vizcaya, afiliándose a los 9 años a las Juventudes Socialistas de España (JSE). A los catorce años participó en la fundación del Partido Comunista de España, en el que fue uno de los militantes más activos del núcleo vizcaíno. A los quince era miembro de la escolta personal del secretario general del Partido, Óscar Pérez Solís. Al poco, participó en un atentado, frustrado, contra el dirigente socialista Indalecio Prieto.

En 1930 fue elegido miembro de Comité Central del PCE, razón por la cual en 1931 fue enviado a Moscú para completar su formación política, donde permaneció hasta 1933, año en el que participó en las reuniones de la Komintern. A su regreso a España fue nombrado miembro del Comité Ejecutivo del Partido. Desde 1936 se hizo cargo de la dirección del órgano del partido, Mundo Obrero.

En las elecciones generales españolas de 1936 fue elegido diputado por la provincia de Córdoba en las listas del Frente Popular. Durante la Guerra Civil fue uno de los ministros comunistas en los gobiernos de Largo Caballero y Negrín (Instrucción Pública y Bellas Artes). Siendo ministro en el gabinete Negrín, llevó a cabo una intensa campaña de prensa contra el entonces ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto, usando el seudónimo de Juan Ventura, hasta que logró su cese (marzo de 1938), lo cual trajo aparejado también el suyo. Como ministro impulsó las denominadas Milicias de la Cultura —para la alfabetización de milicianos y soldados— y potenció el servicio radiofónico del Altavoz del Frente —dirigido a los combatientes combinando propaganda y entretenimiento. Posteriormente fue nombrado comisario político del ejército republicano de la zona Centro-Sur, siendo un ardiente defensor de la resistencia a ultranza.

Tras el golpe de estado de Casado fue de los contrarios a la rendición, permaneciendo en Valencia. Pese a la oposición de Palmiro Togliatti, con Pedro Checa y Jesús Larrañaga organizó la dirección del PCE que habría de pasar a la clandestinidad tras la victoria franquista. Finalmente logró salir del país, siendo uno de los últimos dirigentes del PCE en hacerlo.

En 1939 se exilió primero a Orán (Argelia) y después a la Unión Soviética, donde fue el representante del PCE en la Komintern y se preocupó por la precaria situación de los refugiados españoles. A la muerte del secretario general José Díaz se enfrentó con

Dolores Ibárruri por el cargo, pero en 1943 fue enviado a México para intentar sacar de la prisión a Ramón Mercader, el asesino de Lev Trotski. En 1944 fue expulsado del partido bajo la acusación de llevar a cabo actividades antisoviéticas.

Expulsado del partido, intentó formar su grupo propio, el Movimiento Comunista de Oposición. Cuando Tito rompió con Stalin en 1948, Hernández se puso de su lado. En 1954 se trasladó a Belgrado y formó el Partido Nacional Comunista Español. Después fue nombrado asesor de la embajada yugoslava en México, dónde trabajó hasta su muerte.

Contenido

Introducción
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
CapítuloIV
CapítuloV
CapítuloVI
CapítuloVII
CapítuloVIII
CapítuloIX
Autor

Jesús Hernández Tomás
Yo fui un ministro de Stalin
ePub r1.0
jandepora **27.10.14**
Jesús Hernández Tomás, 1953
Editor digital: jandepora
ePub base r1.2